J. Krishnamurti

Diario II

El último Diario



KRISHNAMURTI

DIARIO II

EL ÚLTIMO DIARIO

editorial Kairós

Numancia 117-121
08029 Barcelona
www.editorialkairos.com

DIARIO II

PREFACIO

En septiembre de 1973, Krishnamurti comenzó de pronto a llevar un diario. Por cerca de seis semanas, hizo anotaciones en un cuaderno de notas. En el primer mes de ese período, estuvo en Brockwood Park, Hampshire, y por el resto del tiempo se alojó en Roma. Reanudó el Diario dieciocho meses después durante su permanencia en California.

Casi todas las anotaciones comienzan con una descripción de algún escenario natural que él conoce íntimamente, aunque en sólo tres ocasiones esas descripciones se refieren al lugar en que él se encuentra en ese momento. Así, la primera página de la primera anotación, describe la arboleda que hay en el parque de Brockwood, pero en la segunda página es obvio que su mente se encuentra en Suiza. No es sino hasta que para en California, que vuelve a dar una descripción de su ambiente actual. En el resto de las anotaciones, evoca lugares en los que ha vivido, y lo hace con tanta nitidez, que ello demuestra la intensidad con que su mente registra los escenarios naturales, intensidad vívida que surge de la agudeza de su observación. Este Diario revela también hasta qué grado su enseñanza se inspira en el contacto que él mantiene con la naturaleza.

A lo largo de toda la obra, Krishnamurti se refiere a sí mismo en tercera persona como «él», e incidentalmente, nos cuenta algo acerca de él mismo, cosa que no había hecho con anterioridad.

BROCKWOOD PARK, HAMPSHIRE

14, Septiembre, 1973

El otro día, volviendo de un largo paseo en medio de campos y árboles, pasamos por el bosquecillo* que está cerca de la gran casa blanca. Al trasponer la escalerilla y penetrar en la arboleda, uno percibió instantáneamente un sentimiento inmenso de paz y quietud. Nada se movía. Parecía un sacrilegio atravesar el bosquecillo, hollar el suelo; resultaba profano el hablar, incluso el respirar. Las enormes sequoias estaban absolutamente inmóviles; los indios americanos las llaman los árboles silenciosos, y ahora se hallaban verdaderamente silenciosos. Hasta el perro había dejado de perseguir a los conejos. Uno permanecía quieto, atreviéndose apenas a respirar, sintiéndose intruso porque había estado charlando y riendo; y penetrar en esta arboleda sin saber lo que allí había fue una sorpresa y una conmoción, la conmoción de una bienaventuranza inesperada. El corazón latía más lentamente, estupefacto ante esa maravilla. Ése era el centro de todo este lugar. Cada vez que uno penetra ahora en la arboleda, existe esa belleza, esa quietud, esa extraña quietud. Uno podrá venir cuando lo desee y ello estará ahí, pleno, espléndido e innominable.

Cualquier forma de meditación consciente no es la cosa real; jamás puede serlo. El intento deliberado de meditar no es medi-

* Árboles muy raros, incluso secoyas, crecen en el bosquecillo de Brockwood.

tación. Ello debe ocurrir; no puede ser invitado. La meditación no es un juego de la mente, ni del deseo y el placer. Todo intento de meditación es la negación misma de ello. Sólo hay que estar atento a lo que uno piensa y hace, y nada más. El ver, el escuchar, es el hacer, sin que en ello exista sentido alguno de recompensa o castigo. La destreza en la acción radica en la destreza del ver, del escuchar. Toda forma de meditación conduce inevitablemente al engaño, a la ilusión, porque el deseo ofusca, ciega.

Era un magnífico atardecer y la suave luz primaveral cubría la tierra.

15, Septiembre, 1973

Es bueno estar solo. Estar solo es hallarse muy lejos del mundo y, no obstante, caminar por sus calles. Estar solo, subiendo por el sendero junto al veloz y ruidoso torrente de la montaña que rebosa con el agua de la primavera y las nieves derretidas, es estar atento a ese árbol solitario, único en su belleza. La otra soledad* de un hombre en medio de la calle, es el dolor de la vida; él nunca está solo, distante, incontaminado y vulnerable. La saturación de conocimientos engendra interminable desdicha. Ese hombre que camina por las calles encerrado en sí mismo, es la urgencia interna de expresión, con sus frustraciones y padecimientos; ese hombre nunca está verdaderamente solo. El movimiento de esa soledad es el dolor.

Este torrente de la montaña estaba repleto y crecido con las nieves disueltas y las lluvias de la temprana primavera. Podía escucharse el ruido de las grandes piedras empujadas por la fuerza

* Aquí emplea K las dos formas que en inglés tiene la palabra «soledad», imposibles de traducir textualmente al español. Una, *aloneness*, con el significado de una soledad madura, inteligente, propia del ser que ha comprendido la naturaleza del mundo y ha roto psicológicamente con él. La otra, *loneliness*, es la soledad del que se aísla del mundo envolviéndose en la ilusión de su propio mundo egocéntrico. La primera es una soledad jubilosa, creativa. La segunda, una soledad amarga, estéril. *(N. del T.)*

de las aguas torrenciales. Un alto pino de cincuenta años o más se derrumbó en el agua; ésta lavaba el camino dejándolo limpio. El torrente se veía fangoso, de color pizarra. Más arriba, los campos se encontraban cubiertos de flores silvestres. El aire era puro y todo respiraba encantamiento. Los altos cerros todavía estaban nevados, y los glaciares y grandes picos retenían aún las nieves recientes; se mantendrían blancos durante todo el verano.

Era una montaña prodigiosa y uno podría haber seguido caminando perpetuamente, sin que lo afectaran jamás los empinados cerros. Había en el aire un perfume nítido y fuerte. Ese sendero estaba desierto, nadie bajaba o subía por él. Uno se hallaba a solas con aquellos oscuros pinos y las aguas torrenciales. El cielo tenía ese sorprendente azul que sólo se ve en las montañas. Uno lo contemplaba a través de las hojas y los enhiestos pinos. No había allí nadie con quien hablar y la mente no parloteaba. Una urraca blanquinegra pasó volando y desapareció en el monte. El sendero llevaba muy lejos del ruidoso torrente y el silencio era absoluto. No era el silencio que sigue al ruido; no era el silencio que adviene con la puesta del sol, ni era ese silencio que llega cuando la mente se apaga. No era el silencio de los museos y las iglesias, sino algo que no tenía relación alguna con el tiempo y el espacio. No era el silencio que la mente elabora por sí misma. El sol ardía y las sombras eran agradables.

Sólo recientemente descubrió él que no había un solo pensamiento durante estos largos paseos por las calles atestadas o por los solitarios senderos. Él siempre había sido así, desde que era niño; ningún pensamiento penetraba en su mente. El sólo observaba y escuchaba, nada más. Nunca surgía el pensamiento con sus asociaciones. No había formación de imágenes. Un día, de pronto se dio cuenta de lo extraordinario que eso era; a menudo intentó pensar, pero no acudía pensamiento alguno. En estos paseos, con gente o sin ella, todo movimiento del pensar estaba ausente. Esto es estar solo.

Por encima de los picos nevados iban formándose nubes densas y oscuras; probablemente llovería más tarde, pero ahora las

sombras eran muy definidas con el sol claro y brillante. Aún persistía en el aire aquel grato perfume, y las lluvias habrían de traer un olor diferente. Había un largo camino de descenso hacia el chalet.

16, Septiembre, 1973

Durante la mañana, las calles del pequeño pueblo se hallaban vacías, pero más allá la región estaba colmada de árboles, praderas y brisas susurrantes. La única calle principal se encontraba iluminada y todo lo demás yacía en la oscuridad. El sol se levantaría dentro de unas tres horas. Era un amanecer claro bajo la luz de las estrellas. Las cumbres nevadas y los glaciares aún estaban en sombras y casi todo el mundo dormía. Los estrechos senderos de la montaña tenían tantas curvas que uno no podía avanzar muy rápidamente, el auto era nuevo y hermoso, de buenas líneas y gran potencia. En el aire de la mañana, el motor funcionaba con mayor eficiencia. En la carretera, ese automóvil era una cosa muy bella de verse, y cuando ascendía tomaba cada recodo con la firmeza de una roca. El amanecer estaba próximo, y se veía la forma de los árboles y el largo perfil de los cerros y de los viñedos; iba a ser una mañana encantadora. Entre los cerros el ambiente era fresco y agradable. El sol se había levantado ya y el rocío cubría las hojas y los prados.

A él siempre le gustó la mecánica; desmantelaba el motor de un automóvil y cuando éste volvía a funcionar era tan bueno como si fuera nuevo. Mientras uno está conduciendo el vehículo, la meditación parece llegar con toda naturalidad. Uno se halla atento a la campiña, a las casas, a los campesinos en el sembrado, a la forma del auto que avanza y al cielo azul entre las hojas; ni siquiera se da cuenta de que la meditación ocurre, esta meditación que comenzó hace milenios y habrá de continuar perpetuamente. El tiempo no es un factor en la meditación, ni lo es la palabra –la palabra es el meditador–. En la meditación no hay un

meditador. Si lo hay, eso no es meditación. El meditador es la palabra, el pensamiento y el tiempo; por lo tanto, está sometido al cambio, al ir y venir de las cosas. No es una flor que florece y muere. El tiempo es movimiento. Uno está sentado a la orilla de un río, observando las aguas, la corriente y las cosas que pasan flotando. Cuando uno está en el agua, no hay un observador. La belleza no se encuentra en la mera expresión; está en el abandono de la palabra y de la expresión, del lienzo y del libro.

¡Qué apacibles son las colinas, los prados y estos árboles! Toda la tierra está bañada por la luz de una efímera mañana.

Dos hombres se hallaban disputando a gritos con muchos gestos y con las caras enrojecidas. La carretera pasa por una larga avenida de árboles, y la ternura de la mañana se va desvaneciendo.

El mar se extendía ante uno y en el aire se percibía el perfume de los eucaliptos. Era un hombre pequeño, delgado y de fuertes músculos; había venido de un país muy lejano, y estaba tostado por el sol. Después de unas pocas palabras de saludo, se lanzó a emitir críticas. ¡Qué fácil es criticar sin saber cuáles son realmente los hechos! Dijo: «Puede que usted sea libre y que viva realmente todo aquello de que habla, pero físicamente se halla en una prisión protegida por sus amigos. Usted no sabe lo que está pasando a su alrededor. Hay personas que han asumido la autoridad, aun cuando usted mismo no es autoritario».

No estoy seguro de que usted esté en lo cierto respecto de esta cuestión. Para conducir una escuela o cualquier otra cosa, tiene que haber cierta responsabilidad, y ésta puede y debe existir sin las implicaciones autoritarias. La autoridad es totalmente perjudicial para la cooperación, para que podamos discutir cosas juntos. Esto es lo que hacemos en todo el trabajo en que estamos empeñados. Éste es un hecho real. Si puedo señalarlo, nadie se interpone entre mí y otras personas.

«Lo que usted está diciendo es de la máxima importancia. Todo lo que usted escribe y dice debe ser impreso y hecho circular por un pequeño grupo de personas serias y consagradas. El mundo está estallando y a usted lo pasa por alto.»

Me temo otra vez que usted no se da cuenta totalmente de lo que sucede. En un tiempo, un pequeño grupo tomó la responsabilidad de propagar lo que se había dicho. Ahora, también, un pequeño grupo ha asumido la misma responsabilidad. Si a uno se le permite señalarlo nuevamente, usted no se da cuenta de lo que está sucediendo.

Él hizo varias críticas más, pero éstas se basaban en presunciones y opiniones efímeras. Sin defender nada, uno indicó lo que realmente está ocurriendo. Pero...

Qué extraños son los seres humanos.

Los cerros retrocedían alejándose, y ya lo rodeaba a uno el ruido de la vida cotidiana, el ir y venir, el dolor y el placer. Un árbol solitario sobre un montecillo era la belleza de la tierra. Y a gran profundidad en el valle había un torrente, y junto a él corría un ferrocarril. Uno debe dejar el mundo para ver la belleza de ese torrente.

17, Septiembre, 1973

Ese anochecer, mientras uno caminaba por el bosque, había una sensación de amenaza. El sol estaba poniéndose en esos instantes, y las palmeras se levantaban solitarias contra el cielo dorado del oeste. Los monos ya se hallaban en la higuera de Bengala aprestándose para la noche. Casi nadie utilizaba el sendero y muy raramente se encontraba uno con otro ser humano. Se veían muchos ciervos que, recelosos, desaparecían en medio de la espesa vegetación. No obstante, la amenaza estaba ahí, en todas partes, pesada y penetrante, y uno miraba por sobre el hombro. No quedaban animales peligrosos; los habían alejado de ese lugar, que se hallaba demasiado cerca del pueblo en expansión. Uno se sentía contento de dejar el bosque y volver a caminar por las calles iluminadas. Pero al anochecer siguiente, los monos estaban tranquilos y se veían algunos ciervos aquí y allá, mientras el sol se ocultaba detrás de los árboles más altos; la amenaza ha-

bía desaparecido. Por el contrario, los árboles, los arbustos y las pequeñas plantas le daban a uno la bienvenida. Uno se encontraba entre sus amigos, se sentía completamente seguro y acogido con sumo agrado. El bosque lo aceptaba a uno, y era un verdadero goce pasear por ahí en todos los atardeceres.

La selva es diferente. Allí hay peligro físico, no sólo por parte de las serpientes, sino de los tigres que se sabe existen en ese lugar. Mientras uno caminaba por ahí una tarde, hubo de pronto un silencio anormal; los pájaros cesaron en su parloteo, los monos se quedaron absolutamente callados y todo parecía retener el aliento. Uno se quedó quieto. Y del mismo modo, súbitamente, todo volvió a la vida; los monos jugaban y se molestaban unos a otros, los pájaros iniciaron su canto nocturno y uno pudo advertir que el peligro había pasado.

En los montes y bosquecillos, donde el hombre mata conejos, faisanes, ardillas, hay una atmósfera por completo diferente. Se penetra en un mundo donde ha estado el hombre con su rifle y su peculiar violencia. Entonces el bosque pierde su tierna suavidad, su bienvenida, y con ello se ha perdido aquí cierta belleza; aquel alegre susurro ha desaparecido.

Uno tiene solamente una cabeza, y cuidarla es algo maravilloso. No hay maquinaria ni computadora electrónica que puedan compararse con ella. Es tan vasta, tan compleja, tan enteramente capaz, sutil y productiva... Es el depósito de la experiencia, del conocimiento y la memoria. De ella brotan todos los pensamientos. Lo que ha producido es completamente increíble: el daño, la confusión, los padecimientos, las guerras, las corrupciones, las ilusiones, los ideales, el dolor y la desdicha; las grandes catedrales, las bellas mezquitas y los templos sagrados. Es fantástico lo que ha hecho y puede hacer la cabeza. Pero hay una cosa que aparentemente no puede hacer: cambiar por completo su comportamiento al relacionarse con otra cabeza, con otro hombre. Ni el castigo ni la recompensa parecen cambiar su conducta, ni parece transformarla el conocimiento. El «yo» y el «tú» permanecen invariables. Ella nunca se da cuenta de que el yo es el tú, de

que el observador es lo observado. Su amor es su deterioro; su placer es su agonía; los dioses de sus ideales son sus destructores. Su libertad es su propia prisión; la educan para vivir en esta prisión, haciéndola sólo más cómoda, más agradable. Tenemos solamente una cabeza, hay que cuidarla, no hay que destruirla. ¡Es tan fácil corromperla!

Él siempre tuvo esta extraña falta de distancia entre él mismo y los árboles, los ríos y las montañas. Ello no fue algo cultivado; uno no puede cultivar una cosa como ésa. Jamás hubo un muro entre él y otro ser humano. Lo que ellos le hacían, lo que le decían jamás parecía herirlo, ni tampoco le afectaba el halago. De algún modo siempre permaneció totalmente ileso. No fue un retraído ni un solitario, sino que fue como las aguas de un río. Tuvo muy pocos pensamientos; y ningún pensamiento en absoluto cuando estaba solo. Su cerebro estaba activo cuando hablaba o escribía, pero de otro modo estaba quieto y activo sin movimiento alguno. El movimiento es tiempo, y la actividad no lo es.

Esta extraña actividad, sin una dirección predeterminada, parece proseguir esté uno despierto o dormido. Él se despierta a menudo con esa actividad de la meditación; algo de esta naturaleza se está desarrollando casi todo el tiempo. Él jamás lo ha invitado ni rechazado. Cuando despertó la otra noche, estaba muy despierto, y se dio cuenta de que algo como una bola de fuego, de luz, se introducía en su cabeza, en el centro mismo de ella. Estuvo observando el hecho objetivamente por un tiempo considerable, como si eso le estuviera sucediendo a alguna otra persona. No era una ilusión –algo evocado por la mente–. El amanecer estaba próximo y él podía ver los árboles por entre la abertura de las cortinas.

18, Septiembre, 1973

Todavía sigue siendo uno de los valles más hermosos que existen. Completamente rodeado por los cerros, se halla repleto

de naranjales. Hace muchos años, había muy pocas casas entre los árboles y los huertos, pero ahora hay muchas más; las carreteras son anchas, el tráfico más denso y hay más ruido, especialmente en el extremo occidental del valle. Pero los cerros y los altos picos permanecen iguales, incontaminados por el hombre. Hay muchos senderos que conducen a las altas montañas, y uno camina incesantemente por ellos, topándose con osos, serpientes de cascabel, ciervos y, en cierta ocasión, se encontró con un lince. Se hallaba delante, en el declive del sendero, ronroneando y restregándose contra las rocas y los troncos bajos de los árboles. La brisa venía desde lo alto del desfiladero y así podía uno estar muy cerca de él. El animal estaba divirtiéndose realmente, contento con su mundo. La corta cola levantada, las orejas puntiagudas proyectadas hacia adelante, el pelo color bermejo limpio y lustroso, se hallaba por completo inconsciente de que había alguien justo detrás de él, a unos veinte pies de distancia. Descendimos por el sendero como una milla, sin que ninguno de los dos hiciera el menor ruido. Era realmente un animal fabuloso, lleno de gracia y belleza. Había un estrecho arroyo delante de nosotros; con el deseo de no asustarlo, cuando uno llegó a su lado murmuró un suave saludo. En ningún momento miró él en derredor, hubiera sido una pérdida de tiempo; en vez de eso, se movió como un rayo y desapareció por completo en pocos segundos. No obstante, habíamos sido amigos por un tiempo considerable.

El valle está impregnado con el perfume casi dominante de los azahares, especialmente en las madrugadas y en los atardeceres. Llenaba la habitación, el valle y cada rincón de la tierra, y el dios de las flores bendecía el lugar. El verano sería realmente caluroso, y eso tenía su propia peculiaridad. Muchos años antes, cuando uno venía aquí, había una atmósfera maravillosa; todavía existe, aunque en grado menor. Los seres humanos la están echando a perder, como parecen echar a perder casi todas las cosas. Será como antes. Una flor puede marchitarse y morir, pero volverá con toda su belleza.

¿Alguna vez se han preguntado los seres humanos por qué

equivocan el camino, por qué se vuelven corruptos, indecentes en su conducta –agresivos, violentos y astutos? No es bueno culpar al ambiente, a la cultura o a los padres. Necesitamos descargar la responsabilidad de este deterioro en otros o en algún acontecimiento. Las explicaciones y las causas son una salida cómoda. Los antiguos hindúes llamaban a esto el karma –lo que uno ha sembrado es lo que cosecha–. Los psicólogos ubican el problema en el regazo de los padres. Y lo que dicen las personas que se llaman religiosas, se basa en sus dogmas y creencias. Pero el problema sigue ahí.

Luego están los otros, que nacen generosos, benévolos, responsables. Ni el medio ni presión alguna los alteran. Permanecen siendo como son a pesar de todo el alboroto. ¿Por qué?

Cualquier explicación tiene escaso significado. Todas las explicaciones son escapes, eluden la realidad de lo que es. Y esto es lo único que importa. Lo que es puede ser totalmente transformado con la energía que se derrocha en explicaciones y en la búsqueda de las causas. El amor no está en el tiempo ni en el análisis, ni en las lamentaciones o en las recriminaciones. Está ahí cuando se hallan ausentes el deseo de dinero, de posición, y las astutas supercherías del yo.

19, Septiembre, 1973

El monzón había llegado. El mar se veía casi negro bajo las densas nubes oscuras, y el viento desgarraba los árboles. Llovería por unos cuantos días con lluvias torrenciales; luego éstas se detendrían durante un día o algo así, para comenzar nuevamente. Las ranas croaban en todas las charcas y el aire estaba impregnado con el delicioso aroma que traen las lluvias. La tierra se hallaba limpia otra vez y en pocos días más estaría asombrosamente verde. Las cosas crecían casi a la vista de uno; saldría el sol y todas las cosas de la tierra resplandecerían. Habría cantos en la madrugada y las pequeñas ardillas llenarían toda la región. En todas

partes brotarían las flores, las silvestres y las cultivadas –el jazmín, la rosa y la caléndula.

Cierto día, en la carretera que conduce al mar, mientras uno paseaba bajo las palmeras y los árboles cargados de lluvia, mirando miles de cosas, un grupo de niños estaba cantando. ¡Parecían tan felices, tan inocentes y tan por completo ajenos al mundo! Uno de ellos, una niña, nos reconoció y se acercó sonriendo, y caminamos por un rato tomados de la mano. Ninguno dijo una palabra y cuando llegamos cerca de su casa, ella saludó y desapareció en el interior. El mundo y la familia van a destruirla, y ella también tendrá hijos y llorará por ellos, y el mundo también los destruirá con sus arteros recursos. Pero esta tarde, estaba ella feliz y ansiosa por compartir su felicidad tomada de la mano de alguien.

Una tarde, cuando habían cesado las lluvias y el cielo del oeste se veía dorado, al volver por la misma carretera, dejamos atrás a un joven que portaba un fuego en un pote de barro. Excepto por el limpio taparrabo se hallaba completamente desnudo, y detrás de él dos hombres llevaban un cuerpo muerto. Eran dos brahamines, estaban recientemente lavados, limpios y caminaban manteniéndose bien derechos. El joven que sostenía el fuego debía de haber sido el hijo del hombre muerto; todos avanzaban muy rápidamente. El cuerpo iba a ser incinerado en alguna playa apartada. Era todo tan simple, tan distinto de los féretros elaborados cargados de flores y seguidos por una larga fila de bruñidos automóviles o de plañideras que caminaban tras del ataúd –la tenebrosa oscuridad que hay en todo eso–. Aquí veía uno un cadáver decentemente cubierto que, en la parte trasera de una bicicleta, era conducido hacia el río sagrado donde irían a quemarlo.

La muerte está en todas partes, y nosotros jamás parecemos capaces de vivir con ella. Es algo oscuro, atemorizador, que debe ser eludido, algo de lo que nunca hay que hablar. A la muerte hay que mantenerla lejos de la puerta cerrada. Pero ella está siempre ahí. La belleza del amor es muerte, y uno no conoce ni lo uno ni lo otro. La muerte es dolor y el amor es placer, y ambos no pue-

den encontrarse nunca; deben mantenerse apartados, y la división es angustia y agonía. Esto ha sido así desde el principio del tiempo, esta división y el conflicto interminable. Siempre existirá la muerte para aquellos que no ven que el observador es lo observado, que el experimentador es lo experimentado. Esto es como un vasto río en que se halla atrapado el hombre con todos sus dioses mundanos, sus vanidades, sus penas y su conocimiento. A menos que abandone en el río todas las cosas que ha acumulado y nade hacia la costa, la muerte estará siempre junto a su puerta, esperando y vigilando. Cuando él deja el río, no hay costa alguna, la ribera es la palabra, el observador. Él lo ha abandonado todo, el río y la ribera. Porque el río es tiempo y las orillas son los pensamientos del tiempo; el río es el movimiento del tiempo y a él pertenece el pensamiento. Cuando el observador abandona todo lo que él es, entonces el observador no existe. Esto no es muerte. Es lo intemporal. Uno no puede conocerlo, porque aquello que se conoce pertenece al tiempo; uno no puede experimentarlo; el reconocimiento es producido por el tiempo. Liberarse de lo conocido es liberarse del tiempo. La inmortalidad no es la palabra, el libro, la imagen que uno ha fabricado. El alma, el yo, el atman, es hijo del pensamiento, el cual es tiempo. Cuando el tiempo no existe, no existe la muerte. Hay amor.

El cielo del oeste había perdido su color, y asomando en el horizonte estaba la luna, joven, tímida y tierna. Todo parecía estar pasando por la carretera: el casamiento, la muerte, la risa de los niños y alguien que sollozaba. Cerca de la luna había una estrella solitaria.

20, Septiembre, 1973

Esta mañana el río se veía particularmente hermoso; el sol acababa de asomarse sobre los árboles y el pueblo se encontraba oculto entre ellos. El aire estaba muy quieto y no había una sola onda sobre el agua. El día iba a ser muy caluroso pero ahora es-

taba más bien fresco, y un mono solitario se hallaba sentado al sol. Estaba siempre ahí, solo, enorme y pesado. Desaparecía durante el día y volvía a aparecer en las madrugadas sobre la copa del tamarindo; cuando comenzaba a hacer calor, el árbol parecía tragárselo. Los papamoscas de color verdeoro se encontraban sobre el parapeto junto a las palomas, y los buitres todavía descansaban en las ramas más altas de otro tamarindo. Había una inmensa quietud y uno estaba sentado en un banco, perdido para el mundo.

Al regresar del aeropuerto por una sombreada carretera, con los papagayos rojiverdes chillando alrededor de los árboles, uno advirtió, atravesado en el camino, algo que parecía un gran envoltorio. Cuando el auto llegó cerca, el envoltorio resultó ser un hombre que yacía casi desnudo cruzado en la carretera. El automóvil se detuvo y nos bajamos. Su cuerpo era grande y su cabeza muy pequeña. Miraba fijamente por entre las hojas al cielo asombrosamente azul. Nosotros también miramos para ver qué miraba él, y el cielo contemplado desde la carretera se veía realmente azul y las hojas eran realmente verdes. El hombre era mal formado, y ellos me dijeron que se trataba de uno de los idiotas del pueblo. Jamás se movía, y el auto hubo de avanzar esquivándolo muy cuidadosamente. Los camellos con su carga y los niños con sus gritos pasaban junto a él sin prestarle la más mínima atención. También pasó un perro describiendo un amplio círculo. Los papagayos se hallaban atareados con su griterío. Las granjas, los aldeanos, los árboles, las flores amarillas se ocupaban de su propia existencia. Esa parte del mundo está subdesarrollada y no hay ninguna organización que vele por tales personas. Son llagas abiertas, humanidad sucia y apiñada, y el río sagrado prosigue su camino.

La tristeza de la vida estaba en todas partes, y bajo el cielo azul, muy alto en el aire volaban los buitres, volaban en círculos, por horas, sin mover sus pesadas alas, vigilando y aguardando.

¿Qué es la cordura y qué es la locura? ¿Quién es cuerdo y quién está loco? ¿Son cuerdos los políticos? Los sacerdotes, ¿están locos? Los que se comprometen con ideologías, ¿están cuer-

dos? Somos controlados, moldeados, apremiados por todos ellos, ¿y estamos cuerdos?

¿Qué es la cordura? Es ser íntegro, no fragmentado en la acción, en la vida, en toda clase de relaciones –ésa es la esencia misma de la cordura–. Cuerdo significa total, sano y santo. La locura es neurosis, psicosis, desequilibrio, esquizofrenia, cualquier nombre que uno quiera ponerle; implica estar fragmentado, dividido en la acción y en el movimiento de la relación que constituye la existencia. Engendrar antagonismo y división, que es el oficio de los políticos que nos representan, implica cultivar y sostener la locura, ya se trate de los dictadores o de los que ejercen el poder en el nombre de la paz o de alguna forma de ideología. ¿Y el sacerdote? No hay más que mirar lo que es el clero. Se interpone entre uno y lo que ellos consideran que es la verdad, el salvador, dios, el cielo, el infierno. El sacerdote es el intérprete, el representante; es el que tiene las llaves para el cielo; él es quien ha condicionado al hombre mediante la creencia, el dogma, el ritual; él es el verdadero propagandista. Ha condicionado al hombre porque éste desea comodidad, seguridad y le tiene espanto al mañana. Los artistas, los intelectuales, los científicos, tan admirados y lisonjeados, ¿están cuerdos? ¿O viven en dos mundos diferentes –el mundo de las ideas y la imaginación con su expresión compulsiva, totalmente separado de la vida cotidiana de placer y dolor que llevan?

El mundo que nos rodea está fragmentado y así somos cada uno de nosotros, y la expresión de ello es el conflicto, la confusión y la desdicha; uno es el mundo y el mundo es uno. La cordura implica vivir una vida de acción sin conflicto. La acción y la idea son contradictorias. El ver es el hacer, y no la ideación primero y luego la acción de acuerdo con la conclusión. Esto engendra conflicto. El analizador mismo es lo analizado. Cuando el analizador se separa como algo diferente de lo analizado, genera conflicto, y el conflicto es el área del desequilibrio. El observador es lo observado y en eso radica la cordura, lo total, lo sagrado; y con lo sagrado está el amor.

21, Septiembre, 1973

Es bueno despertarse sin un solo pensamiento con sus problemas. La mente ha descansado al producir orden dentro de sí misma; por eso el sueño es tan importante. O la mente genera orden en su relación y acción durante las horas de vigilia –lo cual le da completo descanso mientras duerme– o durante el sueño ella procurará arreglar sus asuntos a su propia satisfacción. A lo largo del día habrá nuevamente desorden causado por múltiples factores, y durante las horas de sueño la mente tratará de desenredarse de esta confusión. La mente, el cerebro, sólo puede funcionar con eficiencia, objetivamente, cuando hay orden. El conflicto, en cualquiera de sus formas, es desorden. Basta considerar por todo lo que la mente pasa en cada día de su vida: el intento de poner orden mientras duerme y el desorden que impera durante las horas de vigilia. Éste es el conflicto de la vida que se desarrolla día tras día. El cerebro puede funcionar únicamente cuando está seguro, no en medio de la contradicción y la confusión. Por eso trata de encontrar esa seguridad en alguna fórmula neurótica, pero el conflicto empeora. El orden es la transformación de todo este enredo. Cuando el observador es lo observado hay orden completo.

En la pequeña senda que corre junto a la casa, sombreada y tranquila, una niñita estaba sollozando desgarradoramente, como sólo los niños pueden hacerlo. Tendría cinco o seis años, y era pequeña para su edad. Estaba sentada en el suelo, con las lágrimas derramándose por sus mejillas. Él se sentó a su lado y le preguntó qué le había sucedido, pero ella no podía hablar, el llanto le quitaba toda la respiración. Debían haberla golpeado, o tal vez se había roto su juguete favorito o le habían negado, mediante palabras duras, algo que deseaba.

Apareció la madre, sacudió a la niña y la introdujo en la casa. A él apenas si lo miró, porque eran extraños el uno para el otro. Unos días después, mientras él paseaba por la misma senda, la niña salió de la casa y, toda sonriente, caminó con él por un cor-

to trecho. La madre debió seguramente haberle dado permiso para acompañar a un desconocido. Él paseaba frecuentemente por esa senda sombreada, y la niña saldría a saludarlo junto con su hermano y una hermanita. ¿Olvidarán ellos alguna vez sus heridas y sus pesares, o poco a poco se fabricarán escapes y resistencias? La conservación de esas heridas psicológicas parece constituir la naturaleza de los seres humanos, y es por esto que sus acciones resultan distorsionadas. ¿Puede la mente humana no ser lastimada ni herida jamás? No ser lastimado es ser inocente. Si uno no está lastimado, naturalmente no lastimará a otro. ¿Es esto posible? La cultura en que vivimos, de hecho ocasiona heridas profundas en la mente y el corazón. El ruido y la polución, la agresión y la competencia, la violencia y la educación –todas estas cosas y muchas otras contribuyen a la agonía humana–. Sin embargo, tenemos que vivir en este mundo de brutalidad y resistencia: somos el mundo y el mundo es lo que somos. ¿Qué cosa es la que se siente lastimada? La imagen que cada uno se ha fabricado de sí mismo, eso es lo que se siente lastimado. Extrañamente, estas imágenes son las mismas en todo el mundo, con algunas modificaciones. La esencia de la imagen que uno tiene, es la misma que la del hombre que se encuentra a miles de kilómetros de distancia. De modo que uno es ese hombre o mujer. Las heridas propias son las heridas de otros miles: uno es el otro.

¿Es posible no ser lastimados jamás? Donde existe una herida, no hay amor. Si uno se halla lastimado, el amor es entonces mero placer. Cuando uno descubre por sí mismo la belleza de no ser lastimado jamás, sólo entonces desaparecen realmente las heridas pasadas. En la plenitud del presente, el pasado ha perdido su carga.

Él nunca ha sido lastimado pese a las muchas cosas que le sucedieron, halagos e injurias, amenazas y seguridad. No es que él fuera insensible o inconsciente; no tenía una imagen de sí mismo, ni conclusión ni ideología alguna. La imagen es resistencia, y cuando ésta no existe hay vulnerabilidad pero no hay heridas psicológicas. Uno no puede buscar ser vulnerable, altamente sensi-

ble, porque aquello que se busca y encuentra, es otra forma de la misma imagen. Se trata de comprender este movimiento total, no sólo verbalmente, sino que es necesario hacerlo con un discernimiento directo e instantáneo. Darse cuenta de su estructura íntegra sin reserva alguna. Ver la verdad de todo ello es el fin del constructor de la imagen.

La laguna estaba desbordándose y mostraba miles de reflejos. Se tornó oscura y los cielos se abrieron.

22, Septiembre, 1973

Una mujer estaba cantando en la casa vecina; tenía una voz maravillosa y los pocos que la escuchaban se hallaban fascinados. El sol se ponía entre los mangos y las palmeras, intenso en verdes y dorados. Ella cantaba ciertos cantos devocionales y la voz se volvía cada vez más exquisita y dulce. Escuchar es un arte. Cuando escuchamos alguna música clásica occidental o a esta mujer sentada en el piso, puede ocurrir que nos sintamos románticos o que haya recuerdos de cosas pasadas o que el pensamiento con sus asociaciones cambie nuestra disposición de ánimo o que haya insinuaciones del futuro. O puede ser que uno escuche sin ningún movimiento del pensar, desde la quietud completa, desde el silencio total.

Escuchar al propio pensamiento, o al mirlo posado en una rama, o escuchar lo que se está diciendo sin que haya una sola respuesta del pensamiento, da origen a una significación por completo diferente de la que produce el movimiento del pensar. Éste es el arte de escuchar, de escuchar con atención total; entonces no existe un centro que esté escuchando.

El silencio de las montañas tiene una profundidad que no tienen los valles. Cada uno posee su propio silencio; el silencio que hay entre las nubes y que existe entre los árboles, tienen una diferencia inmensa. El silencio entre dos pensamientos es intemporal; el silencio del placer y el del miedo son tangibles. El silencio

artificial que puede fabricar el pensamiento, es muerte; el silencio entre ruidos es ausencia de ruido pero no es el silencio, tal como la ausencia de guerra no es la paz. El sombrío silencio de una catedral, del templo, es un silencio de siglos y belleza especialmente construido por el hombre. Está el silencio del pasado y el del futuro, el silencio del museo y el del cementerio. Pero todo esto no es el silencio.

El hombre había permanecido sentado, inmóvil, a la orilla del hermoso río; estuvo ahí por más de una hora. Vendría al mismo lugar todas las mañanas, recién bañado, y cantaría en sánscrito por algún tiempo, y al cabo de un rato quedaría perdido en sus pensamientos sin que pareciera importarle el sol, al menos no el sol de la mañana. Un día vino y empezó a hablar acerca de la meditación. No pertenecía a ninguna escuela de meditación; las consideraba inservibles, sin ninguna significación real. El hombre estaba solo, era célibe y hacía mucho tiempo que había desechado las costumbres del mundo. Había controlado sus deseos y moldeado sus pensamientos; vivía una vida solitaria. No era áspero ni presumido ni indiferente. Estas cosas estaban olvidadas desde hacía ya algunos años. La meditación y la realidad constituían su vida. Mientras él hablaba y buscaba a tientas las palabras correctas, el sol se iba poniendo y un profundo silencio descendía sobre nosotros. El hombre cesó de hablar. Después de un rato, cuando las estrellas se encontraban muy cerca de la tierra, dijo: «Éste es el silencio que yo he estado buscando en todas partes, en los libros, entre los maestros y dentro de mí mismo. He encontrado muchas cosas, pero no esto. Vino sin que lo buscara, sin que lo invitara. ¿He desperdiciado mi vida en cosas que carecen de importancia? Usted no se imagina por las que he pasado, los ayunos, los sacrificios y las prácticas. Llegué a ver la futilidad de eso hace mucho tiempo, pero jamás di con este silencio. ¿Qué debo hacer para permanecer en él, para conservarlo, para retenerlo en mi corazón? Supongo que usted dirá, "no haga nada ya que uno no puede invitarlo". Pero, ¿he de seguir vagando por este país, con esta repetición, con este control? Sentado aquí soy

consciente de este silencio sagrado; a través de él contemplo las estrellas, aquellos árboles, el río. Aunque veo y siento todo esto, no estoy realmente ahí. Como dijo usted el otro día, el observador es lo observado. Ahora veo lo que eso significa. La bendición que buscaba no es para que uno la encuentre mediante búsqueda alguna. Ya es tiempo de que me vaya».

El río se tornó oscuro y las estrellas se reflejaban en sus aguas cerca de las márgenes. Poco a poco los ruidos del día iban llegando a su fin y comenzaban los suaves sonidos de la noche. Uno observaba las estrellas y la tierra en sombras, y el mundo estaba muy lejos. La belleza, que es amor, parecía descender sobre la tierra y todas sus cosas.

23, Septiembre, 1973

Estaba de pie, solo, en la margen baja del río; no era un río muy ancho y él podía ver algunas personas en la otra orilla. Si éstas hubieran hablado en voz más alta, casi habría alcanzado a escucharlas. En la estación de las lluvias el río se encuentra con las aguas abiertas del mar. Había estado lloviendo por varios días, y el río se había abierto paso entre las arenas hacia el mar que lo esperaba. Con las lluvias copiosas estaría otra vez limpio y uno podría nadar seguro en él. El río era lo suficientemente ancho como para contener una isla larga y estrecha, con verdes arbustos, unos pocos árboles bajos y una pequeña palmera. Cuando las aguas no eran demasiado profundas, el ganado las cruzaba para apacentar en la isla. Era un río agradable y amistoso, especialmente en esa mañana.

Estaba de pie ahí sin nadie en los alrededores, solo, libre y distante. Tendría catorce años o menos. Ellos lo habían encontrado a él y a su hermano muy recientemente, y ya lo rodeaba toda la agitación y la súbita importancia que le habían asignado.* Era

* Krishnamurti escribe aquí acerca de su propia niñez en Adyar, cerca de Madrás.

el centro del respeto y la devoción, y en los años venideros estaría a la cabeza de organizaciones y grandes propiedades. Todo eso y la disolución de esas organizaciones, todavía estaba por venir. De pie ahí, solo, perdido y extrañamente lejano, era su primer y perdurable recuerdo de aquellos días con sus acontecimientos. Él no recuerda su infancia, las escuelas y los castigos. Años más tarde, el mismo maestro que lo lastimaba, le contó que acostumbraba a apalearlo prácticamente todos los días; él solía llorar y lo dejaban afuera, en el balcón, hasta que la escuela se cerraba y el maestro venía a pedirle que se fuera a su casa; de lo contrario, hubiera seguido ahí olvidado en el balcón. Según le dijo este hombre, lo apaleaba porque él no podía escuchar ni recordar nada de lo que había leído o le habían enseñado. Más tarde, el maestro no podía creer que ese niño fuera el hombre que había pronunciado la plática que acababa de escuchar. Estaba sumamente sorprendido e innecesariamente respetuoso.

Todos aquellos años pasaron sin dejar cicatrices ni recuerdos en su mente; sus amistades, sus afectos, aun esos años con quienes lo habían maltratado –de algún modo ninguno de estos eventos, amable o brutal, ha dejado huellas en él–. En años recientes, un escritor le preguntó si podía rememorar todos aquellos sucesos más bien extraños, y el modo en que él y su hermano fueron descubiertos y los otros acontecimientos, y cuando él contestó que no podía recordarlos y sólo podía repetir lo que otros le habían contado, el hombre, con un ademán despectivo, declaró que eso era pretexto y simulación. Pero él nunca había bloqueado conscientemente ningún suceso, agradable o desagradable, impidiendo que penetrara en su mente. Los acontecimientos venían, no dejaban huella alguna y morían.

La conciencia es su contenido; el contenido constituye la conciencia. Ambos son indivisibles. No existen el yo y el tú, sólo el contenido que estructura la conciencia como el «yo» y el «no-yo». Los contenidos varían según la cultura, las acumulaciones raciales, las técnicas y capacidades adquiridas. Éstas se fragmentan como «el artista», «el científico», y así sucesivamente. Las

idiosincrasias son las respuestas del condicionamiento, y el condicionamiento es el factor común del hombre. Este condicionamiento es el contenido, la conciencia. Ésta, a su vez, es dividida como lo consciente y lo oculto. Lo oculto se vuelve importante porque nunca hemos mirado la conciencia como un todo. Esta fragmentación se produce cuando el observador no es lo observado, cuando el experimentador es visto como diferente de la experiencia. Lo oculto es como lo manifiesto. La observación –escuchar lo manifiesto– es ver lo oculto. Ver no es analizar. En el análisis están el analizador y lo analizado, una fragmentación que conduce a la inacción, a la parálisis. En el ver no existe el observador, y así la acción es instantánea; no hay intervalo alguno entre la idea y la acción. La idea, la conclusión, es el observador –el veedor separado de la cosa que es vista–. La identificación es un acto del pensamiento, y el pensamiento es fragmentación.

La isla, el río y el mar siguen todavía ahí, y también las palmeras y los edificios. El sol surge por entre las masas de nubes apretadas que se remontan a los cielos. Con sólo un taparrabo los pescadores estaban arrojando sus redes para pescar algunos míseros pececillos. La pobreza que se acepta de mala gana, es una degradación. Tarde en el anochecer era agradable estar entre los mangos y las flores perfumadas. ¡Qué bella es la tierra!

24, Septiembre, 1973

Una nueva conciencia y una moralidad totalmente nueva son indispensables para producir un cambio radical en la actual cultura y en la estructura social. Esto es obvio; sin embargo, las izquierdas y las derechas y los revolucionarios parecen pasarlo por alto. Cualquier dogma, cualquier fórmula, cualquier ideología forma parte de la vieja conciencia; son las fabricaciones del pensamiento, cuya actividad implica fragmentación –la izquierda, la derecha, el centro–. Esta actividad conducirá inevitablemente a matanzas de derecha o de izquierda, o al totalitarismo. Esto es lo

que ocurre alrededor de nosotros. Uno ve la necesidad del cambio social, económico y moral, pero las respuestas provienen de la vieja conciencia donde el pensamiento es el actor principal. La confusión, el desorden y la desdicha que los seres humanos llevan en sí, están dentro del área de la vieja conciencia y, sin cambiar eso profundamente, toda actividad humana, política, económica o religiosa, sólo nos conducirá a destruirnos unos a otros y a la destrucción de la tierra. Esto es igualmente obvio para toda persona cuerda y razonable.

Uno debe ser luz para sí mismo; esa luz es la ley. No existe otra ley. Todas las otras leyes son hechas por el pensamiento y, en consecuencia, son fragmentarias y contradictorias. Ser luz para uno mismo es no seguir la luz de otro, por razonable, lógica, histórica o convincente que sea. Uno no puede ser luz para sí mismo si se encuentra en la oscura sombra de la autoridad, del dogma, de la conclusión. La moralidad no la produce el pensamiento; no es el resultado de presiones ambientales; no pertenece al ayer, a la tradición. La moralidad es hija del amor, y el amor no es deseo y placer. El goce sexual o sensorio no es amor.

Alto en las montañas era difícil que hubiera pájaros; se veía algunos cuervos, uno que otro venado y, ocasionalmente, algún oso. Las enormes sequoias, silenciosas, estaban en todas partes y convertían en enanos a los demás árboles. Era una región magnífica y completamente apacible porque la caza estaba prohibida. Cada animal, cada árbol, cada flor estaban protegidos. Sentado bajo una de esas macizas sequoias, uno percibía intensamente la historia del hombre y la belleza de la tierra. Una ardilla roja con aspecto de bien alimentada, pasó elegantemente junto a uno y se detuvo a pocos pies de distancia, vigilando y preguntándose qué hacía uno allí. La tierra estaba reseca pese a que cerca había un arroyo. No se movía una hoja, y entre los árboles reinaba la belleza del silencio. Al avanzar lentamente por el estrecho sendero, a la vuelta de un recodo había una osa con cuatro cachorros que tenían el tamaño de gatos grandes. Corrieron presurosos para trepar a los árboles mientras la madre se enfrentaba con uno sin ha-

cer un solo movimiento, sin un solo sonido. Nos separaban unos cincuenta pies; era un animal enorme, de color pardo, y se hallaban preparado. Uno le volvió inmediatamente la espalda y se alejó. Cada cual comprendió que no había temor ni intención de hacer daño, pero igualmente se alegró uno de encontrarse entre los protectores árboles, con las ardillas y los reñidores grajos.

La libertad consiste en ser luz para uno mismo; entonces la libertad no es una abstracción, una cosa invocada por el pensamiento. La verdadera libertad lo es con respecto a la dependencia, al apego, al anhelo de experiencias. Ser luz para uno es estar libre de toda la estructura del pensamiento. Es en esta luz que toda acción tiene lugar, y por eso la acción jamás es contradictoria. La contradicción existe cuando esa ley –la luz– se separa de la acción, cuando el actor está separado de la acción. El ideal, el principio, es el estéril movimiento del pensar, el cual no puede coexistir con esta luz; el uno niega a la otra. Esta luz, esta ley, está separada de uno mismo; donde hay un observador, esta luz, este amor no existe. La estructura del observador está construida por el pensamiento, que nunca es nuevo, que nunca es libre. No hay un «cómo», no hay sistema ni práctica alguna. Sólo existe el ver –que es el hacer–. Uno tiene que ver, no a través de los ojos de otra persona Esta luz, esta ley, no es pertenencia de nadie, ni de uno mismo ni de algún otro. Sólo existe la luz. Esta luz es amor.

25, Septiembre, 1973

Él miraba por la ventana las verdes colinas onduladas y el oscuro bosque, iluminados por el sol matinal. Era una bella y agradable mañana, había nubes magníficas más allá del bosque, nubes blancas con perfiles ondulantes. No es extraño que los antiguos dijeran que los dioses tenían su morada entre las nubes y las montañas. Por todas partes se veían estas nubes enormes contra un cielo azul y deslumbrante. Él no tenía un solo pensa-

miento y sólo estaba contemplando la belleza del mundo. Debe de haber estado junto a esa ventana por un tiempo, y entonces ocurrió algo; ocurrió inesperadamente, sin invitación. Uno no puede invitar ni desear tales cosas, sea consciente o inconscientemente. Todo pareció replegarse y dejar espacio solamente a aquello, lo innominable, lo que no puede encontrarse en ningún templo, iglesia o mezquita, ni en página impresa alguna. Uno no lo encontrará en ninguna parte, y cualquier cosa que pueda encontrar, no será aquello.

Con muchas personas en esa inmensa estructura que está cerca del Golden Horn (Estambul), él se hallaba sentado junto a un mendigo que vestía harapos desgarrados. Con la cabeza agachada, éste musitaba alguna plegaria. Un hombre comenzó a cantar en árabe. Tenía una voz espléndida; toda la cúpula y el gran edificio se llenaban con esa voz que parecía estremecer la construcción. Tenía un efecto extraño sobre todos los que allí se encontraban; ellos escuchaban las palabras y la voz con un gran respeto, y al propio tiempo estaban hechizados. Él era un extraño entre todos ellos; lo miraban y luego lo olvidaban. La inmensa sala estaba llena y pronto se produjo un silencio; ellos ejecutaron su ritual y, uno a uno, fueron saliendo. Sólo quedaron él y el mendigo; luego, el mendigo también se fue. La gran cúpula estaba silenciosa y el edificio quedó vacío, el ruido de la vida estaba muy lejos.

Si uno pasea alguna vez solo en lo alto de las montañas, entre las rocas y los pinos, habiéndolo dejado todo muy abajo en el valle, cuando no se escucha un solo susurro entre los árboles y todo pensamiento se ha ido marchitando, entonces es posible que «lo otro» *(the otherness)* venga a uno. Si lo retenemos, ello jamás volverá; lo que uno retiene es el recuerdo de algo que ha muerto y desaparecido. Lo que se retiene no es lo real; el corazón y la mente son demasiado pequeños, sólo pueden contener las vanas cosas del pensamiento. Y uno se aleja más del valle, mucho más, dejándolo todo allá abajo. Después puede volver y recobrarlo si lo desea, pero esas cosas habrán perdido ya su importancia. Uno jamás volverá a ser el mismo.

Hampshire, Inglaterra

Después de un largo ascenso de varias horas que lo llevó más allá de la línea que demarcan los árboles, él se encontraba ahí, entre las rocas y el silencio que sólo tienen las montañas; se veían unos pocos pinos deformados. No había viento y todo estaba completamente quieto. Mientras regresaba, avanzando de roca en roca, oyó de pronto el sonido de una cascabel, y saltó. La serpiente, corpulenta y casi negra, estaba a unos pocos pasos de distancia. Enroscada, con el cascabel en medio de la espiral, se hallaba lista para atacar. La cabeza triangular, la lengua bífida oscilando hacia dentro y fuera, con sus agudos y oscuros ojos vigilantes, se la veía dispuesta para el ataque si él se hubiera aproximado. Durante toda esa media hora o más, sin hacer un solo guiño, lo miraba fijamente con sus ojos sin párpados. Desenroscándose lentamente, mientras mantenía la cabeza y la cola dirigidas hacia él, comenzó a alejarse tomando la forma de una «U», y cuando él hizo un movimiento de aproximación, se enroscó al instante lista para atacar. Jugaron este juego durante un rato; la serpiente se estaba cansando y él dejó que ella prosiguiera su camino. Era una cosa realmente aterradora, corpulenta y mortífera.

Uno debe estar solo con los árboles, las praderas y los torrentes. Jamás está uno solo si carga con las cosas del pensamiento, con sus imágenes y problemas. La mente no debe estar llena con las rocas y nubes de la tierra; tiene que hallarse vacía, como el vaso nuevo recién hecho. Entonces podrá uno ver algo en su totalidad, algo que nunca ha sido. Si «uno» está ahí, no puede verlo; para verlo debe uno morir. Uno puede pensar que es la cosa más importante del mundo, pero no lo es; puede tener todas las cosas que el pensamiento ha producido, pero son cosas viejas, usadas y empiezan a desmoronarse.

El valle estaba inesperadamente fresco y, cerca de las chozas, las ardillas se hallaban aguardando sus nueces. Estaban habituadas a que se las alimentara diariamente en la mesa dentro de las cabañas. Eran muy amigables, y si uno no llegaba a tiempo comenzaban con su regaño mientras los grajos esperaban afuera ruidosamente.

27, Septiembre, 1973

Era un templo en ruinas, con sus largos corredores descubiertos, sus portones, las estatuas decapitadas y los atrios desiertos. Se había convertido en santuario para pájaros, monos, loros y palomas. Algunas de aquellas estatuas eran todavía imponentes en su belleza; tenían una serena dignidad. Todo el lugar se hallaba sorprendentemente limpio, y uno podía sentarse en el suelo para observar a los monos y a los pájaros parlanchines. Alguna vez, hace muchísimos años, el templo debió haber sido un lugar floreciente con miles de adoradores, con guirnaldas, incienso y plegarias. La atmósfera de aquello aún persistía –las esperanzas de esas personas, sus temores y su reverencia–. El santuario sagrado había muerto mucho tiempo atrás. En estos momentos los monos se estaban perdiendo de vista a medida que aumentaba el calor, pero los loros y las palomas tenían sus nidos en los agujeros y grietas de los altos muros. Este antiguo templo en ruinas se hallaba demasiado lejos de los pobladores de la aldea como para que ellos continuaran destruyéndolo. De llegar hasta él, hubieran profanado el vacío.

La religión se ha convertido en superstición y adoración de imágenes, en creencia y ritual. Ha perdido la belleza de la verdad; el incienso ha ocupado el sitio de la realidad. En vez de la percepción directa, está en su lugar la imagen tallada por la mano o la mente. El único y verdadero interés de la religión es la transformación total del hombre. Y todo el circo que se desarrolla en torno a la religión es un desatino. Por eso es que la verdad no puede encontrarse en ningún templo, iglesia ni mezquita, por hermosos que sean. La belleza de la verdad y la belleza del mármol son dos cosas diferentes. Una abre la puerta a lo inconmensurable, y la otra aprisiona al hombre; una conduce a la libertad, y la otra es la esclavitud del pensamiento. El romanticismo y el sentimentalismo niegan la verdadera naturaleza de la religión, que tampoco es un juguete del intelecto. El conocimiento en el área de la acción, es necesario para que uno funcione con efi-

ciencia y objetividad, pero el conocimiento no es el medio para la transformación del hombre; el conocimiento es la estructura del pensamiento, y éste es la monótona repetición de lo conocido, por modificado y ampliado que esté. No hay libertad por los caminos del pensamiento, de lo conocido.

La larga serpiente yacía muy quieta, paralela al reborde seco de los arrozales, voluptuosamente verde y brillante bajo el sol matinal. Tal vez se hallaba descansando o acechaba a alguna rana descuidada. Las ranas se enviaban por entonces a Europa para ser comidas como una exquisitez. La serpiente era larga, amarillenta y se mantenía inmóvil; tenía casi el color de la tierra reseca y resultaba difícil distinguirla, pero la luz del día se reflejaba en sus oscuros ojos. La única cosa que se movía, hacia dentro y fuera, era su negra lengua. La serpiente no podía advertir la presencia del observador que se hallaba un poco detrás de su cabeza.

La muerte estaba en todas partes esa mañana. Uno podía escucharla en la aldea –los grandes llantos mientras el cuerpo era transportado envuelto en un lienzo; un milano se abatía velozmente sobre un pájaro; algún animal estaba siendo muerto y se oían sus lamentos agónicos–. Ello era así día tras día; la muerte siempre está en todas partes, como el dolor.

La belleza de la verdad y sus sutilezas no se encuentran en las creencias ni en el dogma; nunca están donde el hombre pueda encontrarlas, porque no existe un sendero que conduzca a esa belleza, que no es un punto fijo, un refugio protector. Ella tiene su propia delicadeza, y su amor no puede ser medido ni puede uno retenerlo, experimentarlo. No tiene un valor comercial que pueda usarse y descartarse. Está ahí cuando la mente y el corazón se encuentran vacíos de las cosas del pensamiento. El monje o el pobre no están cerca de la verdad, y tampoco lo está el rico; ni el intelectual ni el hombre talentoso pueden tocarla. Quien dice que conoce la verdad, jamás se ha acercado a ella. Estar muy lejos del mundo implica, tarde o temprano, vivirla.

Esa mañana los papagayos chillaban revoloteando en torno al tamarindo; su inquieta actividad, el ir y venir, empiezan muy

temprano. Se veían como rayas brillantes de color verde con fuertes picos rojos. Nunca parecían volar en línea recta, siempre lo hacían zigzagueando y chillando mientras volaban. Ocasionalmente, venían a detenerse en el parapeto del balcón; entonces uno podía observarlos, pero no por mucho tiempo porque volvían a irse con su extravagante y ruidoso vuelo. El único enemigo que tienen parece ser el hombre, que los encierra en jaulas.

28, Septiembre, 1973

El enorme perro acababa de matar una cabra; lo habían castigado severamente y lo habían atado, y ahora estaba gimiendo y ladrando. La casa se encontraba rodeada por un alto muro, pero de algún modo la cabra había logrado penetrar y el perro la cazó y la mató. El dueño de la casa indemnizó al de la cabra con palabras y dinero. Era una casa grande rodeada de árboles, y el césped nunca estaba completamente verde por más que lo regaran. El sol era cruelmente intenso y todas las flores y arbustos tenían que ser regados dos veces al día; la tierra era pobre y el calor diurno casi marchitaba la vegetación. Pero los árboles se habían desarrollado alcanzando un gran tamaño, y daban una sombra confortable a la cual podía uno sentarse temprano en la mañana cuando el sol se encontraba todavía detrás de los árboles. Era un buen lugar si uno quería sentarse quietamente y abandonarse a la meditación, pero no si uno deseaba soñar despierto o perderse en alguna ilusión satisfactoria. Esas sombras eran demasiado severas, demasiado exigentes, porque todo el lugar estaba entregado a esa clase de quieta contemplación. Uno podría complacerse en amables fantasías, pero pronto habría de descubrir que el lugar no invitaba a las imágenes del pensamiento.

Sentado, con un lienzo que le cubría la cabeza, sollozaba; su mujer acababa de morir. Él no deseaba que sus hijos vieran sus lágrimas; ellos también estaban llorando, sin comprender en absoluto lo que había sucedido. Madre de muchos hijos, había esta-

do sintiéndose mal, y últimamente había caído muy enferma; el padre se sentaba a la cabecera de la cama y parecía no moverse de ahí. Y un día, después de algunas ceremonias, se llevaron a la madre. La casa había quedado extrañamente vacía sin el perfume que la madre le había dado, y ya nunca fue la misma casa, porque ahora reinaba en ella el dolor. El padre lo sabía; los niños habían perdido a alguien para siempre, pero hasta ahora no habían conocido el significado del dolor.

El dolor está siempre ahí, no podemos meramente olvidarlo, no podemos encubrirlo mediante alguna forma de entretenimiento –religioso o de otra clase–. Podremos escapar de él, pero siempre estará ahí para encontrarnos nuevamente. Uno podrá entregarse a alguna clase de culto, o abandonarse a alguna creencia consoladora, pero el dolor aparecerá otra vez sin que se le invite. El florecimiento del dolor es amargura, cinismo o algún comportamiento neurótico. Puede volverlo a uno agresivo, violento y desagradable en el modo de conducirse, pero el dolor estará ahí en nuestro corazón, esperando y acechando. Hagamos lo que hagamos, no podemos escapar de él. El amor que conocemos, termina en el dolor; el dolor es tiempo, el dolor es pensamiento.

Derriban el árbol y no derramamos una lágrima; matan un animal para nuestro gusto; la tierra es destruida para nuestro placer; nos educan para matar, destruir –el hombre contra el hombre–. La nueva tecnología y las máquinas están reemplazando los pesados trabajos del hombre, pero no podemos acabar con el dolor mediante las cosas que ha producido el pensamiento. El amor no es placer.

Ella vino desesperada en su dolor; hablaba expresando a borbotones todas las cosas por las que había pasado, la muerte, las insensateces de los hijos con su dedicación a la política, con sus divorcios, sus frustraciones, su amargura, y la completa inutilidad de una vida carente de sentido. Ella ya no era joven; en su juventud se había divertido, había tenido un interés pasajero por la política, un poco por la economía y, más o menos, había llevado la clase de vida que casi todos llevan. Su marido había muerto re-

cientemente y todo el dolor parecía abatirse sobre ella. Se tranquilizó mientras hablábamos.

«Cualquier movimiento del pensar es la profundización del dolor. El pensamiento con sus recuerdos, con sus imágenes de placer y dolor, con su soledad y sus lágrimas, con su autocompasión y sus remordimientos, es el terreno donde arraiga el dolor. Escuche lo que se está diciendo. Simplemente preste atención –no a los ecos del pasado, no a la superación del dolor o al modo de escapar de su tortura– escuche con el corazón, con todo su ser lo que ahora se está diciendo. Su dependencia y apego han preparado el suelo para su dolor. Al descuidar el estudio de sí misma y la belleza que ello trae consigo, ha estado alimentando su dolor; todas sus actividades egocéntricas la han conducido a este dolor. Simplemente escuche lo que se está diciendo; permanezca con el dolor, no se aleje de él. Cualquier movimiento del pensar es el fortalecimiento del dolor. El pensamiento no es amor. En el amor no existe el dolor.»

29, Septiembre, 1973

Las lluvias estaban llegando a su término y el horizonte ondulaba con nubes doradas y blancas; hinchadas por el viento, se remontaban al cielo verdeazul. Todas las hojas de todos los arbustos lucían lavadas y limpias, relumbrantes bajo el sol mañanero. Era una mañana deliciosa, la tierra se regocijaba y parecía haber una bendición en el aire. Desde esa habitación situada en los altos, podía verse el mar azul, el río que fluía hacia su interior, las palmeras y los mangos. La respiración se detenía ante la maravilla de la tierra y la inmensa configuración de las nubes. Era muy temprano, había mucha quietud y el ruido aún no había comenzado; escaso tráfico cruzaba el puente, tan sólo una larga fila de carretas de bueyes cargadas con heno. Años después llegarían los autobuses con su bullicio y su polución de la atmósfera. Era una bella mañana, una mañana plena de dicha y poesía.

Los dos hermanos eran conducidos en un automóvil hacia un pueblo próximo para que visitaran al padre, a quien no habían visto por cerca de quince años o más. Debían marchar a pie una corta distancia por un camino muy mal conservado. Llegaron hasta un estanque, un depósito de agua que tenía en todos sus costados escalones de piedra, los que conducían hacia abajo, donde estaba el agua pura. En un extremo había un templete que tenía en su cúspide una pequeña torre cuadrada y más bien angosta; alrededor de la misma se veían muchas imágenes de piedra. En la galería del templo que dominaba el gran estanque, había unas cuantas personas absolutamente inmóviles como esas imágenes de la torre, y se hallaban entregadas a la meditación. Más allá del agua, justo detrás de algunas casas, se encontraba la casa donde vivía el padre. Éste salió cuando los dos hermanos se aproximaron, y ellos lo saludaron prosternándose completamente y torando sus pies. Eran tímidos y esperaron que él hablara, como era la costumbre.

Antes de pronunciar una palabra, entró él en casa para lavarse los pies, porque los muchachos los habían tocado. Era un brahamín muy ortodoxo, y nadie podía tocarlo excepto otro brahamín, y sus dos hijos se habían contaminado por haberse mezclado con otros que no eran de su clase y por haber comido alimentos cocinados por no-brahamines. Por lo tanto, él lavó sus pies y se sentó en el piso, no demasiado cerca de sus contaminados hijos. Hablaron por un tiempo, y se acercaba la hora de la comida. Él lo despidió porque no podía comer con ellos ya que habían dejado de ser brahamines. Él debía de sentir afecto por ellos, porque después de todo eran sus hijos a quienes no había visto por tantos años. Si la madre de ellos hubiera estado viva, podría haberles servido de comer, pero seguramente no habría comido con sus hijos. Ambos, padre y madre, deben de haber sentido un afecto profundo por sus hijos, pero la ortodoxia y la tradición prohíben cualquier contacto físico con los mismos. La tradición es muy fuerte, más fuerte que el amor.

La tradición de la guerra es más fuerte que el amor; la tradi-

ción de matar para comer y matar al que llamamos enemigo, niega la sensibilidad y el afecto humanos; la tradición de largas jornadas de trabajo engendra una eficiente crueldad; la tradición del matrimonio pronto se convierte en esclavitud; las tradiciones del rico y del pobre los mantienen apartados uno de otro. Cada profesión tiene su tradición propia, su propia élite que genera envidia y enemistad. Las ceremonias tradicionales y los rituales que, por todo el mundo, se profesan en los lugares del culto, han separado al hombre del hombre, y las palabras y los gestos no tienen ningún sentido. Un millar de ayeres, por plenos y hermosos que puedan ser, niegan el amor.

Se cruza por un raquítico puente, al otro lado de una corriente fangosa que se une al río grande y ancho; y se llega entonces a un villorio de casas de adobe. Hay gran cantidad de niños gritando y jugando; las personas mayores se encuentran en los campos o se dedican a la pesca o al trabajo en la ciudad cercana. En una pequeña habitación oscura, la ventana es una abertura en el muro; las moscas no penetraban en esta oscuridad. Hacía fresco ahí adentro. En ese pequeño espacio había un tejedor con un gran telar; no sabía leer pero, habiendo sido educado a su manera, era cortés y estaba totalmente absorto en sus labores. Sacó del telar una tela exquisita, con bellos diseños en oro y plata. Cualquiera fuera el color del lienzo o de la seda, él podía tejer, dentro de los dibujos tradicionales, lo más fino y mejor. Había nacido para esa tradición; era pequeño, gentil y estaba ansioso por demostrar su maravilloso talento. Uno lo contemplaba, veía asombrado y con amor en el corazón, cómo de los hilos de seda producía la más fina de las telas. La pieza tejida tenía una gran belleza, nacida de la tradición.

30, Septiembre, 1973

Era una larga serpiente amarillenta que cruzaba el camino bajo una higuera de Bengala. Él volvía de un prolongado paseo cuando vio a la serpiente. La siguió desde muy cerca hasta un montículo de

tierra; vio cómo escudriñaba el interior de cada agujero, completamente ajena a la presencia de él, aunque estaba casi encima de ella. Era más bien gruesa y tenía un gran bulto en medio de su largo cuerpo. Los aldeanos, de camino a sus casas, habían cesado de hablar y observaban; uno de ellos nos advirtió que se trataba de una cobra y que sería mejor andarse con cuidado. La cobra desapareció dentro de un agujero y él reanudó su camino. Retornó al otro día intentando ver a la cobra nuevamente en el mismo sitio. No había ninguna serpiente ahí, pero los aldeanos habían puesto un pote chato de leche, algunas caléndulas, una piedra grande con unas cuantas cenizas encima y unas pocas flores más, Ese lugar se había vuelto sagrado, y ya todos los días habría flores nuevas; todos los aldeanos de los alrededores sabían que ese sitio se había vuelto sagrado. Unos meses más tarde él regresó a aquel lugar; había leche fresca, flores recién cortadas, y la piedra había sido decorada nuevamente. Y la higuera de Bengala estaba un poco más vieja.

El templo dominaba el Mediterráneo azul; se hallaba en ruinas y sólo quedaban las columnas de mármol. Fue destruido en una guerra pero seguía siendo un santuario sagrado. Una tarde, con el sol iluminando los mármoles, mientras se encontraba uno solo, percibió la atmósfera sagrada; no había alrededor visitantes que perturbaran con su charla interminable. Las columnas se estaban tornando de oro puro y el mar lejano se veía intensamente azul. Preservada y guardada bajo llave estaba ahí la estatua de la diosa; era permitido verla solamente a horas determinadas y así estaba perdiendo ella la belleza de lo sagrado. El mar azul permanecía inmutable.

Era una encantadora casita de campo, con un césped que había sido apisonado, segado y escardado por más de un año. Todo el lugar se hallaba bien cuidado, era próspero y alegre; detrás de la casa había un pequeño huerto; era un bello lugar, con un arroyo apacible y silencioso que corría junto a él. La puerta se abrió y la sujetaron con una escultura del Buda que fue colocada en su sitio de un puntapié. El dueño de casa no tenía conciencia alguna de lo que estaba haciendo; para él, era un tope de puerta. Uno se

preguntó si aquel hombre hubiera hecho lo mismo con una estatua que reverenciara él, porque se trataba de un cristiano. La gente niega las cosas sagradas de los otros, pero conserva las propias; las creencias de otro son supersticiones, pero las de uno mismo son razonables y reales. ¿Qué es lo sagrado?

Según dijo, había recogido el objeto en una playa; era una pieza de madera lavada por el mar, con la forma de una cabeza humana. Estaba hecha de madera dura y había sido moldeada por las aguas y pulida por muchas estaciones. Él la había traído a la casa colocándola sobre la repisa de la chimenea,; la contemplaba de cuando en cuando y admiraba lo que había hecho. Un día le puso alrededor algunas flores, y después eso se repitió cotidianamente. Se sentía incómodo si no había flores frescas todos los días; y, poco a poco, ese trozo de madera moldeada se volvió una cosa importante en su vida. No habría permitido que nadie la tocara excepto él mismo (los demás podrían profanarla); antes de tocarla, se lavaba las manos. La cosa se había convertido en algo santo, sagrado, y solamente él era el alto sacerdote de ella; la representaba; ella le enseñaba cosas que él jamás hubiera sabido por sí mismo. Su vida se había llenado con eso y, según decía, era inexpresablemente feliz.

¿Qué es lo sagrado? No las cosas hechas por la mente o por la mano o por el mar. El símbolo nunca es lo real; la palabra hierba no es la hierba del campo; la palabra dios no es dios. La palabra jamás contiene lo total, por ingeniosa que sea la descripción. La palabra «sagrado» no tiene por sí misma significado alguno; se vuelve sagrada únicamente en su relación con algo, ilusorio o real. Lo real no son las palabras de la mente; la realidad, la verdad no puede ser tocada por el pensamiento. Donde está el percibir, no está la verdad. El pensador y el pensamiento deben llegar a su fin para que la verdad sea. Entonces, «lo que es», es lo sagrado –ese antiguo mármol con el sol dorado sobre él, esa serpiente y el aldeano–. Donde no hay amor, nada es sagrado. El amor es totalidad; en el amor no existe la fragmentación.

Hampshire, Inglaterra

2, Octubre, 1973

La conciencia es su contenido; el contenido es la conciencia. Toda acción es fragmentaria cuando está fragmentado el contenido de la conciencia. Esta actividad engendra conflicto, desdicha y confusión; entonces el dolor es inevitable.

A esa altura, uno podía ver desde el aire los verdes campos, cada uno por separado del otro en forma, tamaño y color. Un torrente bajaba para encontrarse con el mar; mucho más allá estaban las montañas cubiertas de espesa nieve. Por todo el país se veían desparramadas grandes ciudades y pueblos; sobre las colinas había castillos, iglesias y casas, y más lejos estaban los vastos desiertos de color pardo, dorado y blanco. Después aparecía nuevamente el mar azul y más tierras con densos bosques. El país entero era rico y bello.

Él paseaba por ahí esperando poder encontrarse con un tigre, y lo encontró. Los lugareños habían venido a contarle a su posadero que en la noche pasada un tigre había matado a una ternera, y que regresaría esa noche para matar otra vez. ¿Querrían ellos verlo? Construirían una plataforma en lo alto de un árbol y desde ahí podría uno ver al gran asesino; atarían también una cabra al árbol para estar seguros de que el tigre vendría. Él les explicó que no le agradaría ver que mataran a una cabra para su placer. Así que el asunto fue abandonado. Pero en ese mismo anochecer, cuando el sol descendía tras de una ondulada colina, el posadero quiso dar un paseo en automóvil con la esperanza de que, por casualidad, pudieran ver al tigre que había matado a la ternera. Viajaron adentrándose unas cuantas millas en el bosque; oscureció totalmente y, con los faros delanteros encendidos, iniciaron el regreso. Habían perdido toda esperanza de ver al tigre mientras regresaban. Pero justo cuando tomaban una curva, ahí estaba el tigre, sentado sobre sus cuartos traseros en medio del camino, enorme, rayado, con los ojos brillantes a la luz de los faros. El automóvil se detuvo y el animal vino hacia ellos gruñendo, y los gruñidos estremecían el auto; era sorprendentemente grande y su

larga cola, negra en la punta, se movía lentamente de un lado a otro. Se le veía fascinado. La ventanilla fue abierta y el tigre pasó gruñendo; él sacó la mano para acariciar esa inmensa energía selvática, pero el posadero tiró apresuradamente de su brazo; más tarde le explicó que el tigre pudo habérselo arrancado. Era un animal magnífico, pleno de majestad y poder.

Por todo ese país había tiranos que le negaban al hombre la libertad, ideólogos que moldeaban su mente, sacerdotes con sus siglos de tradición y creencia esclavizando al hombre; políticos que con sus inacabables promesas estaban generando corrupción y divisiones. Por todas partes el hombre está atrapado en el conflicto incesante, en el dolor y en las deslumbradoras luces del placer. Todo es tan completamente insensato: el dolor, los esfuerzos y las palabras de los filósofos. Muerte, infelicidad, afán, lucha permanente del hombre contra el hombre.

Esta compleja variedad, modificada por cambios dentro del patrón placer-dolor, constituye el contenido de la conciencia humana, moldeado y condicionado por la cultura en la que ésta se ha nutrido, con sus presiones religiosas y económicas. La libertad no se encuentra dentro de los límites de una conciencia semejante; lo que se acepta como libertad es, en realidad, una prisión que se ha hecho soportable en cierto modo gracias al avance de la tecnología. En esta prisión hay guerras, guerras que la ciencia y el lucro han hecho cada vez más destructivas. La libertad no se halla en el cambio de unas prisiones por otras, ni en el cambio de gurus con su absurda autoridad. La autoridad no trae consigo la cordura del orden. Por el contrario, engendra desorden, y en este suelo es donde crece y prospera la autoridad. La libertad no está fragmentada. Una mente no-fragmentada, una mente total, es una mente en libertad. Ella «no sabe» que es libre; lo sabido, lo conocido está dentro del área del tiempo –el pasado, a través del presente, hacia el futuro–. Todo movimiento es tiempo, y el tiempo no es un factor de libertad. La libertad de optar es negación de la libertad; la opción existe solamente donde hay confusión. La claridad de percepción, el discernimiento directo, es li-

bertad con respecto al dolor de la opción. La luz de la libertad es el orden total. Este orden no es hijo del pensamiento, porque toda actividad del pensamiento implica el cultivo de la fragmentación. El amor no es un fragmento del pensamiento, del placer. La percepción de este hecho es inteligencia. El amor y la inteligencia son inseparables, y de ello fluye la acción que no engendra dolor. El orden es la base fundamental de esa acción.

3, Octubre, 1973

Tan temprano en la mañana hacía bastante frío en el aeropuerto; el sol acababa de asomar. Todos estaban muy arropados y los pobres cargadores tiritaban; se oía el ruido habitual en un aeropuerto, el rugido de los jets, las charlas estridentes, las despedidas y el despegue. El avión estaba atestado de turistas, hombres de negocios y otros que se dirigían a la ciudad santa, a la suciedad y apiñamiento humano. Pronto la inmensa cadena de los Himalayas se puso rosada al sol de la mañana; estuvimos volando hacia el sudeste y por centenares de millas estos inmensos picos parecían colgar en el aire, bellos y majestuosos. El pasajero del asiento contiguo estaba sumergido en un periódico; al otro lado del pasillo había una mujer que se concentraba en su rosario; los turistas hablaban ruidosamente tomándose fotos entre ellos y fotografiando las montañas distantes; todos estaban ocupados en sus cosas y no tenían tiempo para observar la maravilla de la tierra y su serpenteante río sagrado, en la sutil belleza de esas inmensas cumbres que se estaban tornando rosadas.

Más lejos, al fondo del pasillo, había un hombre a quien se le estaban rindiendo considerables muestras de respeto; no era joven, parecía tener el rostro de una persona instruida, era rápido de movimientos y estaba pulcramente vestido. Uno se preguntaba si alguna vez habría visto la verdadera gloria de esas montañas. Pronto se levantó y vino hacia el pasajero del asiento contiguo; le pidió cortésmente cambiar de lugar con él. Se sentó,

presentándose, y preguntó si podía mantener una conversación con nosotros. Hablaba en inglés con cierta vacilación, eligiendo las palabras cuidadosamente porque este idioma no le era demasiado familiar; tenía una voz suave y clara y sus maneras eran agradables. Comenzó diciendo que se sentía muy afortunado por estar viajando en el mismo avión y por tener esta conversación.

«Por supuesto, he oído hablar de usted desde mi juventud y sólo el otro día escuché su última plática acerca de la meditación y el observador. Soy un estudioso, un pandit, y practico mi propio tipo de meditación y disciplina.»

Las montañas se alejaban hacia el este y debajo de nosotros el río trazaba diseños amplios y acogedores.

«Usted dijo que el observador es lo observado, que el meditador es la meditación, y que sólo hay meditación cuando el observador está ausente. Me gustaría ser instruido al respecto. Para mí, la meditación ha consistido en el control del pensamiento fijando la mente en lo absoluto.»

El controlador es lo controlado, ¿no es así? El pensamiento es su pensamiento; sin las palabras, sin imágenes ni pensamientos, ¿hay un pensador? El experimentador es la experiencia; sin experiencia no existe el experimentador. El controlador del pensamiento está hecho de pensamiento; es uno de los fragmentos del pensamiento, llámelo como quiera llamarlo; el agente externo, por sublime que sea, sigue siendo un producto del pensamiento; la actividad del pensamiento es siempre exterior y origina fragmentación.

«¿Puede la vida vivirse de algún modo sin control? Ésta es la esencia de la disciplina.»

Cuando se ve como un hecho absoluto, como una verdad, que el controlador es lo controlado, surge entonces una clase por completo diferente de energía que transforma lo que es. El controlador jamás puede transformar lo que es; puede controlarlo, reprimirlo, modificarlo o escapar de ello, pero nunca puede ir más allá y por encima de ello. La vida puede y debe ser vivida sin control alguno. Una vida controlada nunca es cuerda, sana; engendra inacabable conflicto, desdicha y confusión.

«Éste es un concepto totalmente nuevo.»

Si se me permite señalarlo, esto no es una abstracción, una fórmula. Solamente existe lo que es. El dolor no es una abstracción; uno puede extraer de él una conclusión, un concepto, una estructura verbal, pero eso no será «lo que es», el dolor. Las ideologías carecen de realidad; sólo existe lo que es. Jamás puede transformarse lo que es, cuando el observador se separa de lo observado.

«¿Es ésta su experiencia directa?»

Sería algo completamente vano y estúpido si se tratara meramente de estructuras verbales del pensamiento; hablar de cosas así sería hipocresía.

«Me hubiera gustado descubrir gracias a usted, qué es la meditación, pero ahora no hay tiempo, ya que vamos a aterrizar.»

Había guirnaldas cuando llegamos, y el cielo invernal era intensamente azul.

4, Octubre, 1973

Cuando era un muchacho, acostumbraba él a sentarse bajo un gran árbol que estaba cerca de un estanque donde crecían flores de loto; éstas eran de color rosa y tenían un aroma muy intenso. Desde la sombra de ese espacioso árbol, observaba él las delgadas culebras verdes y los camaleones, las ranas y las serpientes acuáticas. Su hermano, junto con otros, solía venir para llevárselo a la casa.*

Era un sitio agradable aquel bajo el árbol, con el río y el estanque. Parecía haber tanto espacio, y dentro de éste el árbol creaba su espacio propio. Todas las cosas necesitan espacio. Todos esos pájaros en los alambres del telégrafo, posándose tan igualmente espaciados en un tranquilo atardecer, formaban el espacio para los cielos.

* Al igual que en otras partes de este libro, Krishnamurti está describiendo su propia infancia.

Los dos hermanos acostumbraban sentarse con muchos otros en la habitación de las pinturas; había un canto en sánscrito y después completo silencio; era la meditación del anochecer. El hermano más joven solía dormirse hecho un ovillo y despertaba solamente cuando los otros se levantaban para irse. La habitación no era demasiado grande, y encerradas entre sus paredes estaban las pinturas, las imágenes sagradas. Dentro de los estrechos confines de un templo o una iglesia, el hombre da forma al vasto movimiento del espacio. Es igual en todas partes; en la mezquita ello es retenido en las elegantes líneas de las palabras. El amor tiene necesidad de un gran espacio.

A ese estanque venían a veces culebras y, en ocasiones, la gente; había escalones de piedra por los que se descendía hacia el agua donde florecían los lotos. El espacio que crea el pensamiento es mensurable y, en consecuencia, es limitado; su producto son las culturas y las religiones. Pero la mente se halla repleta con el pensamiento y está hecha de pensamiento; su conciencia es la estructura del pensamiento, y dentro de esa mente hay muy poco espacio. Pero este espacio es el movimiento del tiempo, de aquí hasta allá, desde su centro hacia sus límites exteriores de conciencia, estrechándose o expandiéndose. El espacio que el centro crea para sí mismo, es su propia prisión. Sus relaciones provienen de este espacio reducido, pero para vivir es indispensable que haya espacio; el espacio de la mente niega el vivir. La vida dentro de los estrechos confines del centro es conflicto, angustia y dolor –y eso no es vivir.

El espacio, la distancia entre uno y el árbol, es la palabra, el conocimiento, que es tiempo. El tiempo es el observador, quien crea la distancia entre él mismo y los árboles, entre él y lo que es. Sin el observador cesa la distancia. La identificación con los árboles, con otra persona o con una fórmula, es la acción del pensamiento en su deseo de protección, de seguridad. La distancia lo es desde un punto a otro, y para alcanzar ese punto es necesario el tiempo; la distancia existe solamente cuando hay una dirección, interna o externa. El observador produce una separación,

una distancia entre él y lo que es; de esta separación se desarrollan el conflicto y el dolor. La transformación de lo que es, ocurre solamente cuando no hay separación ni tiempo entre el que ve y lo visto. En el amor no hay distancia.

El hermano murió, y no había movimiento en ninguna dirección que lo alejara del dolor. Este no-movimiento es el cese del tiempo. El río comenzaba entre los cerros y las verdes sombras, y con un bramido penetraba en el mar y los horizontes infinitos. Los hombres viven en compartimientos con gavetas, y carecen de espacio: son violentos, brutales, agresivos y dañinos; se separan y se destruyen unos a otros. El río es la tierra y la tierra es el río; ninguno de ellos puede existir sin el otro.

Las palabras no tienen fin, pero la comunicación es verbal y no verbal. Escuchar lo verbal, la palabra, es una cosa, y escuchar lo no verbal es otra; lo uno es irrelevante, superficial y conduce a la inacción; lo otro es acción no fragmentaria, es el florecimiento de la bondad. Las palabras nos han provisto de bellas paredes, pero no de espacio. Los recuerdos, la imaginación, son la agonía del placer, y el amor no es placer.

La larga y delgada culebra verde estaba ahí esa mañana; era delicada y se hallaba ahí casi entre las hojas verdes; se quedaría allí, inmóvil, esperando y vigilando. Se veía la gran cabeza del camaleón; yacía a lo largo de una rama y cambiaba sus colores con bastante frecuencia.

6, Octubre, 1973

Hay un árbol solitario en un terreno que ocupa un acre completo; es un árbol viejo y sumamente respetado por todos los otros árboles del cerro. En su soledad domina el ruidoso torrente, las colinas y la cabaña que está al otro lado del puente de madera. Uno lo admira al pasar junto a él, pero al regresar lo contempla de una manera más pausada; su tronco es muy amplio y está profundamente incrustado en la tierra; es sólido e indestructible.

Sus ramas son largas, oscuras y curvadas; tienen sombra abundante. En los anocheceres se recoge dentro de sí mismo, inabordable; pero mientras dura la luz del día es accesible y acogedor. Está íntegro, jamás ha sido tocado por el hacha o la sierra. En un día soleado, uno se sentaba debajo del árbol y sentía su venerable ancianidad; y por estar a solas con él, percibía uno la profundidad y belleza de la vida.

El viejo aldeano pasó cansadamente junto a uno, que se hallaba sentado en un puente contemplando la puesta del sol; el hombre estaba casi ciego y rengueaba, llevando un atado en una mano y un palo en la otra. Era uno de esos atardeceres en que los colores del crepúsculo se reflejaban en cada roca, árbol y arbusto; la hierba y los campos parecían tener su propia luz interior. El sol acababa de ponerse detrás de un cerro redondeado, y en medio de estos extravagantes colores apareció la estrella vespertina. El aldeano se detuvo frente a uno y miró esos asombrosos colores y nos miró. Permanecieron mirándose el uno al otro y, sin pronunciar una palabra, el aldeano reanudó su penosa marcha. En esa comunicación hubo afecto, delicadeza y respeto, no el necio respeto sino el de los hombres religiosos. En ese instante, todo tiempo y pensamiento habían dejado de existir. Esos dos seres eran totalmente religiosos, no contaminados por la creencia, la imagen, las palabras o la pobreza. A menudo pasaron el uno junto al otro en ese camino entre los pedregosos cerros, y cada vez que se miraban, había el júbilo de la percepción, del discernimiento total.

Venía, acompañado de su mujer, desde el templo que está al otro lado del camino. Ambos estaban silenciosos, profundamente impresionados por los cantos y el culto. Aconteció que uno caminaba detrás de ellos y captó el sentimiento de su reverencia, la fuerza de su determinación para llevar una vida religiosa. Pero eso moriría pronto, a medida que se vieran envueltos en la responsabilidad para con sus hijos, quienes vinieron corriendo hacia ellos. Él tenía alguna clase de profesión, en la que probablemente era muy capaz, porque poseía una casa grande. El peso de la

existencia lo arrastraría consigo y, aunque concurriera al templo con frecuencia, la batalla proseguiría inevitablemente.

La palabra no es la cosa; la imagen, el símbolo, no son lo real. La realidad, la verdad no es una palabra. Ponerla en palabras es destruirla; y su lugar es ocupado por la ilusión. El intelecto puede rechazar toda la estructura de la ideología, de la creencia con todos sus atavíos y el poder que las acompaña, pero la razón puede justificar cualquier creencia, cualquier ideación. La razón es el orden del pensamiento, y el pensamiento es la respuesta de lo externo. Y debido a que es lo externo, el pensamiento fabrica lo interno. Ningún hombre puede vivir solamente con lo externo, y entonces lo interno llega a ser una necesidad. Esta división es el terreno donde tiene lugar la batalla entre el «yo» y el «no yo». Lo externo es el dios de las religiones y las ideologías; lo interno trata de conformarse a esas imágenes y entonces sobreviene el conflicto.

No existe ni lo externo ni lo interno, sino solamente lo total. El experimentador es lo experimentado. La fragmentación es demencia. Esta totalidad no es meramente una palabra; existe cuando la división como lo externo y lo interno ha cesado por completo. El pensador es el pensamiento.

Mientras uno estaba paseando sin un solo pensamiento, solamente observando sin el observador, percibió súbitamente la presencia de lo sagrado que el pensamiento jamás ha sido capaz de concebir. Uno se detiene, observa los árboles, los pájaros, observa al transeúnte; no es una ilusión ni algo con que la mente se engaña a sí misma. Está ahí, en los ojos de uno, en todo el ser. El color de la mariposa, es la mariposa.

Los colores que el sol había dejado se estaban desvaneciendo y, antes de que cayera la noche, se dejó ver la tímida luna nueva para desaparecer en seguida detrás del cerro.

7, Octubre, 1973

Era una de esas lluvias montañesas que duran tres o cuatro días y traen consigo un tiempo más fresco. La tierra estaba empapada y espesa, y todos los senderos de la montaña se encontraban resbaladizos; pequeños torrentes corrían hacia abajo por las escarpadas laderas, y el trabajo de los terraplenes se había suspendido. Los árboles y las plantaciones de té se hallaban cansados de tanta humedad; no habían tenido sol por más de una semana y estaba haciendo bastante frío. Las montañas de extendían hacia el norte, con su nieve y sus picos gigantes. Los estandartes en torno a los templos colgaban pesados de lluvia; habían perdido su encanto y sus alegres colores ondeando en la brisa. Había truenos y relámpagos, y el sonido retumbaba de valle en valle; una espesa neblina ocultaba los hirientes relámpagos de luz.

A la mañana siguiente, el cielo se veía de un delicado y puro azul, y los grandes picos, silenciosos e intemporales, se hallaban iluminados por el sol del amanecer. Un valle profundo corría entre el pueblo y las altas montañas; estaba lleno de oscura neblina azul. Derecho al frente, destacándose contra la claridad del cielo, se elevaba el segundo pico en altura de los Himalayas. Casi podía tocarse, pero se encontraba a muchas millas de distancia; uno olvidaba la distancia porque estaba ahí en toda su majestad, tan íntegramente puro e inmensurable. Tarde en la mañana había desaparecido oculto por las oscuras nubes que provenían del valle. Sólo en las madrugadas se dejaba ver, y desaparecía pocas horas después. No es de extrañar que los antiguos buscaran a sus dioses en estas montañas, en el trueno y en las nubes. La divinidad de la vida estaba para ellos en la bendición que yacía oculta en estas nieves inaccesibles.

Los discípulos vinieron para invitarnos a visitar a su guru; uno rehusó cortésmente, pero volvieron a menudo esperando que uno cambiara de idea o les aceptara la invitación hasta que se cansaron de insistir. Fue decidido entonces que el guru de ellos vendría con unos cuantos de sus discípulos escogidos.

Era una calle pequeña y ruidosa donde los niños jugaban al críquet; tenían un bate y las estacas eran unos pocos ladrillos sueltos. Con gritos y risas jugaban alegremente todo el tiempo que podían, deteniéndose solamente para dejar pasar un automóvil cuyo conductor respetaba su juego. Jugaban día tras día, y en esa mañana estaban particularmente ruidosos cuando el guru llegó portando una pequeña y pulida estaca.

Algunos de nosotros estábamos sentados en el piso sobre un delgado colchón cuando él entró en la sala, y nos levantamos ofreciéndole el colchón. Se sentó con las piernas cruzadas, poniendo su báculo delante de él; ese pequeño colchón parecía darle una posición de autoridad. Él había encontrado la verdad, la había experimentado; por lo tanto él, que sabía, estaba abriendo la puerta para nosotros. Lo que decía era ley para él y para los otros; uno era meramente un buscador, mientras que él ya había encontrado. Uno podría hallarse perdido en su búsqueda y él le ayudaría a lo largo del camino, pero uno debía obedecer. Tranquilamente, uno respondió que todo el buscar y el encontrar no tenía sentido a menos que la mente estuviera libre de su condicionamiento; que la libertad es el primer y último paso, y que la obediencia a cualquier autoridad en cuestiones de la mente, implica quedar atrapado en la ilusión y en la acción que engendra dolor. Él lo miró a uno con piedad, con preocupación y con un aire de disgusto, como si uno estuviera algo loco. Y después dijo: «Se me ha concedido la más grande y final de las experiencias, y nadie que busque la verdad puede negar eso».

Si la realidad o la verdad es para experimentarse, entonces es sólo una proyección de su propia mente. Lo que experimentamos no es la verdad, sino una creación de nuestra propia mente.

Sus discípulos comenzaron a inquietarse. Los seguidores destruyen a sus maestros y se destruyen a sí mismos. Él se levantó y se fue, seguido por sus discípulos. Los niños continuaban jugando en la calle; alguien había sido puesto fuera de juego y ello fue acompañado por bulliciosos aplausos y vítores.

No hay sendero alguno que conduzca a la verdad, ni histórica

ni religiosamente. La verdad no es para ser experimentada ni descubierta por medio de la dialéctica; no es para ser vista en opiniones y creencias cambiantes. Uno da con ella cuando la mente está libre de todas las cosas que ha engendrado. Aquella cumbre majestuosa es también el milagro de la vida.

8, Octubre, 1973

En esa quieta mañana, los monos estaban por todas partes: en la galería, en el techo y en la copa del mango –toda una tropa de monos; eran de la variedad parduzco castaña y cara rojiza–. Los más pequeños se perseguían unos a otros entre los árboles, no demasiado lejos de sus madres, y el gran macho estaba sentado solo, con un ojo puesto sobre toda la tropa; debían ser unos veinte. Eran bastante destructivos y, a medida que el sol se elevaba, iban desapareciendo lentamente en la espesa selva, lejos de la morada del hombre; el macho era el primero en irse y los otros lo seguían tranquilamente. Después regresaban los papagayos y los cuervos con su habitual gritería que anunciaba su presencia. Había un cuervo que llamaba –o lo que fuere que hacía– con una voz muy áspera, siempre a la misma hora, y mantenía sin cesar ese grito estridente hasta que lo ahuyentaban de ahí. Día tras día habría de repetir esta representación; su graznido penetraba profundamente en la habitación y, de algún modo, todos los otros ruidos parecían cesar. Estos cuervos impiden las disputas violentas entre ellos mismos; son rápidos, muy vigilantes y eficientes en la propia supervivencia. Parece que a los monos no les gustaban ellos. Prometía ser un día hermoso.

Era un hombre delgado, nervudo, con una cabeza bien formada y ojos que habían conocido la risa. Estábamos sentados en un banco desde el cual se dominaba el río, a la sombra de un tamarindo que albergaba a muchos papagayos y a un par de pequeñas lechuzas blancas que se calentaban al sol de la madrugada.

Él dijo: «He gastado muchos años en la meditación, contro-

lando mis pensamientos, ayunando y comiendo una vez al día. Acostumbraba dedicarme al trabajo social pero lo abandoné hace mucho tiempo cuando descubrí que esa labor no resolvía el profundo problema del hombre. Hay muchos otros que prosiguen con tal trabajo, pero eso ya no me incumbe. Lo que se ha vuelto importante para mí es comprender el pleno significado y profundidad de la meditación. Todas las escuelas de meditación abogan por alguna forma de control; yo he practicado diferentes sistemas, pero de algún modo parece que eso no se termina nunca».

El control implica división: el controlador y la cosa que debe ser controlada. Esta división, como toda división, origina conflicto y distorsión en la acción y la conducta. Esta fragmentación es el trabajo del pensamiento: un fragmento –llámelo el controlador, o el nombre que quiera darle– trata de controlar las otras partes. Esta división es artificial y dañina. El controlador es, efectivamente, lo controlado. El pensamiento es fragmentario por su propia naturaleza, y eso causa confusión y sufrimiento. El pensamiento ha dividido al mundo en nacionalidades, en ideologías y en sectas religiosas –las grandes sectas y las pequeñas–. El pensamiento es la respuesta de los recuerdos, la experiencia y el conocimiento almacenado en el cerebro; éste puede funcionar eficientemente, cuerdamente, sólo cuando tiene seguridad y orden. Para sobrevivir físicamente debe protegerse de todos los peligros; la necesidad de supervivencia externa es fácil de entender, pero la supervivencia psicológica es otra cuestión –la supervivencia de la imagen que ha engendrado el pensamiento–. Éste ha dividido la existencia como lo externo y lo interno, y de esta separación surgen el conflicto y el control. Para la supervivencia de lo interno, se vuelven esenciales la creencia, la ideología, los dioses, las nacionalidades, las conclusiones, y esto también origina guerras incalculables, violencia y dolor. El deseo de lo interno por sobrevivir, con sus múltiples imágenes, es una enfermedad, es falta de armonía; el pensamiento es la falta de armonía. Todas sus imágenes, sus ideologías, sus verdades son autocontradictorias y destructivas. El pensamiento ha originado, aparte de sus lo-

gros tecnológicos, caos externo e interno, y placeres que muy pronto se convierten en agonías. Leer todo esto en los hechos de su propia vida cotidiana, escuchar y ver el movimiento del pensar, es la transformación que la meditación trae consigo. Esta transformación no es el «yo» volviéndose un «yo» más grande, sino que es la transformación del contenido de la conciencia; la conciencia *es* su contenido. La conciencia del mundo es su conciencia; usted es el mundo, y el mundo es usted. La meditación es la transformación completa del pensamiento y sus actividades. La armonía no es el fruto del pensamiento; adviene con la percepción de lo total.

La brisa matinal había cesado y no se agitaba una sola hoja; el río se había vuelto completamente silencioso y, a través de su ancha corriente, llegaban los ruidos de la otra orilla. Hasta los papagayos estaban silenciosos.

9, Octubre, 1973

Viajábamos en un tren de trocha angosta que se detenía en casi todas las estaciones, y en el que los vendedores de té y café caliente, de frazadas y frutas, golosinas y juguetes, voceaban sus mercancías. Era prácticamente imposible dormir, y en la mañana todos los pasajeros subieron a un bote que cruzó las poco profundas aguas del mar en dirección a la isla. Allí esperaba un tren para llevarnos a la capital, a través de una verde región de selvas y palmeras, aldeas y plantaciones de té. Era una tierra grata y feliz. Cerca del mar había calor y humedad, pero en los cerros estaban las plantaciones de té, donde hacía fresco y se percibía el simple y puro aroma de los antiguos días. Pero en la ciudad, como en todas las ciudades, reinaba el ruido, la suciedad, la escualidez de la pobreza y la vulgaridad del dinero; en el puerto se veían barcos de todas partes del mundo.

La casa se encontraba en un lugar retirado y había un constante fluir de gente que acudía a saludarlo con guirnaldas y fru-

tas. Cierto día, un hombre le preguntó si le agradaría ver un cachorro de elefante y, naturalmente, fuimos a verlo. Tenía como unas dos semanas de edad, y se nos dijo que la enorme madre lo protegía mucho y estaba nerviosa. El automóvil nos llevó fuera de la ciudad, más allá de la escualidez y la inmundicia, hasta un río de aguas parduscas que tenía una aldea instalada en sus márgenes, rodeada por árboles altos y corpulentos. Allí estaban la gran elefanta oscura y su pequeño. Permanecimos unas cuantas horas hasta que la madre se acostumbró a nuestra presencia; a él se le permitió que entrara y tocara su larga trompa, y que la alimentara con algunas frutas y caña dulce. El sensible extremo de la trompa pedía más, y en su ancha boca penetraron manzanas y plátanos. El cachorro recién nacido estaba parado entre las patas de la madre, moviendo su delgada trompa. Era una réplica en pequeño de su madre. Finalmente, ésta nos permitió que tocáramos a su bebé; la piel de éste no era demasiado rugosa, y su trompa se movía constantemente, mucho más activa que el resto del cuerpo. La madre vigilaba todo el tiempo y el guardián tenía que tranquilizarla de cuando en cuando. Era un bebé muy juguetón.

La mujer entró, profundamente angustiada, en la pequeña habitación. Su hijo había muerto en la guerra: «Yo lo amaba muchísimo, y era mi único hijo; había sido muy bien educado y era una promesa de gran bondad y talento. Lo mataron... ¿Por qué tenía eso que ocurrirnos a él y a mí? Había verdadero afecto y amor entre nosotros. Y tuvo que suceder una cosa tan cruel». Ella sollozaba y parecía no haber fin para sus lágrimas. Tomó la mano de él y al cabo de un rato se tranquilizó lo suficiente como para escuchar.

¡Gastamos tanto dinero en educar a nuestros hijos! Les damos tanto cariño, nos apegamos profundamente a ellos... Ellos llenan nuestras vida solitarias, en ellos encontramos nuestra realización, nuestro sentimiento de continuidad. ¿Por qué se nos educa? ¿Para convertirnos en máquinas tecnológicas? ¿Para qué consumamos nuestros días en el duro trabajo y nos muramos en algún accidente o por una penosa enfermedad? Ésta es la vida que nuestra cul-

tura, nuestra religión nos ha traído. En todo el mundo, esposas o madres están llorando porque la guerra o la enfermedad han reclamado al hijo o al marido. El amor ¿es apego? ¿Es llanto y agonía por la pérdida? ¿Es soledad y dolor? ¿El amor es autocompasión y sufrimiento por la separación? Si usted amaba a su hijo, vería entonces que ningún hijo muriera jamás en una guerra. Han habido miles de guerras, y madres y esposas jamás han negado totalmente los comportamientos que conducen a la guerra. Ustedes llorarán en la agonía y sostendrán, involuntariamente, los sistemas que engendran la guerra. El amor no conoce la violencia.

El hombre explicó por qué se separaba de su mujer: «Nos casamos siendo muy jóvenes, y después de unos cuantos años empezamos a andar mal en muchos aspectos, sexualmente, mentalmente... Parecíamos completamente incompatibles. Nos amábamos, aunque desde un principio y poco a poco, eso se ha ido transformando en odio. La separación se ha vuelto indispensable y los abogados se están encargando de ello».

El placer, ¿es amor? ¿Lo es la insistencia del deseo? ¿Es amor la sensación física? La atracción y sus realizaciones, ¿son el amor? ¿El amor es una mercancía del pensamiento? ¿Es una cosa producida por un accidente de las circunstancias? ¿Es una cuestión de compañerismo, de afabilidad, de amistad? Si cualquiera de estas cosas adquiere prioridad, entonces eso no es amor. El amor es tan final como la muerte.

Hay un sendero que penetra en las altas montañas pasando a través de bosques, praderas y espacios abiertos. Y hay un banco antes de que comience la subida, y en él está sentada una pareja de ancianos mirando hacia abajo el valle iluminado por el sol; vienen con mucha frecuencia. Se sientan sin pronunciar una palabra y contemplan silenciosamente la belleza de la tierra. Están esperando que llegue la muerte. Y el sendero continúa, penetrando en las nieves.

Hampshire, Inglaterra

10, Octubre, 1973

Las lluvias llegaron y se fueron, y las enormes piedras resplandecían al sol de la mañana. Había agua en los lechos secos de los ríos y el suelo se regocijaba nuevamente; la tierra estaba más roja y cada arbusto, cada brizna de hierba estaban más verdes, y en los árboles de raíces profundas aparecían hojas nuevas. El ganado comenzaba a engordar y los aldeanos se veían menos escuálidos. Estos cerros son tan antiguos como la tierra, y los enormes pedruscos parecen haber sido puestos ahí con esmerado equilibrio. Hacia el este hay un cerro que tiene la configuración de una gran plataforma, sobre la cual han construido un templo cuadrado.

Los niños de la aldea caminaban varias millas para aprender a leer y escribir; había aquí una niña pequeña que se dirigía completamente sola y con el rostro radiante, a la escuela de la aldea más próxima, llevando en una mano un libro y en la otra un poco de comida. Cuando nos cruzamos se detuvo, tímida e inquisitiva; si hubiéramos permanecido así por más tiempo habría llegado tarde a su escuela. Los arrozales se veían sorprendentemente verdes. Era una larga, apacible mañana.

Dos cuervos estaban riñendo en lo alto, graznando y destrozándose uno a otro. En el aire no había suficiente apoyo, de manera que bajaron a tierra para seguir peleando. Por el suelo comenzaron a volar plumas y la lucha empezó a ponerse muy seria. De pronto, cerca de una docena de otros cuervos descendió sobre ellos y puso fin a la pelea. Después de una cantidad de graznidos y regaños, desaparecieron todos entre los árboles.

La violencia está en todas partes, tanto entre los altamente educados como entre los más primitivos, entre los intelectuales y entre los sentimentales. Ni la educación ni las religiones organizadas han sido capaces de amansar al hombre; por el contrario, han sido las responsables de las guerras, las torturas, los campos de concentración y la matanza de animales en la tierra y en el mar. Cuanto más progresa, más cruel parece volverse el hombre.

La política se ha convertido en gangsterismo, un grupo contra otro grupo; el nacionalismo nos ha conducido a la guerra; hay guerras económicas, hay odios personales, hay violencia. El hombre no parece aprender nada de la experiencia y el conocimiento, y la violencia prosigue en todas sus formas. ¿Qué lugar ocupa el conocimiento en la transformación del hombre y de su sociedad?

La energía que se ha dedicado a la acumulación de conocimientos, no ha cambiado al hombre, no ha puesto fin a la violencia. La energía que se ha invertido en millares de explicaciones de por qué el hombre es tan agresivo, tan brutal e insensible, no ha puesto fin a su crueldad. La energía que se ha gastado en analizar las causas de su insana destrucción, de su placer en la violencia, de su sadismo, de su pendenciera actividad, en modo alguno ha hecho que el hombre sea más benévolo y considerado. A pesar de todas las palabras y los libros, de las amenazas y los castigos, el hombre continúa con su violencia.

La violencia no está sólo en el matar, en la bomba, en los cambios revolucionarios que se producen mediante derramamientos de sangre; es más profunda y sutil. El conformismo y la imitación son indicaciones de violencia; la imposición y aceptación de la autoridad, indican violencia; la ambición y la competencia son una expresión de esta condición agresiva, de esta crueldad, y la comparación engendra envidia con su animosidad y su odio. Donde hay conflicto, interno o externo, ahí está el terreno para la violencia. La división en todas sus formas trae consigo lucha y sufrimiento.

Todos conocemos esto; hemos leído sobre las acciones de la violencia, las hemos visto en nosotros mismos y alrededor de nosotros, hemos oído mucho al respecto y, no obstante, la violencia no se ha terminado. ¿Por qué? Las explicaciones acerca de las causas de una conducta semejante no tienen real significación. Si nos complacemos en ellas, estamos derrochando la energía que necesitamos a fin de superar la violencia. Necesitamos de toda nuestra energía para enfrentarnos a la energía que se disipa en la

violencia e ir más allá de ella. Controlar la violencia es otra forma de violencia, porque el controlador es lo controlado. En la atención total, que es la suma íntegra de la energía, llega a su fin la violencia en todas sus formas. La atención no es una palabra, no es una fórmula abstracta del pensamiento, sino una acción en la vida cotidiana. La acción no es una ideología, porque si la acción es el resultado de una ideología, conduce a la violencia.

Después de las lluvias, el río pasa alrededor de cada piedra, de cada ciudad y aldea, y por contaminado que se encuentre, se purifica a sí mismo corriendo a través de valles, desfiladeros y praderas.

12, Octubre, 1973

Un guru muy conocido vino a verlo una vez más. Estaban sentados en un hermoso jardín rodeado de muros; el verde césped se hallaba muy bien cuidado; había rosas, guisantes de color, brillantes caléndulas amarillas y otras flores del norte oriental. El muro y los árboles mantenían alejado el ruido de los pocos automóviles que pasaban; el aire estaba impregnado con el perfume de muchas flores. En el anochecer, una familia de chacales solía salir del oculto refugio que tenía bajo un árbol; habían cavado un gran agujero donde la madre tenía a sus tres cachorros. Formaban un grupo de saludable aspecto, y en seguida, después del crepúsculo, la madre salía con ellos manteniéndose cerca de los árboles. Detrás de la casa había basura y más tarde irían a buscarla. También vivía una familia de mangostas; todos los atardeceres, la madre, con su hocico rosado y su larga y gruesa cola, salía del escondite seguida por sus dos gatitos, uno detrás del otro; arrimados al muro, también se dirigían a la parte trasera de la cocina donde algunas veces les dejaban cosas. Ellos mantenían el jardín libre de culebras. Jamás parecían haberse cruzado con los chacales, pero si lo hicieran, se dejarían mutuamente en paz.

El guru había anunciado unos días antes que deseaba hacer

una visita. Llegó, y más tarde vinieron en torrentes sus discípulos. Tocaron sus pies como una señal de gran respeto. Querían también tocar los pies del otro hombre, pero él no quiso que lo hicieran; les explicó que eso era degradante, pero la tradición y la esperanza del cielo eran demasiado fuertes en ellos. El guru no quiso entrar en la casa, ya que había hecho votos de no entrar jamás en un hogar de gente casada. El cielo estaba intensamente azul en esa mañana y las sombras eran largas.

«Usted niega ser un guru, pero es un guru de gurus. Lo he observado desde su juventud, y lo que usted dice es la verdad que muy pocos comprenderán. Para los muchos, nosotros somos necesarios, de otro modo estarían perdidos; nuestra autoridad salva al hombre simple. Nosotros somos los intérpretes. Hemos tenido nuestras experiencias, sabemos. La tradición es un resguardo, son solamente unos pocos los que pueden permanecer solos y ver la realidad desnuda. Usted se encuentra entre los bienaventurados, pero nosotros debemos marchar con la multitud, cantar sus cantos, respetar los nombres sagrados y rociar agua bendita, lo cual no quiere decir que seamos enteramente hipócritas. Ellos necesitan ayuda y nosotros estamos para dársela. ¿Cuál es, si se me permite preguntarlo, la experiencia de esa realidad absoluta?»

Los discípulos estaban yendo y viniendo, sin interés en la conversación e indiferentes a lo que les rodeaba, a la belleza de la flor y del árbol. Unos cuantos de ellos vinieron a sentarse en el pasto para escuchar, esperando no ser demasiado perturbados. Un hombre culto es un hombre descontento con su cultura.

La Realidad no es para ser experimentada. No hay sendero que conduzca a ella y ninguna palabra puede señalarla; no es algo que pueda buscarse y encontrarse. El encontrar después de buscar es la corrupción de la mente. La mera palabra verdad no es la verdad; la descripción no es lo descrito.

«Los antiguos han hablado de sus experiencias, de su bienaventuranza en la meditación, de su superconciencia, de su realidad sagrada. Si a uno le es permitido preguntarlo: ¿Debemos descartar todo esto y el exaltado ejemplo de aquellos seres?»

Cualquier autoridad en la meditación es la negación completa de ésta. Todo el conocimiento, los conceptos, los ejemplos no tienen cabida en la meditación. La completa eliminación del meditador, del experimentador, del pensador, es la esencia misma de la meditación. Esta libertad es el acto cotidiano de la meditación. El observador es el pasado, su terreno es el tiempo, sus pensamientos, sus imágenes, sus proyecciones, están atadas al tiempo. El conocimiento es tiempo, y la liberación respecto del conocimiento es el florecer de la meditación. No existe sistema alguno y, por tanto, no hay dirección alguna hacia la verdad o hacia la belleza de la meditación. Seguir a otro, seguir su ejemplo, sus palabras, es proscribir la verdad. Sólo en el espejo de la relación ve usted realmente el rostro de lo que es. El que ve es lo visto. Sin el orden que la virtud trae consigo, la meditación y las interminables afirmaciones de otros carecen en absoluto de significado alguno; son por completo improcedentes. La verdad no tiene tradición, no puede ser transmitida.

Con el sol, el aroma de los guisantes era muy intenso.

13, Octubre, 1973

Volábamos suavemente a treinta y siete mil pies de altura, y el avión estaba repleto. Habíamos pasado el mar y nos aproximábamos a tierra; ambos, el mar y la tierra, estaban muy debajo de nosotros, los pasajeros nunca parecían dejar de charlar o de beber o de hojear las páginas de una revista; después proyectaron una película. Constituían un grupo muy ruidoso que debía ser alimentado y entretenido; dormían, roncaban y estaban tomados de las manos. Masas de nubes que se extendían de horizonte a horizonte, pronto cubrieron por completo la tierra, el espacio, la profundidad y también el ruido de la charla. Entre la tierra y el avión se veían interminables nubes blancas y arriba estaba el delicado cielo azul. En el asiento junto a la ventanilla uno se hallaba intensamente despierto observando la forma cambiante de las nubes y la blanca luz que se reflejaba sobre ellas.

¿Tiene la conciencia alguna profundidad, o solamente una agitación superficial? El pensamiento puede imaginar su profundidad, puede afirmar que la conciencia es profunda o puede considerar sólo las ondas de la superficie. El pensamiento mismo, ¿tiene alguna profundidad? La conciencia está hecha de su contenido; su contenido es su total limitación. El pensamiento es la actividad de lo externo; en ciertos idiomas, «pensamiento» quiere decir «lo de afuera». La importancia que se le asigna a las capas ocultas de la conciencia sigue estando en la superficie, no tiene profundidad alguna. El pensamiento puede darse a sí mismo un centro –como el «ego», el «yo»– y ese centro no tiene en absoluto ninguna profundidad; las palabras, por aguda y sutilmente que hayan sido elaboradas, no son profundas. El «yo» es una fabricación del pensamiento –en palabra y en identificación–. El «yo» que busca profundidad en la acción, en la existencia, no tiene significado alguno; todos sus intentos de establecer una profundidad en la relación, terminan en las multiplicaciones de sus propias imágenes; el «yo» considera que las sombras de esas imágenes son profundas. Las actividades del pensamiento carecen de profundidad; sus placeres, sus temores, su dolor están en la superficie. La misma palabra «superficie» indica que hay algo debajo, o un gran volumen de agua o muy poca profundidad. Mente superficial y mente profunda, son palabras del pensamiento, y el pensamiento en sí mismo es superficial. El volumen que existe detrás del pensamiento es la experiencia, el conocimiento, la memoria, las cosas que se han ido, las que sólo son para recordarse, las cosas sobre las que se puede o no se puede actuar.

Muy por debajo de nosotros, lejos sobre la tierra, corría un río, enroscándose en amplias curvas entre granjas esparcidas aquí y allá, y en los sinuosos caminos había hormigas que reptaban. Las montañas estaban cubiertas de nieve, y los valles lucían verdes y llenos de sombras profundas. El sol se hallaba directamente frente a nosotros y descendía penetrando en el mar a medida que el avión aterrizaba entre el humo y los ruidos de una ciudad en expansión.

Hampshire, Inglaterra

¿Hay profundidad en la vida, en la existencia? ¿La hay en absoluto? ¿Es superficial toda relación? ¿Alguna vez puede el pensamiento descubrir esto? El pensamiento es el único instrumento que el hombre ha cultivado y agudizado, y cuando este instrumento es negado como medio para comprender la profundidad de la vida, entonces la mente busca otros medios. El llevar una vida superficial, pronto se vuelve fatigoso, aburrido, falto de significación, y de esto emerge la constante persecución del placer, los temores, el conflicto y la violencia. Ver los fragmentos que el pensamiento ha creado y sus actividades, ver eso como una totalidad, es el cese del pensamiento. La percepción de lo total es posible solamente cuando el observador, que es uno de los fragmentos del pensamiento, no se halla activo. Entonces la acción es relación y jamás conduce hacia el conflicto y el dolor.

Sólo el silencio tiene profundidad, como el amor. El silencio no es el movimiento del pensar, ni lo es el amor. Sólo entonces las palabras, las profundas y las superficiales, pierden su significado. No hay medida para el amor, ni la hay para el silencio. Lo que es mensurable, es pensamiento y tiempo –el pensamiento es tiempo–. La medida es necesaria, pero cuando el pensamiento la lleva a la acción y a las relaciones, comienzan entonces el mal y el desorden. El orden no es mensurable, sólo lo es el desorden.

El mar y la casa estaban tranquilos, y tras de ellos los cerros, con las flores silvestres de la primavera, permanecían silenciosos.

*ROMA**

17, Octubre, 1973

Había sido un verano caluroso y seco, con chaparrones ocasionales; el césped estaba poniéndose parco, pero los altos árboles de espeso follaje se veían felices y estaban brotando las flores. La región no había conocido un verano semejante por años y los granjeros se sentían contentos. En las ciudades todo era desagradable, el aire contaminado, el calor y las calles atestadas. Los castaños ya se estaban oscureciendo un poco y los parques se encontraban llenos de gente con niños que gritaban y corrían por todas partes. El campo lucía muy hermoso –siempre hay paz en los campos– y en el río pequeño y angosto con sus cisnes y patos, había encantamiento. El romanticismo y el sentimentalismo estaban encerrados y seguros en las ciudades; y aquí, en lo profundo del campo con sus árboles, praderas y arroyos, había belleza y deleite. Un camino pasa a través del bosque, y todas las hojas, todas las sombras moteadas retienen esa belleza; ella está en cada hoja que se marchita, en cada brizna de hierba. La belleza no es una palabra, una respuesta emocional; no es algo blando que pueda ser moldeado y retorcido por el pensamiento. Cuando la belleza está ahí, cada acción y cada movimiento en todas las formas de la relación es algo total, cuerdo y sagrado. Cuando esa belleza, ese amor no existen, el mundo enloquece.

* Krishnamurti estaba ahora en Roma, y permaneció allí hasta el 29 de octubre.

En la pequeña pantalla, el predicador, con palabras y gestos esmeradamente cultivados, estaba diciendo que él sabía que su salvador, el único salvador, estaba vivo; si no estuviera vivo, no habría entonces esperanza para el mundo. El empuje agresivo de su brazo alejaba cualquier duda, cualquier cuestionamiento, porque él sabía y nosotros debíamos apoyarlo, porque su conocimiento era nuestro conocimiento, nuestra convicción. El movimiento calculado de sus brazos y el manejo de las palabras, era la sustancia y el estímulo para su auditorio, que estaba ahí con la boca abierta, tanto los jóvenes como los viejos, hechizados y adorando la imagen de sus propias mentes. Una guerra acababa justamente de comenzar, y ni el predicador ni sus numerosos oyentes se preocupaban por eso, puesto que las guerras deben proseguir y, además, forman parte de esta cultura nuestra.

En esa misma pantalla, un poco más tarde, mostraron lo que los científicos están haciendo, sus inventos maravillosos, su extraordinario control del espacio, el mundo del mañana, las nuevas y complejas máquinas; las explicaciones de cómo se forman las células, los experimentos que se hacen con los animales, los gusanos y las moscas. El estudio de la conducta de los animales fue cuidadosa y entretenidamente explicado. Con este estudio los profesores podrían comprender mejor el comportamiento humano. Explicaron los remanentes de una antigua cultura: las excavaciones, los vasos, los mosaicos cuidadosamente preservados y los muros en ruinas; el maravilloso mundo del pasado, sus templos, sus glorias. Muchos, muchísimos volúmenes se han escrito acerca de las riquezas, las pinturas, las crueldades y la grandeza del pasado, sus reyes y sus esclavos.

Poco después mostraron la guerra actual que rugía en el desierto y entre las verdes colinas; los enormes tanques, los aviones volando a baja altura y la matanza calculada; los políticos hablando de la paz pero alentando la guerra en ambos países. Mostraron a las mujeres llorando, a los heridos sin esperanza, a los niños agitando banderas y a los sacerdotes entonando bendiciones.

Las lágrimas de la humanidad no han limpiado al hombre de

su deseo de matar. Ninguna religión ha terminado con la guerra; por el contrario, todas las han estimulado, han bendecido los armamentos, han dividido a la gente. Los gobiernos están aislados y aprecian en mucho su aislamiento. Los científicos son sostenidos por los gobiernos. El predicador está perdido en sus palabras e imágenes.

Llorarán, pero educarán a sus hijos para que maten y sean muertos. Aceptan eso como un estilo de vida; su compromiso es con la propia seguridad; ése es el dios de ellos, ése es su dolor. Se preocupan tan esmeradamente por sus hijos, los cuidan con tanta generosidad, pero luego están entusiastamente dispuestos a que los maten. También mostraron en la pantalla a cachorros de focas, con sus ojos enormes, mientras los mataban.

La función de la cultura es transformar al hombre completamente.

En el río, los patos mandarines chapoteaban y se perseguían entre ellos, y las sombras de los árboles se extendían sobre el agua.

18, Octubre, 1973

Existe en sánscrito una larga plegaria por la paz. Fue escrita hace muchos, muchos siglos por alguien para quien la paz era una necesidad absoluta; y tal vez su vida cotidiana tenía sus raíces en ella. Fue escrita antes del rastrero veneno del nacionalismo, antes de la inmortalidad del poder del dinero y de la insistencia en lo mundano que el industrialismo ha originado. La plegaria es para que la paz sea perdurable: «Que haya paz entre los dioses, en el cielo y entre las estrellas; que haya paz sobre la tierra, entre los hombres y los animales de cuatro patas; que no nos hagamos daño; que seamos generosos unos con otros; que podamos tener esa inteligencia que habrá de guiar nuestra vida y acción; que haya paz en nuestra plegaria, en nuestros labios y en nuestros corazones».

En esta paz no hay mención alguna de individualidad; eso venía más adelante. Sólo se alude a «nosotros» –nuestra paz, nuestra inteligencia, nuestro conocimiento, nuestra iluminación–. El sonido de los cantos en sánscrito parece tener un efecto extraño. En un templo, cerca de cincuenta sacerdotes cantaban en sánscrito, y las paredes mismas parecían estar vibrando.

Hay un sendero que pasa a través del campo verde y resplandeciente, del bosque iluminado por el sol, y prosigue más allá. Es difícil que alguien se llegue hasta este bosque pleno de luz y sombras. Es un lugar apacible, tranquilo y retirado. Hay ardillas y, en ocasiones, un ciervo tímido y vigilante pronto a escapar corriendo; las ardillas lo contemplan a uno desde una rama y a veces lo increpan. Este bosque tiene el perfume del verano y el olor de la tierra húmeda. Hay árboles enormes y cargados de musgo; son acogedores y uno percibe la calidez de su bienvenida. Cada vez que uno se sienta ahí y mira a través de las ramas y las hojas el sorprendente cielo azul, esa paz y esa bienvenida están aguardándolo a uno. Éramos varios los que íbamos a través del bosque, pero había soledad y silencio; la gente charlaba, indiferente y ajena a la dignidad y grandeza de los árboles, con los cuales no tenía ninguna relación; por tanto, esas personas probablemente tampoco tenían relación alguna entre ellas.

La relación entre los árboles y uno era completa e instantánea –una relación de amigos–. En consecuencia, uno era el amigo de todos los árboles, arbustos y flores de la tierra. No estaba ahí para destruir, y así, entre ellos y uno había paz.

La paz no es un intervalo entre el fin y el comienzo del conflicto, de la angustia y el dolor. Ningún gobierno puede traer la paz; su paz es la paz de la corrupción y la decadencia; el orden regimentado de un pueblo engendra degeneración, porque ese orden no interesa en todos los pueblos de la tierra. Las tiranías jamás pueden sostener la paz, porque destruyen la libertad; la paz y la libertad marchan juntas. Matar a otro por la paz, es la idiotez propia de las ideologías. Uno no puede comprar la paz; ésta no es la invención de un intelecto; no es algo que pueda adquirirse me-

diante la plegaria o el regateo. La paz no se encuentra en ningún edificio sagrado, en ningún libro, en ninguna persona. Nadie puede conducirnos hacia ella, ningún guru, ningún sacerdote, ningún símbolo.

La paz está en la meditación. La meditación en sí es el movimiento de la paz. No es un fin que pueda ser encontrado; no es algo elaborado por el pensamiento o la palabra. El acto de la meditación es inteligencia. La meditación no es ninguna de esas cosas que se nos han enseñado o que hemos experimentado. Descartar lo que hemos aprendido o experimentado es meditación. La meditación consiste en liberarse del experimentador. Cuando no hay paz en las relaciones, no hay paz en la meditación; ésta es, entonces, un escape hacia la ilusión y los ensueños fantasiosos. La meditación no puede ser demostrada ni descrita. Uno no puede juzgar la paz. La percibirá –si la paz está ahí– a través de las actividades cotidianas, a través del orden, de la virtud que imperen en la propia vida.

Había en esa mañana densas nubes y neblinas; iba a llover. Demoraría unos cuantos días por ver nuevamente el cielo azul. Pero a medida que uno entraba en el bosque, esa paz y esa cálida acogida no disminuían. Eran una paz impenetrable y una quietud total. Las ardillas se escondían y los saltamontes del prado permanecían silenciosos; más allá de los cerros y valles, estaba el inquieto mar.

19, Octubre, 1973

El bosque dormía; el serpenteante sendero que lo atravesaba estaba oscuro y no se percibía el más leve movimiento. El prolongado crepúsculo estaba desapareciendo en esos instantes, y el silencio de la noche cubría la tierra. El pequeño torrente, tan porfiado en su gorgoteo durante el día, iba cediendo a la quietud de la noche que se aproximaba. A través de las pequeñas aberturas entre las hojas se divisaban las estrellas, brillantes y muy cerca-

nas. La oscuridad de la noche es tan necesaria como la luz del día. Los acogedores árboles, recogidos ahora en sí mismos, se mostraban distantes; se encontraban ahí, rodeándolo a uno, pero apartados e inaccesibles; dormían y no había que molestarlos. En esta quieta oscuridad, había un crecer y un florecer que reunía fuerzas para enfrentarse a la vibrante vitalidad del día. La noche y el día son esenciales; ambos dan vida, energía a todas las cosas vivientes. Sólo el hombre la disipa.

El dormir es muy importante; un dormir sin demasiados sueños ni agitación. Mientras dormimos ocurren muchas cosas, tanto en el organismo físico como en el cerebro (la mente es el cerebro); ambos son una sola cosa, un movimiento unitario. Para esta estructura total, el dormir es absolutamente esencial. Durante el sueño adviene el orden, el ajuste de las funciones y se originan percepciones más profundas; cuanto más quieto está el cerebro, tanto más profundo es el discernimiento. El cerebro necesita seguridad y orden para funcionar armoniosamente, sin fricción alguna. La noche se encarga de ello, y durante el dormir tranquilo hay movimientos, hay estados que el pensamiento jamás podrá alcanzar. Los sueños son desorden; deforman la percepción total. Mientras duerme la mente se rejuvenece a sí misma.

Pero suele decirse que los sueños son necesarios, que si uno no soñara podría enloquecer, se afirma que ayudan, que son reveladores. Están los sueños superficiales, que no tienen mucho significado; están los sueños significativos y también existe el estado sin sueños en absoluto. Los sueños son, en sus diferentes formas y símbolos, la expresión de nuestra vida cotidiana. Si no hay armonía, si no hay orden en nuestra vida cotidiana de relación, entonces los sueños son una continuación de ese desorden. Mientras dormimos, el cerebro trata de producir ese orden desde esta confusa contradicción. En esta lucha constante entre el orden y el desorden, el cerebro se desgasta. Pero él debe tener seguridad y orden para poder siquiera funcionar, y así es como llegan a ser necesarias las creencias, las ideologías y demás conceptos neuróticos. Convertir la noche en día es uno de esos hábitos neu-

róticos. La insensatez que se desarrolla en el mundo moderno después del anochecer, es un escape de la rutina y el fastidio del día.

La total percepción del desorden en la relación tanto privada como pública, personal o distante, el darse cuenta, sin opción alguna, de «lo que es» durante las horas conscientes del día, induce orden donde imperaba el desorden. Entonces el cerebro no necesita buscar el orden mientras dormimos. Los sueños son sólo superficiales, sin significación. El orden en la totalidad de la conciencia, no sólo en el nivel «consciente», se produce cuando cesa por completo la división entre el observador y lo observado. Se trasciende «lo que es» cuando el observador –que es el pasado, que es tiempo– llega a su fin. El presente activo, «lo que es», no se halla esclavizado al tiempo, como lo está el observador.

Sólo cuando la mente –el cerebro y el organismo– tiene este orden total durante el sueño, hay una percepción profunda de ese estado inexpresable en palabras, de ese movimiento intemporal. Esto no es ningún sueño fantástico, alguna abstracción de escape. Es la meditación en su expresión máxima y completa. O sea, que el cerebro está activo, despierto o dormido, pero el constante conflicto entre el orden y el desorden, desgasta al cerebro. El orden es la más alta forma de virtud, sensibilidad, inteligencia. Cuando existe esta gran belleza del orden, de la armonía, el cerebro no está incesantemente activo; ciertas partes se encargan de la memoria, pero ésta es una parte muy pequeña; el resto del cerebro se halla libre del ruido de la experiencia. Esa libertad es el orden, la armonía del silencio. Esta libertad y el ruido de la memoria se mueven juntos; la acción de este movimiento es inteligencia. La meditación consiste en estar libre de lo conocido y, no obstante, operar en el campo de lo conocido. No hay un «yo» como operador. Esta meditación se desarrolla tanto en el sueño como en la vigilia.

El sendero salía lentamente del bosque y, de horizonte a horizonte, el cielo se encontraba repleto de estrellas. En los campos nada se movía.

20, Octubre, 1973

Es la cosa viviente más antigua que existe sobre la tierra. Es gigantesco en proporciones, en su altura y en la vastedad del tronco. Entre las otras sequoias, que también son muy viejas, ésta las supera a todas; otros árboles han sido afectados por el fuego, pero éste no tiene huella alguna en él. Ha vivido a través de todas las terribles cosas de la historia, ha pasado por todas las guerras del mundo, por toda la perversidad y el dolor del hombre, por el fuego y el relámpago, por todas las tormentas del tiempo; ha pasado a través de todo eso sin contaminarse, majestuoso y completamente solo, con inmensa dignidad. Han habido incendios, pero las cortezas de estas sequoias fueron capaces de resistirlos y de sobrevivir.

Los bulliciosos turistas no habían arribado todavía, y uno podía estar a solas con este silencio gigante que, cuando uno se sentaba debajo de él, lo veía elevarse hasta los cielos, inmenso e intemporal. Sus años mismos le otorgaban la dignidad del silencio y el retraimiento propios de una edad muy avanzada. Estaba tan silencioso como lo estaba la mente de uno, tan quieto como el propio corazón, viviendo sin la carga del tiempo. Uno percibía la compasión que el tiempo jamás había tocado y la inocencia que nunca había conocido el mal ni el dolor. Uno se sentaba ahí, y el tiempo que pasaba junto a uno nunca habría de regresar. Había inmortalidad, porque la muerte jamás había existido. Nada existía excepto este árbol inmenso, las nubes y la tierra. Uno llegaba hasta ese árbol y se sentaba debajo con él, y cada día y por muchos días fue una bendición de la cual uno era consciente sólo cuando se alejaba de allí. No podía uno volver para pedir más; nunca existía el más, el más estaba muy lejos, abajo en el valle. Debido a que no era un santuario hecho por la mano del hombre, había una insondable santidad que ya nunca más lo dejaría a uno, porque esa santidad no era de «uno».

En la madrugada, cuando el sol no había alcanzado aún las copas de los árboles, el venado y el oso estaban ahí; observamos

a ambos con asombro y con ojos muy abiertos; la tierra nos era común y el miedo estaba ausente. Los grajos azules y las ardillas rojas llegarían pronto; la ardilla era dócil y amigable. Uno guardaba nueces en el bolsillo y ella las tomaba de la mano; cuando la ardilla había tenido ya bastante, los dos grajos bajaban saltando de las ramas y los regaños terminaban. Y comenzaba el día.

En el mundo del placer, la sensualidad se ha vuelto muy importante. El goce es el que ordena, y pronto el hábito del placer toma el mando; aunque ello pueda dañar todo el organismo, el placer domina. El placer de los sentidos, el placer del astuto y sutil pensamiento, el de las palabras y el de las imágenes mentales y manuales, que es la cultura de esta educación, el placer de la violencia y el placer del sexo. El hombre es moldeado para las pautas del placer, y toda existencia, religiosa o de otra clase, es la persecución del placer. Las desenfrenadas exageraciones del placer son el resultado de la conformidad moral e intelectual. Cuando la mente no es libre y no está atenta, la sensualidad se vuelve un factor de corrupción, que es lo que está ocurriendo en el mundo moderno. Dominan el placer del dinero y el del sexo. Cuando el hombre se ha vuelto un ser de segunda mano, su libertad consiste en expresar su sensualidad. El amor es entonces placer y deseo. El entretenimiento organizado, religioso o comercial, contribuye a la inmoralidad social y personal; uno deja de ser responsable. Responder de manera total a cualquier reto, es ser responsable, es estar totalmente comprometido. Esto no puede ser cuando la esencia misma del pensamiento es fragmentaria y la persecución del placer en todas sus formas, obvias y sutiles, es el principal movimiento de la existencia. El placer no es felicidad; la felicidad y el placer son cosas por completo diferentes; una llega sin que se la invite, y la otra se cultiva y alimenta; una adviene cuando el «yo» está ausente, y la otra se halla ligada al tiempo; cuando está una, no está la otra. El placer, el miedo y la violencia marchan juntos; son compañeros inseparables. Aprender de la observación es actuar, el hacer es el ver.

En el atardecer, cuando la oscuridad se aproximaba, los grajos

y las ardillas se habían retirado a dormir. La estrella vespertina acababa de hacerse visible y los ruidos del día y de la memoria habían cesado. Estas sequoias gigantes estaban inmóviles. Continuarán más allá del tiempo. Sólo el hombre muere, y el dolor de ello.

21, Octubre, 1973

Era una noche sin luna y la Cruz del Sur se distinguía nítida sobre las copas de las palmeras. El sol tardaría aún muchas horas en levantarse; en esa tranquila oscuridad todas las estrellas estaban muy cerca de la tierra y brillaban centelleantes; nacían en el río y eran de un azul profundo. La Cruz del Sur se encontraba sola sin ninguna otra estrella alrededor. No corría una brisa y la tierra parecía hallarse inmóvil, fatigada por la actividad del hombre. Prometía ser una hermosa mañana después de las intensas lluvias, y en el cielo no había una sola nube. Orión ya se había puesto y la estrella matutina asomaba a lo lejos en el horizonte. En el bosquecillo, las ranas croaban desde el charco cercano; se quedaban calladas por un rato, despertaban y empezaban de nuevo. El perfume del jazmín se percibía intenso en el aire, y a la distancia alguien estaban cantando. Pero a esa hora había un silencio que suspendía el aliento, y su tierna y delicada belleza se extendía por la tierra. La meditación es el movimiento de ese silencio.

En el jardín rodeado de muros comenzaba el ruido del día. Estaban bañando al pequeño bebé; con extrema solicitud pasaban aceite por cada parte de su cuerpo; un aceite especial para la cabeza y otro para el resto; cada uno de esos aceites tenía su fragancia propia y a ambos los entibiaban previamente. Eso encantaba a la criatura; estaba arrullándose suavemente a sí misma, y su robusto cuerpecillo brillaba con el aceite. Después lo limpiaron con un polvo especial perfumado. El niño no lloró en ningún momento, tanto amor y cuidado parecía dedicársele. Lo secaron

y arroparon tiernamente en un lienzo blanco y limpio, luego lo alimentaron y, cuando lo pusieron en la cama, cayó instantáneamente dormido. Crecería para ser educado, adiestrado en su trabajo, en la aceptación de las tradiciones, de las creencias nuevas o viejas, para tener hijos, para tolerar el sufrimiento y reírse del dolor.

La madre vino un día y preguntó: «¿Qué es el amor? ¿Es cariño, es confianza, es responsabilidad, es el placer entre el hombre y la mujer? ¿Es el dolor del apego y la soledad?».

Está usted criando a su hijo con tanto esmero, con energía infatigable, le entrega su tiempo y su vida. Se siente responsable, quizá sin tener conciencia de ello. Usted lo ama. Pero comenzará el efecto limitador de la educación y lo hará adaptarse al castigo y a la recompensa, lo obligará a encajar en la estructura social. La educación es el medio aceptado para condicionar la mente. ¿Para qué se nos educa? ¿Para trabajar interminablemente y morir? Usted le ha dedicado tiernos cuidados, afecto... Su responsabilidad por el hijo, ¿se termina cuando comienza la educación? ¿Es el amor el que va a enviarlo a la guerra para que lo maten después de tanto cariño y generosidad? Su responsabilidad no termina jamás, lo cual no significa interferir. La libertad es responsabilidad total, no sólo por sus hijos sino por todos los hijos de la tierra. El amor, ¿es apego y el dolor que lo acompaña? El apego engendra sufrimiento, celos, odio. El apego brota y se desarrolla a partir de la propia superficialidad, de la insuficiencia y el aislamiento. El apego brinda una sensación de pertenecer a algo, de identificarse con algo; da un sentimiento de realidad, de ser. Cuando eso se ve amenazado, hay miedo, ira, envidia. ¿Es amor todo esto? El amor, ¿es dolor y pesadumbre? ¿Es placer sensorio? La mayoría de los seres humanos más o menos inteligentes, conocen verbalmente todo esto, que no es demasiado complejo. Pero no se desprenden de ello; convierten estos hechos en ideas y después luchan con los conceptos abstractos. Prefieren vivir con las abstracciones antes que con la realidad, con «lo que es».

El amor está en la negación de lo que no es amor. No le tema a

la palabra negación. Niegue todo lo que no es amor; entonces, lo que es, es compasión. Importa enormemente lo que es usted, porque usted es el mundo y el mundo es usted. Esto es compasión.

Lentamente llegaba el amanecer; en el horizonte, hacia el este, asomaba una tenue luz que se iba expandiendo, y la Cruz del Sur empezaba a desvanecerse. Los árboles sumieron sus contornos familiares, las ranas callaron, la estrella matutina se perdió en medio de la gran luz y principió un nuevo día. El vuelo de los cuervos y las voces del hombre habían empezado, pero las bendiciones de esa madrugada seguían allí.

22, Octubre, 1973

Desde un pequeño bote, en la tranquila y lenta corriente del río, era visible todo el horizonte de norte a sur y de este a oeste; no había un árbol ni una casa que rompieran la línea del horizonte; no se veía flotar una sola nube. Las orillas eran llanas, se prolongaban a ambos lados hacia la tierra firme y contenían al ancho río. Había otros pequeños botes de pescadores; éstos, agazapados en un extremo, sostenían las redes en el exterior; eran hombres que tenían una paciencia enorme. Se unían el cielo y la tierra, y había un espacio inmenso. En este espacio ilimitado tenían su existencia la tierra y todas las cosas, incluso este pequeño bote llevado por la fuerte corriente. Al doblar el recodo del río, los horizontes se extendían inmensurablemente, infinitos hasta donde la vista podía alcanzar. El espacio se volvió inagotable. Tiene que existir este espacio para la belleza y la compasión. Todas las cosas deben tener espacio, las animadas y las inanimadas, la roca en el cerro y el pájaro en el viento. Cuando no hay espacio, lo que hay es muerte. Los pescadores cantaban, y el sonido de su canto venía bajando por el río. El sonido necesita espacio; la palabra correctamente pronunciada crea su propio espacio. El río y el árbol distante sólo pueden sobrevivir cuando tienen espacio; sin espacio, todas las cosas se marchitan y mueren. El río desaparecía

en el horizonte y los pescadores estaban desembarcando. Llegaba la profunda oscuridad de la noche, la tierra descansaba de un fatigoso día y las estrellas brillaban sobre el agua. El vasto espacio se redujo en el interior de una casa con muchas paredes. Aun las grandes casas palaciegas tienen muros que aprisionan y ocultan ese espacio inmenso convirtiéndolo en su espacio propio.

Una pintura debe tener espacio dentro de ella, aunque la pongan en un marco; una estatua sólo puede existir en el espacio; la música crea el espacio que necesita; el sonido de una palabra no sólo crea espacio, lo necesita para ser escuchado. El pensamiento puede imaginar la extensión entre dos puntos, la distancia y la medida; el intervalo entre dos pensamientos es el espacio que forma el pensamiento. La continua extensión del tiempo, el movimiento y el intervalo entre dos movimientos del pensar, necesitan espacio. La conciencia está dentro del movimiento del tiempo y el pensamiento. El pensamiento y el tiempo son mensurables entre dos puntos, entre el centro y la periferia. La conciencia, amplia o estrecha, existe donde hay un centro, el «yo» y el «no yo».

Todas las cosas necesitan espacio. Si las ratas son encerradas en un espacio restringido, se destruyen entre ellas; los pequeños pájaros que se posan al atardecer sobre el alambre del telégrafo, tienen el espacio que necesitan entre uno y otro. Los seres humanos que viven en ciudades atestadas, se están volviendo violentos. Donde falta espacio, externa o internamente, son inevitables todas las formas de la perversión y el deterioro. El condicionamiento de la mente a través de lo que se llama educación, religión, tradición, cultura, deja poco espacio para el florecimiento de la mente y el corazón. La creencia, lo que se experimenta conforme a esa creencia, la opinión, los conceptos, las palabras, son el «yo», el ego, el centro que crea el espacio limitado dentro de cuya frontera se encuentra la conciencia. El «yo» tiene su ser y su actividad dentro del pequeño espacio que ha creado para sí mismo. Todos sus problemas y sufrimientos, sus esperanzas y su desesperación, están dentro de sus propias fronteras, y ahí no hay espacio. Lo conocido ocupa toda su conciencia. La conciencia es

lo conocido. Dentro de esta frontera no hay solución para todos los problemas que los seres humanos han acumulado. Sin embargo, no quieren desprenderse de lo conocido; se aferran a ello o inventan lo desconocido en la esperanza de que resuelva sus problemas. El espacio que el «yo» se ha fabricado, es su dolor y la desdicha del placer. Los dioses no nos dan espacio, porque el espacio de ellos es el nuestro.

Este vasto, inmensurable espacio está más allá de la medida del pensamiento, y el pensamiento es lo conocido. La meditación consiste en vaciar la conciencia de su contenido, lo conocido, el «yo».

Lentamente, los remeros condujeron el bote por el río dormido, y la luz de una casa señalaba la dirección. Había sido un largo atardecer y el crepúsculo dorado, verde y naranja, trazaba un sendero de oro sobre el agua.

24, Octubre, 1973

Hacia abajo, en el valle, se veían las débiles luces de un pequeño pueblo; había oscuridad, y el sendero era pedregoso y accidentado. Las onduladas líneas de los cerros contra el cielo iluminado por las estrellas, estaban profundamente incrustadas en las sombras; un coyote aullaba en alguna parte cerca de allí. El sendero había perdido su familiaridad, y una brisa suavemente perfumada subía desde el valle. Estar solo en esa quietud extraordinaria era escuchar la voz del intenso silencio y su inmensa belleza. Algún animal estaba haciendo ruido entre los arbustos, asustado o tratando de atraer la atención. Ahora ya había oscuridad completa y el mundo de ese valle se volvió profundo en su silencio. El aire nocturno traía olores especiales, una mezcla de todos los arbustos que crecían en los áridos cerros, ese aroma fuerte propio de los arbustos que conocen el sol ardiente. Las lluvias habían cesado muchos meses antes; no llovería otra vez por un largo tiempo y el camino se encontraba reseco, polvoriento y áspero. El gran silencio con su vasto espacio contenía la noche, y

todo movimiento del pensar se aquietaba. La mente misma era el espacio inmensurable, y en esa profunda quietud no había cosa alguna que el pensamiento hubiera fabricado. Ser absolutamente nada, es estar más allá de toda medida. El sendero descendía en pendiente, y un pequeño arroyo decía muchas cosas, encantado con su propia voz. Ese arroyo cruzaba el sendero varias veces, y era un juego en el que ambos se divertían juntos. Las estrellas estaban muy cercanas y algunas miraban hacia abajo desde las cumbres. Las luces del pueblo estaban lejos todavía, y las estrellas iban desapareciendo al otro lado de los altos cerros. Uno estaba ahí, solo, sin palabra alguna, sin ningún pensamiento, únicamente observando y escuchando. El inmenso silencio revelaba que, sin él, la existencia pierde su profundo significado y su belleza. El ser luz para uno mismo, niega toda experiencia. El «uno» que experimenta como el experimentador, necesita de la experiencia para existir y, por profunda o superficial que ésta sea, la necesidad de experiencias se vuelve cada vez mayor. La experiencia es conocimiento, tradición; el experimentador se divide a sí mismo para distinguir entre lo placentero y lo doloroso, entre lo tranquilizador y lo inquietante. El creyente experimenta conforme a su creencia, conforme a su condicionamiento. Estas experiencias proceden de lo conocido, porque el reconocimiento es esencial –sin él la experiencia no existe–. Toda experiencia deja una huella a menos que, tal como surge, se termine. Toda respuesta a un reto es una experiencia, pero cuando la respuesta proviene de lo conocido, el reto pierde su frescura y vitalidad; entonces hay conflicto, desorden y actividad neurótica. La esencia misma del reto es cuestionar, perturbar, despertar, comprender. Pero cuando ese reto se traslada al pasado, uno está eludiendo el presente. La convicción de la experiencia implica negar la investigación. Inteligencia es libertad para inquirir, para investigar el «yo» y el «no yo», lo interno y lo externo. La creencia, las ideologías y la autoridad impiden el discernimiento directo que sólo adviene con la libertad. El deseo de experiencias, de cualquier clase que sean, tiene que ser superficial o sensorio, consolador o

placentero, porque el deseo, por intenso que sea, es el heraldo del pensamiento, y el pensamiento es lo externo. El pensamiento puede fabricar lo interno, pero ello sigue siendo lo externo. El pensamiento jamás descubrirá lo nuevo, porque él es viejo y nunca es libre. La libertad está más allá del pensamiento. Toda la actividad del pensamiento es la negación del amor.

Cuando uno es luz para sí mismo, esa luz es la luz de todos los demás. Ser luz para uno mismo implica que la mente se halla libre del reto y la respuesta, porque entonces la mente está por completo despierta, está totalmente activa. Esta atención no tiene un centro –el «uno» que está atento– y, por tanto, no tiene un límite. Mientras existe un centro, el «yo», tienen que existir el reto y la respuesta adecuada o inadecuada, placentera o dolorosa. El centro jamás puede ser luz para sí mismo; su luz es la luz artificial del pensamiento, y éste tiene muchas sombras. La compasión no es la sombra del pensamiento sino que es luz, luz que no es ni *de* uno mismo ni *de* algún otro.

El sendero penetraba poco a poco en el valle y el río pasaba por el pueblo para unirse al mar. Pero los cerros permanecían inmutables, y el ulular de un búho fue la réplica de otro. Y había espacio para el silencio.

25, Octubre, 1973

Sentado sobre una piedra en un huerto de naranjos, uno veía el valle extenderse y desaparecer en el pliegue de las montañas. Eran las primeras horas de la madrugada y las sombras se alargaban suaves y abiertas. Las codornices llamaban con su agudo reclamo y se oían los arrullos de las palomas torcazas con su delicada, tierna cadencia, un canto triste para horas tan tempranas. El sinsonte, encantado con el mundo, describía en el aire curvas en picada, girando en saltos mortales. Una gran tarántula, pelada y oscura, salió lentamente desde abajo de la piedra, se detuvo, sintió el aire de la mañana y continuó pesadamente su marcha. Los

naranjos estaban dispuestos en largas líneas rectas, acre por acre, con sus frutos brillantes y sus frescos pimpollos –flor y fruto en el mismo árbol y al mismo tiempo–. El aroma de estos pimpollos era suave y penetrante, y con el calor del sol la fragancia se intensificaría volviéndose más insistente. El cielo estaba muy azul y apacible; los cerros y las montañas aún dormían.

Era una hermosa mañana, fresca y pura, con esa belleza extraña que el hombre todavía no ha destruido. Los lagartos habían salido y buscaban un sitio con sol para calentarse. Se extendían a todo lo largo para que el calor tocara sus vientres, mientras sus largas colas volteaban hacia los costados. Era una mañana alegre y la suave luz cubría la tierra y la belleza infinita de la vida. La meditación es la esencia de esta belleza, tanto en la expresión como en el silencio. Si se expresa toma forma, sustancia; silenciosa, no es para ser puesta en palabras, formas o colores. Desde el silencio, la expresión o la acción tienen belleza, son totales, y cesa cualquier lucha o conflicto. Los lagartos regresaban a la sombra, y entre las flores aparecieron las abejas y los colibríes.

Sin pasión no hay creación posible. La total entrega de uno mismo es esta pasión inagotable. La entrega con un motivo es una cosa, y la entrega sin ningún propósito, sin ningún cálculo, es otra. Lo que tiene una finalidad determinada, una dirección, es efímero y se vuelve dañino y comercial, vulgar. Lo otro, lo que no está manejado por causa alguna, por ninguna intención o utilidad, no tiene principio ni fin. En esta entrega total, la mente se vacía del «yo», del «sí mismo». El «yo» puede perderse en alguna actividad, en alguna creencia consoladora, en un sueño extravagante, pero un perderse de esta clase, es la continuidad del yo en otra forma, en la identificación con otra ideología y acción. El abandono del yo no es un acto de la voluntad, porque la voluntad *es* el yo. Cualquier movimiento del yo, horizontal o vertical, en cualquier dirección, sigue estando en el campo del tiempo y del dolor. El pensamiento puede abandonarse a cualquier cosa, cuerda o demente, razonable o necia, pero siendo fragmentario en su propia estructura y naturaleza, su mismo entusiasmo, su excita-

ción, se convierten pronto en placer y temor. En esta área el abandono del yo es ilusorio y tiene muy poco sentido. La lúcida y alerta percepción de todo esto, implica un despertar a las actividades del «sí mismo»; en esta atención no hay un centro, no hay yo. El impulso de expresarse uno a sí mismo por identificación, es el resultado de una existencia confusa y carente de significado. La búsqueda de un significado es el comienzo de la fragmentación; el pensamiento puede darle –y de hecho le da– mil significados a la vida; cada cual inventa sus propios significados, que son meramente opiniones y convicciones para las que no hay fin. El vivir mismo es el significado total, pero cuando la vida es un conflicto, una lucha constante, cuando es el campo de batalla de la ambición, la competencia y el culto del éxito, cuando es la búsqueda de poder y posición, entonces la vida no tiene sentido alguno.

¿Qué necesidad hay de expresarse? La creación, ¿se halla en la cosa que uno produce con la mano o con la mente –por bella o utilitaria que sea?. Esta pasión que surge con el abandono del yo, ¿necesita expresarse? Cuando existe una compulsión, una necesidad, ¿es eso la pasión creativa? En tanto subsiste la división entre el creador y lo creado, cesa la belleza, cesa el amor. Podemos producir la cosa más excelente con el color o con la piedra, pero si nuestra vida cotidiana contradice esa suprema excelencia –el total abandono del yo– eso que hemos producido es para la admiración y la trivialidad. El vivir mismo es el color, la belleza y su expresión. Uno no necesita nada más.

Las sombras estaban perdiendo su distancia y las codornices permanecían silenciosas. Sólo existían las rocas, los árboles con sus flores y frutos, los bellos cerros y la tierra abundante.

29, Octubre, 1973

En el valle de los naranjales, éste en particular estaba muy bien atendido –hilera tras hilera de jóvenes naranjos, fuertes y relucientes bajo el sol–. El suelo era bueno, lo regaban bien, lo abo-

naban, lo cuidaban. Era una mañana hermosa con un cielo azul transparente, el aire era cálido y suavemente agradable. En los arbustos, las codornices alborotaban con sus agudos llamados; un gavilán flotaba inmóvil en el aire, y pronto descendió para posarse en la rama de un naranjo próximo y se durmió. Se encontraba tan cerca que las afiladas garras, las magníficas plumas moteadas y el pico agudo eran claramente visibles; estaba al alcance del brazo. Había ocurrido más temprano en la madrugada, a lo largo de la avenida de las mimosas, y con los pequeños pájaros gritando alarmados. Bajo los arbustos, dos serpientes, con sus oscuros anillos pardos, visibles a todo lo largo de sus cuerpos, se deslizaban enroscándose una alrededor de la otra, y cuando pasaron junto a uno, fueron por completo inconscientes de la presencia humana. Habían estado sobre una repisa en el cobertizo, extendidas, con sus negros ojos brillantes aguardando y vigilando a los ratones. Miraban fijamente y sin parpadear, ya que carecen de párpados. Deben haber permanecido allí durante toda la noche, y ahora se encontraban entre los arbustos. Era su terreno habitual y se les veía frecuentemente; al levantar a una de ellas, ésta se enroscó alrededor del brazo y uno sintió la frialdad del contacto. Todas estas cosas vivientes parecen tener su propio orden, su propia disciplina y sus propios juegos y regocijos.

El materialismo, para el que nada existe sino la materia, es la actividad tenaz y predominante de los seres humanos, tanto de los ricos como de los que no lo son. Hay todo un bloque del mundo que está entregado al materialismo; la estructura de su sociedad se basa en esta fórmula –con todas sus consecuencias–. Los otros bloques también son materialistas, pero aceptan cierta clase de principios idealistas cuando les convienen, y los descartan en el nombre de la racionalidad y la necesidad. Al cambiar el medio, violentamente o de manera gradual, por la revolución o por la evolución, la conducta del hombre se modifica conforme a la cultura en que vive. Existe un antiquísimo conflicto entre aquellos que creen que el hombre es materia, y los que se dedican al espíritu. Esta división es la que tanta desdicha, confusión e ilusiones ha traído al hombre.

El pensamiento es material y su actividad, externa o interna, es materialista. El pensamiento es mensurable, como lo es el tiempo. Dentro de esta área, la conciencia es materia. La conciencia es su contenido; el contenido es la conciencia, ambos son inseparables. El contenido son las muchas cosas que el pensamiento ha acumulado: el pasado modificando el presente que es el futuro, todo lo cual es tiempo. El tiempo es el movimiento dentro del campo que constituye la conciencia en expansión o en contracción. El pensamiento es memoria, experiencia y conocimiento, y esta memoria con sus imágenes y sus sombras, es el «sí mismo», el «yo» y el «no yo», el «nosotros» y el «ellos». La esencia de la división es el «sí mismo» con todos sus atributos y cualidades. El materialismo sólo refuerza y desarrolla al «sí mismo», al «yo». Éste puede identificarse, y de hecho se identifica, con el Estado, con una ideología, con actividades del «no yo» religioso o seglar, pero siempre permanece siendo el yo. Sus creencias son autofabricadas, como lo son sus placeres y temores. El pensamiento, por su misma estructura y naturaleza, es fragmentario, y entre los diversos fragmentos están el conflicto y la guerra, las nacionalidades, las razas y las ideologías. Una humanidad materialista se destruirá a sí misma a menos que el «yo» sea totalmente abandonado. El abandono del «yo» es siempre de importancia fundamental. Y es sólo a partir de esta revolución que puede crearse una sociedad nueva.

El abandono del «yo» es amor, compasión: pasión por todas las cosas –por los que mueren de hambre, por los que sufren, por los que carecen de hogar y por el materialista y el creyente–. El amor no es sentimentalismo o romanticismo; es tan poderoso y terminante como la muerte.

Poco a poco la niebla que venía del mar llegó, como en olas enormes, a los cerros occidentales; se plegaba sobre los cerros, penetraba hacia abajo en el valle y pronto llegaría hasta aquí; el tiempo refrescaría con la ya cercana oscuridad de la noche. No se veían estrellas y había un silencio completo. Este silencio es factual, no es el silencio que el pensamiento ha cultivado y en el cual no hay espacio.

*MALIBÚ**

1, Abril, 1975

Aun tan temprano en la mañana, el sol ardía y quemaba. No corría una brisa y todas las hojas permanecían inmóviles. En el antiguo templo hacía fresco y el ambiente era agradable; los pies desnudos percibían las sólidas placas de piedra, sus configuraciones y asperezas. Muchos miles de personas deben haber caminado sobre ellas por un millar de años. Había oscuridad ahí luego de la luz intensa del sol; en los corredores parecía haber poca gente esa mañana, y el estrecho pasadizo estaba más oscuro todavía. Este pasadizo conducía a un amplio corredor que llevaba hasta un santuario interior. Se sentía un fuerte aroma a flores y a incienso de muchos siglos.

Un centenar de brahamines, recientemente bañados, vestidos con limpios taparrabos blancos, estaban cantando. El sánscrito es un idioma poderoso, resuena con profundidad. Los viejos muros vibraban, casi estremeciéndose con el sonido de las cien voces. La dignidad del sonido era increíble, y lo sagrado del momento estaba más allá de las palabras. No eran las palabras las que despertaban esta inmensidad, sino la profundidad del sonido de muchos miles de años contenido entre estos muros, y el espacio inmensurable que había más allá de ellos. No era el significado de aquellas

* Los siguientes cinco registros en el libro de notas fueron escritos dieciocho meses más tarde en Malibú, California.

palabras, ni la claridad con que las pronunciaba, ni la sombría belleza del templo, sino la cualidad del sonido la que rompía los muros y las limitaciones de la mente humana. El canto de un pájaro, la flauta distante, la brisa entre las hojas, todas estas cosas derrumban los muros que los seres humanos han creado para sí mismos.

En las grandes catedrales y bellas mezquitas, los cánticos y las recitaciones de sus libros sagrados, es el sonido el que abre el corazón a las lágrimas y a la belleza. Sin espacio no hay belleza; sin espacio sólo tenemos muros y medidas; sin espacio no hay profundidad; sin espacio solamente hay pobreza interna y externa. ¡Tenemos tan poco espacio en nuestra mente! Ésta se encuentra atestada, repleta de palabras, recuerdos, conocimientos, experiencias y problemas. Todo ello difícilmente deja espacio alguno, tan sólo el interminable parloteo del pensamiento. Y así es como nuestros museos están llenos y todos los estantes se hallan abarrotados de libros. Entonces llenamos los lugares de entretenimiento, religioso o de cualquier otra clase. O erigimos un muro alrededor de nosotros mismos –un estrecho espacio de daño y dolor–. Sin espacio, interno o externo, nos volvemos desagradables y violentos.

Todo necesita espacio para vivir, para jugar y cantar. Lo sagrado no puede amar sin espacio. No tenemos espacio cuando nos aferramos a las cosas, cuando hay pesadumbre, cuando nos convertimos en el centro del universo. El espacio que ocupamos es el espacio que el pensamiento ha edificado alrededor de nosotros, y eso es desdicha y confusión. El espacio que el pensamiento mide es la división entre el «yo» y el «tú», entre «nosotros» y «ellos». Esta división es dolor que no tiene fin. Ahí está ese árbol solitario en un amplio, verde campo abierto.

2, Abril, 1975

No era una tierra de árboles, praderas, ríos, flores y alegría. Era arenosa, quemada por el sol, con cerros estériles, sin un solo árbol ni arbusto; una tierra de desolación, chamuscada intermi-

nablemente por millas y millas; ni un pájaro se veía, ni siquiera había petróleo con sus torres y llamas de petróleo ardiendo. La conciencia no podía contener tanta desolación, y cada cerro era un espectro de aridez. Por muchas horas volamos sobre esta inmensa vacuidad, y al fin aparecieron cumbres nevadas, bosques y ríos, aldeas y ciudades desparramadas.

Podemos tener una gran cantidad de conocimientos y ser sumamente pobres. Cuanto más pobres somos, mayor es nuestra exigencia de conocimientos. Uno expande su conciencia con grandes variedades de conocimientos, acumulando experiencias y recuerdos y, no obstante, puede seguir siendo sumamente pobre. Es posible que el hábil uso del conocimiento le traiga a uno riquezas y le otorgue distinción social y poder, pero continuará siendo pobre. Esta pobreza engendra insensibilidad; uno se entretiene mientras la casa se está quemando. Esta pobreza fortalece meramente al intelecto o confiere a las emociones la fragilidad del sentimiento. Es esta pobreza la que origina el desequilibrio, tanto externo como interno. No existe el conocimiento de lo interno, sólo el de lo externo. El conocimiento de lo externo nos informa erróneamente que debe haber conocimiento de lo interno. El conocimiento que adquirimos acerca de nosotros mismos, es corto y poco profundo; la mente está muy pronto al otro lado, como si cruzara un río. Hacemos muchísimo ruido mientras cruzamos el río, y confundir el ruido con el conocimiento de sí mismo, es expandir la pobreza. Esta expansión de la conciencia es la actividad de la pobreza. Las religiones, las culturas, los conocimientos no pueden en modo alguno enriquecer esta pobreza.

El arte de la inteligencia consiste en poner al conocimiento en su lugar apropiado. Sin los conocimientos es imposible vivir en esta civilización tecnológica y casi mecánica, pero estos conocimientos de por sí no han de transformar al ser humano y a la sociedad. El conocimiento no es la excelencia de la acción inteligente; la inteligencia puede y debe usar el conocimiento, y de esta manera transforma al hombre y a su sociedad. La inteligencia no es el mero cultivo del intelecto y de su integridad. Ella se

revela con la comprensión de la conciencia humana total, con la comprensión total de uno mismo y no de una parte, de un segmento separado de uno mismo. El estudio y la comprensión del movimiento de nuestra propia mente y corazón, da nacimiento a esta inteligencia. Uno es el contenido de su conciencia; al conocerse uno a sí mismo conocerá el universo. Este conocimiento está más allá de la palabra, porque la palabra no es la cosa. La libertad con respecto a lo conocido, en cada minuto, es la naturaleza esencial de la inteligencia. Es esta inteligencia la que opera en el universo si la dejamos tranquila. Estamos destruyendo esta condición sagrada del orden, debido a la ignorancia que padecemos acerca de nosotros mismos. Esta ignorancia no se disipa por los estudios que otros han hecho de nosotros o de sí mismos. Es uno el que debe estudiar el contenido de su propia conciencia. Los estudios que otros han realizado sobre sí mismos y, por tanto, sobre nosotros, son las descripciones pero no lo descrito. La palabra no es la cosa.

Únicamente en la relación puede uno conocerse, no en la abstracción y, por cierto, no en el aislamiento. Incluso en un monasterio está uno relacionado con la sociedad que ha construido el monasterio como un escape, o que ha cerrado las puertas a la libertad. El movimiento de la conducta es la guía segura que tenemos; es el espejo de la propia conciencia. Este espejo revelará su contenido, las imágenes, los apegos, los temores, la soledad, la alegría y el dolor. La pobreza radica en escapar de esto, ya sea en sus sublimaciones o en sus identificaciones. Negar, sin resistencia alguna, este contenido, es la belleza y compasión de la inteligencia.

3, Abril, 1975

¡Qué extraordinariamente bella es la gran curva de un vasto río! Uno debe verla desde cierta altura, ni demasiado lejos ni demasiado cerca, cuando el río serpentea perezosamente entre los campos verdes. Éste es un río ancho, rebosante de aguas azules y

transparentes. No sobrevolábamos a una gran altitud y podíamos divisar muy bien, en medio del río, la fuerte corriente con sus delgadas ondas; siguiéndolo pasamos aldeas y ciudades hacia el mar. Cada curva tenía su propia belleza, su propia fuerza y movimiento. Y muy lejos en la distancia estaban las grandes cumbres cubiertas de nieve, rosadas a la luz temprana del amanecer; abarcaban todo el horizonte oriental. El ancho río y aquellas grandes montañas parecían, a esa hora, contener la eternidad –este arrollador sentimiento de espacio intemporal–. Aunque el avión volaba hacia el sudeste, en ese espacio no había dirección ni movimiento, únicamente «lo que es». Por toda una hora no hubo nada más, ni siquiera el ruido de los motores a reacción. Sólo cuando el capitán anunció que pronto aterrizaríamos, esa hora plena llegó a su fin. No hubo recuerdos de esa hora, ningún registro de su contenido y, por tanto, el pensamiento no se había aferrado a ella. Cuando terminó, no había residuo, la pizarra estaba nuevamente limpia. En consecuencia, el pensamiento no tenía modo de cultivar esa hora, y así estuvo listo para dejar el avión.

Aquello acerca de lo que el pensamiento piensa, es convertido en una realidad, pero no es la verdad. La belleza jamás puede ser la expresión del pensamiento. Un pájaro no está hecho por el pensamiento y, por eso, es bello. El amor no es moldeado por el pensamiento, y cuando lo es, se convierte en algo por completo diferente. El cultivo del intelecto y su integridad es una realidad fabricada por el pensamiento. Pero eso no es compasión. El pensamiento no puede fabricar la compasión; puede hacer de ella una realidad, una necesidad, pero eso no será la compasión. El pensamiento, por su propia naturaleza es fragmentario, y por eso vive en un mundo fragmentado de divisiones y conflictos. En consecuencia, el conocimiento es fragmentario y, por más que se lo acumule, capa sobre capa, seguirá estando siempre fragmentado, dividido. El pensamiento puede producir una cosa a la que llama «integración», y eso también será un fragmento.

La misma palabra «ciencia» significa conocimiento, y el hombre espera transformarse, gracias a la ciencia, en un ser hu-

mano cuerdo y feliz. Y por eso el hombre persigue ávidamente el conocimiento de todas las cosas de la tierra, y de sí mismo. El conocimiento no es compasión, y sin compasión el conocimiento engendra daño e inenarrable caos y miseria. El conocimiento no puede hacer que el hombre ame; puede crear las guerras y los instrumentos de la destrucción, pero no puede traer amor al corazón ni paz a la mente. Percibir todo esto es actuar, no con una acción basada en la memoria o en pautas establecidas. El amor no es memoria, no es una reminiscencia de placeres.

4, Abril, 1975

Quiso la ocasión que uno viviera por algunos meses en una pequeña casa ruinosa, en lo alto de las montañas y muy lejos de otras casas. Había muchísimos árboles y, al llegar la primavera, el aire se impregnaba de perfume. La soledad era de las montañas y la belleza de la tierra roja. Los altísimos picos estaban cubiertos de nieve y algunos de los árboles se hallaban florecidos. Uno vivía solo en medio de este esplendor. El bosque estaba cerca, con sus ciervos, algún oso ocasional y esos grandes monos de caras negras y largas colas; y, por supuesto, también había serpientes. En la profunda soledad, y de un modo extraño, uno estaba relacionado con todos ellos, y no podía dañar cosa alguna, ni aun esa blanca margarita en el sendero. En esa relación, el espacio entre uno mismo y ellos no existía; no era algo inventado, no era una convicción intelectual o emocional la que producía esto; era simplemente así.

Un grupo de grandes monos vendría a visitarnos, especialmente en los atardeceres; unos pocos permanecían en tierra, pero en su gran mayoría se sentaba tranquilamente en los árboles y vigilaban. Sorprendentemente, se mantenían silenciosos; en ocasiones, se rascaban una o dos veces y nos quedábamos así, contemplándonos mutuamente. Acudirían ahora en cada atardecer, sin acercarse demasiado y sin alejarse tampoco muy alto entre los

árboles, y así podíamos estar en silencio, observándonos. Habíamos llegado a ser bastante buenos amigos, pero ellos no deseaban invadir nuestra soledad. Cierta tarde, paseando por el bosque, uno dio de pronto con ellos en un espacio abierto. Debían de ser más de treinta, jóvenes y viejos, sentados entre los árboles alrededor del espacio abierto, absolutamente quietos y silenciosos. Uno podía haberlos tocado; no había temor en ellos y, sentados en el suelo, nos estuvimos observando atentamente hasta que el sol se ocultó detrás de las cumbres.

Si uno pierde contacto con la naturaleza, pierde contacto con la humanidad. Si no hay relación con la naturaleza, nos convertimos en asesinos; entonces matamos a los cachorros de foca, a las ballenas, a los delfines y al hombre –sea por provecho, por deporte, por comida o en aras del conocimiento–. Entonces la naturaleza se asusta de nosotros y repliega su belleza. Podremos hacer largas caminatas por los bosques o los campos en lugares encantadores, pero si somos unos asesinos habremos perdido la amistad de la naturaleza. Y es probable que tampoco estemos relacionados con nada, ni con nuestra propia esposa o marido; nos hallamos demasiado ocupados –ganando o perdiendo– con nuestros propios pensamientos privados, con nuestros placeres y pesares. Vivimos en nuestro oscuro aislamiento particular, y el escape de ello es más oscuridad. El interés está puesto en una corta, insensata supervivencia, plácida o violenta. Y miles mueren de hambre o son sangrientamente asesinados a causa de nuestra irresponsabilidad. Dejamos el arreglo del mundo a los corruptos y mentirosos políticos, a los intelectuales, a los expertos. Debido a que carecemos de integridad, construimos una sociedad que es inmoral, deshonesta, una sociedad que se basa en el más absoluto egoísmo. Y entonces escapamos de todo esto, siendo como somos los únicos responsables; escapamos a las playas, a los bosques o empuñamos una escopeta por «deporte».

Podemos conocer todo esto, pero el conocimiento no produce transformación alguna en nosotros. Cuando tengamos este sentimiento de lo total, estaremos relacionados con el universo.

6, Abril, 1975

No es ese extraordinario azul del Mediterráneo; el Pacífico tiene un azul etéreo, especialmente cuando sopla una suave brisa desde el oeste mientras uno maneja el auto hacia el norte por la carretera de la costa. ¡Es un azul tan tierno, tan deslumbrante, puro y pleno de júbilo! En ocasiones, uno puede ver ballenas resoplando en su camino hacia el norte, y raramente se divisan sus cabezas cuando salen fuera del agua. Había todo un grupo de ellas resoplando; deben de ser animales muy poderosos. Ese día el mar era un lago silencioso y completamente inmóvil, sin una sola ola; no tenía ese claro azul danzante. El mar estaba dormido y uno lo contemplaba con asombro. La casa tenía vista al mar.* Es una hermosa casa, con un tranquilo jardín, césped verde y flores. Es espaciosa y se halla iluminada por el sol de California. También las liebres gustaban de ella; venían temprano en la madrugada y al anochecer para comerse las flores; pensamientos recién plantados, caléndulas y pequeña plantitas en floración. Uno no podía mantenerlas afuera pese a que rodeando todo el jardín había una cerca de alambre; y matarlas hubiera sido un crimen. Pero un gato y una lechuza bodeguera pusieron orden en el jardín; el gato negro deambulaba por el jardín y la lechuza se posaba durante el día entre los corpulentos eucaliptos; uno podía verla, inmóvil, con los ojos cerrados, grande y redonda. Los conejos desaparecieron y el jardín floreció, y el Pacífico azul fluía suavemente.

Sólo el hombre trae desorden al universo. Es cruel y extremadamente violento. Dondequiera se encuentre produce desdicha y confusión en él mismo y en el mundo que lo rodea. Lo devasta y destruye todo, no conoce la compasión. Carece de orden internamente y, por eso, lo que toca se vuelve corrupto y caótico. Su política ha llegado a ser un refinado gangsterismo de poder, fraude

* Ésta es la casa donde estuvo hospedado en Malibú.

personal o nacional, lucha de un grupo contra otro grupo. Su economía es restringida y, por tanto, no es universal. Su sociedad es inmoral, tanto bajo un régimen libre como tiránico. No es religioso, aunque crea, practique cultos y pase por interminables rituales sin sentido. ¿Por qué se ha vuelto así –cruel, irresponsable y tan por completo egoísta? ¿Por qué? Existen un centenar de explicaciones, y los que lo explican ingeniosamente con palabras que brotan del conocimiento de muchos libros y experimentan sobre animales, están ellos mismos atrapados en la red de la ambición, la arrogancia, la agonía y el dolor humanos. La descripción no es lo descrito, la palabra no es la cosa. ¿Ocurre ello porque el hombre busca las causas externas, el medio que lo condiciona, esperando que el cambio exterior transforme al hombre interno? ¿Es porque se halla tan apegado a sus sentidos, dominado por sus requerimientos inmediatos? ¿Es porque vive tan enteramente en el movimiento del pensar y del conocer? ¿O ello ocurre porque siendo tan romántico, sentimental, se vuelve cruel en sus ideales, en sus engaños y pretensiones? ¿O porque siempre es conducido como seguidor o se vuelve un líder, un guru?

Esta división como lo externo y lo interno, es el comienzo del conflicto y la desdicha; el hombre se encuentra preso en esta contradicción, en esta tradición sempiterna. Atrapado en esta división insensata, está perdido y se vuelve un esclavo de otros. Lo externo y lo interno son imaginación e invención del pensamiento; como el pensamiento es fragmentario, contribuye al desorden y al conflicto –lo que implica división–. El pensamiento no puede generar orden, un fluir sin esfuerzo de la virtud. La virtud no es la continua repetición de la memoria, de la práctica. El conocimiento-pensamiento está atado al tiempo. Por su misma naturaleza y estructura, el pensamiento no puede captar el fluir íntegro de la vida como un movimiento total. El conocimiento-pensamiento no puede percibir inteligentemente esta totalidad; no puede darse cuenta de esto, percibirlo sin opción alguna, mientras siga siendo el percibidor, el observador externo que mira hacia lo interno. El conocimiento del pensar no tiene cabida en la percepción. El

pensador es el pensamiento; el percibidor es lo percibido. Sólo entonces hay un suave fluir, un movimiento sin esfuerzo alguno en nuestra vida cotidiana.

*OJAI**

8, Abril, 1975

En esta parte del mundo no llueve mucho, unas quince o veinte pulgadas anuales, y estas lluvias son muy bien acogidas porque ya no vuelve a llover por el resto del año. Por entonces hay nieve en las montañas que durante el verano se encuentran desnudas, quemadas por el sol, y son pedragosas y amenazantes; solamente en la primavera se vuelven suaves y acogedoras.

Solía haber aquí osos, venados, linces, codornices y cualquier cantidad de serpientes de cascabel. Pero actualmente están desapareciendo; el temido hombre lo está invadiendo todo. Ahora había llovido por algún tiempo; el valle estaba verde y los naranjos rebosaban de flores y frutos. Es un valle encantador, apartado del pueblo, y en él podía escucharse a la paloma torcaza. El aire se iba llenando lentamente con el perfume de los azahares, y pronto, con el sol caliente y los días sin viento, ese aroma sería el que dominara. El valle se encuentra completamente rodeado por colinas y montañas; más allá de las colinas está el mar y tras de las montañas, el desierto. En el verano haría un calor insoportable, pero siempre hay belleza aquí, lejos de la enloquecedora muchedumbre y sus ciudades. Y en las noches, el silencio es extraordinario, intenso y penetrante. (La meditación cultivada es un sacri-

* Ahora se había trasladado por diez días al valle de Ojai, y es acerca de este valle que escribe en esta anotación.

legio contra la belleza.) Cada hoja, cara rama proclaman el júbilo de la belleza; el alto ciprés oscuro permanece en silencio con ella, y con ella florece el nudoso y viejo pimentero.

Uno no puede, no debe invitar a la felicidad; si lo hace, ello se convierte en placer. El placer es el movimiento del pensar, y el pensamiento no puede en modo alguno cultivar la felicidad; si persigue aquello que ha significado felicidad, entonces lo que persigue es solamente un recuerdo, una cosa muerta. La belleza jamás se halla atada al tiempo; está totalmente libre del tiempo y, por ende, de la cultura. Ahí es donde el «sí mismo», el «yo» está ausente. El yo es creado por el tiempo, por el movimiento del pensar, por lo conocido, por la palabra. En la ausencia del yo, en esa atención total está presente aquella esencia de la belleza. Desprenderse del yo no implica una acción calculada del deseo-voluntad. La voluntad tiene una dirección y, por tanto, resiste, divide y, como consecuencia de ello, engendra conflicto. La disolución del yo no es la evolución del conocimiento acerca del yo; el tiempo, como factor, no interviene en ello para nada. No hay sistema ni medio alguno para terminar con el yo. La total no-acción –acción negativa– interna, es la acción positiva de la belleza.

Hemos cultivado una vasta red de actividades correlacionadas en la que nos hallamos atrapados; y nuestra mente, al estar condicionada por ello, opera en lo interno de la misma manera. La realización se vuelve entonces la cosa más importante, y la furia de ese impulso es aún el esqueleto del yo. Por eso es que seguimos a nuestro guru, a nuestro salvador, a nuestras creencias e ideales; la fe toma el lugar del discernimiento, de la percepción lúcida y directa. Cuando el yo está ausente, no hay necesidad alguna de plegarias, de rituales. Llenamos los espacios vacíos del esqueleto con los conocimientos, las imágenes, las actividades sin sentido, y de ese modo mantenemos al esqueleto aparentemente vivo.

En la silenciosa quietud de la mente llega aquello que es la eterna belleza, llega sin ser invitado, sin ser buscado, sin el ruido del reconocimiento.

10, Abril 1975

En el silencio de la noche profunda y en la quieta y apacible mañana, cuando el sol está tocando las colinas, hay un gran misterio. Está ahí, en todas las cosas vivientes. Si uno se sienta tranquilo bajo un árbol, percibirá la antigua tierra con su misterio incomprensible. En una noche silenciosa, cuando las estrellas lucen claras y cercanas, uno puede advertir el espacio en expansión y el misterioso orden de todas las cosas, lo inmensurable y la nada, el movimiento de las oscuras colinas y el ulular de un búho. En ese silencio absoluto de la mente, este misterio se expande sin tiempo ni espacio. Hay misterio en aquellos antiguos templos construidos con cuidado infinito, con una atención que es amor. Las pequeñas mezquitas y las grandes catedrales pierden este misterio intangible porque hay fanatismo, dogma y pompas marciales. El mito que está oculto en las profundas capas de la mente no es misterioso; es romántico, tradicional y condicionado. En los rincones secretos de la mente, la verdad ha sido desalojada por los símbolos, las palabras y las imágenes; en todas estas cosas no hay misterio alguno, son las agitaciones del pensamiento. En el conocimiento y su actividad, hay admiración, aprecio y gozo. Pero el misterio es absolutamente otra cosa. No es una experiencia que pueda reconocerse, guardarse y recordarse. La experiencia es la muerte de ese misterio incomunicable; para comunicarnos necesitamos una palabra, un gesto, una mirada, pero para estar con comunicación con aquello, la mente, la totalidad del propio ser debe hallarse al mismo nivel, al mismo tiempo y a la misma intensidad que *aquello* que llamamos misterioso. Esto es amor. Con esto se abre el misterio total del universo.

Esta mañana no había una nube en el cielo, el sol estaba en el valle y todas las cosas se regocijaban, excepto el hombre. Él miraba esta tierra maravillosa y continuaba con su trabajo, sus penas y sus pasajeros placeres. No tenía tiempo para ver; se hallaba demasiado ocupado con sus problemas, sus agonías, su violencia. Él no ve ese árbol y, por ende, no puede ver su propio tor-

mento. Cuando se ve obligado a mirar, hace pedazos lo que ve y llama a eso análisis; escapa de ello o directamente no quiere ver. En el arte de ver radica el milagro de la transformación, la transformación de «lo que es». Lo que «debería ser» jamás existe. El inmenso misterio está en el acto de ver. Esto requiere interés, atención, que es amor.

14, Abril, 1975

Una serpiente muy grande estaba cruzando el camino de las carretas justo delante de uno; era corpulenta, pesada y se movía perezosamente. Venía de un charco grande que se encontraba un poco más lejos. Era casi negra y la luz del sol crepuscular, al caer sobre ella, daba a su piel un intenso brillo. Avanzaba pausadamente con una señorial dignidad de poder. No advirtió la presencia de uno, que la observaba quietamente y desde muy cerca; debía de medir bastante más de cinco pies y estaba hinchada con lo que había comido. Subió a un montículo de tierra y uno caminó hacia ella hasta quedar a unas cinco pulgadas de distancia; su negra lengua bifurcada se lanzaba hacia dentro y fuera; estaba moviéndose en dirección a un gran agujero. Uno podría haberla tocado porque tenía una belleza extraña que atraía. Pasaba un aldeano y nos gritó que la dejáramos tranquila porque se trataba de una cobra. Al día siguiente, los lugareños habían puesto sobre el montículo un plato con leche y algunas flores de hibisco. Más lejos, en esa misma carretera, había un arbusto alto y casi deshojado, que tenía espinas de unas dos pulgadas de largo, agudas, grisáceas; ningún animal hubiera osado tocar sus suculentas hojas. Así se protegía y, ¡pobre de cualquiera que lo tocara! Había venados en esos bosques; eran tímidos pero muy curiosos; permitían que la gente se aproximara, pero no demasiado cerca, y si uno lo hacía corrían velozmente alejándose hasta desaparecer entre la maleza. Había un venado que, con los ojos muy abiertos y las grandes orejas hacia adelante, dejaba que uno llegara bastan-

te cerca de él si no había nadie más al lado. Todos ellos tenían manchas blancas sobre una piel de color castaño-bermejo. Eran tímidos, mansos y estaban siempre alertas; resultaba agradable encontrarse entre ellos. Había uno completamente blanco, que debe de haber sido una verdadera rareza.

El bien no es el opuesto del mal; jamás ha sido alcanzado por el mal aunque se encuentre rodeado por él. El mal no puede dañar al bien, pero el bien puede parecer que causa perjuicio, y entonces el mal se vuelve más artero, más dañino. La maldad puede ser cultivada, agudizada, puede volverse expansivamente violenta; nace dentro del movimiento del tiempo, es alimentada y hábilmente utilizada. Pero la bondad no es del tiempo; de ningún modo puede ser cultivada ni alimentada por el pensamiento; su acción no es visible; no tiene causa y, por tanto, no tiene efecto. El mal no puede convertirse en bien, porque el bien no es el producto del pensamiento; está más allá del pensamiento, como la belleza. La cosa que el pensamiento produce, el pensamiento puede deshacerla, pero eso no es el bien; como el bien no pertenece al tiempo, en él no tiene cabida la duración. Donde está el bien, hay orden, no el orden de la autoridad, del castigo y la recompensa. Este orden es esencial, porque de otro modo la sociedad se destruye a sí misma y el hombre se vuelve maligno, sanguinario, corrupto y degenerado. Porque el hombre es la sociedad; son inseparables. La ley del bien es eterna, inmutable e intemporal. La estabilidad es su naturaleza, y por eso el bien es absolutamente seguro. No existe otra seguridad.

17, Abril, 1975

El espacio es orden. El espacio es tiempo, longitud, anchura y volumen. Esta mañana el mar y los cielos son inmensos; el horizonte, donde aquellas colinas cubiertas de flores amarillas se encuentran con el mar distante, es el orden cósmico de la tierra y el cielo. Ese ciprés alto, oscuro, solo, posee el orden de la belleza, y

la casa en la distancia, sobre aquel cerro boscoso, sigue el movimiento de las montañas que se elevan por sobre las colinas que yacen debajo; el campo verde con una vaca solitaria está más allá del tiempo. Y el hombre que sube por la colina está retenido dentro del estrecho espacio de sus problemas.

Existe un espacio de la nada, cuyo volumen no está limitado por el tiempo, por la medida del pensamiento. La mente no puede penetrar en este espacio; ella sólo puede observar. En esta observación no hay un experimentador. Este observador no tiene historia, ni asociaciones, ni mitos; por lo tanto, el observador es «lo que es». El conocimiento es extensivo, pero carece de espacio, porque su mismo peso y volumen pervierte y sofoca ese espacio. No existe el conocimiento del «yo» –más alto o más bajo–; sólo existe una estructura verbal del yo, un esqueleto cubierto completamente por el pensamiento. El pensamiento no puede penetrar en su propia estructura; tampoco puede negar lo que él mismo ha producido, y cuando lo niega es porque busca un beneficio ulterior. Cuando el tiempo del yo está ausente, existe ese espacio que no tiene medida.

Esta medida es el movimiento de recompensa y castigo, ganancia o pérdida, la actividad de la comparación y la conformidad, de la respetabilidad y su rechazo. Este movimiento es tiempo, es el futuro con su esperanza y el apego que es el pasado. Esta red completa es la estructura misma del yo, y su unión con el ser supremo o el principio fundamental, sigue estando dentro de su propio campo. Todo esto es la actividad del pensamiento. El pensamiento, haga lo que haga, no puede de ningún modo penetrar en ese espacio donde el tiempo no existe. El método mismo, el plan de estudio, la práctica que el pensamiento ha inventado, no son las llaves que habrán de abrir la puerta, puesto que no hay puerta ni llave. El pensamiento sólo puede darse cuenta de su propia inacabable actividad, de su propia capacidad de corromper, de sus propios engaños e ilusiones. Él es el observador y lo observado. Sus dioses son sus propias proyecciones y, cuando los adora, se está adorando a sí mismo. Lo que está más allá del pen-

samiento, más allá de lo conocido, no puede ser imaginado ni puede hacerse de ello un mito o un secreto para pocos. Está ahí para que uno lo vea.

*MALIBÚ**

23, Abril, 1975

El ancho río estaba tranquilo todavía, como un estanque de molino. No se veía una onda, y la brisa matinal no había despertado aún porque era muy temprano. Las estrellas se reflejaban en el agua, claras y centelleantes, y el lucero de la mañana era la más brillante de todas. Los árboles al otro lado del río estaban oscuros y la aldea que se encontraba entre ellos aún dormía. No se agitaba una sola hoja, y esas lechuzas blancas estaban parloteando en el viejo tamarindo; ésta era su casa, y cuando el sol diera sobre esas ramas, en él se calentarían. Los ruidosos papagayos verdes también estaban quietos. Todas las cosas, incluso los insectos y las cigarras, se hallaban en suspenso y adoración, a la espera del sol. El río permanecía inmóvil, y los habituales botes pequeños con sus oscuras lámparas, estaban ausentes. Poco a poco, sobre los sombríos y misteriosos árboles, asomó la primera luz del amanecer. Todas las cosas vivientes permanecían inmóviles en el misterio de ese momento de meditación. La propia mente de uno era intemporal, inmensurable; no había patrón con que medir la duración de esos instantes. Hubo tan sólo un ligero movimiento y despertaron los papagayos y las lechuzas, los cuervos y el maina, los perros y una voz que se escuchó al otro lado del río. Y sú-

* Ahora había regresado a la casa en Malibú.

bitamente, el sol estuvo casi encima de los árboles, dorado y oculto por las hojas. Ahora el gran río ya estaba despierto y moviéndose; fluían el tiempo, la longitud, la anchura y el volumen; y comenzó toda la vida, que jamás termina.

¡Qué bella era esa mañana, la pureza de la luz y la senda de oro que el sol trazaba sobre esas aguas vivientes! Uno era el mundo, el cosmos, la imperecedera belleza y el júbilo de la compasión. Sólo que «uno» no estaba ahí; si estuviera, nada de esto hubiera sido. «Uno» es el que introduce el principio y el fin, para comenzar otra vez en una cadena interminable.

En el devenir, en el llegar a ser, hay incertidumbre e inestabilidad. En la nada hay estabilidad absoluta y, por lo tanto, hay claridad. Lo que es totalmente estable no muere jamás; la corrupción está en el devenir. El mundo es propenso al devenir, a la realización, al beneficio, y así es como hay temor a la pérdida y miedo a la muerte. La mente debe pasar por esa pequeña abertura que ella misma ha fabricado –el «yo»– para dar con esta inmensa nada cuya estabilidad no puede medir el pensamiento. El pensamiento desea capturarla, utilizarla, cultivarla y ponerla a la venta. Para poder rendirle culto, tiene que hacerla aceptable y, por tanto, respetable. El pensamiento no puede ponerla en categoría alguna; por consiguiente, ello debe ser forzosamente una ilusión y una trampa; o debe convertirse en algo para pocos, para los selectos. Y así el pensamiento se dedica a sus propios hábitos dañinos, amedrentado, cruel, insustancial y nunca estable, aunque su presunción asevere que hay estabilidad en sus acciones, en su exploración, en el conocimiento que ha acumulado. El sueño se vuelve una realidad que él mismo ha nutrido. Lo que el pensamiento ha hecho real, no es la verdad. La nada no es una realidad, pero es la verdad.

La pequeña abertura, el yo, es la realidad del pensamiento, ese esqueleto sobre el cual ha construido toda su existencia –la realidad de su fragmentación, la angustia, el sufrimiento y su amor–. La realidad de sus dioses o de su dios único es la meticulosa estructura del pensamiento, su plegaria, sus rituales, su adoración romántica. En la realidad no hay estabilidad ni claridad pura.

Malibú, California

El conocimiento del yo es tiempo, longitud, anchura y volumen; puede acumularse, usarse como una escala para llegar a ser alguien, para mejorar, para lograr. Este conocimiento, en modo alguno liberará a la mente de la carga de su propia realidad. Uno mismo es la carga; la verdad de ello radica en el verlo, y esa libertad no es la realidad del pensamiento. El ver es el hacer. El hacer surge de la estabilidad, de la claridad, de la nada.

24, Abril, 1975

Toda cosa viviente tiene su propia sensibilidad, su propio modo de vida, su propia conciencia, pero el hombre presume que la suya es muy superior y, debido a la presunción, pierde su amor, su dignidad, y se vuelve insensible, duro y destructivo.

En el valle de los naranjos, con sus frutos y flores primaverales, la mañana era hermosa y transparente. Hacia el norte, las montañas aparecían rociadas de nieve, desnudas, inclementes y distantes, pero contra el delicado cielo azul del amanecer se hallaban muy cerca, uno podía casi tocarlas. Tenían ese sentimiento inmenso de los siglos y de la majestad indestructible, y esa belleza que acompaña a la magnificencia intemporal. Era una mañana muy apacible; el aire estaba lleno con el perfume de los azahares y con el prodigio y belleza de la luz. La luz tiene en esta parte del mundo una cualidad especial, penetrante, vívida que llena los ojos; parece introducirse en la totalidad de la conciencia despejando de sombras todos los rincones oscuros. Había en esa luz un júbilo inmenso, y cada hoja y cada brizna de hierba se regocijaban en ella. Y el grajo azul saltaba de rama en rama y, para variar, no aturdía con sus chillidos. Era una bella mañana de luz, una mañana de gran profundidad.

El tiempo ha engendrado la conciencia con su contenido. Esta conciencia es la cultura del tiempo. Su contenido compone la conciencia; sin él, la conciencia tal como la conocemos, no existe. Entonces nada hay. Nosotros movemos las pequeñas piezas en esta

conciencia, de un área a otra, conforme a las presiones de la razón y a las circunstancias, pero siempre en el mismo campo de la angustia, el dolor y el conocimiento. Este movimiento es tiempo, es el pensamiento y la medida. Es un absurdo jugar a las escondidas con uno mismo, es la sombra y sustancia del pensamiento, es el pasado y futuro del pensamiento. El pensamiento no puede retener este instante, porque este instante no es del tiempo. Este instante es la cesación del tiempo; el tiempo se ha detenido en ese instante, en él no hay movimiento y, por tanto, ese instante no está relacionado con ningún otro instante. No tiene causa y, en consecuencia, no tiene comienzo ni fin. La conciencia no puede contenerlo. En ese instante de la nada, todo es.

La meditación consiste en vaciar la conciencia de su contenido.

EL ÚLTIMO DIARIO

PREFACIO

Esta parte es original en el sentido de que es la única publicación de Krishnamurti que registra palabras que él dictara a un grabador magnetofónico mientras se encontraba a solas.

Después del éxito que tuviera el *Diario II* (la parte que ha precedido) publicado en 1982, se le instó a que lo continuara, pero debido a que por entonces su mano se había vuelto bastante temblorosa (tenía ochenta y siete años), se le sugirió que, en vez de escribirlo, se lo dictara a sí mismo. Esta idea le atrajo. Sin embargo, no lo pudo comenzar inmediatamente porque estaba a punto de viajar a la India donde no tendría tiempo para ello. Cuando regresó a California, en febrero de 1983, dictó el primero de los pasajes que contiene este libro, haciéndolo en un grabador Sony nuevo.

Todos los dictados excepto uno, se hicieron en su casa, la Cabaña de los Pinos en el valle de Ojai, a unas ochenta millas al norte de Los Ángeles. Él habría de dictar en las mañanas, antes del desayuno, mientras se hallaba en la cama sin que le molestaran.

Krishnamurti se había alojado por primera vez en la Cabaña de los Pinos junto con su hermano, en 1922, cuando se la prestó un amigo; y allí se encontraba en agosto de 1922 cuando pasó por una experiencia espiritual que transformó su vida. Poco después se formó un Fideicomiso para el cual se suscribió una suma de dinero a fin de comprar la Cabaña y seis acres de terreno circundante. En 1978 se construyó una hermosa casa nueva que se incorporó a la Cabaña, en la que Krishnamurti conservó su dormitorio original y una pequeña sala de estar.

Sus dictados no resultaron tan acabados como sus escritos, y a veces su voz suele alejarse del grabador hasta volverse un poco distante, de modo que, a diferencia de los *Diarios I* y *II*, algunos ligeros arreglos han sido necesarios en beneficio de la claridad.

El lector se siente muy próximo a Krishnamurti en estos pasajes –por momentos casi parece hallarse dentro de su misma conciencia–. En unos pocos de esos pasajes introduce él a un visitante imaginario que viene a hacerle preguntas y a retarlo.

La esencia de la enseñanza de Krishnamurti se encuentra aquí, y las descripciones de la naturaleza con que comienza la mayoría de sus dictados, pueden servir para que muchos que le consideran tanto un poeta como un filósofo, sientan aquietarse todo el ser y se vuelvan intuitivamente receptivos a lo que sigue luego. Hay reiteraciones, pero éstas parecen de algún modo necesarias para acentuar el sentido de lo que expresa, y demuestran cómo cada día era para él un día completamente nuevo, libre de todas las cargas del pasado.

Extrañamente, el último pasaje, y tal vez el más bello, trata acerca de la muerte. Es la última ocasión en que, ya para siempre, escucharemos a Krishnamurti hablándose a sí mismo. Dos años después, moría en el mismo dormitorio de la Cabaña de los Pinos.

M.L.

OJAI, CALIFORNIA

25, febrero, 1983

Hay un árbol junto al río, y hemos estado observándolo día tras día por algunas semanas, cuando el sol está a punto de asomarse. A medida que el sol se levanta lentamente sobre el horizonte, por encima de los árboles, este árbol particular se torna súbitamente de oro. Todas las hojas se ven radiantes de vida, y cuando uno contempla ese árbol mientras las horas pasan –no importa el nombre del árbol, lo que importa es su belleza– una cualidad extraordinaria parece extenderse sobre toda la tierra, sobre el río. Y cuando el sol asciende un poco más, las hojas comienzan a aletear, a danzar. Y cada hora que pasa parece conferir a ese árbol una cualidad diferente. Antes de salir el sol se le ve melancólico, sosegado, muy distante y pleno de dignidad. Y al comenzar el día, las hojas cubiertas de luz danzan y le dan al árbol ese peculiar sentimiento que uno tiene de inmensa belleza. A mediodía su sombra se ha hecho más profunda, y uno puede sentarse ahí protegido del sol, sin sentirse jamás solo con el árbol como compañero. Mientras uno permanece ahí, existe una relación de profunda y perdurable seguridad y una libertad que únicamente los árboles pueden conocer.

Hacia el anochecer, cuando el cielo occidental se ilumina con el sol poniente, el árbol se vuelve poco a poco sombrío, oscuro, y se cierra sobre sí mismo. El cielo se ha vuelto rojo, amarillo y verde, pero el árbol permanece quieto, oculto, y descansa durante la noche.

Si uno establece una relación con el árbol, entonces está relacionado con la humanidad. Uno es responsable, entonces, por ese árbol y por los árboles del mundo. Pero si uno no se relaciona con las cosas vivientes de esta tierra, puede perder toda relación con la humanidad, con los seres humanos. Nosotros nunca observamos profundamente la cualidad de un árbol; nunca lo tocamos realmente sintiendo su solidez, su áspera corteza, ni escuchamos el sonido que es parte del árbol. No el sonido del viento entre las hojas, ni el de la brisa que en la mañana agita el follaje, sino el sonido propio del árbol, el sonido del tronco y el silencioso sonido de las raíces. Uno tiene que ser extraordinariamente sensible para escuchar el sonido. Este sonido no es el ruido del mundo, ni el ruido del parloteo mental, ni el de la vulgaridad de las disputas humanas y del conflicto humano, sino el sonido como parte del universo.

Es extraño que tengamos tan poca relación con la naturaleza, con los insectos, con la rana saltarina, con el búho que ulula entre los cerros llamando a su pareja. Parece que nunca experimentamos sentimiento alguno por todas las cosas vivientes de la tierra. Si pudiéramos establecer una profunda y duradera relación con la naturaleza, jamás mataríamos un animal para satisfacer nuestro apetito, jamás haríamos daño a un mono, a un perro o a un conejillo de Indias practicando en ellos la vivisección para nuestro propio beneficio. Encontraríamos otros medios para curar nuestras heridas, nuestros cuerpos. Pero la curación de la mente es algo por completo distinto. Esa curación tiene lugar gradualmente si uno está con la naturaleza, con esa naranja en el árbol, con la brizna de hierba que empuja a través del cemento, con los cerros cubiertos, ocultos por las nubes.

Esto no es un sentimentalismo ni imaginación romántica, sino la realidad de una relación con todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra. El hombre ha matado millones de ballenas y aún las sigue matando. Todo lo que obtenemos de esa matanza podríamos obtenerlo por otros medios. Pero al parecer el hombre gusta de matar cosas; mata al ciervo veloz, a la maravillosa gacela y al

gran elefante. Nos gusta matarnos los unos a los otros. Este matar a otros seres humanos jamás ha cesado a lo largo de toda la historia de la vida del hombre sobre la tierra. Si pudiéramos –y tenemos que hacerlo– establecer una profunda y perdurable relación con la naturaleza, con los árboles reales, los arbustos, las flores, la hierba y las rápidas nubes, entonces jamás mataríamos a otro ser humano por ninguna razón. La guerra es el asesinato organizado, y aunque nos manifestemos contra una guerra en particular –la guerra nuclear o cualquier otro tipo de guerra– jamás nos hemos manifestado contra la guerra en sí. Jamás hemos dicho que matar a otro ser humano es el más grande pecado de la tierra.

28, febrero, 1983

Volando a 41.000 pies de altura, de un continente a otro, uno no ve más que nieve, millas y millas de nieve; todas las montañas y los cerros están cubiertos de nieve, y también los ríos están helados. Se les ve ondular, serpentear por toda la tierra. Y muy lejos, abajo, las granjas distantes están cubiertas de hielo y nieve. Es un largo y fatigoso viaje de once horas. Los pasajeros parloteaban todo el tiempo. Detrás de uno había una pareja que no paraba de hablar, sin mirar jamás la gloria de esos maravillosos cerros y montañas, sin mirar siquiera a los otros pasajeros. Aparentemente, estaban ambos absortos en sus propios pensamientos, en sus propios problemas, en sus charlas. Y al fin, después de un tedioso y sereno vuelo en lo más recio del invierno, aterrizamos en la ciudad del Pacífico.

Después del ruido y del alboroto, abandonamos esa fea, desproporcionada, vulgar y vociferadora ciudad con sus interminables tiendas que venden casi todas ellas las mismas cosas. Dejamos todo eso detrás y recorremos la costa por la carretera del azul Pacífico, siguiendo la orilla por un bello camino que pasa a través de los cerros y se encuentra a menudo con el mar; y cuan-

do el Pacífico queda atrás, penetramos en el campo después de serpentear por varias pequeñas colinas apacibles, tranquilas, llenas de esa extraña dignidad de la tierra, y finalmente llegamos al valle. Uno ha estado ahí por los últimos sesenta años, y cada vez se asombra al entrar en este valle silencioso que casi no ha sido tocado por el hombre. Penetra en este valle que parece una inmensa copa, un nido. Entonces abandona el pequeño poblado y asciende unos 1.400 pies, atravesando hileras e hileras de huertos y naranjales. El aire está perfumado de azahar. Todo el valle se halla impregnado de ese aroma. Y el perfume de azahar llena la mente, el corazón, todo el cuerpo. Es la más extraordinaria sensación la de vivir en medio de un perfume que perdurará por cerca de tres semanas o más. Y hay quietud en las montañas, una gran dignidad. Y cada vez que uno mira esos cerros y la alta cumbre que está a más de 6.000 pies, se sorprende realmente de que exista una región semejante. Siempre que uno llega a este valle tan quieto y apacible, hay un extraño sentimiento de distancia, de silencio profundo y de una vasta y lenta expansión de tiempo.

El hombre trata de estropear el valle, pero éste ha sido preservado. Y esa mañana las montañas se veían extraordinariamente bellas. Uno casi podía tocarlas. Contienen toda la majestad, el inmenso sentido de permanencia. Y uno penetra silenciosamente en la casa donde ha vivido por más de sesenta años, y la atmósfera, el aire es –si se puede usar esa palabra– sagrado; uno lo siente, casi puede tocarlo con la mano. Como ha llovido considerablemente, porque es la estación de las lluvias, todos los cerros y los pequeños pliegues de la montaña están verdes, florecientes, plenos –la tierra sonríe ante tanto deleite, con cierta callada y profunda comprensión de su propia existencia.

«Usted ha dicho una y otra vez que la mente, o si lo prefiere, el cerebro, debe vaciarse a sí mismo de todo el conocimiento que ha reunido, no sólo para ser libre sino para poder comprender algo que no es del tiempo ni del pensamiento ni de acción alguna. Usted ha dicho esto de diferentes maneras en la mayoría de

sus pláticas, y yo encuentro terriblemente difícil de captar no sólo la idea, la profundidad de ello, sino el sentimiento de silencioso vacío –si puedo usar esa palabra–. Jamás he podido tantear mi camino en ello. He intentado diversos métodos para terminar con el parloteo de la mente, con la incesante ocupación en una cosa u otra y con los problemas que crea esta misma ocupación. Y del modo en que uno vive, está atrapado en todo esto. Ésta es nuestra vida cotidiana: el tedio, la charla permanente que tiene lugar en una familia; y cuando no se charla está la televisión o un libro. La exigencia de la mente parece ser la de hallarse ocupada, la de moverse de una cosa a otra, de un conocimiento a otro, de una acción a otra con el constante movimiento del pensar.»

«Como lo señalamos, el pensamiento no puede ser detenido por la mera determinación, por una decisión de la voluntad, o por el apremiante y urgente deseo de penetrar en la cualidad del quieto, silencioso vacío.»

«Yo me descubro a mí mismo envidioso con respecto a algo que creo, que siento que es verdadero y que me gustaría tener, pero ello siempre me ha eludido, ha permanecido siempre más allá de mi captación. He venido, como lo he hecho a menudo, para hablar con usted. ¿Por qué en mi vida cotidiana, en mis ocupaciones diarias no existe la estabilidad, la firmeza de aquella quietud? ¿Por qué falta esto en mi vida? Me he preguntado a mí mismo qué he de hacer. Y también me doy cuenta de que no puedo hacer mucho al respecto, o que no puedo hacer absolutamente nada. Pero la irritación sigue ahí, no puedo despreocuparme de ella. Si sólo pudiera experimentar aquello una vez, entonces ese recuerdo mismo me sostendría, daría significación a una vida en realidad bastante absurda. He venido, pues, a inquirir, a sondear esta cuestión: ¿Por qué la mente –tal vez la palabra cerebro sería mejor– exige estar siempre ocupada?»

10, marzo, 1983

El otro día, mientras uno paseaba por un apartado sendero boscoso, lejos del ruido y la brutalidad y vulgaridad de la civilización, muy lejos de cuanto el hombre ha producido, había una sensación de gran quietud que abarcaba todas las cosas –serena, distante y colmada del sonido de la tierra–. Mientras uno caminaba tranquilamente, sin perturbar las cosas de la tierra que le rodeaban –los arbustos, los árboles, los grillos y los pájaros– súbitamente, a la vuelta de un recodo, aparecieron dos pequeñas criaturas riñendo la una con la otra, peleando a su pequeño modo peculiar. Una estaba tratando de ahuyentar a la otra que molestaba intentando introducirse en el pequeño agujero que no le pertenecía, y la propietaria la rechazaba. Pronto venció la propietaria y la otra escapó. Y nuevamente hubo quietud, un sentido de profunda soledad. Y mientras uno iba mirando hacia arriba, el sendero se internaba alto en las montañas, la cascada murmuraba dulcemente cayendo a un lado del camino; había una gran belleza y una dignidad infinita –no la dignidad que logra el hombre y que parece tan vana y arrogante–. La pequeña criatura se había identificado con su hogar, tal como lo hacen los seres humanos. Nosotros estamos siempre tratando de identificarnos con nuestra raza, con nuestra cultura, con las cosas en que creemos, con alguna figura mística, o algún salvador, alguna clase de autoridad suprema. El identificarse con algo parece ser la naturaleza del hombre. Probablemente este sentimiento nuestro se deriva de ese pequeño animal.

Uno se pregunta por qué existe esta ansia, este anhelo de identificación. Es comprensible la identificación con las propias necesidades físicas –las cosas indispensables, ropas, alimento, albergue, etcétera–. Pero internamente, bajo la piel por así decir, tratamos de identificarnos con el pasado, con la tradición, con alguna extravagante imagen romántica, con algún símbolo muy apreciado. E indudablemente, en esta identificación hay una sensación de estar seguros, a salvo, de ser dueños de aquello con que

nos identificamos y, a la vez, de pertenecerle. Esto nos proporciona un gran bienestar. Y ese bienestar, esa seguridad la obtenemos de cualquier forma de ilusión. Y el hombre, aparentemente, necesita muchas ilusiones.

En la distancia se oye el ulular de un búho, y llega una profunda respuesta gutural desde el otro lado del valle. Todavía está amaneciendo. El ruido del día no ha comenzado y todo está muy quieto. Existe algo extraño y sagrado allí donde el sol se asoma. Hay una plegaria, un canto a la aurora, a esa extraña luz quieta. En esa madrugada la luz era suave, no soplaba una brisa y toda la vegetación, los árboles, los arbustos, estaban inmóviles, silenciosos, aguardando. Aguardando la salida del sol. Y quizás el sol no se levantaría aún por una media hora o algo así, y el amanecer estaba cubriendo lentamente la tierra con una extraña calma.

Gradualmente, pausadamente, la más alta de las montañas se estaba volviendo más brillante, dorada y clara mientras el sol la iba tocando; y la nieve era pura, no la afectaba la luz del día.

A medida que uno ascendía dejando muy abajo los pequeños senderos de la aldea, el sonido de la tierra, los grillos, las codornices y otros pájaros empezaron su cántico matinal de exquisita adoración al día. Y mientras el sol se levantaba, uno era parte de esa luz y había dejado atrás todo lo que es producto del pensamiento. Había un completo olvido de uno mismo. La psique estaba libre de sus luchas y pesares. Y mientras uno caminaba ascendiendo más y más, no existía sentido alguno de separación, ni siquiera el sentido de ser uno un ser humano.

La niebla de la mañana se estaba concentrando lentamente en el valle, y esa niebla era uno mismo, era el hombre volviéndose más y más espeso, sumergiéndose más y más en la fantasía, en el romance, en la necedad de la propia vida. Y después de un largo período de tiempo, uno llegó abajo. Se escuchaba el murmullo del viento, de los insectos, los llamados de innumerables pájaros. Y a medida que uno descendía, la niebla iba desapareciendo. Había calles, tiendas, y la gloria del amanecer se estaba desvaneciendo rápidamente. Y la gente comenzaba su rutina diaria, atra-

pada en el hábito del trabajo, en las disputas entre hombre y hombre, en las divisiones de la identificación –la división de las ideologías, las preparaciones para las guerras, el propio pesar interno y el perpetuo dolor del hombre.

11, marzo, 1983

Era una mañana moderadamente fresca, y había una luz que sólo existe en California, especialmente en la parte sur. Es en verdad una luz realmente extraordinaria.

Hemos viajado probablemente por todo el mundo, por la mayor parte del mundo al menos, hemos visto innumerables luces y nubes en muchas partes de la tierra. En Holanda, las nubes están muy próximas al suelo; aquí en California, las nubes contra el cielo azul parecen retener la luz eternamente –la luz que contienen las grandes nubes con su forma y cualidad extraordinarias.

Era una mañana fresca, muy bella. Y cuando uno escaló el sendero rocoso que lleva hasta la cumbre, y miró hacia abajo en el valle y vio las hileras e hileras de naranjos, de aguacates, y los cerros que rodean el valle, era como si uno estuviera fuera de este mundo, tan completamente perdido se hallaba para todas las cosas, para la fatiga, para las feas acciones y reacciones del hombre. Uno dejaba atrás todo eso a medida que ascendía más y más por el sendero rocoso. Dejaba atrás, muy abajo, la vanidad, la arrogancia, la vulgaridad de los uniformes, de las condecoraciones que el hombre exhibe sobre todo su pecho, y la vanidad y las extrañas vestimentas de los sacerdotes. Todo eso quedaba atrás.

Y cuando uno ascendía casi pisó a una codorniz madre con su docena o más de pequeñas crías que se diseminaron pisando entre los arbustos. Al llegar más arriba uno miró hacia atrás, y vio que la codorniz ya había reunido nuevamente a las crías alrededor de ella, las cuales estaban completamente seguras bajo las alas de su madre.

Es preciso escalar hora tras hora para alcanzar la gran cima.

Algunos días uno vio un oso a muy poca distancia, el cual no le prestó atención alguna. Los ciervos al otro lado del arroyo también parecían indiferentes a la presencia del hombre. Finalmente uno llegó a la cima de una meseta rocosa, y al otro lado de las colinas, hacia el suroeste, se veía el mar distante, tan azul, tan quieto, tan infinitamente lejano. Uno se sentó sobre una roca lisa, agrietada, a la que el sol debió resquebrajar sin remordimiento alguno por siglos y siglos. Y en las pequeñas grietas había diminutas criaturas vivientes que se escurrían; y el silencio era completo, total e infinito. Un ave muy grande –la llaman cóndor– volaba describiendo círculos en el cielo. Aparte de ese movimiento no había actividad alguna excepto estos diminutos insectos; sólo ese silencio, esa paz que existe únicamente donde el hombre jamás ha estado antes.

Todo quedó atrás en ese pequeño poblado que se veía a tanta distancia debajo. Literalmente todo: la propia identidad –si es que uno tenía alguna–, las pertenencias, la posesión de las propias experiencias, los recuerdos de cosas que significaban algo para uno –todo eso quedó atrás, muy abajo entre los resplandecientes huertos y naranjales–. Aquí el silencio era absoluto y uno estaba completamente solo.

La mañana era maravillosa y el aire fresco, que se estaba tornando más y más frío, lo envolvía a uno; y uno estaba totalmente perdido para todas las cosas. Era la nada y más allá de la nada.

Habría que olvidarse realmente de la palabra meditación. Es una palabra que ha sido corrompida. El significado corriente de esa palabra –considerar algo, pensar o reflexionar acerca de ello– es más bien trivial y común. Si queremos comprender la naturaleza de la meditación, tenemos que olvidar realmente la palabra, puesto que no podemos medir con palabras aquello que es inmensurable, que está más allá de toda medida. No hay palabras que puedan comunicarlo, ni sistema alguno, ni métodos de pensamiento, ni prácticas o disciplinas. Si pudiéramos más bien encontrar otra palabra que no haya sido tan mutilada, tan corrompida, tan vulgarizada, que no se haya convertido en el medio de

ganar muchísimo dinero, si pudiéramos hacer a un lado la palabra «meditación», entonces comenzaríamos a percibir suavemente, serenamente, un movimiento que no es del tiempo. Por otra parte, la palabra «movimiento» implica tiempo. Lo que quiere indicarse es un movimiento sin principio ni fin, un movimiento en el sentido de una ola –ola tras ola que comienzan en ninguna parte y sin playa alguna donde puedan romper–. Una ola infinita.

El tiempo, por lento que sea, es más bien tedioso. El tiempo significa crecimiento, evolución –devenir, lograr, aprender, cambiar–. Y el tiempo no es el camino hacia aquello que está mucho más allá de la palabra «meditación». El tiempo no tiene nada que ver con eso. El tiempo es la acción de la voluntad, el deseo, y el deseo no puede en modo alguno [palabra o palabras inaudibles aquí]... aquello que se encuentra mucho más allá de la palabra meditación.

Aquí está uno sentado sobre esta roca, con el cielo azul –asombrosamente azul– y el aire purísimo, incontaminado. Muy lejos, al otro lado de esta cadena de montañas, está el desierto. Pueden verse millas y millas de desierto. Es realmente una percepción intemporal de «lo que es». Solamente esa percepción puede decir que aquello *es*.

Uno permaneció sentado ahí observando durante lo que parecieron muchos días, muchos años, muchos siglos. A medida que el sol bajaba hacia el mar, uno fue abriéndose paso en descenso hacia el valle, y todo alrededor estaba iluminado, esa brizna de hierba, ese sumac [un arbusto silvestre], el altísimo eucalipto y la tierra floreciente. Tomó tanto tiempo descender como el que había tomado el ascenso. Pero aquello que es intemporal no puede ser medido por las palabras. Y «meditación» es sólo una palabra. Las raíces del cielo se hallan en el profundo y perdurable silencio.

11, marzo, 1983 (continúa)

Era una mañana realmente encantadora, una clara y hermosa mañana. Todas las hojas estaban cubiertas de rocío. Y mientras el sol ascendía lentamente, extendiéndose en silencio sobre la bella tierra, en este valle reinaba una gran paz. Los árboles estaban cargados de naranjas, pequeñas pero abundantes. Poco a poco, el sol iluminó cada árbol y cada fruto. Sentado en esa galería que da al valle, uno podía ver las largas sombras de la mañana. La sombra es tan bella como el árbol. Tuvimos deseos de salir, no en automóvil, sino de caminar afuera entre los árboles, y aspirar el aire fresco y el aroma de innumerables naranjas y flores, y escuchar el sonido de la tierra.

Más tarde subimos hasta la cumbre misma del cerro que dominaba el ancho valle. La tierra no pertenece a nadie; es la tierra sobre la cual todos nosotros hemos de vivir por muchos años, arando, cosechando y destruyendo.

Uno es siempre un huésped en esa tierra, y tiene la austeridad propia de un huésped. La austeridad es algo mucho más profundo que el poseer sólo unas pocas cosas. La palabra «austeridad» ha sido estropeada por los monjes, los sanyasis, los ermitaños. Sentado ahí, en ese alto cerro, solo en medio de la solitud de tantas cosas, de tantas rocas y pequeños animales y hormigas, esa palabra carecía de significado.

Al otro lado de los cerros, muy lejos en la distancia, estaba el ancho mar, radiante, resplandeciente. Nosotros hemos dividido la tierra como «tuya» y «mía» –tu nación, mi nación, tu bandera y la bandera de él, esta religión particular y la religión del hombre distante–. El mundo, la tierra, están divididos, fragmentados. Y por eso es que reñimos y peleamos, y los políticos se regocijan en su poder a fin de mantener esta división y no miran jamás el mundo como una totalidad. Les falta la mente global. Nunca sienten ni perciben la inmensa posibilidad de no ser nacionalistas, de no tener divisiones; jamás pueden percibir la fealdad de su poder, de su posición y del sentido de su propia importancia. Ellos son

como cualquier otra persona, sólo que ocupan el sitial del poder con sus insignificantes, mezquinos deseos y ambiciones, y así es, por lo visto, como mantienen la actitud tribal hacia la vida desde que el hombre ha estado sobre esta tierra. Carecen de una mente no comprometida con ningún tipo de resultados, ideales e ideologías –una mente que se mueva más allá de las divisiones de raza, cultura y religión que el hombre ha inventado.

Los gobiernos deben existir en tanto el hombre no sea luz para sí mismo, en tanto no viva su vida cotidiana con orden, con atención, trabajando, observando, aprendiendo diligentemente. Prefiere más bien que le digan lo que debe hacer. Y se lo han dicho desde la antigüedad los sacerdotes, los gurus, y él acepta sus órdenes, sus peculiares disciplinas destructivas como si ellos fueran dioses en esta tierra, como si ellos conocieran todas las implicaciones de esta vida tan extraordinariamente compleja.

Sentado ahí, muy por encima de todos los árboles, sobre una roca que tiene su propio sonido como toda cosa viviente en esta tierra, observando el cielo azul, claro, inmaculado, uno se pregunta cuánto tiempo le tomará al hombre aprender a vivir en este mundo sin rencillas, sin disputas, guerras y conflictos. El hombre ha creado el conflicto al dividir la tierra lingüísticamente, culturalmente, superficialmente. Uno se pregunta cuánto tiempo le tomará al hombre –que ha evolucionado durante tantos siglos de dolor y aflicción, de ansiedad y placer, temor y conflicto–, cuánto tiempo le tomará vivir una clase diferente de vida.

Mientras uno estaba sentado quietamente, sin movimiento alguno, se acercó un lince. Como el viento soplaba por encima del valle, el animal no advirtió el olor de ese ser humano. Ronroneaba, frotándose contra una roca, su pequeña cola levantada, regocijándose con la maravilla de la tierra. Después desapareció cerro abajo entre los arbustos. Estaba protegiendo su guarida, su cueva o el lugar donde dormía. Protegía sus necesidades, sus propios gatitos, cuidándolos del peligro. Temía al hombre más que a ninguna otra cosa, al hombre que cree en Dios, que reza, al hombre rico con su escopeta, con su matar indiferente. Casi podía sentir-

se el olor de ese lince cuando pasó cerca. Uno estaba tan inmóvil, tan completamente quieto, que el animal ni siquiera lo miró: uno era parte de esa roca, parte del ambiente.

¿Por qué –se pregunta uno– el hombre no se da cuenta de que puede vivir en paz, sin guerras, sin violencia? ¿Cuánto tiempo le tomará comprender esto, cuántos siglos y siglos? Desde los siglos pasados, en millares de ayeres, no ha aprendido. Lo que es ahora, así será su futuro.

Esa roca se estaba poniendo demasiado caliente. La concentración del calor podía sentirse a través de los pantalones, de modo que uno se levantó y descendió siguiendo al lince que había desaparecido mucho tiempo atrás. Había otras criaturas: la ardilla de la tierra, una gran culebra y una serpiente de cascabel. Silenciosamente se ocupaban de sus asuntos. Se desvaneció el aire de la mañana; paulatinamente, el sol llegó al oeste. Tomaría una hora o dos antes de que se pusiera detrás de aquellos cerros, con el maravilloso contorno de las rocas y los colores del atardecer –azul, rojo y amarillo–. Después, empezaría la noche, los sonidos de la noche llenarían el aire; sólo más tarde habría un silencio total. Las raíces del cielo son de inmenso vacío, porque en ese vació hay energía, incalculable, vasta y profunda energía.

15, marzo, 1983

Este extremo del valle, particularmente en una bella y serena mañana como ésta, era apacible, no había ningún sonido de tránsito. Los cerros estaban detrás de nosotros y la montaña más alta de la región tenía más de 6.000 pies. La casa se encuentra rodeada por huertos de brillantes naranjales amarillos, y en el cielo azul no se veía ni una sola nube. En la aún silenciosa mañana, podía escucharse el murmullo de las abejas entre las flores. El viejo roble* que está detrás de la casa tenía muchísimos años; los

* La siempre verde encina de California.

fuertes vientos habían roto numerosas ramas muertas. El árbol ha sobrevivido a muchas tormentas, a muchos veranos de calor intenso y a los fríos inviernos. Probablemente podría contarnos innumerables historias, pero esta mañana estaba muy quieto, no soplaba ni una brisa. Todo alrededor de uno se hallaba poblado de verdes y brillantes naranjos con sus frutos amarillos y relucientes, y el aroma llenaba el aire –el aroma del jazmín.

Este valle está muy lejos de todo el ruido y el alboroto del tráfico humano, de la humanidad, de todas las cosas feas que ocurren en el mundo. Los naranjos recién comenzaban a mostrar sus frescas y jóvenes flores. El perfume de éstas impregnaría el valle dentro de una semana o dos, y se escucharía el zumbido de miles de abejas. Era una mañana apacible, y más allá estaba el mundo enfermo, un mundo que se está volviendo más y más peligroso, más y más corrupto, más y más embotado en su búsqueda de entretenimientos, religiosos y de otras clases. Está prosperando la superficialidad de la existencia. El dinero parece ser el valor más grande en la vida y, naturalmente, con él marchan el poder, la posición y el dolor que todo eso implica.

«En una mañana tan hermosa, yo quiero hablar con usted acerca de un tema más bien triste, atemorizador, el sentimiento de aprensión que invade a la humanidad y a mí mismo. Quisiera comprender realmente –no de manera sólo intelectual o descriptiva– por qué, como tantos otros, me espanta la terminación de la vida.

»Matamos con gran facilidad –se llaman "deportes con derramamiento de sangre" la caza de pájaros por diversión para destacar la propia habilidad, la caza del zorro, la matanza por millones de las criaturas vivientes del mar; la muerte parece estar en todas partes–. Sentado en esta tranquila galería, contemplando esos brillantes naranjos amarillos, es difícil –o más bien parece impropio– hablar acerca de algo tan alarmante. A través de las edades, el hombre jamás ha resuelto realmente ni ha comprendido la cosa que llamamos muerte.

»Naturalmente, he estudiado diversas racionalizaciones y creencias religiosas y científicas que asumen el aspecto de realidades; algunas son lógicas, consoladoras, pero subsiste el hecho de que siempre está ahí el miedo a lo desconocido.

»Estuve discutiendo este hecho con un amigo mío cuya mujer falleció recientemente. Él es un hombre más bien solitario y propenso no sólo a vivir de sus recuerdos sino también a descubrir por sí mismo a través de sesiones espiritistas, médiums y todo eso, si su esposa, a quien realmente amaba, se había evaporado meramente en el aire o si seguía habiendo una continuidad de ella en otra dimensión, en un mundo diferente de éste.

»Él dijo: "Con bastante extrañeza me encontré con que en una de estas sesiones la médium mencionó mi nombre y dijo que tenía un mensaje de mi esposa. Y el mensaje era algo que sólo conocíamos mi esposa y yo. Por supuesto, la médium puede haber leído mis pensamientos o puede ser que mi esposa exista. Ese pensamiento estaba en el aire –el pensamiento de ese secreto que hubo entre nosotros–. He interrogado a numerosas personas acerca de sus experiencias. Y todo eso parece muy fútil y más bien tonto, incluyendo el mensaje de mi esposa, mensaje muy trivial, muy carente de significación".

»Yo no quiero discutir con usted si hay una entidad personal que continúa después de la muerte. No es ése mi interés. Algunos dicen que existe una continuidad, otros sostienen que hay una total aniquilación. Esta contradicción –la aniquilación, el fin total de una persona, o la continuidad de un individuo– ha figurado en toda la literatura, desde la antigüedad hasta el presente. Pero para mí, todo eso no viene al caso. Su validez sigue estando en el reino de la especulación, de la superstición, de la creencia y del deseo de consuelo, de esperanza. Realmente, todo eso no me interesa. Y es lo que en verdad quiero decir. Al menos de eso estoy completamente seguro. Pero me gustaría, si es posible, dialogar con usted acerca del significado de todo ello –de todo este asunto del vivir y morir–. ¿Carece todo ello absolutamente de sentido, de profundidad, de cualquier significación? Millones han muerto

y millones nacerán y continuarán y morirán. Yo soy uno de ésos. Y siempre me pregunto: ¿Cuál es el significado del vivir y morir? La tierra es hermosa, he viajado muchísimo, he hablado con numerosas personas que se supone son sabias y muy ilustradas, pero ellas también se mueren.

»He recorrido una larga distancia para llegar aquí, por lo que tal vez tenga usted la bondad de tomarse tiempo para que discutamos, con serena paciencia, esta cuestión.»

«La duda es algo precioso. Limpia, purifica la mente. El propio cuestionar, el hecho mismo de que la semilla de la duda esté en uno, ayuda a clarificar nuestra investigación. No sólo dudar de lo que todos los demás han dicho –incluyendo el concepto de la regeneración, y la creencia y el dogma cristianos de la resurrección–, sino también la aceptación del mundo asiático de que existe una continuidad. Al dudar de todo eso, al cuestionarlo, hay cierta libertad que es indispensable para nuestra investigación. Si podemos descartar todo eso realmente, no sólo de manera verbal sino profundamente dentro de nosotros mismos, entonces no alimentamos ilusiones. Y es necesario estar libres de cualquier tipo de ilusión –las ilusiones que otros nos han impuesto y las ilusiones que nosotros mismos nos hemos creado–. Todas las ilusiones son cosas con las que jugamos; y si uno es serio, las ilusiones no tienen cabida en absoluto, ni tampoco la fe se introduce en todo esto.

»Habiendo, pues, descartado todo eso, no por un momento, sino al ver la completa falsedad de ello, la mente no está atrapada en las mentiras que el hombre ha inventado acerca de la muerte, acerca de dios y de todos los rituales que ha creado el pensamiento. Uno tiene que estar libre de cualquier juicio u opinión, porque sólo entonces puede explorar deliberadamente, realmente, con cierta vacilación, en el significado del diario vivir y morir –en la existencia y el fin de la existencia–. Si uno está preparado para esto, si uno está dispuesto, o mejor aún si uno se interesa realmente, profundamente en descubrir la verdad de la cuestión (el

vivir y el morir constituyen un problema muy complejo, un asunto que requiere un examen muy cuidadoso), ¿por dónde ha de empezar? ¿Por la vida o por la muerte? ¿Por el vivir o por el final de eso que llamamos el vivir?»

«Tengo más de cincuenta años, y he vivido de una manera más bien extravagante, interesado en muchas, muchas cosas. Pienso que me gustaría comenzar... vacilo un poco, estoy algo indeciso, no sé bien por dónde debería comenzar.»

«Yo creo que deberíamos empezar por el principio de la existencia, de la existencia humana; empezar por la existencia de uno mismo como ser humano.»

«Nací en una familia bastante acomodada, y fui criado y educado con esmero. He estado en diversos negocios y tengo dinero suficiente; ahora soy un hombre que está solo. Estuve casado, tuve dos hijos, y ambos, junto con mi esposa, murieron en un accidente automovilístico. Nunca ha vuelto a casarme. Pienso que me gustaría comenzar por mi infancia. Desde el principio, como ocurre con cualquier otro niño en el mundo, pobre o rico, hubo una psique bien desarrollada y la habitual actividad egocéntrica. Es extraño, cuando uno mira hacia atrás, ver cómo eso comienza desde la más tierna infancia, esa posesiva continuidad mía como J. Smith. Pasé por la escuela, expandiéndome, agresivo, arrogante, aburrido; después vinieron el colegio y la universidad. Y como mi padre manejaba una buena empresa, entré en su compañía. Llegué a la cima, y cuando murieron mi esposa y mis hijos, empecé esta investigación. Como les sucede a todos los seres humanos, aquello fue una gran conmoción interna, un gran dolor –la pérdida de los tres, los recuerdos relacionados con ellos–. Y cuando el choque emocional que eso produjo desapareció, comencé a investigar, a leer, a interrogar, a viajar por diferentes partes del mundo, hablando sobre esta cuestión con algunos de los llamados líderes espirituales, los gurus. Leía muchísimo, pero ja-

más estaba satisfecho con lo que leía. Creo, por lo tanto, que debemos comenzar, si es que puedo sugerirlo, con el vivir real –la formación cotidiana de mi cultivada y restringida mente–. Yo soy eso. Vea, ésa ha sido mi vida. Mi vida nada tiene de excepcional. Probablemente podría considerárseme como perteneciente a la clase media alta, y por un tiempo eso resultó agradable, excitante, y otras veces aburrido, fatigoso y monótono. Pero la muerte de mi mujer y de mis hijos, de algún modo me sacó de eso. No me he vuelto morboso, pero necesito saber la verdad acerca de toda esta cuestión, si es que existe una verdad con respecto al vivir y al morir.»

«¿Cómo se forma la psique, el ego, el sí mismo, el yo, la persona? ¿Cómo ha nacido esta cosa desde la cual surge el concepto del individuo, del "yo" separado de todos los demás? ¿Cómo se pone en marcha este movimiento –este impulso, este sentido del yo, del sí mismo? Usaremos la palabra «yo» para incluir la persona, el nombre, la forma, las características, el ego. ¿Cómo nace este yo? ¿Nace con ciertas características transmitidas por los padres? ¿Es el yo meramente una serie de reacciones? ¿Es solamente la continuidad de siglos de tradición? ¿Es el yo producto de circunstancias, de incidentes, de acontecimientos? ¿Es el resultado de la evolución –siendo la evolución el proceso gradual del tiempo– el que pone el acento en el yo y le da tanta importancia? ¿O, como algunos sostienen, excepcionalmente en el mundo religioso, la cáscara externa del yo contiene dentro de sí el alma y la antigua noción de los hindúes, de los budistas? ¿Es la sociedad la que da origen al yo y fortalece la fórmula de que uno está separado del resto de la humanidad? Todos estos conceptos contienen ciertas verdades, ciertos hechos, y constituyen el yo. Y al yo se le ha concedido una importancia tremenda en este mundo. La expresión del yo en el mundo democrático se llama "libertad", y en el mundo totalitario esa "libertad" es reprimida, negada y castigada. ¿Diría usted, entonces, que ese instinto comienza en el niño con el impulso de poseer? Esto existe tam-

bién en los animales, de modo que tal vez hemos derivado de los animales este instinto de poseer. Donde hay cualquier clase de posesión, tiene que existir el principio del yo. Y a partir de este instinto, de esta reacción, el yo crece gradualmente en vitalidad, en fuerza, y adquiere estabilidad. La posesión de una casa, la posesión de tierras, la posesión de conocimientos, la posesión de ciertas capacidades –todo esto es el movimiento del yo–. Y este movimiento le da a uno la sensación de estar separado como individuo.

»Ahora puede uno avanzar más en los detalles. ¿Están el tú, el yo, separados del resto de la humanidad? ¿Es usted, debido a que tiene un nombre separado, un organismo físico separado, ciertas tendencias diferentes de las de otro, tal vez algún talento –hace eso de usted un individuo? Esta idea de que cada uno de nosotros en todo el mundo está separado de otro, ¿es una realidad? ¿O puede que todo el concepto sea ilusorio, al igual que la división que hemos hecho del mundo en comunidades y naciones separadas, lo cual es realmente una forma glorificada del sentimiento tribal? Este interés en uno mismo y la idea de que la propia comunidad es diferente de otras comunidades, de otros yoes, ¿se basa en una realidad factual? Por supuesto, usted puede decir que es real porque usted es norteamericano y otros son franceses, rusos, indios, chinos, etc. Estas diferencias lingüísticas, culturales, religiosas, han originado desastres en el mundo –guerras terribles, daño incalculable–. Y también, desde luego, en ciertos aspectos de ello hay una gran belleza, como en la expresión de algunos hombres de talento, como un pintor, un músico, un científico, etcétera. ¿Se consideraría usted a sí mismo como un individuo separado, con un cerebro separado que es "suyo" y de nadie más? Ése es su pensar, y se supone que su pensar es diferente del pensar de otro. Pero, ¿es en absoluto individual el pensar? ¿O sólo existe el pensar, que es compartido por toda la humanidad, ya se trate del más talentoso de los científicos o de la persona más ignorante y primitiva?

»Todas estas preguntas y más, surgen cuando estamos considerando la muerte de un ser humano. De modo que, observando

cuidadosamente todo esto –las reacciones, el nombre, la forma, el instinto posesivo, el impulso de estar separado de otro (impulso alimentado por la sociedad y las religiones)–, al examinar todo esto con lógica, con sensatez, razonablemente, ¿se consideraría a sí mismo un individuo? Ésta es una pregunta importante en el contexto del significado de la muerte.

»Veo lo que usted quiere decir. Tengo una comprensión intuitiva, una percepción de que en tanto piense que soy un individuo, mi pensar estará separado del pensar de los demás –mi ansiedad, mi dolor, me separarán del resto de la humanidad–. Tengo la sensación –por favor, corríjame si no es así– de que he reducido el vasto y complejo vivir del resto de la humanidad a un asunto muy pequeño, mezquino e insignificante. ¿Está usted diciendo, efectivamente, que yo no soy en absoluto un individuo? ¿Que mi pensar no es mío? ¿Y que mi cerebro no es mío, que no está separado de los demás cerebros? ¿Es eso lo que usted insinúa, lo que sostiene? ¿Es ésa su conclusión?»

«Si me permite señalarlo, la palabra "conclusión" no se justifica. Concluir significa cerrar algo, terminar con ello –concluir un argumento, concluir una paz después de una guerra–. Nosotros no estamos concluyendo nada; sólo estamos señalando, porque debemos alejarnos de las conclusiones, de la finalidad y esas cosas que limitan, que restringen nuestra investigación. En cambio *el hecho*, el hecho racional, observable, es que su pensar y el pensar de otro son similares. La expresión de su pensamiento puede variar; si usted es un artista puede expresar algo de cierta manera, y otra persona que no es artista puede expresarlo de una manera distinta. Usted juzga, evalúa de acuerdo con la expresión, y entonces la expresión lo divide a usted como artista, lo separa de otro como jugador de fútbol. Pero usted como artista y él como jugador de fútbol, *piensan*. Ambos sufren, experimentan ansiedad, gran dolor, desengaño, aprensión; uno cree en Dios y el otro no cree en Dios, uno tiene fe y el otro no tiene fe, pero esto es común a todos los seres humanos, aunque cada uno pueda pensar que es diferente.

Yo puedo pensar que mi dolor es por completo diferente del dolor de otro, que mi soledad, mi desesperación son totalmente opuestas a las de otras personas. Ésa es nuestra tradición, ése es nuestro condicionamiento, hemos sido educados para eso –uno es un árabe, otro es un judío, etcétera–. Y de esta división se origina no sólo la individualidad, sino las diferencias raciales de las comunidades. El individuo, al identificarse con una comunidad, con una nación, con una raza, con una religión, genera invariablemente conflicto entre los seres humanos. Ésa es una ley natural. Pero nosotros sólo nos interesamos en los efectos, no en las causas de la guerra, en las causas de esta división.

»De modo que estamos meramente señalando, no afirmamos nada, no sacamos la conclusión de que usted, señor, es psicológicamente, profundamente, el resto de la humanidad. Sus reacciones las comparte toda la humanidad. Su cerebro no es "suyo", ha evolucionado en el tiempo durante siglos. Usted puede estar condicionado como cristiano, puede creer en diversos dogmas y rituales; otro tiene su propio dios, sus propios rituales, pero todo eso es producto del pensamiento. Estamos, pues, poniendo profundamente en duda que el individuo exista en absoluto como tal. Somos la humanidad total, cada uno de nosotros es el resto de la humanidad. Ésta no es una declaración romántica, fantástica; y es importante, necesario entenderla si vamos a considerar juntos el significado de la muerte.

»¿Qué dice a todo esto, señor?»

«Debo decir que estoy desconcertado con todos estos interrogantes. No sé bien por qué siempre me he considerado separado de usted o de algún otro. Lo que usted dice parece verdadero, pero tengo que reflexionar al respecto, necesito un poco de tiempo para asimilar todo lo que usted ha dicho hasta ahora.»

«El tiempo es el enemigo de la percepción. Si va usted a reflexionar sobre lo que hemos hablado hasta aquí, si va a argüir consigo mismo, a discutir lo que se ha dicho, a analizar lo que he-

mos considerado juntos, ello va a tomarle tiempo. Y el tiempo es un nuevo factor que se interpone en la percepción de lo verdadero. De cualquier modo, ¿lo dejamos por el momento?»

Volvió después de un par de días, y se le veía bastante tranquilo y más interesado. Era una mañana nublada y probablemente llovería. En esta parte del mundo se necesita mucho más de la lluvia, porque al otro lado de los cerros hay un vasto desierto. Debido a eso, por las noches hace aquí mucho frío.

«He regresado después de varios días de sereno pensar. Tengo una casa frente al mar y vivo allí completamente solo. Es una de esas pequeñas cabañas costeras, y uno tiene frente a sí la playa y el azul Pacífico; se puede caminar millas y millas por la playa. Yo generalmente salgo para hacer largos paseos en la mañana o en el atardecer. Después de verle a usted el otro día, caminé a lo largo de la playa, tal vez unas cinco millas o más, y decidí regresar y verle nuevamente. Al principio me sentí muy perturbado. No podía comprender del todo lo que usted decía, lo que me señalaba. Aunque soy una persona más bien escéptica sobre estas cuestiones, permití que lo dicho por usted ocupara mi mente. No era que internamente yo lo aceptara o lo negara, pero me intrigaba; y deliberadamente uso la palabra "permití" –permití que penetrara en mi mente–. Y luego de reflexionar un poco, subí a mi auto, y después de manejar a lo largo de la costa regresé tierra adentro hasta llegar aquí. Es un valle muy hermoso. Me alegro de encontrarle aquí. ¿Podríamos, pues, continuar con lo que estuvimos considerando el otro día?

»Si es que lo comprendo claramente, usted estuvo señalando que la tradición, el pensamiento largamente condicionado, puede producir una fijación, un concepto que aceptamos fácilmente, tal vez sin demasiada reflexión –aceptamos la idea de que somos individuos separados–. Y cuanto más pienso al respecto –uso la palabra "pienso" en el sentido corriente de pensar, racionalizar, cuestionar, argumentar– es como si estuviera sosteniendo una

discusión conmigo mismo, un diálogo prolongado; y pienso que capto realmente lo que todo ello implica. Veo lo que hemos hecho del maravilloso mundo en que vivimos. Veo toda la secuencia histórica. Y después de un considerable ir y venir del pensamiento, comprendo realmente la profundidad y verdad de lo que usted ha dicho. De modo que si dispone de tiempo, me gustaría avanzar más en todo esto. Como usted sabe, yo vine en realidad para descubrir esas cosas acerca de la muerte, pero veo la importancia de empezar por la propia comprensión de uno mismo y, a través de la puerta del yo –si es que puedo usar esa palabra– llegar a la cuestión de lo que es la muerte.»

«Como estuvimos diciendo el otro día, nosotros compartimos, toda la humanidad comparte, la luz del sol [él no había dicho esto]; esa luz del sol no es suya ni mía. Es la energía vivificante que todos compartimos. La belleza de una puesta de sol, si uno la observa con sensibilidad, es compartida por todos los seres humanos. No es la puesta suya o mía en el oeste, en el este, en el norte o en el sur; lo importante es la puesta de sol. Y nuestra conciencia, que incluye nuestras acciones y reacciones, nuestras ideas y conceptos, nuestros patrones de pensamiento, los sistemas de creencias, las ideologías, los temores, los placeres, la fe, la adoración de algo que nosotros mismos hemos proyectado, nuestros dolores, nuestras penas y angustias; esto es compartido por todos los seres humanos. Cuando sufrimos, hemos convertido eso en un asunto personal. Excluimos todos el sufrimiento de la humanidad. Igual que el placer; tratamos el placer como una cosa privada, nuestra, con la excitación que ello produce, etc. Olvidamos que el hombre –incluyendo a la mujer, por supuesto, no es necesario repetirlo– que el hombre ha sufrido desde tiempos que están más allá de toda medida posible. Y ese sufrimiento es el suelo sobre el cual todos nosotros estamos parados. Y es compartido por todos los seres humanos.

»Nuestra conciencia, pues, no es de propiedad suya o mía; es la conciencia del hombre, que ha sido acumulada, que ha evolu-

cionado, crecido a través de siglos, de muchos siglos. En esta conciencia está contenida la fe, están los dioses, todos los rituales que el hombre ha inventado. Es realmente una actividad del pensamiento. Es el pensamiento el que ha formado el contenido –la conducta, la acción, la cultura, la ambición–. Toda la actividad del hombre es la actividad del pensamiento. Y esta conciencia es el sí mismo, el yo, el ego, la personalidad, etc. Creo que es indispensable comprender esto muy a fondo, no sólo de manera argumental, lógica, sino profundamente; igual que la sangre, está en todos nosotros, forma parte de nosotros, es la esencia, el proceso natural de todos los seres humanos. Cuando uno comprende esto, nuestra responsabilidad adquiere extraordinaria importancia. En tanto continúe el contenido de nuestra conciencia, somos los responsables por todo lo que ocurre en el mundo. En tanto el miedo, las nacionalidades, el impulso del éxito –usted sabe, todas esas cosas–, existan, cada uno de nosotros es parte de la humanidad, parte del movimiento humano.

»Esto es sumamente importante que se comprenda. Es así: el yo es producto del pensamiento. Y el pensamiento, como dijimos, no es suyo ni mío; el pensar no es un pensar individual. El pensar es compartido por todos los seres humanos. Y cuando en verdad hemos visto profundamente el significado de todo esto, entonces pienso que podemos comprender la naturaleza de lo que implica morir.

»Cuando usted era un muchacho, tiene que haber seguido una suave corriente que gorgoteaba a lo largo de un valle pequeño y estrecho, con las aguas que corrían más y más rápidas, y al encontrar algo, digamos un trozo de madera, lo arrojó usted en la corriente y siguió su curso hacia abajo viendo cómo pasaba por un desvío, por un montículo, a través de una pequeña grieta –lo siguió hasta que el trozo de madera pasó por encima de una cascada y desapareció–. Esta desaparición es nuestra vida.

»¿Qué significa la muerte? ¿Qué es la palabra misma, el sentimiento amenazador que la acompaña? Al parecer, jamás la aceptamos.»

16, marzo, 1983
(Continúa el diálogo del día 15)

«El hombre ha matado al hombre en diferentes estados de la mente. Lo ha matado por razones religiosas, por razones patrióticas, por la paz o mediante la guerra organizada. Éste ha sido nuestro sino, matarnos perpetuamente unos a otros.

»Señor, ¿ha considerado usted lo que implica esta clase de matanza, el dolor que ha traído al hombre –el inmenso dolor de la humanidad que ha proseguido a través de las edades, las lágrimas, la agonía, la brutalidad, el terror de todo eso? Y ello aún continúa. El mundo está enfermo. Los políticos, sean de la izquierda, de la derecha, del centro, o los totalitarios, no van a traernos la paz. Cada uno de nosotros es responsable, y siendo responsables, tenemos que ver que las matanzas lleguen a su fin de modo que vivamos en esta tierra, que es nuestra, bellamente y en paz. Ésta es una tragedia inmensa que ni afrontamos ni queremos resolver. Dejamos todo eso a los expertos; y el peligro que implican los expertos es tan grande como el peligro de un precipicio profundo o el de una serpiente venenosa.

»De modo que, descartado todo eso, ¿cuál es el significado de la muerte? Para usted, señor, ¿qué significa la muerte?»

«Para mí significa que todo lo que he sido, todo lo que soy, súbitamente termina a causa de alguna enfermedad, un accidente o la vejez. Por supuesto, he leído y he hablado de ello con asiáticos, con hindúes para quienes existe la creencia en la reencarnación. No sé si eso es verdadero o no, pero hasta donde yo puedo entenderlo, la muerte significa el fin de una cosa viviente; la muerte de un árbol, la muerte de un pez, la muerte de una araña, la muerte de mi mujer y de mis hijos –una súbita interrupción, un súbito fin de aquello que ha estado viviendo, con todos sus recuerdos, sus ideas, su dolor, su ansiedad, sus alegrías y placeres, el contemplar juntos una puesta de sol... todo eso ha llegado a su fin–. Y no es sólo el recuerdo de todo eso lo que arranca lágrimas, sino tam-

bién el darse cuenta de la propia insuficiencia, de la propia soledad. Y la idea de separarse uno de la esposa y de los hijos, de las cosas por las que uno ha trabajado, que uno ha querido y a las que se ha aferrado, los apegos y el dolor del apego; todo eso y más termina súbitamente. Pienso que en general eso es lo que entendemos por muerte; la muerte significa eso. Para mí es el final.

»Hay una fotografía de mi mujer y mis hijos sobre el piano en mi cabaña junto al mar. Acostumbrábamos tocar el piano juntos. El recuerdo de ello está en la fotografía sobre el piano, pero la realidad ha desaparecido. El recuerdo es doloroso o puede darle a uno placer; pero el placer es más bien débil, porque lo que domina es el dolor. Todo eso implica la muerte para mí.

»Teníamos un hermoso gato persa, una cosa verdaderamente bella. Y una mañana se había muerto. Estaba en el portal del frente. Debió de haber comido alguna cosa; y ahí estaba, carente de vida, de significación; nunca más ronronearía. Eso es la muerte. El final de una vida larga, o el final de un bebé recién nacido. Una vez tuve una plantita nueva que prometía convertirse en un árbol saludable. Pero alguna persona imprudente, distraída, pasó junto a la planta, la pisoteó, y ésta jamás llegó a ser un gran árbol. Ésa también es una forma de muerte. El final de un día, de un día que ha sido pobre o rico y bello, también puede llamarse muerte. El principio y el fin.»

«Señor, ¿qué es vivir? Desde el instante en que uno nace hasta que muere, ¿qué es el vivir? Es muy importante comprender el modo en que vivimos –por qué vivimos de este modo después de tantos siglos–. Es cosa suya, señor, si esa vida es una constante lucha, ¿no es así? Conflicto, dolor, alegría, placer, ansiedad, soledad, depresión, y trabajar, trabajar, trabajar, esforzarse por uno mismo o por otros; ser egocéntrico y, quizás, ocasionalmente generoso; ser envidioso, iracundo, tratando de reprimir la ira o dejando que la ira se desate desenfrenadamente, etcétera. Esto es lo que llamamos el vivir. Lágrimas, risas, dolor y la adoración de algo que hemos inventado; vivir a base de mentiras, de ilusiones

y odio, la fatiga de todo eso, el hastío, las insensateces: ésta es nuestra vida. No sólo la vida suya, sino la vida de todos los seres humanos en esta tierra. Y también el tratar de escapar de todo eso. Este proceso de adoración, de aflicción extrema y miedo, ha proseguido desde la antigüedad hasta nuestros días –esfuerzo, lucha, sufrimiento, incertidumbre, así como dicha y risas–. Todo esto es parte de nuestra existencia.

»A la terminación de todo esto se le llama muerte. La muerte pone fin a todos nuestros apegos, por superficiales o profundos que sean. El apego del monje, del sanyasi, el apego del ama de casa, el apego a la propia familia... toda forma de apego tiene que terminar con la muerte.

»Hay varios problemas implicados en esto; uno, la cuestión de la inmortalidad. ¿Existe tal cosa como la inmortalidad? O sea, aquello que no es mortal –puesto que "mortal" implica lo que conoce la muerte–. Lo inmortal es lo que está más allá del tiempo y es totalmente ajeno a este final. ¿Es inmortal el sí mismo, el yo? ¿O conoce la muerte? El sí mismo nunca puede volverse inmortal. El "yo", el "mí" con todas sus cualidades se forma a través del tiempo, que es pensamiento; ese «yo» jamás puede ser inmortal. Podemos inventar una idea de inmortalidad, una imagen, un dios, una representación pictórica y aferrarnos a ello para obtener consuelo; pero eso no es inmortalidad.

»El segundo problema es un poquito más complejo: ¿Es posible vivir con la muerte? No morbosamente, no en alguna forma de autodestrucción. ¿Por qué hemos separado la muerte del vivir? La muerte es parte de nuestra vida, es parte de nuestra existencia; el morir y el vivir, el vivir y el morir. Son inseparables. La envidia, la ira, el dolor, la soledad y el placer que uno disfruta (todo eso que llamamos el vivir), y esta cosa que denominamos muerte ¿por qué las separamos? ¿Por qué las mantenemos a millas de distancia? Sí, apartadas a millas de tiempo. Aceptamos la muerte de un anciano; es natural. Pero cuando una persona joven muere debido a un accidente o a una enfermedad, nos rebelamos contra ello. Decimos que es injusto, que no debería ser. De modo

que siempre estamos separando la vida y la muerte. Es éste un problema que debemos cuestionar y comprender –o no tratar esto como un problema, sino mirarlo, ver sus implicaciones internas sin engañarnos.

»Otro problema es la cuestión del tiempo; el tiempo que implica el vivir, el aprender, el acumular, el actuar, el hacer; y la cesación del tiempo tal como lo conocemos: el tiempo que separa el vivir del final. Donde hay separación, división, de aquí hasta allá, de "lo que es" a "lo que debería ser", está involucrado el tiempo. Para mí, el factor principal es el mantenimiento de esta división entre lo que llamamos muerte y eso que llamamos vida.

»Cuando existe esta división, esta separación, hay miedo. Entonces surge el esfuerzo por superarlo, y con él la búsqueda de consuelo, de la satisfacción que brinda un sentimiento de continuidad. (Estamos hablando del mundo psicológico, no del mundo físico o técnico.) Es el tiempo el que ha formado el yo, y el pensamiento es el que sostiene al ego, al sí mismo. ¡Si tan sólo pudiéramos captar realmente la significación del tiempo y de la división, de la separación psicológica del hombre contra el hombre, de la raza contra la raza, de un tipo de cultura contra otro! Esta separación, esta división como el vivir y el morir, es producida por el pensamiento y el tiempo. Y vivir una vida junto con la muerte, sin separarlas, implica un cambio profundo en toda nuestra perspectiva de la existencia. Terminar con el apego sin tiempo ni motivo alguno, es morir mientras vivimos.

»En el amor no existe el tiempo. No es mi amor opuesto a su amor. El amor nunca es personal; uno puede amar a otro ser humano, pero cuando ese amor se limita, cuando se reduce a una sola persona, entonces deja de ser amor. Donde verdaderamente hay amor, no existe la división del tiempo, del pensamiento –todas las complejidades de la vida, toda la desdicha y la confusión, las incertidumbres, los celos, las ansiedades que implica esa división–. Tenemos que dedicar muchísima atención al tiempo y al pensamiento. No es que uno deba vivir sólo en el presente, eso sería completamente absurdo. El tiempo es el pasado, que se mo-

difica y prosigue como el futuro. Es un continuo, y el pensamiento se aferra, se adhiere a esto. Se adhiere a algo que él mismo ha creado, ha fabricado.

»Otro problema es: puesto que los seres humanos representan a la humanidad total –uno *es* toda la humanidad, no la representa, tal como uno *es* el mundo y el mundo *es* uno mismo– ¿qué ocurre cuando uno muere? Cuando usted u otro mueren, usted y el otro son la manifestación de una vasta corriente de acción y reacción humana, la corriente de la conciencia, de la conducta humana, etc.; usted pertenece a esa corriente. Esa corriente ha condicionado la mente humana, el cerebro humano, y en tanto permanecemos condicionados por la codicia, por la envidia, el placer, la alegría y todo eso, somos parte de esta corriente. El organismo de uno puede llegar a su fin, pero uno pertenece a esa corriente, tal como uno es, mientras vive, la corriente misma. Esa corriente que cambia, con lentitud a veces, rápidamente otras, que es profunda y superficial, que se estrecha entre ambos márgenes y se abre paso por la estrechez hasta convertirse en un inmenso caudal de agua –mientras uno pertenezca a esa corriente, no habrá libertad–. Uno no está libre del tiempo, de la confusión y desdicha de todos los recuerdos y apegos acumulados. Sólo cuando hay un final de esa corriente –el final, no el salirse uno momentáneamente de ella para volver convertido en alguna otra cosa, sino el final de la corriente– sólo entonces existe una dimensión por completo distinta. Esa dimensión no pueden medirla las palabras. Terminar con la corriente sin motivo alguno, es todo el significado del vivir y el morir. En el vivir y el morir están las raíces del cielo.»

17 , marzo, 1983

Las nubes estaban muy bajas esta mañana. Había llovido la última noche, no demasiado, pero eso regó la tierra, la nutrió, la enriqueció. En una mañana como ésta –con los cerros flotando

entre las nubes y con semejante cielo– cuando uno piensa en la enorme energía que el hombre ha gastado sobre esta tierra, en el vasto progreso tecnológico de los últimos cincuenta años, en todos los ríos más o menos contaminados, en el desperdicio de energía dedicada a este perpetuo entretenimiento... todo eso se ve muy extraño y muy enfermizo.

En la galería, esta mañana el tiempo está muy lejos del hombre –el tiempo como movimiento, el tiempo como el ir de aquí hasta allá, el tiempo para aprender, el tiempo para actuar, el tiempo como un medio para cambiar de esto a aquello en las cosas comunes de la vida–. Uno puede entender que el tiempo sea necesario para aprender un idioma, para aprender alguna destreza, para construir un avión, para armar una computadora, para viajar alrededor del mundo; el tiempo de la juventud, el tiempo de la vejez, el tiempo como el sol que se pone o como el sol que se levanta lentamente sobre los cerros, el tiempo de las largas sombras y el crecimiento de un árbol que madura poco a poco, el tiempo para llegar a ser un buen jardinero, un buen carpintero, etcétera. En el mundo físico, en la acción física, el tiempo se vuelve indispensable y útil.

¿Es que trasladamos y extendemos el mismo uso del tiempo al mundo psicológico? ¿Extendemos este modo de pensar, de actuar, de aprender, al mundo que está bajo la piel, que está en el área de la psique, como esperanza, como llegar a ser esto o aquello, como mejoramiento propio? Suena más bien absurdo –cambiar de esto a aquello, de «lo que es» a «lo que debería ser»–. Pensamos que el tiempo es necesario para cambiar toda la compleja cualidad de la violencia transformándola en lo que no es violento.

Sentado tranquilamente a solas en la galería que da sobre el largo y ancho valle, uno casi podía contar las hileras de naranjos, los huertos bellamente conservados. Ver la belleza de la tierra, del valle, no involucra al tiempo, pero el trasladar esa percepción a un lienzo o a un poema, requiere tiempo. Tal vez usamos el tiempo como un medio de escapar de «lo que es», de lo que so-

mos, de lo que el futuro será para nosotros mismos y para el resto de la humanidad.

En el reino psicológico, el tiempo es el enemigo del hombre. Queremos que la psique evolucione, crezca, se expanda, se realice, se convierta en algo más que lo que es. Jamás ponemos en tela de juicio la validez de tal deseo, de tal concepto; fácilmente, quizá muy contentos, aceptamos que la psique puede evolucionar, florecer, y que un día habrá paz y felicidad en el mundo. Pero en realidad no existe la evolución psicológica.

Hay un colibrí que va de flor en flor, ¡un resplandor intenso en esta quieta luz, con tanta vitalidad en esa pequeñita criatura! La rapidez de las alas y el ritmo tan fantástico y constante; parece capaz de moverse hacia adelante y hacia atrás. Es algo maravilloso observarlo, sentir la delicadeza, el color brillante, y sorprenderse de esa belleza tan diminuta, tan veloz y que tan rápidamente ha desaparecido... Y hay un sinsonte sobre el cable telefónico. Otro pájaro está posado en la copa de aquel árbol y desde allí examina todo el mundo. Ha estado sin moverse de ahí por más de media hora, pero vigilando, moviendo su cabecita para advertir el más mínimo peligro. Y ahora también ha desaparecido. Las nubes están comenzando a alejarse, y ¡qué verdes se ven los cerros!

Como se ha dicho, la evolución psicológica no existe. La psique nunca puede devenir o desarrollarse hasta convertirse en algo que no es. El orgullo y la arrogancia no pueden convertirse sino en un orgullo y una arrogancia mayores, ni puede el egoísmo, que es el destino común a todos los seres humanos, llegar a ser otra cosa que más y más egoísmo, más y más de su propia naturaleza. Es más bien alarmante darse cuenta de que la propia palabra «esperanza» contiene todo el mundo del futuro. Este movimiento de «lo que es» a «lo que debería ser» es una ilusión, es realmente –si uno puede usar esa palabra– una mentira. Aceptamos como una cuestión de hecho lo que el hombre ha repetido a través de los siglos, pero cuando empezamos a cuestionar, a dudar, podemos ver muy claramente –si es que queremos verlo y no lo ocultamos detrás de alguna imagen o alguna antojadiza cons-

trucción verbal– la naturaleza y estructura de la psique, del ego, del «yo». El «yo» jamás puede convertirse en algo mejor. Lo intentará, pensará que puede, pero el «yo» subsiste siempre en sutiles formas. Se esconde tras de muchas vestiduras, adopta múltiples estructuras; varía de vez en cuando, pero siempre existe este «yo», esta actividad separativa, egocéntrica que imagina que un día hará de sí misma algo que en realidad no es.

Uno ve, pues, que no existe una evolución del yo; sólo existe la terminación del egoísmo, de la ansiedad, de la aflicción y el dolor que constituyen el contenido de la psique, del «yo». Sólo existe el fin de todo eso, y ese fin no requiere tiempo. No es que todo eso vaya a terminar pasado mañana. Terminará solamente cuando exista la percepción de ese movimiento. Una percepción no sólo objetiva, sin distorsión, sin prejuicio alguno, sino libre de todas las acumulaciones del pasado. Ser testigo de todo esto sin el observador; el observador pertenece al tiempo, y por mucho que quiera producir una mutación en sí mismo seguirá siendo el observador; los recuerdos, por gratos que puedan ser, carecen de realidad, son cosas del pasado, cosas desaparecidas, terminadas, muertas. Sólo observando sin el observador, uno comprende realmente la naturaleza del tiempo y la terminación del tiempo.

El colibrí ha regresado. Un rayo de sol que se filtra por una abertura de las nubes, lo ha atrapado haciendo destellar sus colores, el largo y fino pico y el movimiento rápido de las alas. La pura observación de ese pequeño pájaro, el sólo observarlo sin reacción alguna, es observar todo el mundo de la belleza.

«El otro día le escuché decir que el tiempo es el enemigo del hombre. Usted explicó brevemente algo al respecto. Parece una afirmación muy extravagante. Y usted ha hecho otras declaraciones similares. He encontrado que algunas de ellas son verdaderas, naturales, pero mi mente nunca puede ver con facilidad lo real, la verdad, el hecho. Me estuve preguntando, y también lo pregunté a otros, por qué nuestras mentes se han vuelto tan tor-

pes, tan lerdas, por qué no podemos ver instantáneamente si algo es falso o verdadero. ¿Por qué necesitamos explicaciones para cosas que parecen tan obvias, si usted ya las ha explicado? ¿Por qué yo, o cualquiera de nosotros, no ve la verdad de este hecho? ¿Qué ha sucedido con nuestras mentes? Me gustaría, si es posible, dialogar sobre esto con usted a fin de averiguar por qué mi mente no es sutil, rápida. ¿Y puede esta mente, que ha sido adiestrada y educada, llegar alguna vez a ser real y profundamente rápida, sutil, y ver algo instantáneamente, percibiendo la cualidad y la verdad o falsedad de ello?»

«Señor, comencemos por inquirir por qué nos hemos convertido en esto que somos. Ciertamente, ello nada tiene que ver con la vejez. ¿Es por el modo en que vivimos –el beber, el fumar, las drogas, el bullicio, la fatiga de la perpetua ocupación? Tanto exteriormente como interiormente, estamos siempre ocupados con algo. ¿Es la naturaleza misma del conocimiento la que contribuye a esto? Se nos adiestra para adquirir conocimientos –a través del colegio, de la universidad o en la acción de ejecutar algo hábilmente–. ¿Es el conocimiento uno de los factores de esta falta de sutileza? Nuestros cerebros están llenos de muchísimas cosas, han reunido una gran cantidad de información proveniente de la televisión y de todos los diarios y revistas, y registran lo más que pueden; están todo el tiempo absorbiendo, reteniendo. ¿Es, pues, el conocimiento uno de los factores que destruye la sutileza de la mente? Pero no podemos desembarazarnos de nuestros conocimientos o dejarlos de lado; tenemos que poseerlos. Señor, usted necesita del conocimiento para manejar un automóvil, para escribir una carta, para realizar distintas gestiones; hasta tiene que poseer alguna clase de conocimiento para saber cómo empuñar una pala. Por supuesto que los necesita. Tenemos que poseer conocimientos en el mundo de la actividad cotidiana.

»Pero estamos hablando del conocimiento acumulado en el mundo psicológico, el conocimiento que hemos reunido acerca de nuestra esposa, si es que tenemos una esposa; ese conoci-

miento mismo de haber vivido con nuestra esposa por diez días o por cincuenta años, ha embotado nuestro cerebro, ¿no es así? Los recuerdos, las imágenes, todo está almacenado ahí. Estamos hablando de esta clase de conocimiento interno. El conocimiento tiene sus propias sutilezas superficiales –cuándo ceder, cuándo resistir, cuándo acumular y cuándo no– pero nosotros estamos preguntando otra cosa: ese conocimiento mismo, ¿no hace que nuestra mente, nuestro cerebro se vuelva mecánico y repetitivo a causa del hábito? La enciclopedia contiene todo el conocimiento de todas las personas que han escrito en ella. ¿Por qué no dejar *ese* conocimiento en el estante y utilizarlo cuando sea necesario? No cargarlo en nuestro cerebro.

»Preguntamos: Ese conocimiento, ¿impide el instante de comprensión, la percepción instantánea que da origen a la mutación, la sutileza que no se encuentra en las palabras? ¿Es que estamos condicionados por los periódicos, por la sociedad en que vivimos –la que, dicho sea de paso, nosotros hemos creado, porque cada ser humano desde las pasadas generaciones hasta el presente ha creado esta sociedad, ya sea en esta parte del mundo o en cualquier otra parte? ¿Es el condicionamiento por medio de las religiones lo que ha moldeado nuestro pensamiento? Cuando uno cree intensamente en alguna figura, en alguna imagen, esa misma intensidad de la creencia impide la sutileza, la rapidez mental.

»¿Es que estamos tan constantemente ocupados que no hay espacio en nuestra mente y en nuestro corazón –espacio tanto interno como externo? Todos necesitamos un poco de espacio, pero uno no puede tener espacio físicamente si está en una ciudad atestada, o se encuentra atestado en su propia familia, atestado por todas las impresiones que ha recibido, por todas las presiones. Y psicológicamente tiene que haber espacio, no el espacio que el pensamiento puede imaginar, no el espacio del aislamiento, no el espacio que divide política, social y racialmente a los seres humanos, no el espacio entre continentes; sino un espacio interno que no tiene centro. Donde hay un centro, hay una periferia, una circunferencia. No estamos hablando de tal espacio.

»Y otra razón de que no seamos sutiles, ágiles, ¿será porque nos hemos vuelto especialistas? Podemos ser ágiles en nuestra propia especialización, pero uno duda de que haya comprensión alguna de la naturaleza del dolor, de la angustia, de la soledad, etcétera, en una persona especializada, adiestrada. Desde luego que uno no puede adiestrarse para tener una mente buena y clara; la palabra "adiestrado" implica estar condicionado. ¿Y cómo puede ser clara jamás una mente condicionada?

»De modo, señor, que todos éstos pueden ser los factores que nos impiden tener una buena mente, una mente clara y sutil.»

«Gracias, señor, por recibirme. Tal vez, y así lo espero, algo de lo que usted ha dicho –no es que yo lo haya comprendido completamente– pero algunas de las cosas que usted ha dicho puede que hayan echado semillas en mí, y que yo permita que esas semillas germinen, florezcan sin interferencia alguna de mi parte. Quizás entonces pueda ver algo muy rápidamente, comprender algo sin necesidad de tremendas explicaciones, de análisis verbales, etcétera. Hasta luego, señor.»

18, marzo, 1983

En el comedero de los pájaros había una docena o más de ellos piando, picoteando los granos, pugnando, peleándose entre sí, y cuando llegó otro pájaro grande todos escaparon batiendo las alas. Cuando el pájaro grande volvió a irse, regresaron con su parloteo, riñendo, piando, haciendo una bulla tremenda. Pronto pasó cerca un gato, y hubo agitación, chillidos y un gran alboroto. Ahuyentaron al gato –era uno de esos gatos salvajes, no un gato mimado; hay muchos de esos gatos salvajes alrededor de aquí, los hay de diferentes formas, tamaños y colores–. En el comedero había pájaros durante todo el día, algunos pequeños, otros grandes, y después llegó una urraca regañando a todos, a todo el universo, y ahuyentó a todos los otros pájaros –o más bien

se fueron cuando la urraca llegó–. Estaban todos muy alertas a causa de los gatos. Y cuando estuvo cercano el anochecer, todos los pájaros volaron y hubo silencio, quietud, paz. Los gatos iban y venían, pero ya no había pájaros.

Esa mañana las nubes estaban llenas de luz y el aire contenía la promesa de más lluvias. Había estado lloviendo durante las últimas semanas. Hay un lago artificial, y las aguas estaban a punto de desbordarse. Todas las hojas verdes y los arbustos y los grandes árboles aguardaban la presencia del sol, que no había aparecido con ese brillo que tiene el sol californiano; por algunos días no había mostrado su rostro.

Uno se pregunta cuál es el futuro de la humanidad, el futuro de todos esos niños que vemos gritando, jugando, con sus rostros tan felices, dulces y hermosos –¿cuál es el futuro de ellos?. El futuro es lo que somos ahora. Esto ha sido así históricamente por muchos miles de años –el vivir y el morir, y todo el tormento de nuestras existencias–. Parece que no prestamos mucha atención al futuro. Vemos en la televisión el interminable entretenimiento que se desarrolla desde la mañana hasta tarde en la noche excepto en uno o dos canales, pero las transmisiones de éstos son muy breves y no demasiado serias. Los niños se entretienen. Todos los comerciales alimentan la sensación de que con esto se nos distrae. Y ello ocurre prácticamente en todo el mundo. ¿Cuál será el futuro de estos niños? Está el entretenimiento del deporte –treinta, cuarenta mil espectadores mirando a unas pocas personas en el campo de juego y gritando hasta quedarse roncos–. Y uno también va y presencia alguna ceremonia que se realiza en una gran catedral, algún ritual, y eso también es una forma de entretenimiento, sólo que lo llamamos sagrado, religioso, pero sigue siendo un entretenimiento –una experiencia romántica, sentimental, una sensación de religiosidad–. Observando todo esto en diferentes partes del mundo, viendo cómo la mente está ocupada con la diversión, el entretenimiento, el deporte, es inevitable que uno se pregunte, si es que de algún modo le interesa: ¿Qué será del fu-

turo? ¿Más de lo mismo en formas diferentes? ¿Una variedad de diversiones?

Tenemos que considerar, pues, si es que de alguna manera nos damos cuenta de lo que nos está pasando, cómo los mundos del entretenimiento y del deporte están aprisionando nuestra mente, moldeando nuestra vida. ¿Adónde conduce todo esto? ¿O acaso es algo que no nos interesa en absoluto? Probablemente no nos preocupa. Quizá ni hemos pensado al respecto, o, si lo hemos hecho, tal vez digamos que es demasiado complejo, demasiado alarmante, demasiado peligroso pensar en los años venideros –no en nuestra vejez particular sino en el destino (si se puede usar esa palabra), en el resultado de nuestro actual estilo de vida, lleno de toda clase de sentimientos y búsquedas románticas, emocionales, sentimentales, y con todo el mundo del entretenimiento golpeando contra nuestra mente–. Si de algún modo nos damos cuenta de todo esto, ¿cuál es el futuro de la humanidad?

Como dijimos antes, el futuro es lo que somos ahora. Si no hay un cambio –no adaptaciones superficiales, no ajustes superficiales a algún patrón político, religioso o social, sino un cambio mucho más profundo que exige nuestra atención, nuestro cuidado, nuestro afecto– si no hay un cambio fundamental, entonces el futuro es lo que estamos haciendo cada día de nuestra vida en el presente. «Cambio» es una palabra más bien difícil. ¿Cambiar a qué? ¿Cambiar de un patrón a otro patrón? ¿De un concepto a otro concepto? ¿De un sistema político o religioso a otro? ¿Cambiar de esto a aquello? Aquello sigue estando en el reino, o en el campo de «lo que es». El cambiar a aquello es proyectado por el pensamiento, formulado por el pensamiento, decidido por el proceso material.

Uno debe, pues, investigar cuidadosamente esta palabra «cambio». ¿Hay cambio si existe un motivo? ¿Hay cambio si existe una dirección particular, una finalidad particular, una conclusión que parece sensata, racional? O tal vez una expresión mejor que «cambio» sea «terminación de lo que es». La terminación, no el movimiento de «lo que es» a «lo que debería ser». Eso no es ver-

dadero cambio. Pero la terminación, la cesación, la... ¿cuál es la palabra apropiada?... pienso que «terminación» es una buena palabra, así que atengámonos a ella. La terminación. Pero si la terminación tiene un motivo, un propósito, si es un asunto de decisión, entonces es meramente un cambio de esto a aquello. La palabra «decisión» implica una acción de la voluntad: «Yo haré esto», «yo no haré aquello». Cuando en el acto de terminar con algo se introduce el deseo, éste se convierte en la causa de la terminación. Donde hay una causa hay un motivo, y entonces no existe en absoluto una verdadera terminación.

El siglo XX ha conocido una gran cantidad de cambios producidos por dos guerras devastadoras, y el materialismo dialéctico, y el escepticismo con respecto a las creencias religiosas, a las actividades de los rituales, etc., aparte del mundo tecnológico que ha dado origen a muchísimos cambios; y habrá futuros cambios cuando la computadora esté completamente desarrollada –nos hallamos sólo en el comienzo de ese desarrollo–. Entonces, cuando la computadora tome el mando, ¿qué va a ocurrir con nuestras mentes humanas? Pero ésta es otra cuestión.

Cuando la industria del entretenimiento asume la dirección, tal como gradualmente lo está haciendo ahora, cuando los jóvenes, los niños, los estudiantes son constantemente instigados al placer, a la fantasía, a la sensualidad romántica, las palabras moderación y austeridad se dejan a un lado y ni siquiera se les dedica jamás un solo pensamiento. La llamada austeridad de los monjes, de los sanyasis que niegan el mundo, que visten sus cuerpos con alguna clase de uniforme o un simple taparrabo –esta negación del mundo material, ciertamente no es austeridad–. Es probable que la mayoría ni siquiera escuche esto, que no preste atención a las implicaciones que tiene la austeridad. Cuando desde la infancia se nos ha educado para que nos divirtamos y escapemos de nosotros mismos mediante los entretenimientos, religiosos o de otra índole, y cuando la mayoría de los psicólogos dicen que debemos expresar todo lo que sentimos y que cualquier forma de abstinencia o restricción es nociva y conduce a diversas formas

de neurosis, es natural que entremos más y más en el mundo del deporte, de las diversiones y los entretenimientos, todo lo cual nos ayuda a escapar de nosotros mismos, de lo que somos.

Comprender la naturaleza de lo que somos, comprenderlo sin distorsión alguna, sin ningún prejuicio, sin ningún tipo de reacciones ante lo que descubrimos que somos, es el principio de la austeridad. La observación, la percepción alerta de cada pensamiento, de cada sentimiento, sin refrenarlos, sin controlarlos, sino observándolos como observamos un pájaro que vuela, sin introducir en tal observación los propios prejuicios y distorsiones. Ese observar da origen a un extraordinario sentido de austeridad que está mucho más allá de toda restricción, de todo el tonto engañarnos a nosotros mismos y de toda esta idea del mejoramiento propio, de la propia realización personal. Todo eso es más bien infantil. En este observar existe una gran libertad, y en ella reside el sentido de dignidad que hay en la austeridad. Pero si uno dijera todo esto a un moderno grupo de estudiantes o niños, ellos probablemente mirarían hacia fuera por la ventana llenos de aburrimiento, porque este mundo sólo está dispuesto a la persecución del propio placer.

Una gran ardilla de color castaño amarillento bajó del árbol, subió al comedero, mordisqueó unos pocos granos y se sentó ahí, en la parte superior, mirando alrededor con sus ojos como dos grandes cuentas brillantes y su curva cola levantada; una criatura maravillosa. Permaneció allí por un momento y después bajó, recorrió unas cuantas rocas, y finalmente se lanzó hacia lo alto del árbol y desapareció.

Al parecer, el hombre siempre ha escapado de sí mismo, de lo que él es, eludiendo ver adónde va, huyendo de todo esto que le concierne –el universo, su vida cotidiana, el morir y el comenzar–. Es extraño que nunca nos demos cuenta de que por mucho que escapemos de nosotros mismos, por mucho que podamos alejarnos de manera consciente, deliberada, inconsciente o sutil,

el conflicto, el placer, el dolor, el miedo, etc., siempre están ahí. Y finalmente dominan. Uno puede tratar de reprimirlos, puede tratar de apartarlos deliberadamente por un acto de la voluntad, pero vuelven a la superficie. Y el placer es uno de los factores que predominan; también conlleva los mismos conflictos, el mismo dolor, el mismo hastío. El cansancio y el desgaste del placer forman parte de esta confusión que es nuestra vida. No podemos eludir esto. No podemos escapar de esta insondable confusión a menos que realmente le dediquemos cierta reflexión, y no sólo reflexión, sino que veamos con atención cuidadosa, con diligente vigilancia todo el movimiento del pensar y del yo. Muchos podrán decir que esto es demasiado fatigoso, tal vez innecesario. Pero si no le prestamos atención, si no le hacemos caso, el futuro no sólo va a ser más destructivo, más intolerable, sino que carecerá de mayor significación. Éste no es un punto de vista deprimente, desalentador; es realmente así. Lo que somos ahora, es lo que seremos en los días que vendrán. No podemos evitarlo. Es algo tan preciso como la salida y puesta del sol. Esto lo compartirán todos los seres humanos, toda la humanidad, a menos que cambiemos todos, cada uno de nosotros, que cambiemos hacia algo que no sea proyectado por el pensamiento.

25, marzo, 1983

Es el segundo día que gozamos de una exquisita mañana primaveral. Todo es aquí extraordinariamente bello. Llovió copiosamente la noche anterior, y todas las cosas están bañadas y limpias, todas las hojas relucen brillantes a la luz del sol. El aire está impregnado con el perfume de muchas flores y el cielo azul se halla salpicado de nubes pasajeras. La belleza de una mañana así es intemporal. No es esta mañana; es la mañana del mundo. Es la mañana de un millar de ayeres. Es la mañana que uno espera que continúe, que dure eternamente. Es una mañana plena de luz, una luz solar suave, resplandeciente, clara, y el aire es muy puro aquí,

a bastante altura sobre el valle. Los naranjos y sus frutos de un amarillo brillante han sido lavados y relucen como si ésta fuera la primera mañana de su nacimiento. La tierra está cargada de lluvia y en las altas montañas hay nieve. Es realmente una mañana intemporal.

Al otro lado, las montañas distantes que encierran este valle ansían el sol, porque la noche ha sido fría y todas las rocas y los guijarros y el pequeño torrente, parecen estar atentos y llenos de vida.

Uno está sentado quietamente, lejos de todo, y contempla el cielo azul, percibe toda la tierra, la pureza y la belleza de todas las cosas que viven y se mueven sobre esta tierra –excepto el hombre, por supuesto–. El hombre es lo que es ahora, después de muchos miles de siglos. Y es posible que continúe de la misma manera; lo que él es ahora, es lo que será mañana y en millares de mañanas. El tiempo, la evolución, lo ha traído hasta lo que hoy es. El futuro será lo que el hombre es ahora, a menos, desde luego, que haya una mutación profunda y duradera en la totalidad de su psique.

El tiempo se ha vuelto extraordinariamente importante para el hombre, para todos nosotros –tiempo para aprender, para adquirir una destreza, tiempo para llegar a ser esto o aquello, y tiempo para morir; tiempo tanto exteriormente en el mundo físico, como tiempo en el mundo psicológico–. Es necesario disponer de tiempo para aprender un idioma, para aprender a manejar un automóvil, para aprender a hablar, para adquirir conocimientos. Si uno no dispusiera de tiempo, no podría unir entre sí las cosas que se requieren para construir una casa, para colocar ladrillo sobre ladrillo. Necesitamos tiempo para ir de aquí hasta donde queremos ir. El tiempo es un factor extraordinario en nuestra vida –para adquirir, para administrar, para recuperar la salud, para escribir una simple carta–. Y, al parecer, creemos que necesitamos del tiempo psicológico, el tiempo de lo que ha sido modificado ahora y continuando en el futuro. El tiempo es el pasado, el presente y el futuro. Internamente, el hombre asegura su esperanza en el tiempo; la esperan-

za es tiempo, el futuro, los infinitos mañanas, tiempo para *llegar a ser* algo internamente –uno *es* «esto», uno *llegará a ser* «aquello»–. El llegar a ser, el devenir, igual que en el mundo físico, desde el pequeño empresario al gran empresario, desde la persona sin importancia a lo más alto en alguna profesión –devenir.

Creemos que necesitamos tiempo para cambiar de «esto» a «aquello». Las palabras mismas «cambio» y «esperanza», intrínsecamente implican tiempo. Uno puede entender que el tiempo es necesario para viajar, para llegar a un puerto, para aterrizar después de un largo vuelo hasta el lugar deseado. El lugar deseado es el futuro. Eso es bastante obvio, y el tiempo es necesario en el reino del logro, de la ganancia, de la eficiencia en alguna profesión, en una carrera que exige adiestramiento. Ahí, el tiempo no sólo parece necesario, sino que *tiene* que existir. Y este mismo movimiento, este devenir, lo extendemos al mundo de la psique. Pero, ¿existe en absoluto un devenir psicológico? Nunca cuestionamos eso. Lo hemos aceptado como algo natural. Las religiones, los libros evolucionistas, nos han informado que necesitamos tiempo para cambiar de «lo que es» a «lo que debería ser». La distancia cubierta es tiempo. Y hemos aceptado que hay cierto placer y dolor en el llegar a ser no-violento cuando uno es violento, que alcanzar el ideal requiere de una enorme cantidad de tiempo. Y hemos seguido ciertamente este patrón todos los días de nuestra vida, lo hemos seguido sin cuestionarlo jamás. No dudamos. Seguimos el viejo patrón tradicional. Y tal vez ésa sea una de las desdichas del hombre –la esperanza de realización, y el dolor de ver que esa realización no se alcanza, no se obtiene fácilmente.

¿Existe realmente el tiempo en el mundo psicológico –o sea, cambiar eso que *es*, en algo por completo diferente? ¿Por qué existen en absoluto los ideales, las ideologías, ya sean políticas o religiosas? ¿No es éste uno de los conceptos divisivos del hombre que han generado conflicto? Después de todo, las ideologías, la derecha, la izquierda o el centro, son creadas por el estudio, por la actividad del pensamiento que sopesa, juzga y llega a una conclusión cerrando así la puerta a toda investigación más com-

pleta. Las ideologías han existido tal vez tanto como el hombre puede recordar. Son como la creencia o la fe, que separan al hombre del hombre. Y esta separación se origina a través del tiempo. El «yo», el ego, la persona, de la familia al grupo, a la tribu, a la nación. Uno se pregunta si las divisiones tribales podrán superarse alguna vez. El hombre ha tratado de unificar las naciones, que son realmente una forma glorificada del espíritu tribal. No podemos unificar las naciones. Siempre seguirán estando separadas. La evolución genera grupos separados. Y nosotros continuamos con las guerras, las religiosas y las otras. Y el tiempo no ha de cambiar esto. El conocimiento, la experiencia, las conclusiones definidas, jamás producirán una comprensión global, una relación global, una mente global.

De modo que la pregunta es: ¿Hay posibilidad de producir un cambio en «lo que es», en la realidad, haciendo totalmente caso omiso del tiempo? ¿Hay posibilidad de cambiar la violencia –no tratando de convertirnos en no-violentos, lo cual constituye meramente el opuesto de «lo que es»? El opuesto de «lo que es», es sólo otro movimiento del pensar. Nos preguntamos: ¿Puede la envidia, con todas sus implicaciones, cambiar sin que el tiempo esté involucrado en ello, sabiendo uno que la misma palabra «cambiar» implica tiempo? –ni siquiera diremos «transformarse», porque esa misma palabra «transformarse» significa moverse de una forma a otra–. ¿Puede, pues, la envidia *terminar* radicalmente sin la intervención del tiempo?

El tiempo es pensamiento. El tiempo es pasado. El tiempo es motivo. Sin motivo alguno, ¿puede haber cambio? ¿Acaso la misma palabra motivo no implica ya una dirección, una conclusión? Y cuando hay un motivo, realmente no existe cambio alguno en absoluto. El deseo es, por otra parte, una cosa bastante compleja, compleja en su estructura. El deseo de producir un cambio, o la voluntad de cambiar, se convierten en el motivo y, por tanto, ese motivo distorsiona aquello que ha de experimentar el cambio, aquello que ha de terminarse. La terminación de algo no contiene tiempo.

Las nubes se están reuniendo lentamente alrededor de la montaña, y se mueven hasta oscurecer el sol; es probable que llueva nuevamente, como ayer. Porque aquí, en esta parte del mundo, es la estación de las lluvias. Nunca llueve durante la época del verano; cuando el tiempo es caluroso y seco, este valle está desierto. Más allá de los cerros, el desierto se extiende amplio, inacabable y yermo. Y otras veces se ve muy hermoso, tan vasto en su espacio. Su propia vastedad hace de él un desierto. Cuando la primavera termina, hace más y más calor; los árboles parecen marchitarse, las flores han desaparecido y la temperatura alta y seca limpia nuevamente todas las cosas.

«Señor, ¿por qué dice usted que el tiempo es innecesario para el cambio?»

«Averigüemos cuál es la verdad del asunto, sin aceptar ni rechazar lo que uno ha dicho al respecto, sino sosteniendo un diálogo para explorar juntos esta cuestión. Uno ha sido educado para creer –y ésa es la tradición– que el tiempo es necesario para el cambio. Es así, ¿no? Usamos el tiempo para convertir lo que somos en algo más grande, en algo "más". No estamos hablando del tiempo físico, del tiempo necesario para lograr una destreza física, sino que más bien estamos considerando si la psique puede llegar a ser algo más que lo que es, si puede llegar a ser mejor de lo que es, si puede alcanzar un estado más alto de conciencia. Todo eso es el movimiento de la medida, de la comparación. Nos estamos preguntando juntos, ¿no es así?, qué implica el cambio. Vivimos en desorden, confusos, inseguros, reaccionando contra esto y a favor de aquello, buscando la recompensa y evitando el castigo. Queremos estar seguros, aunque todo lo que hacemos parece generar inseguridad. Esto, y más, es lo que produce desorden en nuestra vida cotidiana. Usted no puede ser desordenado o negligente, por ejemplo, en los negocios. Tiene que ser preciso, tiene que pensar con claridad, con lógica. Pero esta misma actitud no la extendemos al mundo psicológico. Tenemos este

constante impulso de alejarnos de "lo que es", de convertirnos en otra cosa que la comprensión de "lo que es", de eludir las causas del desorden.»

«Eso lo entiendo», dijo el interlocutor. «Realmente escapamos de "lo que es". Jamás consideramos atentamente, diligentemente, qué es lo que ocurre, qué está sucediendo ahora en cada uno de nosotros. Sólo tratamos de reprimir o de trascender "lo que es". Si experimentamos un gran sufrimiento –psicológico, interno– nunca lo observamos cuidadosamente. Queremos borrarlo de inmediato, encontrar algún consuelo. Y siempre está la lucha por alcanzar un estado libre de dolor, un estado en el que no haya desorden. Pero el intento mismo de producir orden, parece incrementar el desorden o generar otros problemas.»

«No sé si ha notado usted que cuando los políticos tratan de resolver un problema, esa misma solución multiplica otros problemas. También esto prosigue todo el tiempo.»

«¿Está usted diciendo, señor, que el tiempo no es un factor de cambio? Esto puedo captarlo vagamente, pero no estoy muy seguro de comprenderlo en realidad. De hecho, lo que usted sostiene es que si tengo un motivo para cambiar, ese motivo se vuelve un obstáculo para el cambio, porque ese motivo es mi deseo, es mi impulso por alejarme de aquello que es desagradable o perturbador, para ir hacia algo mucho más satisfactorio, algo que me dará una felicidad mayor. De modo que un motivo o una causa ya han dictado, o han moldeado la finalidad, la finalidad psicológica. Esto lo entiendo, empiezo a vislumbrar lo que usted expresa. Estoy comenzando a percibir la implicación que tiene el cambio sin tiempo.»

«Formulémonos entonces la pregunta: ¿Existe una percepción intemporal de "lo que es"? O sea, el mirar, el observar "lo que es" sin que intervenga el pasado, sin todos los recuerdos acu-

mulados, los nombres, las palabras, las reacciones –mirar ese sentimiento, esa reacción que llamamos, por ejemplo, "envidia". Observar este sentimiento sin el actor –el actor, que es toda la rememoración de las cosas que han ocurrido con anterioridad.

«El tiempo no es solamente la salida y puesta del sol, o el ayer, el hoy y el mañana. El tiempo es algo mucho más complicado, intrincado y sutil. Y para comprender realmente la naturaleza y profundidad del tiempo, uno ha de meditar sobre la cuestión de si el tiempo puede detenerse; no un tiempo ficticio ni el de la imaginación que evoca tantas probabilidades románticas, fantásticas, sino el tiempo que está en el campo de la psique –si ese tiempo puede cesar verdaderamente, de hecho–. Ésa es realmente la cuestión. Uno puede analizar la naturaleza del tiempo, investigarla y tratar de descubrir si la continuidad de la psique es una realidad, o si es la esperanza del hombre por aferrarse a algo que le ofrezca alguna clase de seguridad, de consuelo. ¿Tiene el tiempo sus raíces en el cielo? Cuando uno mira los cielos, los planetas y el inimaginable número de las estrellas, se pregunta si ese universo puede ser comprendido por la cualidad de la mente que está ligada al tiempo. ¿Es necesario el tiempo para captar, para comprender todo el movimiento del cosmos y del ser humano –para ver instantáneamente lo que siempre es verdadero?

»Si es que puede uno señalarlo, tenemos que contener esto en nuestra mente, no pensar al respecto sino sólo observar todo el movimiento del tiempo, que es realmente el movimiento del pensar. El pensamiento y el tiempo no son dos cosas diferentes, dos movimientos, dos acciones diferentes. El tiempo es pensamiento y el pensamiento es tiempo. ¿Existe, para expresarlo de una manera diferente, la terminación total del pensamiento? O sea, la terminación del conocimiento. El conocimiento es tiempo, el pensamiento es tiempo, y nos estamos preguntando si este proceso acumulativo del conocimiento que recoge más y más información, que persigue más y más las intrincaciones de la existencia, si este proceso puede llegar a su fin. ¿Puede el pensamiento, que después de todo es la esencia de la psique –los temores, los pla-

ceres, las ansiedades, la soledad, el dolor, y el concepto del yo ("yo"como separado de otro)– puede esa actividad centrada en uno mismo, toda esa actividad egocéntrica, llegar a su fin? Cuando llega la muerte, hay un final para todo eso. Pero no hablamos de la muerte, del final definitivo; nos estamos preguntando si podemos percibir realmente que el pensamiento, el tiempo, tienen un final.

»El conocimiento, después de todo, es la acumulación, a través del tiempo, de numerosas experiencias, el registro de múltiples incidentes, acontecimientos, etc.; este registro se almacena naturalmente en el cerebro, este registro es la esencia del tiempo. ¿Podemos descubrir cuándo el registro es necesario, y si el registro psicológico es necesario en absoluto? No es cuestión de que el conocimiento y la pericia que son necesarios se separen de lo otro, sino de empezar a comprender la naturaleza del registrar, comprender por qué los seres humanos registran y luego reaccionan a partir de ese registro. Cuando alguien nos insulta o nos lastima psicológicamente con una palabra, con un gesto, con una acción, ¿por qué debería registrarse esa ofensa? ¿Es posible no registrar la alabanza ni el insulto, de modo que la mente no se desordene jamás, de modo que tenga un vasto espacio, y la psique de la cual somos conscientes como el "yo"–que a su vez es creado por el pensamiento y el tiempo– llegue a su fin? Siempre estamos temerosos de algo que jamás hemos visto percibido –de algo que no hemos experimentado–. Uno no puede experimentar la verdad. Para experimentar, tiene que haber un experimentador. El experimentador es el resultado del tiempo, de la memoria acumulada, del conocimiento, etcétera.

»Como dijimos al principio, el tiempo exige una comprensión rápida, atenta, vigilante. En nuestra vida cotidiana, ¿podemos existir sin el concepto del futuro? No el concepto –perdóneme, no la palabra "concepto"– pero, ¿puede uno vivir internamente sin el tiempo? Las raíces del cielo no están en el tiempo y el pensamiento.»

«Señor, lo que usted dice se ha vuelto verdaderamente una realidad en la vida cotidiana. Sus diversas declaraciones acerca del tiempo y del pensamiento parecen ahora, mientras le escucho, tan sencillas, tan claras... y tal vez por un segundo o dos el tiempo cesa, se detiene. Pero cuando regrese a mi rutina ordinaria, con la fatiga y el hastío de todo eso –hasta el placer se vuelve más bien fastidioso– cuando regrese volveré a tomar los viejos hilos. Parece tan extraordinariamente difícil soltar los viejos hilos y mirar, sin reacción alguna, el paso del tiempo. Pero estoy empezando a comprender (y espero que no sea sólo verbalmente) que existe una posibilidad de no registrar, si puedo usar esa palabra. Me doy cuenta de que yo soy el registro. He sido programado para ser esto o aquello. Eso puede uno verlo con bastante facilidad, y tal vez pueda descartarlo por completo. Pero la terminación del pensamiento y de las intrincaciones del tiempo requiere una observación intensa, muchísima investigación. Pero, ¿quién es el que va a investigar, puesto que el investigador mismo es el resultado del tiempo? Capto algo. Lo que usted realmente dice es: Sólo observar sin reacción alguna, prestar atención total a las cosas comunes de la vida, y ahí descubrir la posibilidad de terminar con el tiempo y el pensamiento. Verdaderamente, ha sido ésta una interesante conversación.»

31, marzo, 1983

Había estado lloviendo todo el día y las nubes colgaban bajas sobre el valle, los cerros y las montañas. Los cerros eran por completo invisibles.

Es una montaña más bien sombría, pero hay hojas nuevas, nuevas flores y las cosas pequeñas están creciendo rápidamente. Es primavera, y están todas estas nubes y esta penumbra... La tierra se está recuperando del invierno, y en esta recuperación hay una gran belleza. Ha estado lloviendo casi todos los días por el último mes y medio, con grandes vientos y tormentas que destru-

yeron muchas casas y produjeron deslizamientos de tierra hacia la parte baja de los cerros. A todo lo largo de la costa se observa una gran destrucción. En esta parte del país todo parece ser muy desmedido. Nunca es lo mismo de un invierno a otro. Un invierno puede no llover casi nada, y en otros inviernos pueden descargarse las lluvias más destructivas, con enormes olas monstruosas que inundan los caminos. Y aunque estábamos en primavera, los elementos jamás se mostraban afables con la tierra.

Por todo el país hay manifestaciones contra clases particulares de guerra, contra la destrucción nuclear. Están el pro y el contra. Los políticos hablan de la defensa, pero de hecho no existe tal defensa; sólo existe la guerra, la matanza de millones de personas. Es ésta una situación bastante difícil. Es un gran problema el que el hombre está afrontando. Un lado quiere expandirse a su propio modo, el otro está apremiando agresivamente, vendiendo armas, originando ciertas definidas ideologías e invadiendo territorios.

El hombre se está formulando ahora una pregunta que debió haberse formulado muchos años antes, no a último momento. Se ha estado preparando para las guerras durante todos los días de su vida. La preparación para la guerra parece ser, desafortunadamente, nuestra tendencia natural. Habiendo recorrido un largo trecho de ese camino, ahora nos preguntamos: ¿Qué haremos? ¿Qué hemos de hacer nosotros, los seres humanos? Al enfrentarnos realmente al problema, ¿cuál es nuestra responsabilidad? Esto es lo que de hecho está afrontando nuestra humanidad actual, no qué tipos de instrumentos de guerra debemos inventar y construir. Siempre originamos una crisis y después nos preguntamos qué hacer. Dada la situación tal como es ahora, los políticos y el gran público en general decidirán con su orgullo nacional y racial, con sus patrias, sus suelos natales y todo eso.

La pregunta es demasiado tardía. La pregunta que tenemos que formularnos, a pesar de la acción inmediata que podamos tomar, es si resulta posible terminar con todas las guerras, no con

una clase particular de guerra –la nuclear o la ortodoxa– y descubrir muy seriamente cuáles son las causas de la guerra. Hasta que esas causas no se descubran y se disuelvan, ya sea que tengamos guerras convencionales o la forma nuclear de guerra, continuaremos igual y el hombre destruirá al hombre.

De modo que realmente debemos preguntarnos: ¿Cuáles son, esencialmente, fundamentalmente, las causas de la guerra? Tenemos que ver juntos las verdaderas causas, no las inventadas, no las causas románticas, patrióticas y toda esa insensatez, sino ver realmente por qué el hombre prepara el asesinato legal –la guerra–. Hasta que no investiguemos esto y encontremos la respuesta, las guerras proseguirán. Pero no lo estamos considerando con seriedad suficiente, no estamos intensamente comprometidos en el descubrimiento de las causas de la guerra. Desechando lo que ahora tenemos que afrontar, la inmediatez del problema, la crisis presente, ¿podemos juntos descubrir las verdaderas causas y anularlas, disolverlas? Esto requiere que tengamos el impulso de encontrar la verdad.

Uno tiene que preguntarse por qué existe esta división –el ruso, el americano, el inglés, el francés, el alemán, etcétera–, por qué existe esta división entre hombre y hombre, entre raza y raza, cultura contra cultura, una serie de ideologías contra otra. ¿Por qué? ¿Por qué esta separación? El hombre ha dividido la tierra como «mía» y «tuya» –¿por qué? ¿Por qué esta separación? ¿Es porque tratamos de encontrar seguridad, auto-protección en un grupo particular, o en una fe o creencia particular? Porque las religiones también han dividido a la humanidad, han puesto al hombre contra el hombre –los hindúes, los musulmanes, los cristianos, los judíos, etcétera–. El nacionalismo, con su infortunado criterio patriótico, es realmente una forma glorificada, ennoblecida del espíritu tribal. En una tribu pequeña o en una tribu muy grande, impera el sentimiento de estar unidos mediante la misma lengua, las mismas supersticiones, la misma clase de sistema político o religioso. Y ahí uno se siente a salvo, protegido, feliz, cómodo. Y por esa seguridad, por esa comodidad, estamos dispues-

tos a matar a otros que igualmente desean estar seguros, sentirse protegidos, pertenecer a algo. Este terrible anhelo de identificarnos con un grupo, con una bandera, con un ritual religioso y esas cosas, nos da la sensación de que tenemos raíces, de que no somos nómadas sin hogar. Existe ese deseo, ese apremio por encontrar las propias raíces.

Y también hemos dividido el mundo en esferas de poder económico, con todos sus problemas. Tal vez una de las principales causas de la guerra sea la industria pesada. Cuando la industria y la economía marchan mano a mano con la política, deben inevitablemente alimentar una actividad separativa a fin de mantener su nivel económico. Todos los países, tanto los grandes como los pequeños, están haciendo esto. Los países pequeños son armados por las grandes naciones –en algunos casos silenciosamente, subrepticiamente, en otros, abiertamente–. La causa de toda esta desdicha, de este sufrimiento y del enorme despilfarro de dinero en armamentos, ¿es el visible mantenimiento del orgullo, del anhelo de ser superiores a otros?

Ésta es nuestra tierra, no la tierra mía o la de él. Hemos nacido para vivir en ella, ayudándonos unos a otros, no destruyéndonos unos a otros. Éste no es ningún disparate romántico, sino el hecho real. Pero el hombre ha dividido la tierra esperando con eso encontrar, en lo particular, la felicidad, la seguridad, un sentido de bienestar duradero. A menos que ocurra un cambio radical y eliminemos todas las nacionalidades, todas las ideologías, todas las divisiones religiosas, y establezcamos una relación global –primero psicológicamente, internamente, antes de organizar lo externo– continuaremos con las guerras. Si dañamos a otros, si matamos a otros, ya sea a causa de la ira o mediante el asesinato organizado que se llama guerra, cada uno de nosotros –que es el resto de la humanidad, no un ser humano separado que pelea con el resto de la humanidad– se está destruyendo a sí mismo.

Éste es el problema básico, real, que tenemos que comprender y resolver. Hasta que nos comprometamos dedicándonos a erradicar estas divisiones nacionales, económicas y religiosas, esta-

remos perpetuando la guerra, seremos responsables por todas las guerras –tradicionales o nucleares.

Ésta es, verdaderamente, una cuestión muy importante y urgente: averiguar si el hombre, cada uno de nosotros puede producir este cambio en sí mismo. No decir: «Si yo cambio, ¿tendrá eso algún valor? ¿No será sólo una gota en un lago muy vasto, sin efecto alguno en absoluto? ¿Qué sentido tiene que yo cambie?». Ésta es una pregunta equivocada, porque uno es el resto de la humanidad. Uno es el mundo, no está separado del mundo. Uno no es un americano, un ruso, un hindú o un musulmán. Existimos aparte de estas etiquetas, de estas palabras; cada uno de nosotros es el resto de la humanidad porque su conciencia, sus reacciones, son similares a las de los otros. Podemos hablar un idioma diferente, tener costumbres diferentes, eso es la cultura superficial –aparentemente, todas las culturas son superficiales– pero nuestra conciencia, nuestras reacciones, nuestra fe, nuestras creencias e ideologías, nuestros miedos y ansiedades, la soledad, el dolor y el placer que experimentamos, son similares a los del resto de la humanidad. Si uno cambia, ello afectará a toda la humanidad.

Es importante considerar esto –no de manera vaga o superficial– al investigar, buscar, examinar las causas de la guerra. La guerra sólo puede comprenderse y se le puede poner fin, si uno mismo y todos aquellos que se interesan profundamente en la supervivencia del ser humano, sienten que son totalmente responsables por la matanza de otros, ¿Qué es lo que nos hará cambiar? ¿Qué hará que nos demos cuenta de la espantosa situación que ahora hemos originado? ¿Qué hará que nos opongamos a toda división –religiosa, nacional, ética, etcétera? ¿Lo hará un mayor sufrimiento? ¡Pero si hemos tenido miles y miles de años de sufrimiento y el hombre no ha cambiado! Aún prosigue la misma tradición, el mismo sentimiento tribal, las mismas divisiones religiosas de «mi dios» y «tu dios».

Los dioses y sus representantes los ha inventado el pensamiento; no tienen una realidad factual en nuestra vida cotidiana. Casi todas las religiones han dicho que matar seres humanos es el

mayor de los pecados. Mucho antes del cristianismo, los hindúes decían esto, lo decían los budistas, y no obstante la gente mata a pesar de su creencia en un dios, o de su creencia en un salvador y cosas así; y continúa por la senda de la matanza humana. ¿Nos cambiará la recompensa del cielo o el castigo del infierno? Eso también se le ha ofrecido al hombre; y también eso ha fracasado. Ninguna imposición externa, ni leyes, ni sistemas detendrán jamás la matanza del hombre. Ninguna convicción intelectual o romántica pondrá tampoco fin a las guerras. Éstas terminarán sólo cuando cada uno de nosotros, como los demás seres humanos, veamos la verdad de que mientras siga habiendo división en cualquiera de sus formas, tiene que haber conflicto, limitado o amplio, reducido o expansivo, tiene que haber lucha, dolor. De modo que uno es responsable, no sólo hacia sus hijos, sino hacia el resto de la humanidad. A menos que esto se comprenda profundamente, no de manera verbal o a base de ideas o del mero intelecto, sino que lo sintamos en nuestra sangre, en nuestro modo de mirar la vida, en nuestras acciones, estaremos sosteniendo el asesinato organizado que llamamos «guerra». La instantánea percepción de esto es mucho más importante que la respuesta inmediata a un problema que es la consecuencia de miles de años en que el hombre viene matando la hombre.

El mundo está enfermo, y no hay nadie de afuera que pueda ayudarlo a uno, excepto uno mismo. Hemos tenido líderes, especialistas, toda clase de agentes externos, incluyendo a Dios —y no han tenido efecto, no han ejercido influencia alguna sobre nuestro estado psicológico—. Ellos no pueden guiarnos. Ningún estadista, ningún maestro, ningún guru, nadie puede hacer que en lo interno seamos fuertes y supremamente sanos. En tanto estemos en desorden, en tanto no mantengamos nuestra casa interna en una condición apropiada, en un estado correcto, crearemos el profeta externo, y éste siempre nos llevará por un camino engañoso. Nuestra casa está en desorden, y nadie en esta tierra o en el cielo puede producir orden en nuestra casa. A menos que uno comprenda por sí mismo la naturaleza del desorden, la naturaleza del conflicto, la

naturaleza de la división, la casa de uno –que es uno mismo– siempre permanecerá en desorden, estará en guerra.

No es cuestión de quién tiene el más grande poder militar. Es más bien el problema del hombre contra el hombre; es el hombre el que ha creado las ideologías, y estas ideologías que el hombre ha creado están las unas contra las otras. Hasta que estas ideas, estas ideologías, lleguen a su fin y cada hombre se vuelva responsable por los otros seres humanos, no podrá haber paz en el mundo.

18 , abril, 1983*

Es un nuevo día, y el sol aún tardará más o menos una hora en levantarse. Está muy oscuro y los árboles se hallan silenciosos a la espera del amanecer, de que el sol asome detrás de los cerros. Debería haber una plegaria para el amanecer. Éste llega muy lentamente, penetrando el mundo en su totalidad. Y aquí, en esta casa tranquila y apartada, rodeada de naranjos y algunas flores, hay una quietud extraordinaria. Todavía los pájaros no han comenzado a cantar su canto matinal. El mundo está dormido, al menos lo está en esta parte de la tierra, lejos de la civilización, lejos del ruido, de la brutalidad, de la vulgaridad y de la palabrería de los políticos.

Pausadamente, con gran paciencia, el amanecer se inicia en el profundo silencio de la noche, silencio que rompen la paloma torcaza y el ulular de un búho. Hay numerosos búhos aquí llamándose unos a otros. Y los cerros y los árboles están empezando a despertar. El alba comienza en medio del silencio, cada vez más luminosa, mientras el rocío cubre las hojas y el sol va asomando sobre el cerro. Sus primeros rayos quedan atrapados en

* Entre el 31 de marzo y esta fecha, Krishnamurti estuvo en Nueva York, donde ofreció dos pláticas en el Felt Forum, Madison Square Garden, y asistió a un seminario organizado por el doctor David Shainberg.

aquellos árboles altísimos, en ese viejo roble que ha estado ahí por mucho, muchísimo tiempo. Y la paloma torcaza empieza con su suave y lastimero llamado. Al otro lado del camino, más allá de los naranjos, se escucha el reclamo de un pavo real. Incluso en esta parte del mundo hay pavos reales, al menos unos pocos. Y el día ha comenzado. Es un día maravilloso; tan nuevo, tan fresco, tan vital y pleno de belleza. Es un nuevo día, sin recuerdo alguno del pasado, sin el llamado de algún otro día.

Es una gran maravilla observar todas esas bellezas –aquellos brillantes naranjos con sus hojas oscuras, y las pocas flores, resplandecientes en su gloria–. Uno se sorprende ante esta luz extraordinaria que sólo esta parte del mundo parece poseer. Se asombra cuando contempla la creación que parece no tener principio ni fin –no una creación del ingenioso pensamiento, sino la creación de una mañana nueva–. Esta mañana es como si jamás hubiera sido antes, tan brillante, tan clara. Y los cerros azules la contemplan. Es la creación de un día nuevo como jamás ha existido en el pasado.

Hay una ardilla con una larga y tupida cola, temblando tímida en el antiguo pimentero que ha perdido numerosas ramas; está envejeciendo mucho. Debe de haber visto innumerables tormentas; igual que al roble, en su vejez se le ve sereno, con una gran dignidad. Es una mañana nueva, plena de una vida antigua; es una mañana sin tiempo, sin problemas. Existe, y eso en sí es un milagro. Es una mañana nueva sin recuerdo alguno. Todos los días pasados han tocado a su fin, se han ido, y la voz de la paloma torcaza llega a través del valle; el sol está ahora sobre el cerro y cubre la tierra. Y esto tampoco tiene un ayer. Los árboles bajo el sol, y las flores, no tienen tiempo. Es el milagro de un nuevo día.

«Queremos continuidad», dijo el hombre. «La continuidad forma parte de nuestra vida. La continuidad de generación tras generación, de la tradición, de las cosas que hemos conocido y recordado. Anhelamos la continuidad y hemos de tenerla. De lo contrario, ¿qué somos? La continuidad está en las raíces mismas de nuestro ser. Existir es continuar. La muerte puede venir, pue-

de haber un fin para muchas cosas, pero siempre está la continuidad. Retrocedemos en el tiempo para encontrar nuestras raíces, nuestra identidad. Si uno ha conservado el conocimiento de sus comienzos como una familia, probablemente pueda rastrear su identidad generación tras generación por muchos siglos –si es que uno se interesa en esa clase de cosas–. La continuidad del culto a un dios, la continuidad de las ideologías, la continuidad de opiniones, valores, juicios, conclusiones –hay una continuidad desde el momento en que nacemos hasta que morimos, con todas las experiencias, con todo el conocimiento que el hombre ha adquirido. ¿Es eso una ilusión?»

«¿Qué es lo que tiene continuidad? Ese roble, que probablemente tiene doscientos años, posee una continuidad hasta que muere o es tronchado por el hombre. ¿Y cuál es esta continuidad que el hombre desea y anhela tanto? ¿El nombre, la forma, la cuenta bancaria, las cosas que se recuerdan? La memoria posee una continuidad, las remembranzas de aquello que ha sido. Toda la psique es memoria y nada más. Le atribuimos a la psique muchas cosas –cualidades, virtudes, acciones deshonestas, y el ejercicio de muchos actos inteligentes tanto en el mundo externo como en el interno–. Y si uno la examina diligentemente, sin ningún prejuicio, sin conclusión alguna, comienza a ver que toda nuestra existencia es una vasta red de recuerdos, de remembranzas, de cosas que han sucedido antes; y todo eso es lo que tiene continuidad. Y a eso nos enfrentamos desesperadamente.»

La ardilla ha regresado. Ha estado lejos por un par de horas; ahora está de vuelta sobre la rama mordisqueando alguna cosa, observando, escuchando extraordinariamente alerta y vigilante, activa, vibrante de excitación. Viene y parte sin decirle a uno adónde va ni cuándo regresará. Y a medida que el día se pone más caluroso, la torcaza y los otros pájaros desaparecen. Hay unas cuantas palomas que vuelan en grupo de un lugar a otro. Se puede escuchar el sonido de sus alas batiendo el aire. Solía haber

un zorro por aquí –uno no lo ha visto por mucho tiempo–. Probablemente se ha ido para siempre. Hay demasiadas personas cerca de aquí. Hay muchos roedores, pero la gente es peligrosa. Y ésta es una pequeña ardilla tímida y voluntariosa como la golondrina.

Si bien no hay continuidad excepto la de la memoria, ¿existe en todo el ser humano, en el cerebro, un lugar, un punto, un área pequeña o vasta donde la memoria no opere en absoluto, un área que la memoria no haya tocado jamás? Es una cosa notable observar todo esto, tantear el camino sensatamente, racionalmente, ver la complejidad, las intrincaciones de la memoria y su continuidad, que es, después de todo, el conocimiento. El conocimiento está siempre en el pasado, el conocimiento *es* el pasado. El pasado es una vasta memoria acumulada como tradición. Y cuando uno ha recorrido ese sendero diligentemente, cuerdamente, por fuerza tiene que preguntarse: ¿Existe un área en el cerebro humano, o en la propia estructura y naturaleza de un ser humano –no meramente en el mundo externo de sus actividades sino internamente, muy en lo profundo de los inmensos y silenciosos escondrijos de su cerebro– existe algo que no sea el resultado de la memoria, que no sea el movimiento de una continuidad?

Los cerros y los árboles, los prados y los huertos, continuarán en tanto la tierra exista, a menos que el hombre en su crueldad y desesperación lo destruya todo. El torrente, el manantial del que proviene, tienen una continuidad, pero uno nunca se pregunta si los cerros y las cosas que están más allá de los cerros poseen su continuidad propia.

Si la continuidad no existe, ¿qué es lo que hay? No hay nada. Uno tiene miedo de ser nada. «Nada» [nothing] significa «ninguna cosa» [not a thing] –ninguna cosa creada por el pensamiento, ninguna cosa proyectada por la memoria, por los recuerdos, ninguna cosa que uno pueda poner en palabras y después medir.

Sin duda alguna, con absoluta certeza, existe un área donde el pasado no proyecta ninguna sombra, donde el tiempo –pasado, presente y futuro– no significa nada. Nosotros siempre hemos

tratado de medir con palabras algo que no conocemos. Lo que no conocemos tratamos de entenderlo y le ponemos palabras, convirtiéndolo así en un ruido continuo. Y de este modo atoramos nuestro cerebro, que ya se encuentra atorado, con los sucesos, las experiencias, los acontecimientos del pasado. Pensamos que el conocimiento es psicológicamente de gran importancia, pero no lo es. Uno no puede elevarse internamente mediante el conocimiento; el conocimiento tiene que cesar para que lo nuevo sea. «Nuevo» es una palabra para designar algo que nunca ha sido antes. Y eso no puede ser comprendido o captado por las palabras o los símbolos; está ahí, más allá de todos los recuerdos.

19, abril, 1983

Este invierno llovió constantemente día tras día, prácticamente durante los últimos tres meses. Ésta es más bien una extravagancia de California –o no llueve en absoluto o llueve como para anegar la tierra–. Ha habido grandes tormentas y muy pocos días soleados. Ayer estuvo lloviendo durante todo el día y esta mañana las nubes se hallan muy bajas sobre los cerros y todo se ve bastante sombrío. Las hojas permanecen abatidas por la lluvia de ayer. La tierra se encuentra empapada. Los árboles y el magnífico roble deben de estar preguntándose dónde está el sol.

En esta mañana tan particular, con las nubes que ocultan las montañas y los cerros hasta casi tocar el valle, uno se pregunta: ¿Qué significa ser serio? ¿Qué significa tener una mente, o, si se prefiere, un cerebro muy quieto y serio? ¿Somos serios alguna vez? ¿O siempre vivimos en un mundo de superficialidad, yendo de acá para allá, peleando, riñendo violentamente sobre cosas completamente triviales? ¿Qué significa tener un cerebro muy despierto, no limitado por sus propios pensamientos, recuerdos y reminiscencias? ¿Qué significa tener un cerebro libre de toda la confusión de la existencia, de toda la angustia, de toda la ansiedad y el dolor que jamás se termina? ¿Es de algún modo posible

tener una mente por completo libre, un cerebro libre no moldeado por influencias, por la experiencia y por la vasta acumulación del conocimiento?

El conocimiento es tiempo; el aprender implica tiempo. Aprender a tocar el violín requiere una paciencia infinita, meses de práctica, años de una dedicación concentrada. Aprender a adquirir una destreza, aprender a convertirse en un atleta o a armar una buena máquina, o llegar a la luna, todo esto requiere tiempo. ¿Pero hay algo que aprender acerca de la psique, acerca de lo que somos –todos los caprichos, las complejidades de las propias acciones y reacciones, la esperanza, el fracaso, el dolor y la alegría... qué hay que aprender acerca de todo eso? Como siempre lo hemos dicho, en cierto campo de nuestra existencia física es necesario reunir conocimientos y actuar a base de esos conocimientos, lo cual requiere tiempo. ¿Es que extendemos el mismo principio, el mismo movimiento de tiempo al mundo psicológico? Aquí también decimos que tenemos que aprender acerca de nosotros mismos, de nuestras reacciones, de nuestra conducta, de nuestras exaltaciones y depresiones, de nuestras ideaciones, etc.; pensamos que todo eso también requiere tiempo.

Uno puede aprender acerca de lo limitado, pero no puede aprender acerca de lo ilimitado. Y nosotros tratamos de aprender acerca de todo el campo de la psique, y decimos que para ello se necesita tiempo. Pero en ese campo el tiempo puede ser una ilusión, puede ser un enemigo. El pensamiento crea la ilusión, y esa ilusión se desarrolla, crece, se extiende. La ilusión de toda la actividad religiosa debe de haber empezado muy, muy sencillamente, y vean adónde ha llegado –con su inmenso poder, sus enormes propiedades, la gran acumulación de las obras de arte, de las riquezas; y con la jerarquía religiosa exigiendo obediencia, apremiándonos para que tengamos más fe–. Todo eso es la expansión, el cultivo y el desarrollo de la ilusión, lo cual ha tomado muchos siglos. Y la psique es todo el contenido de la conciencia, es la memoria de todas las cosas pasadas y muertas. ¡Qué importancia damos a la memoria! La psique es memoria. Toda la

tradición es meramente el pasado. Nos aferramos a eso, queremos aprender acerca de todo eso, y pensamos que para ello el tiempo es tan necesario como lo es en el otro campo.

No sé si alguna vez nos preguntamos si hay un final para el tiempo –el tiempo para llegar a ser, para realizarnos personalmente–. ¿Hay algo que aprender acerca de todo eso? ¿O es posible ver que todo este movimiento ilusorio de la memoria, que parece tan real, puede terminar? Si el tiempo se detiene, ¿cuál es, entonces, la relación que hay entre aquello que está más allá del tiempo, y todas las actividades físicas del cerebro, como la memoria, el conocimiento, los recuerdos, las experiencias? ¿Qué relación hay entre lo uno y lo otro? El conocimiento y el pensamiento, ya se ha dicho, son limitados. Lo limitado no puede tener ninguna relación con lo ilimitado, pero lo ilimitado puede tener alguna clase de comunicación con lo limitado, aunque esa comunicación tiene que ser siempre limitada, estrecha, fragmentaria.

Si uno tiene predisposición mercantil, podría preguntarse cuál es la utilidad de todo esto, de qué sirve lo ilimitado, qué provecho puede el hombre sacar de eso. Siempre deseamos una recompensa. Vivimos a base del principio de premio y castigo, como un perro al que han adiestrado; uno lo premia cuando obedece. Y actuamos de manera bastante similar, en el sentido de que queremos ser recompensados por nuestras acciones, por nuestra obediencia, etcétera. Tal exigencia nace del cerebro limitado. El cerebro es el centro del pensamiento, y el pensamiento es siempre limitado bajo las circunstancias. Puede inventar lo teórico, lo extraordinario, lo inmensurable, pero su invención es siempre limitada. Es por eso que uno ha de estar completamente libre de todo el afán y el tráfago de la existencia y de la actividad egocéntrica, para que lo ilimitado sea.

Aquello que es inmensurable no pueden medirlo las palabras. Siempre tratamos de encerrar lo inmensurable en una estructura de palabras, pero el símbolo no es lo real. Y nosotros le rendimos culto al símbolo; por lo tanto, vivimos siempre en un estado de limitación.

De modo que, con las nubes suspendidas sobre las copas de los árboles y con los pájaros silenciosos que aguardan los truenos, ésta es una mañana apropiada para estar serios, para inquirir en toda la existencia, para cuestionar a los dioses mismos y a toda la actividad humana. Nuestras vidas son muy cortas, y durante ese corto período no hay nada que aprender acerca del campo total de la psique, que es el movimiento de la memoria. Sólo podemos observarlo. Observar sin movimiento alguno del pensar, observar sin el tiempo, sin el conocimiento pasado, sin el observador, que es la esencia del pasado. Sólo observar. Observar esas nubes que se forman y vuelven a formarse, observar los árboles, los pajarillos. Todo eso es parte de la vida. Cuando uno observa atentamente, diligentemente, no hay que aprender; sólo existe ese vasto espacio, ese silencio, ese vacío que es energía devastadora.

20, abril, 1983

En el extremo de cada hoja, tanto de las más pequeñas como de las grandes, había una gota de agua reluciendo al sol como una joya extraordinaria. Y soplaba una ligera brisa, pero esa brisa de ningún modo perturbaba ni destruía esa gota sobre las hojas lavadas por la última lluvia. Era una mañana muy tranquila, apacible, llena de encanto, y con un sentido de bendición en el aire. Y mientras uno contemplaba la luz sobre cada hoja limpia, resplandeciente, la tierra se volvía extraordinariamente hermosa, a pesar de los cables telegráficos con sus feos postes. A pesar de todo el ruido del mundo, la tierra era rica, paciente, perdurable; y aunque había terremotos muy destructivos aquí y allá, la tierra seguía siendo bella. Uno jamás aprecia la tierra a menos que realmente viva con ella, trabaje con ella, ponga sus manos en el polvo, levante grandes piedras y guijarros –uno nunca conoce el extraordinario sentimiento de estar en contacto íntimo con la tierra, con las flores, con los árboles gigantescos, la fuerte hierba y los setos vivos que bordean el camino.

Todas esas cosas estaban llenas de vida esa mañana. Mientras uno las contemplaba, había un sentimiento de júbilo inmenso; el cielo era azul, el sol iba asomando lentamente sobre los cerros y había una gran claridad. El sinsonte sobre el cable eléctrico hacía sus payasadas, saltando hacia lo alto, dando una voltereta y bajando nuevamente sobre el mismo punto del alambre. Mientras uno estaba observando cómo el pájaro se regocijaba, saltando en el aire y bajando luego en círculos con sus agudos chillidos y su alegría de vivir, sólo ese pájaro existía, no existía el observador. El observador ya no estaba ahí, solamente el pájaro gris y blanco con su larga cola. En esa observación del pájaro que se regocijaba en su revoloteo, no había movimiento alguno del pensar.

Nunca observamos por mucho tiempo. Cuando, sin que haya sentido alguno del observador, observamos con gran paciencia a esos pájaros, esas gotitas en las hojas temblorosas, las abejas y las flores y la larga fila de hormigas, entonces el tiempo cesa, el tiempo se detiene. Uno no se toma tiempo para observar o para tener la paciencia de observar. A través de la observación aprendemos una gran cantidad de cosas –observando a las personas, el modo en que caminan, sus conversaciones, sus gestos. Podemos verlas a través de su vanidad o de la negligencia hacia sus propios cuerpos. Son indiferentes, son insensibles.

Había un águila volando en la altura; haciendo círculos sin batir las alas, llevada por la corriente de aire, se alejó más allá de los cerros y se perdió de vista. Observar, aprender; el aprender es tiempo, pero el observar no contiene tiempo. O el escuchar; escuchar sin interpretación alguna, sin ninguna reacción, sin ninguna clase de prejuicio. Escuchar ese trueno en los cielos, el trueno rodando entre los cerros. Jamás escuchamos completamente, siempre hay una interrupción. El observar y el escuchar constituyen un gran arte –observar y escuchar sin reacción alguna, sin ningún sentido del «escuchador» o del «observador»–. Observando y escuchando aprendemos infinitamente más que a través de cualquier libro. Los libros son necesarios, pero el observar y el escuchar agudizan nuestros sentidos. Porque, después de todo, el cerebro es el centro

de todas las reacciones, de todos los pensamientos y los recuerdos. Pero si nuestros sentidos no están intensamente despiertos, no podemos realmente observar y escuchar y aprender, no sólo acerca de cómo actuar, sino acerca del aprender en sí; y todo ello es el terreno donde puede germinar la semilla de la bondad.

Cuando existe este sencillo, claro observar y escuchar, entonces hay percepción alerta a todo –uno percibe el color de esas flores, rojas, amarillas, blancas, el color de las hojas primaverales con sus tallos tan tiernos, tan delicados; hay percepción del cielo, de la tierra y de esas personas que pasan cerca de uno–. Han estado parloteando por todo ese largo camino, sin mirar en ningún momento los árboles, las flores, el cielo y los magníficos cerros. Ni siquiera se dan cuenta de lo que pasa alrededor de ellas. Hablan mucho del ambiente, de cómo debemos proteger la naturaleza, etc., pero no parecen advertir la belleza y el silencio de los cerros y la dignidad de un viejo y maravilloso árbol. Ni siquiera se dan cuenta de sus propios sentimientos, de sus propias reacciones, ni del modo en que caminan, ni de las ropas que visten.

Esto no quiere decir que uno haya de ser egocéntrico en su observación, en su percepción; sólo ha de estar alerta. Cuando observamos hay opción entre lo que debemos hacer o no debemos hacer, hay agrado y desagrado, hay prejuicios, temores, ansiedades, están las alegrías que recordamos, los placeres que hemos perseguido; en todo esto hay opción, y pensamos que la opción nos da libertad. Nos gusta esa libertad para elegir; pensamos que la libertad es necesaria para elegir –o mejor dicho, esa elección, esa opción, nos da una sensación de libertad– pero cuando vemos las cosas muy, muy claramente, no existe tal opción.

Y eso nos lleva a una percepción directa en la que no hay opciones –un darnos cuenta sin agrado ni desagrado alguno–. Cuando existe realmente esta sencilla, honesta percepción directa sin opciones, ella nos lleva a otro factor, que es la atención. Esta palabra significa extenderse, asirse, agarrarse, pero ésa sigue siendo la actividad del cerebro, está en el cerebro. La observación, la percepción, la atención, están dentro del campo del cerebro, y

éste es limitado –está condicionado por todos los hábitos de las generaciones pasadas, por las impresiones, las tradiciones, y por toda la insensatez y la bondad del hombre–. Por lo tanto, toda acción que surge de esta atención todavía es limitada, y lo que es limitado debe, inevitablemente, generar desorden. Cuando uno piensa en sí mismo de la mañana a la noche –en sus propias preocupaciones, en sus propios deseos, exigencias y realizaciones– esta actividad egocéntrica, siendo muy, muy limitada, tiene que causar fricción en la relación con los demás, la cual también es, entonces, limitada; tiene que haber tensión y perturbaciones de muchas clases –la perpetua violencia de los seres humanos.

Cuando uno está atento a todo esto, atento sin opción alguna, entonces de ello surge el discernimiento total. Este discernimiento no es un acto de recordación, de continuación de la memoria. El discernimiento total es como un relámpago de luz. Uno ve con absoluta claridad todas las complicaciones, las consecuencias, las intrincaciones del pensamiento. Entonces ese mismo discernimiento es acción completa, y en ella no hay lamentaciones, no hay un mirar hacia atrás, no hay sentido alguno de agobio o de discriminación. Es la acción del puro y claro discernimiento –una percepción que no contiene vestigio alguno de duda.

Casi todos nosotros empezamos con la certidumbre y, a medida que envejecemos, esa certidumbre se convierte en incertidumbre, y morimos con la incertidumbre. Pero si uno empieza con la incertidumbre, cuestionando, inquiriendo, exigiendo, dudando verdaderamente de la conducta humana, de todos los rituales religiosos con sus imágenes y sus símbolos, entonces de esa duda surge la claridad de la certidumbre. Cuando existe un claro discernimiento, por ejemplo, en la violencia, el discernimiento mismo disipa toda violencia. Ese discernimiento se encuentra fuera del cerebro, si puede uno expresarlo así. No es del tiempo. No pertenece a la memoria ni al conocimiento, y así, en su acción transforma las células mismas del cerebro. Ese discernimiento es completo, íntegro, y de esa integridad puede surgir una acción lógica, cuerda, racional.

Todo este movimiento de observar, de prestar atención al destello explosivo del discernimiento, es un movimiento único; no se llega a él paso a paso. Es como una rápida saeta. Y sólo ese discernimiento, esa percepción instantánea, directa, puede liberar al cerebro de su condicionamiento –no el esfuerzo del pensar, que es una resolución al ver la necesidad de algo; nada de eso puede liberarnos totalmente del condicionamiento–. Todo esto implica el tiempo y la terminación del tiempo. El hombre está atado al tiempo, y esa atadura, esa esclavitud al tiempo es el movimiento del pensar. Por lo tanto, hay discernimiento total donde cesan el pensamiento y el tiempo. Únicamente entonces puede darse el florecimiento del cerebro. Únicamente entonces puede uno tener una relación completa con la Mente.

21, abril, 1983

Hay una cabaña muy alto entre los cerros, un tanto aislada pese a que hay allí otras cabañas. La cabaña está en medio de esos maravillosos viejos árboles gigantes, las sequoias.* Se dice que algunas de ellas han existido desde el tiempo de los antiguos egipcios, quizá desde Ramsés II. Son árboles realmente maravillosos. Su corteza es de color rosado y brilla al sol de la mañana. Estos árboles no pueden quemarse; la corteza resiste el fuego, y uno puede ver donde los viejos indios hacían hogueras alrededor del árbol; la oscura marca del fuego aún está ahí. Son realmente muy gigantescos en tamaño, sus troncos son enormes, y si uno se sienta muy quietamente bajo ellos a la luz de la mañana, con el sol en medio de las copas de los árboles, todas las ardillas que se encuentran ahí vendrán muy cerca de uno. Son muy inquisitivas, igual que los grajos, porque también hay grajos aquí, pájaros azu-

* En septiembre de 1942, Krishnamurti había permanecido en soledad por tres semanas en una cabaña que se encuentra en el Sequoia National Park, donde se había sentido extáticamente dichoso. Es esta experiencia la que está evocando en su dictado.

les, muy azules, siempre listos para increparlo a uno preguntándole por qué está ahí, diciéndole que está perturbando el área que les pertenece, y que uno debe irse lo más rápidamente posible. Pero si uno permanece inmóvil observando, contemplando la belleza de la luz solar entre las hojas en el aire quieto, entonces ellos lo dejarán tranquilo, lo aceptarán igual que las ardillas.

No era aún la estación, de modo que las cabañas estaban vacías y uno se encontraba solo, y en la noche había mucho silencio. Ocasionalmente, solían venir los osos, y a veces se oían sus pesados cuerpos chocar contra la cabaña. Éste podía haber sido un lugar completamente salvaje, porque la civilización moderna no lo ha destruido del todo. Uno tenía que escalar desde el llano, yendo y viniendo, más y más hacia arriba hasta llegar a este bosque de sequoias. Había torrentes que corrían hacia abajo por la ladera. ¡Era tan extraordinariamente hermoso encontrarse solo en medio de estos inmensos, altísimos árboles, antiguos más allá de la memoria y tan por completo indiferentes a lo que estaba ocurriendo en el mundo, silenciosos en su antigua dignidad y fuerza! Y en esta cabaña, rodeado por estos añosos árboles, uno estaba solo día tras día, observándolo todo, haciendo largas caminatas sin toparse prácticamente con nadie. Desde tal altura podían verse los llanos iluminados por el sol, sumergidos en sus ocupaciones; se divisaban los automóviles como pequeños insectos persiguiéndose unos a otros. Y aquí arriba sólo los verdaderos insectos estaban atareados todo el día. Había muchísimas hormigas. Las rojas trepaban sobre las piernas, pero nunca parecían prestarle a uno mucha atención.

Desde esta cabaña uno alimentaba a las ardillas. Había una ardilla en particular que solía venir todas las mañanas, y uno tenía preparada la bolsa con cacahuetes que le iba dando uno por uno; la ardilla acostumbraba llenarse con ellos la boca, luego cruzaba el antepecho de la ventana y venía a la mesa con la tupida cola arrollada hasta casi tocar su cabeza. Solía tomar muchos de estos cacahuetes pelados, e incluso a veces los que aún tenían cáscara, y cruzando la habitación saltaba de vuelta al antepecho de la ven-

tana, y de allí hacia abajo a la galería, desde donde, recorriendo el espacio libre, se introducía en un árbol muerto dentro de un agujero donde tenía su hogar. Acostumbraba venir, y tal vez por una hora o más aguardaba estos cacahuetes yendo y viniendo de un lado a otro. Por entonces ya era muy mansa, se dejaba acariciar, y era tan suave, tan dulce, lo miraba a uno con sus ojos primero llenos de sorpresa y después amistosos. Sabía que no la lastimarían. Un día, al cerrar todas las ventanas mientras ella estaba dentro y la bolsa con los cacahuetes sobre la mesa, la ardilla tomó el habitual bocado y luego se dirigió a las ventanas y a la puerta, y al encontrar todo cerrado se dio cuenta de que estaba prisionera. Vino brincando hacia la mesa, saltó sobre ella y mirándolo a uno comenzó a regañarlo. Después de todo, uno no podía retener como prisionera a esa vivaz y bella criatura, de modo que abrió las ventanas. La ardilla saltó al piso, trepó al antepecho de la ventana, regresó al tronco muerto y después volvió directamente en busca de más cacahuetes. Desde entonces fuimos realmente grandes amigos. Después de que hubo rellenado ese agujero con cacahuetes, probablemente para el invierno, solía subir a los troncos de los árboles recorriéndolos en persecución de otras ardillas, pero siempre regresaba a su tronco muerto. A veces, en el atardecer, venía al antepecho de la ventana y se sentaba ahí parloteando, mirándome, diciéndome algo sobre su tarea cotidiana, y cuando oscurecía, daba las buenas noches y saltaba de regreso a su casa en el agujero del viejo árbol muerto. Y a la mañana siguiente, muy temprano, estaba ahí en el antepecho llamándome, parloteando... Y el día había comenzado.

Todos los animales en ese bosque, todas las criaturas pequeñas, hacían lo mismo –juntar comida, perseguirse unos a otros por diversión o por furia– y los animales grandes como el ciervo eran curiosos y lo miraban a uno. Y cierta vez, cuando uno ascendió a una altura moderada y caminaba a lo largo de un sendero rocoso, se dio vuelta y ahí estaba una osa negra, imponente, con cuatro cachorros del tamaño de gatos grandes. Los empujó a los cuatro hacia lo alto de un árbol, y ellos treparon a fin de estar

a salvo, después de lo cual la madre se volteó para mirarme. Extrañamente, no teníamos miedo. Nos miramos el uno al otro por unos dos o tres segundos, o tal vez más, y luego le di la espalda y seguí descendiendo por el mismo sendero. Solamente después, cuando estuve seguro en mi cabaña, advertí lo realmente peligroso que había sido este encuentro con una madre osa y sus cuatro cachorros.

La vida es un proceso eterno de devenir y terminar. Este gran país aún no se había sofisticado en aquellos días; aún no había alcanzado este terrible avance tecnológico, y no había demasiada vulgaridad como la que ahora existe. Sentado en los escalones de esa cabaña, uno observaba, y todo estaba activo –los árboles, las hormigas, los conejos, el venado y la ardilla–. La vida es acción. La vida es una serie continua, incesante de acciones hasta que uno muere. La acción que nace del deseo está deformada, es ilimitada; y esta acción limitada, no importa lo que uno haga, tiene que dar origen a un conflicto interminable. Toda cosa que es limitada debe engendrar, por su misma naturaleza, muchos problemas, muchas crisis. Es como un hombre, como un ser humano que está todo el tiempo pensando en sí mismo, en sus problemas, en sus experiencias, en sus alegrías y placeres, en sus negocios –completamente egocéntrico–. La actividad de una persona así es, naturalmente, muy limitada. Uno nunca se da cuenta de la limitación que tiene esta condición egocéntrica. La gente llama a esto realizarse, expresarse uno a sí mismo, lograr el éxito, perseguir el placer y llegar a ser algo internamente –el impulso, el deseo de ser–. Toda una actividad semejante no sólo tiene que ser una actividad limitada y distorsionada, sino que en sus sucesivas acciones, cualquiera que sea la dirección de las mismas, debe por fuerza engendrar fragmentación, tal como se ve que ocurre en este mundo. El deseo es muy fuerte; los monjes y los sanyasis han tratado de reprimirlo, han tratado de identificar esa llama ardiente con algunos símbolos nobles o con alguna imagen –identificando el deseo con algo más grande– pero eso sigue siendo

deseo. Cualquier acción que surge del deseo, se llame noble o innoble, sigue estando limitada, distorsionada.

Ahora el grajo azul había regresado; estaba ahí después de su comida matinal, rezongando para ser advertido. Y uno le arrojó unos cuantos cacahuetes. Primero protestó, luego brincó bajando al piso, tomó unos cuantos en su pico, regresó volando a la rama, la abandonó rápidamente y volvió con sus regaños. Y también el pájaro, gradualmente, día a día, se fue amansando. Venía muy cerca con los ojos brillantes, la cola levantada, el color azul resplandeciendo con una claridad y un brillo muy intensos –un azul que ningún pintor podría atrapar–. E increpaba a los otros pájaros. Probablemente, éste era su dominio y no quería ningún intruso. Pero siempre están los intrusos. Pronto vinieron otros pájaros. Parecía que a todos les gustaban las pasas de uva y los cacahuetes. Toda la actividad de la existencia estaba ahí.

El sol se encontraba ahora alto en el cielo y había muy pocas sombras, pero hacia el atardecer habrá sombras largas, esculturales, bien proporcionadas, oscuras y sonrientes.

¿Existe una acción que no provenga del deseo? Si formulamos una pregunta así, y raramente lo hacemos, podremos inquirir sin motivo alguno, y descubrir una acción que sea de la inteligencia. La acción del deseo no es inteligente; lleva a toda clase de problemas con sus secuelas. ¿Existe una acción de inteligencia? Uno tiene que ser siempre algo escéptico en estas cuestiones; la duda es un extraordinario factor de purificación del cerebro, del corazón. La duda, cuidadosamente aplicada, trae una gran claridad, libera. En las religiones orientales, dudar, cuestionar, es una de las necesidades para encontrar la verdad, pero en la cultura religiosa de la civilización occidental la duda es una abominación del demonio. No obstante, en la libertad, en una acción que no es del deseo, tiene que existir la chispa de la duda. Cuando uno ve verdaderamente, no de manera teórica ni verbal, que la acción del deseo es corrupta, que está deformada, esa percepción

misma es el principio de la inteligencia que da origen a una acción por completo diferente. O sea, ver lo falso como falso, ver la verdad en lo falso, y ver la verdad como verdad. Una percepción semejante es esa calidad de inteligencia que no es «mía» ni de «nadie» en particular, la cual, entonces, actúa. Esa acción está libre de distorsiones, de remordimientos. No deja ninguna huella, ninguna pisada en las arenas del tiempo. Esa inteligencia no puede existir a menos que haya una gran compasión, un gran amor. Y no puede haber compasión si las actividades del pensamiento están ancladas en alguna ideología o fe particular, o atadas a un símbolo o a una persona. Para que haya compasión tiene que haber libertad. Y donde existe esa llama, la llama misma es el movimiento de la inteligencia.

22, abril, 1983

Aquí se está a unos 1.400 pies de altura en medio de huertos de naranjos y aguacates, y con los cerros detrás de la casa. El cerro más alto que hay en los alrededores tiene unos 6.500 pies. Quizá podría llamársele una montaña, y su viejo nombre es Topa Topa. Los indios antiguos vivían aquí; tienen que haber sido muy singulares, una raza bastante refinada. Puede que hayan sido crueles, pero quienes los destruyeron eran mucho más crueles. Aquí arriba, después de un día lluvioso, la naturaleza aguarda sofocada otra tormenta, y el mundo de las flores y de los pequeños arbustos se regocija en esta quieta mañana, e incluso las hojas parecen muy brillantes, intensamente puras. Hay un rosal que está lleno de rosas de un color subido; la belleza de ese rosal, su perfume, la inmovilidad de esas flores, es una maravilla.

Descendimos en el viejo automóvil que han conservado muy pulido, con un motor que funciona suavemente –descendimos hacia el pueblo, luego atravesamos el pueblo por todas esas pequeñas construcciones, algunas escuelas, y salimos al espacio abierto densamente sembrado de aguacates–, bajando pasamos por el ba-

rranco doblando hacia uno y otro lado por una carretera lisa, muy bien construida; después subimos y subimos y subimos, tal vez a más de 5.000 pies. Aquí el automóvil se detuvo, y estábamos a gran altura dominando todos los cerros que se veían muy verdes, poblados de arbustos, árboles y barrancos profundos. Parecía que aquí en lo alto nos encontrábamos entre los dioses.

Muy pocos usaban esa carretera que continuaba a través del desierto hasta una gran ciudad a millas de distancia, lejos a la izquierda de uno. Cuando se mira hacia el sur, se ve el mar muy distante –el Pacífico–. Aquí está todo muy tranquilo. Aunque el hombre ha construido esta carretera, afortunadamente no se ve la huella del hombre. Ha habido incendios aquí arriba, pero eso fue hace muchos años. Pueden verse algunos tocones quemados, negros, pero alrededor de los mismos hoy todo se ha vuelto verde. Ha habido lluvias intensas y ahora está todo florecido, púrpura, azul y amarillo, con brillantes manchas rojas aquí y allá. La gloria de la tierra jamás ha sido tan profundamente compasiva como aquí arriba.

Nos sentamos al costado de la carretera, que estaba muy limpia. Era la tierra; la tierra está siempre limpia. Y había pequeñas hormigas, insectos minúsculos reptando, corriendo por todas partes. Pero no hay animales salvajes aquí arriba, lo cual es extraño. Puede que los haya durante la noche –venados, coyotes y tal vez unos cuantos conejos y liebres–. Ocasionalmente, un automóvil pasaba cerca y eso rompía el silencio, la dignidad y pureza del silencio. Es éste un lugar realmente extraordinario.

Las palabras no pueden medir la extensión y vastedad del espacio, ni los ondulados cerros, ni el cielo azul ni el desierto distante. Eso era la totalidad de la tierra. Uno apenas si se atrevía a hablar, tanto exigía el silencio que no se le perturbara. Y ese silencio tampoco pueden medirlo las palabras. Si uno fuera un poeta, probablemente lo mediría con las palabras, lo expresaría en un poema, pero eso que se escribe no es lo real. La palabra no es la cosa. Y aquí, sentado junto a una roca que se estaba calentando con el sol, el hombre no existía. Los ondulados cerros, las más al-

tas montañas, los grandes y extensos valles, el profundo azul; no había nada más que eso; uno no existía.

Desde los tiempos antiguos, todas las civilizaciones han tenido este concepto de la medida. Todas sus maravillosas construcciones se basaban en la medida matemática. Cuando uno mira la Acrópolis y la gloria del Partenón, y los edificios de ciento diez pisos de Nueva York, ve que todo tiene que basarse en esta medida.

El medir no lo es sólo mediante la regla; la medida existe en el cerebro mismo: lo alto y lo bajo, lo mejor, el más. Este proceso comparativo ha existido desde los tiempos más remotos. Siempre estamos comparando. La aprobación de los exámenes desde la escuela, el colegio, la universidad –todo nuestro estilo de vida se ha vuelto una serie de medidas calculadas: lo bello y lo feo, lo noble y lo innoble, toda nuestra escala de valores, los argumentos que terminan en conclusiones, el poder del pueblo, el poder de las naciones–. La acción de medir ha sido necesaria para el hombre. Y el cerebro, estando condicionado por la medida, por la comparación, trata de medir lo inmensurable –midiendo con las palabras lo que jamás puede ser medido–. Ha sido un largo proceso de siglos y siglos –los dioses mayores y los dioses menores, medir la vasta extensión del universo y medir la velocidad de un atleta–. Esta comparación ha dado origen a muchos temores y sufrimientos.

Ahora, en esa roca, un lagarto ha llegado para calentarse muy cerca de nosotros. Uno puede ver sus negros ojos, su lomo escamoso y la larga cola; está muy quieto, inmóvil. El sol ha calentado mucho esa roca; y el lagarto, habiendo salido de su fría noche para calentarse, está aguardando que venga alguna mosca o un insecto –medirá la distancia y lo atrapará con un chasquido.

Vivir sin comparar, vivir sin ninguna clase de medición en lo interno, no comparar jamás lo que uno es con lo que uno debería ser. La palabra «meditación» no significa solamente ponderar, reflexionar sobre algo, indagar, mirar, sopesar; en sánscrito tiene también un significado mucho más profundo –cubrir una distancia, o sea, «llegar a»–. En la meditación no tiene que existir la

medida. Esta meditación no tiene que ser una meditación consciente, con posturas deliberadamente escogidas. Esta meditación tiene que ser por completo inconsciente, sin que se sepa jamás que *uno* está meditando. Si uno medita deliberadamente, ésa es otra forma del deseo, como cualquier otra expresión del deseo. Los objetos del deseo pueden variar; nuestra meditación puede ser para alcanzar lo supremo, pero el motivo es el deseo de lograr, igual que el hombre de negocios, o el constructor de una gran catedral. La meditación es un movimiento sin motivo alguno, sin palabras, sin la actividad del pensamiento. Tiene que ser algo que no se emprende deliberadamente. Sólo entonces la meditación es un movimiento en lo infinito, inmensurable para el hombre, sin meta establecida, sin fin y sin principio. Y eso ejerce una acción extraña en la vida cotidiana, porque entonces la vida es una sola, y así se vuelve sagrada. Y aquello que es sagrado no podemos matarlo. Matar a otro es impío y atroz. Clama a los cielos como un pájaro preso en una jaula. Uno nunca se da cuenta de lo sagrada que es la vida, no sólo la pequeña vida de uno sino las vidas de millones de otros seres, desde las criaturas de la naturaleza hasta los extraordinarios seres humanos. Y en la meditación que no contiene en sí medida alguna, está la verdadera acción de aquello que es lo más noble, lo más sagrado y santo.

El otro día, a la orilla de un río* –¡qué bellos son los ríos!, no hay un único río sagrado, todos los ríos del mundo tienen su propia divinidad–, el otro día un hombre estaba sentado a orillas de un río, envuelto en una tela de color castaño amarillento. Sus manos estaban ocultas, sus ojos cerrados y su cuerpo muy quieto. Tenía en las manos un rosario, y repetía algunas palabras mientras sus dedos se movían de una cuenta a otra. Había hecho esto por muchos años y jamás pasó por alto una cuenta. Y el río ondeaba junto a él. Su corriente era profunda. Comenzaba entre las

* Ésta es una evocación de cuando él estuvo en Benarés, a orillas del Ganges.

grandes montañas, distantes y coronadas de nieve; comenzaba como una corriente pequeña, y a medida que avanzaba hacia el sur reunía en sí todos los pequeños arroyos y ríos, y se convertía en un río caudaloso. En esa parte del mundo, la gente le rendía culto. Uno no sabe por cuántos años este hombre había estado repitiendo su mantra mientras hacía rodar las cuentas del rosario. Él meditaba –al menos la gente creía que él estaba meditando, y probablemente él también lo creía–. Así que todos los transeúntes lo miraban, se quedaban silenciosos y después proseguían con su risa y su cháchara. Esa casi inmóvil figura –uno podía ver a través de la tela sólo una leve acción de los dedos– había estado sentada ahí por un tiempo muy largo, completamente absorta, porque no oía otro sonido que el sonido de sus propias palabras y el ritmo, la música de las mismas. Y él diría que estaba meditando. Hay otros miles como él por todo el mundo, en silenciosos y profundos monasterios en medio de cerros, ciudades y junto a los ríos.

La meditación no consiste en palabras, no es un mantra ni es autohipnosis, la droga de las ilusiones. Tiene que darse sin nuestra volición. Debe tener lugar en el sereno silencio de la noche, cuando uno despierta súbitamente y ve que el cerebro está quieto y que se está desarrollando una peculiar cualidad de meditación. Ha de moverse tan silenciosamente como una víbora entre la alta hierba, verde a la luz pura de la mañana. La meditación ha de tener lugar en las ocultas profundidades del cerebro. No es un logro. Carece de práctica, método o sistema alguno. La meditación empieza con el fin de la comparación, con el fin del devenir o no devenir. Tal como la abeja susurra entre las hojas, así el susurro de la meditación es acción.

23, abril, 1983

Las nubes están aún suspendidas sobre los cerros, el valle y las montañas. Ocasionalmente, hay una apertura en el cielo y a través de ella pasa el sol, brillante, claro, pero pronto desaparece.

Es agradable una mañana así, serena, fresca, con todo el mundo verde que a uno le rodea. Cuando llegue el verano, el sol quemará toda la hierba verde, y los prados al otro lado del valle quedarán resecos, sedientos, y toda esta hierba con su radiante verdor habrá desaparecido. Toda la frescura desaparece con el verano.

Uno disfruta estas mañanas tranquilas. Las naranjas tienen un brillo intenso, y las hojas de un verde oscuro se ven relucientes. Y el aire está impregnado con el perfume de los azahares, un perfume fuerte, casi sofocante. Hay una clase diferente de naranja que se habrá de recoger más tarde, antes de que llegue el calor del verano. Ahora la hoja verde, la naranja y la flor se encuentran en el mismo árbol y al mismo tiempo. Es un mundo muy bello, y el hombre es por completo indiferente a él; estropea la tierra, los ríos las bahías y los lagos de agua pura.

Pero dejemos todo eso por ahora y caminemos por el estrecho sendero en lo alto del cerro, donde hay un pequeño torrente que en pocas semanas más estará seco. Recorremos el sendero con un amigo, y mientras conversamos, de cuando en cuando observamos los múltiples tonos de verde. Hay una gran variedad, desde el verde más suave, el verde nilo, y tal vez más suave aún, más azul, hasta los verdes oscuros, exquisitos, llenos de su propia riqueza. Y cuando uno está subiendo por el sendero, arreglándoselas para mantenerse lado a lado junto al amigo, sucede que recoge del suelo algo arrebatadoramente hermoso, centelleante, una joya de extraordinaria antigüedad y belleza. Es sorprendente encontrarla en este sendero que muchos animales y sólo unas pocas personas han pisado. Uno la contempla con gran asombro. Está tan sutilmente hecha, es tan compleja que ninguna mano de joyero podría haberla fabricado jamás. Uno la sostiene por un rato, maravillado y silencioso. Luego la guarda cuidadosamente en el bolsillo interior que abotona, casi temeroso de que pueda perderla o de que la joya pueda perder su resplandor, su deslumbrante belleza. Y entonces pone su mano en la parte externa del bolsillo que la contiene. El otro ve que uno hace esto y ve que el rostro y los ojos de uno han experimentado un cambio notable. Hay una

especie de éxtasis, un asombro inexpresable, una excitación muy intensa.

Cuando el hombre pregunta: «¿Qué es lo que usted ha encontrado que le produce una exaltación tan extraordinaria?», uno responde con voz suave, dulce (¡a uno le resulta tan extraño escuchar su propia voz!), que ha recogido la verdad. Uno no quiere hablar de ello, está más bien asustado; el mero hablar podría destruirla. Y el hombre que camina a nuestro lado se siente ligeramente molesto de que no nos comuniquemos libremente con él, y dice que si uno ha encontrado la verdad, debe dejar que descienda al valle y organizarla de modo que otros la comprendan, que otros puedan captarla y que eso tal vez podrá ayudarles. Uno no contesta, lamenta haberle hablado alguna vez al respecto.

Los árboles están repletos de flores. Incluso aquí arriba, en la ligera brisa que asciende desde el valle, llega a percibirse el aroma de los azahares, y si uno mira hacia abajo, ve el valle lleno de naranjos y siente el aire quieto, intenso e inmóvil que ahí se respira. Pero uno ha dado con algo que es lo más precioso, que jamás puede ser revelado a otro. Otros puede que lo encuentren, pero uno lo posee, lo conserva y lo adora.

Las instituciones y organizaciones de todo el mundo no han ayudado al hombre. Están todas las organizaciones físicas para las propias necesidades; están las instituciones de la guerra, de la democracia, las instituciones de la tiranía y las instituciones de la religión –han tenido su época y continúan, y el hombre las respeta, anhela ser socorrido por ellas no sólo físicamente sino en lo interno, bajo la piel, allí donde el dolor late persistentemente, donde el tiempo proyecta su sombra y donde reinan los más trascendentes pensamientos–. Ha habido instituciones de muchas, muchas clases desde los más remotos tiempos, y no han cambiado internamente al hombre. Las instituciones jamás pueden cambiar al hombre en lo psicológico, en lo profundo. Y uno se pregunta por qué el hombre las ha creado, puesto que todas las instituciones del

mundo han sido creadas por el hombre en la esperanza de que pudieran ayudarle, darle alguna clase de seguridad perdurable. Y extrañamente, no ha sido así. Al parecer, jamás nos damos cuenta de este hecho. Creamos más y más instituciones, más y más organizaciones –una organización opuesta a la otra.

Es el pensamiento el que está inventando todas estas organizaciones, no sólo las democráticas o las totalitarias; el pensamiento también percibe, advierte, que lo que ha creado no ha cambiado básicamente la estructura, la naturaleza del propio ser. Las instituciones, las organizaciones y todas las religiones son creadas por el pensamiento, por el agudo, ingenioso, erudito pensamiento. Aquello que el pensamiento ha creado, producido, da forma a su propio pensar. Y si uno es serio, intenso en su investigación, se pregunta: ¿Por qué el pensamiento no se ha dado cuenta de su propia actividad? ¿Puede el pensamiento percibir su propio movimiento? ¿Puede el pensamiento verse a sí mismo, ver lo que está haciendo, tanto en lo externo como en lo interno?

En realidad no existe lo externo y lo interno –lo interno crea lo externo, y lo externo moldea entonces lo interno–. Este flujo y reflujo de acción y reacción es el movimiento del pensar, y el pensamiento está siempre tratando de conquistar lo externo, y consigue su propósito originando con ello múltiples problemas; al resolver un problema, aparecen otros problemas. El pensamiento también ha dado forma a lo interno, moldeándolo de acuerdo con las exigencias externas. Este proceso, aparentemente inacabable, ha creado esta sociedad, fea, cruel, inmoral y violenta. Y habiéndola creado, lo interno se esclaviza a ella. Lo externo moldea lo interno y lo interno moldea lo externo. Este proceso ha estado ocurriendo por miles y miles de años, y el pensamiento no parece darse cuenta de su propia actividad. De modo que uno se pregunta: ¿Puede el pensamiento percibirse de algún modo a sí mismo –darse cuenta de lo que está haciendo? No existe un pensador aparte del pensamiento; el pensamiento ha creado al pensador, al experimentador, al analizador. El pensador, el «uno» que está observando, que actúa, es el pasado con toda la

herencia del hombre, la herencia biológica, genética –las tradiciones, los hábitos y todo el conocimiento acumulado–. Después de todo, el pasado es conocimiento, y el pensador no está separado del pasado. El pensamiento crea el pasado, el pensamiento *es* el pasado; entonces el pensamiento se divide en el pensador y el pensamiento al cual el pensador debe moldear, controlar. Pero ésa es una idea falsa; sólo existe el pensamiento. El sí mismo es el «yo», el pasado. La imaginación puede proyectar el futuro, pero ésa sigue siendo la actividad del pensamiento.

De modo que el pensar, que es el resultado del conocimiento, no ha cambiado al hombre y jamás lo cambiará, porque el conocimiento es y será siempre limitado. Uno se pregunta, pues, nuevamente: ¿Puede el pensamiento percibirse a sí mismo, el pensamiento, que ha creado toda nuestra conciencia –acción y reacción, las respuestas sensorias, la sensualidad, los temores, las aspiraciones, la persecución del placer, toda la agonía de la soledad y el sufrimiento que el hombre se ha ocasionado a causa de las guerras, de su irresponsabilidad, de su duro egocentrismo? Toda ésa es la actividad del pensamiento, el cual ha inventado el infinito y el dios que mora en lo infinito. Todo eso es la actividad del tiempo y del pensamiento.

Cuando uno llega a este punto se pregunta si el viejo instrumento, que está agotado –y que, después de todo, es el cerebro– puede producir una mutación radical en el hombre. Cuando el pensamiento se da cuenta de sí mismo, cuando ve dónde el conocimiento es necesario en el mundo físico y comprende su propia limitación, entonces se aquieta, queda en silencio. Sólo entonces existe un instrumento nuevo que no es producto del tiempo o del pensar, que no tiene relación alguna con el conocimiento. Es este instrumento –puede que la palabra instrumento no sea la correcta–, es esta percepción la que siempre es nueva, puesto que se halla libre del pasado, de los recuerdos; es inteligencia que nace de la compasión. Esa percepción da origen a una mutación profunda en las células mismas del cerebro, y su acción es siempre la acción correcta, clara, precisa, en la que no hay sombra alguna del pasado, del tiempo.

24, abril, 1983

Es una mañana primaveral, una mañana que nunca ha sido antes y nunca volverá a ser.

Es una mañana de primavera. Cada pequeña brizna de hierba, las camelias, las rosas, todo está floreciendo y hay fragancia en el aire.

Es una mañana de primavera y la tierra se halla intensamente viva, y aquí en el valle todas las montañas están verdes y la más alta de ellas se ve extraordinariamente vital, inmutable y majestuosa. Mientras uno está recorriendo el sendero esta mañana, y mira la belleza que lo rodea y esas ardillas listadas, cada tierna hoja de primavera resplandece al sol. Esas hojas han estado aguardando por esto todo el invierno, y acaban de brotar, delicadas, vulnerables. Y sin que uno sea romántico o imaginativo, hay un sentimiento de amor inmenso y de compasión por tanta belleza incorruptible. Ha habido un millar de mañanas de primavera, pero jamás una mañana como ésta, tan callada, tan quieta, tan intensa, que quita el aliento –tal vez con adoración–. Y las ardillas han desaparecido, así como los lagartos.

Es una mañana de primavera y el aire está de fiesta; hay festivales en todo el mundo por ser la primavera. Los festivales se expresan de muchas maneras diferentes, pero aquello que es, jamás podrá expresarse en palabras. En todas partes, con cantos y danzas, existe este hondo sentimiento de la primavera.

¿Por qué parecemos estar perdiendo la condición altamente vulnerable de la sensibilidad –sensibilidad a todas las cosas que nos rodean, no sólo a nuestros problemas y confusiones? Ser realmente sensibles, no con respecto a algo en especial, sino sólo eso: ser sensibles, vulnerables como esa hoja nueva que nació unos días para enfrentarse a las tormentas, a las lluvias, a la oscuridad y la luz. Cuando somos vulnerables nos parece que se nos ha lastimado; al sentirnos lastimados nos encerramos en nosotros mismos, construimos alrededor de nosotros un muro, nos volvemos duros, crueles. Pero cuando somos vulnerables sin ninguna clase de feas y brutales reacciones, vulnerables a todos

los movimientos de nuestro propio ser, vulnerables al mundo, tan sensibles que no hay remordimientos ni heridas psicológicas ni disciplinas autoimpuestas, entonces existe la cualidad de una existencia inconmensurable.

Todos perdemos esta vulnerabilidad en el mundo del ruido, de la brutalidad, de la vulgaridad y el alboroto de la vida cotidiana. Tener los sentidos agudizados, no algún sentido en particular sino todos los sentidos completamente despiertos –lo cual no implica necesariamente ceder a ellos– ser sensibles a todos los movimientos del pensar, a los sentimientos, a los pesares, a la soledad, a la ansiedad... estar con todos esos sentidos totalmente despiertos implica tener una clase diferente de sensación que va más allá de todas las reacciones sensorias o sensuales. ¿Alguna vez hemos mirado el mar, o aquellas inmensas montañas, los Himalayas, que se extienden de horizonte a horizonte, o hemos mirado una flor con la totalidad de nuestros sentidos? Cuando hay una observación así, no existe un centro desde el cual uno esté observando, no existe un «yo». El «yo», la limitada observación de un sentido o dos, engendra el movimiento egotista. Después de todo, vivimos a base de los sentidos, de las sensaciones, y es sólo cuando el pensamiento crea la imagen a partir de las sensaciones, que surgen todas las complejidades del deseo.

En esta mañana uno mira hacia abajo en el valle, contempla la extraordinaria extensión de verde y la ciudad distante, percibe la pureza del aire, observa todas las cosas que se arrastran por la tierra, las observa sin la interferencia de las imágenes que ha construido el pensamiento. Ahora la brisa está soplando desde el valle hacia lo alto del cañón, y uno inicia el regreso siguiendo las vueltas del sendero. Al descender, justo frente a uno, a unos diez pies de distancia, hay un lince. Se llega a escuchar su ronroneo mientras se frota contra una roca, con su pelo que sobresale de las orejas, su corta cola y su extraordinario, gracioso movimiento. Para él también es una mañana de primavera. Caminamos juntos descendiendo por el sendero, y el animal apenas si hace algún

ruido a no ser por su ronroneo, disfrutando enormemente, deleitándose por hallarse afuera bajo el sol primaveral; está tan limpio que su pelaje resplandece mientras uno lo contempla –toda la naturaleza salvaje está en ese animal–. De pronto, uno pisa una rama seca que hace ruido, y el lince escapa sin mirar siquiera hacia atrás; ese ruido señalaba al hombre, el más peligroso de todos los animales. En un segundo ha desaparecido entre los arbustos y las rocas, y toda la alegría se ha esfumado. Él sabe lo cruel que es el hombre, y no desea esperar; quiere estar lejos, tan lejos como le sea posible.

Es una apacible mañana de primavera. Consciente de que un hombre se encontraba detrás de él, a pocos pies de distancia, ese lince debe de haber respondido instintivamente a la imagen de lo que el hombre es –el hombre que ha matado tantas cosas, que ha destruido tantas ciudades, que ha destruido una cultura tras otra, siempre persiguiendo sus deseos, siempre buscando alguna clase de seguridad y placer.

El deseo, que ha sido la fuerza impulsora en el hombre, ha creado muchísimas cosas gratas y útiles; y el deseo también ha creado, en las relaciones del hombre, muchísimos problemas y confusiones y desdichas –el deseo de placer–. Los monjes y los sanyasis del mundo han tratado de trascender el deseo, se han forzado a adorar un ideal, una imagen, un símbolo. Pero el deseo está siempre ahí, ardiendo como una llama. Es necesario investigar, sondear la naturaleza del deseo, la complejidad del deseo, sus actividades, sus exigencias, sus satisfacciones –cada vez más y más deseo de poder, de posición, de prestigio, de *status*; el deseo de alcanzar lo innominable, lo que está más allá de nuestra vida cotidiana, el deseo que ha impulsado al hombre a hacer las cosas más feas y brutales–. El deseo es el resultado de la sensación –el resultado que contiene todas las imágenes que ha elaborado el pensamiento–. Y este deseo no sólo engendra insatisfacción, sino también una sensación de desesperanza. Jamás hay que reprimirlo, jamás disciplinarlo, sino investigar su naturaleza –su origen, su propósito, sus intrincaciones–. Ahondar profunda-

mente en el deseo no es la acción de otro deseo, porque tras ello no hay un motivo; es como comprender la belleza de una flor, sentarse junto a ella y contemplarla–. Y mientras uno la contempla, la flor comienza a revelarse a sí misma tal como realmente es –revela la extraordinaria delicadeza de su color, el perfume, los pétalos, el tallo y la tierra de la cual ha brotado–. Así hay que mirar este deseo y su naturaleza, sin ningún pensamiento que siempre moldea las sensaciones –placer y dolor, recompensa y castigo–. Entonces uno comprende, no de manera verbal o intelectual, todo el proceso causativo del deseo, la raíz del deseo. La mera percepción de ello, la sutil percepción de ello es, en sí misma, inteligencia. Y esa inteligencia siempre actuará cuerdamente, racionalmente, al tratar con el deseo.

De modo que hoy, sin hablar demasiado, sin pensar demasiado, uno se deja envolver enteramente por esta mañana de primavera, vive con ella, se mueve con ella, y es ése un júbilo que está más allá de toda medida. No podrá repetirse. Seguirá existiendo hasta que se escuche un golpe en la puerta.

26, abril, 1983

Uno vio un pájaro morir, herido por un hombre. Estaba volando bellamente con un rítmico batir de alas, con total libertad y falta de temor. Y la escopeta lo destrozó; cayó a tierra y toda la vida había huido de él. Un perro fue a cobrar la presa, y el hombre la agregó a otros pájaros muertos. Estaba charlando con su amigo y parecía por completo indiferente. Todo lo que le interesaba era abatir tantos pájaros como fuera posible, y en lo que a él tocaba ya tenía de sobra. Están matándolo todo en el mundo. Esos grandes, maravillosos animales del mar, las ballenas, son muertos por millones, y el tigre y muchos otros animales hoy se están volviendo especies en peligro de extinción. El hombre es el único animal al que hay que temerle.

Hace tiempo, estando uno alojado con un amigo en lo alto de

los cerros, llegó un hombre y le contó al posadero que durante la última noche un tigre había matado una vaca, y nos preguntó si nos gustaría ver al tigre esa noche. Él podía arreglarlo construyendo una plataforma en un árbol y dejando atada una cabra; el balido de la cabra, del pequeño animal, atraería al tigre y nosotros podríamos verlo. Ambos rehusamos satisfacer nuestra curiosidad tan cruelmente. Pero más tarde, ese mismo día, el posadero sugirió que tomáramos el automóvil y nos internáramos en el bosque para tratar de ver al tigre. De modo que al anochecer nos acomodamos en un automóvil con las ventanillas abiertas, el cual era conducido por un chófer, y nos internamos profundamente en el bosque por varias millas. Por supuesto que no vimos nada. Se estaba poniendo muy oscuro y se encendieron los faros delanteros; cuando dimos la vuelta el tigre estaba ahí, sentado justo en medio del camino, aguardando para recibirnos. Era un animal muy grande con una hermosa piel listada, y sus ojos, atrapados por la luz de los faros, centelleaban brillantes. Vino rugiendo hacia el auto, y justo cuando pasó a unas pocas pulgadas de nuestra mano que se hallaba extendida, el posadero advirtió: «No lo toque, es muy peligroso, ¡apúrese!, porque él es más rápido que su mano». Pero uno podía sentir la energía de ese animal, su vitalidad; era una gran dínamo de energía. Y cuando pasó cerca, uno sintió hacia él una atracción enorme. Y desapareció en el bosque.*

Al parecer, el amigo había visto numerosos tigres, y muchos años atrás, en su juventud, había ayudado a matar uno, y desde entonces había estado deplorando el terrible acto. La crueldad en todas sus formas se está extendiendo actualmente por el mundo. Es probable que el hombre jamás haya sido tan cruel como es ahora, tan violento. Las iglesias y los sacerdotes siempre han hablado de paz en la tierra; desde la más alta jerarquía cristiana al pobre clérigo de aldea, ha habido prédicas acerca de vivir una

* Un relato más completo de este encuentro de Krishnamurti con el tigre, puede leerse en *Diario II*.

vida buena, de no lastimar, de no matar cosa alguna; especialmente los hindúes y los budistas del pasado han dicho: «No mates a la mosca, no mates nada, porque en la próxima vida pagarás por ello». Eso era expresado más bien crudamente, pero algunos de ellos mantenían este espíritu, esta intención de no matar y no lastimar a otro ser humano. Pero el matar por medio de las guerras continúa y continúa. El perro mata muy rápidamente al conejo. Y el hombre mata a otro con sus maravillosas máquinas, y el que mata es probablemente muerto por otro. Y esta matanza ha estado prosiguiendo por milenios y milenios. Algunos tratan eso como un deporte, otros matan a causa del odio, de la ira, de los celos; y está el asesinato organizado por las diversas naciones con sus armamentos. Uno se pregunta si el hombre vivirá alguna vez sobre esta bella tierra, sin matar jamás cosa alguna, sin matar ni ser muerto por otro ser humano, sino viviendo pacíficamente, con algo de divinidad y amor en su corazón.

En esta parte del mundo que llamamos el Occidente, los cristianos han matado tal vez más que ningún otro. Ellos siempre están hablando de paz en esta tierra. Pero para tener paz uno debe vivir pacíficamente, y eso parece por completo imposible. Hay argumentos en favor y en contra de la guerra; el argumento de que el hombre siempre ha sido y seguirá siendo un homicida, y están los que sostienen que el hombre puede producir un cambio en sí mismo y no matar más. Ésta es una historia muy vieja. La inacabable carnicería se ha vuelto un hábito, una fórmula aceptada a pesar de todas las religiones.

Uno estaba observando el otro día a un halcón de cola roja que volaba muy alto en el firmamento, girando suavemente sin un solo batir de alas, solamente por el regocijo de volar, de sentirse sostenido por las corrientes de aire. Después se le unió otro, y estuvieron volando juntos un buen rato. Eran criaturas maravillosas en ese firmamento azul, y dañarlos de cualquier forma es un crimen contra el cielo. Por supuesto que el cielo no existe; el hombre ha inventado el cielo, el paraíso, a causa de la esperanza; porque su vida se ha convertido en un infierno, en un perpetuo

conflicto desde que nace hasta que muere, yendo y viniendo de aquí para allá, haciendo dinero, trabajando sin cesar. Esta vida se ha vuelto una confusión, un afán y una lucha inacabables. Uno se pregunta si el hombre, un ser humano, vivirá alguna vez en paz sobre esta tierra. El conflicto ha sido su estilo de vida –bajo la piel y fuera de la piel, en el área de la psique y en la sociedad que la psique ha creado.

Probablemente el amor ha desaparecido por completo de este mundo. El amor implica generosidad, afecto, no lastimar a otro, no hacer que otro se sienta culpable; implica ser corteses y comportarnos de tal manera que nuestras palabras y pensamientos nazcan de la compasión. Desde luego que uno no puede ser compasivo si pertenece a instituciones religiosas organizadas –grandes, poderosas, tradicionales y dogmáticas instituciones que insisten en la fe–. Para amar, tiene que haber libertad. Ese amor no es placer ni deseo ni un recuerdo de cosas que han pasado. El amor no es lo opuesto del odio, de la ira y los celos.

Todo esto puede sonar más bien utópico, idealista, algo a lo que el hombre sólo puede aspirar. Pero si creemos eso, entonces seguiremos matando. El amor es tan real, tan poderoso como la muerte. No tiene nada que ver con la imaginación o el sentimiento o el romanticismo; y naturalmente, no tiene nada que ver con el poder, la posición, el prestigio. Es tan apacible como las aguas del mar, y tan poderoso como el mar; es como las aguas corrientes de un caudaloso río que fluye perpetuamente, sin principio ni fin. Pero el hombre que mata los cachorros de focas, o las grandes ballenas, sólo se interesa en su propia subsistencia. Él dirá: «Yo vivo de eso, ése es mi negocio». No le interesa en absoluto esa cosa que llamamos amor. Probablemente ama a su familia –o cree que ama a su familia– y no le preocupa mayormente el modo en que se gana su subsistencia. Tal vez ésa sea una de las razones por las que el hombre vive una vida fragmentaria; parece que jamás puede amar lo que hace –aunque tal vez unas pocas personas lo hagan–. Si uno viviera del trabajo que ama, sería muy diferente –uno comprendería la totalidad de la vida–. Hemos vivido la

vida en fragmentos: el mundo de los negocios, el mundo artístico, el mundo científico, el mundo político y el mundo religioso. Al parecer, pensamos que están todos separados y que deben mantenerse separados. Y así nos volvemos hipócritas, haciendo algo feo, corrupto en el mundo de los negocios y luego llegando a la casa para vivir apaciblemente con nuestra familia; esto engendra hipocresía, un doble patrón de vida.

Ésta es una tierra realmente maravillosa. Aquel pájaro posado sobre el árbol más alto ha estado ahí todas las mañanas, examinando el mundo, vigilando la aparición de un pájaro más grande, un pájaro que podría matarlo, atento a las nubes, a la sombra pasajera y a la vasta extensión de esta tierra tan rica, a estos ríos y bosques y a todos los hombres que trabajan de la mañana a la noche. Si uno piensa siquiera algo en el mundo psicológico, ve que está lleno de dolor. Y uno se pregunta si el hombre cambiará alguna vez o si lo harán unos pocos, muy, muy pocos. ¿Cuál es, entonces, la relación de los pocos con los muchos? O, ¿cuál es la relación de los muchos con los pocos? Los muchos no tienen relación alguna con los pocos. Los pocos sí tienen una relación.

Sentado en esa roca con un lagarto al lado, mientras uno mira hacia abajo en el valle, no se atreve ni a moverse para no perturbar o asustar al lagarto. Y éste también está observando. Y el mundo continúa inventando dioses, siguiendo las jerarquías de los que representan a los dioses, y toda la farsa y la vergüenza de las ilusiones probablemente proseguirá, y los miles de problemas se volverán más y más complejos e intrincados. Sólo la inteligencia del amor y de la compasión puede resolver todos los problemas de la vida. Esa inteligencia es el único instrumento que jamás puede embotarse o inutilizarse.

4, mayo, 1983*

Es una mañana tan brumosa que apenas si pueden distinguirse los naranjos que están a unos diez pies de distancia. Hace frío; todos los cerros y las montañas se ocultan en la niebla, y el rocío cubre las hojas. Más tarde aclarará. Todavía es muy temprano, y el hermoso sol de California y la cálida brisa vendrán dentro de un rato.

Uno se pregunta por qué los seres humanos han sido siempre tan crueles, tan desagradables en sus reacciones a cualquier declaración que no les gusta, tan agresivos, tan listos siempre a atacar. Esto ha estado ocurriendo por miles de años. Hoy día, uno difícilmente se encuentra con una persona gentil que esté dispuesta a ceder, que sea totalmente generoso y feliz en sus relaciones.

La noche pasada se escuchó el ulular del búho; era un búho real, seguramente de gran tamaño. Esperó que le respondiera su pareja, y ésta le contestó desde una gran distancia, después de lo cual el búho voló hacia abajo penetrando en el valle y ya apenas podía oírse. Era una noche perfectamente silenciosa, oscura y extrañamente quieta.

Todo parece vivir en orden, en su propio orden –el mar con sus mareas, la luna nueva y la puesta de la luna llena, el encanto de la primavera y el calor del verano. Aun el terremoto de ayer tiene su orden propio–. El orden es la esencia misma del universo –el orden del nacimiento y la muerte, etcétera–. Sólo el hombre parece vivir en tal desorden, en tal confusión. Ha vivido de ese modo desde el principio del mundo.

Mientras uno le hablaba al visitante sentado en la galería, con la roja rosa trepadora, la joven glicina y el aroma de la tierra y de los árboles, parecía una lástima estar discutiendo el desorden. Cuando uno mira alrededor esos cerros oscuros y la montaña rocosa, y escucha el murmullo de un torrente que pronto se secará

* Entre el 26 de abril y el 1 de mayo, Krishnamurti había estado en San Francisco, donde ofreció dos pláticas y sostuvo una entrevista radial.

cuando llegue el verano, ve que todo tiene un orden tan curioso, que discutir el desorden humano, la confusión y desdicha humanas, parece completamente fuera de lugar. Pero ahí está él, amigable, bien informado y probablemente dado a la reflexión,

El sinsonte se encuentra sobre el alambre telefónico; está haciendo lo que generalmente hace –volar en el aire, girar y aterrizar en el alambre para después mofarse del mundo. Hace esto con mucha frecuencia, y al mundo aparentemente no le importa. Pero el pájaro sigue con sus burlas.

La niebla está aclarando, ha aparecido el sol primaveral y el lagarto sale y se calienta sobre la roca; y todas las pequeñas criaturas de la tierra se hallan atareadas. Tienen su propio orden, su placer, su diversión. Todas parecen muy felices, disfrutando la luz del sol sin la cercanía del hombre que pudiera hacerles daño, que pudiera arruinarles el día.

«Si se le permite a uno preguntarlo», comenzó el visitante, «¿cuál es para usted la cosa más importante en la vida? ¿Cuál es para usted la cualidad más esencial que el hombre debe cultivar?»

«Si uno la cultiva, como cultiva los campos de la tierra, entonces no es lo más esencial. Ello tiene que ocurrir naturalmente –cualquier cosa que ocurra– naturalmente, fácilmente, sin ningún motivo egocéntrico. Ciertamente, la cosa más importante para cualquier ser humano es vivir en orden, en armonía con todas las cosas que le rodean –aun con el ruido de las grandes ciudades, aun con algo que sea feo, vulgar, sin permitir que ello afecte o altere el curso de su vida, que altere o deforme el orden en que está viviendo–. Sin duda, señor, el orden es la cosa más importante en la vida, o, más bien, una de las más importantes.»

«¿Por qué», pregunta él, «el orden debe ser la cualidad de un cerebro que puede actuar correctamente, dichosamente, con gran precisión?»

«El orden no es creado por el pensamiento. El orden no es algo que uno sigue día tras día, que practica, a lo cual se amolda. Como la corriente se une al mar, así la corriente del orden, el río del orden, es eterno. Pero ese orden no puede existir si hay alguna clase de esfuerzo, de lucha por lograr algo o por descartar el desorden y caer en una rutina, en diversos hábitos bien definidos. Todo eso no es orden. El conflicto es el verdadero origen del desorden, la verdadera causa.»

«Todo lucha, ¿no es cierto? Esos árboles han luchado para existir, lucharon para crecer. El maravilloso roble que está allá, detrás de esta casa, ha soportado tormentas, años de lluvia y calor del sol; ha luchado para existir. La vida es conflicto, es agitación, es tormenta. Y usted dice, ¿verdad?, que el orden es un estado en el que no hay conflicto. Eso parece casi imposible, como conversar en un idioma extraño, algo completamente ajeno a la propia vida de uno, al propio modo de pensar. Si no es atrevimiento de mi parte preguntarlo, ¿vive usted en un orden que no conoce ninguna clase de conflicto?»

«¿Acaso es muy importante, señor, averiguar si otro está viviendo sin esfuerzo, sin conflicto? ¿O sería más adecuado que se preguntara si usted, como ser humano que vive en desorden, puede descubrir por sí mismo las múltiples causas –o quizás haya sólo una causa– de este desorden? Esas flores no conocen ni el orden ni el desorden, simplemente existen. Por supuesto, si no se las regara, si no se las cuidara, morirían, y el morir es también el orden de esas flores. El sol brillante, caluroso, las destruirá el mes que viene, y para ellas eso es orden.»

El lagarto se ha calentado sobre la roca y está esperando que lleguen las moscas. Y seguramente llegarán. Y el lagarto las tragará con su rápida lengua. Parece ser la naturaleza del mundo; las criaturas grandes viven de las criaturas pequeñas, y las más grandes de las grandes. Éste es el ciclo del mundo natural. Y en eso no

hay orden ni desorden. Pero nosotros, de vez en cuando conocemos por nosotros mismos el sentimiento de total armonía, y también la pena, la ansiedad, el dolor, el conflicto. La causa del desorden es el perpetuo devenir –devenir, buscar la propia identidad, esta lucha por llegar a ser–. En tanto el cerebro, que se halla densamente condicionado, esté midiendo –lo «más», lo «mejor»– moviéndose psicológicamente de esto a aquello, eso debe generar inevitablemente un sentido de conflicto, lo cual es desorden. No sólo las palabras «más», «mejor», sino el sentimiento, la reacción de lograr, de ganar; en tanto exista esta división, esta dualidad, tiene que haber conflicto. Y a causa del conflicto, hay desorden.

Tal vez nos damos cuenta de todo esto, pero al descuidar esta percepción, seguimos del mismo modo día tras día durante todos los días de nuestra vida. Esta dualidad no es sólo verbal sino que implica una división más profunda: la del pensador y el pensamiento, la del pensador separado de sí mismo. El pensador es creado por el pensamiento, el pensador es el pasado, el pensador es conocimiento, y el pensar también ha nacido del conocimiento. De hecho, no existe tal división entre el pensador y el pensamiento, son una unidad inseparable; pero el pensamiento juega una ingeniosa treta consigo mismo, se divide a sí mismo. Quizás esta constante división de sí mismo, la propia fragmentación del pensamiento, es la causa del desorden. El sólo ver, el sólo comprender la verdad de esto –que el percibidor es lo percibido– pone fin al desorden.

El sinsonte se ha ido y ahora está ahí la paloma torcaza con su plañidero grito. Y pronto se le une su pareja. Se posan junto ese alambre, quietas, inmóviles, pero sus ojos se mueven observando, vigilando el peligro. El halcón de cola roja y los pájaros predadores que estaban ahí una o dos horas antes, se han ido. Tal vez regresen al día siguiente. Y así termina la mañana, y ahora el sol brilla y hay miles de sombras. La tierra está quieta y el hombre se siente perdido y confuso.

6, mayo, 1983

Era una mañana agradable, nublada, el aire estaba ligeramente fresco y los cerros cubiertos por las nubes permanecían silenciosos. Se sentía el perfume de los naranjos en flor, no muy intenso, pero ahí estaba. Es un aroma peculiar, penetrante, y se introducía en la habitación. Y todas las flores se aprestaban esta mañana para la salida del sol. Las nubes se alejarían pronto y después del sol brillaría en toda su intensidad.

El automóvil atravesaba la pequeña población, pasando por muchos modestos caseríos, por torres de perforación, tanques petroleros, y por toda la actividad que se desarrolla alrededor de estos campos de petróleo; y finalmente llegamos al mar. Luego pasamos otra vez por una gran ciudad, aunque no demasiado grande; atravesamos los numerosos huertos de limoneros y naranjos, y nos encontramos, no con algunos sembrados de fresas, no con pequeños plantíos de coles, sino con acres, millas y millas de ellos –fresas, apio, espinaca, lechuga y otros vegetales– millas de tierra rica, llana, situada entre los cerros y el mar. Aquí todo se hace a gran escala, casi demasiado extravagante –millas de limones y naranjas, de nueces, etcétera. Es un país rico, bello. Y los cerros se mostraban muy amistosos esa mañana.

Finalmente llegamos al azul Pacífico. Esta mañana el mar era como un estanque, tan inmóvil, tan extraordinariamente quieto y bañado por la luz matinal. Uno debería realmente meditar en esa luz, no en la luz directa del sol sino en el reflejo del sol sobre las rutilantes aguas. Pero el mar no siempre es así; hace un mes o dos se revolvía con furia golpeando violentamente contra el muelle, destruyendo las casas que hay alrededor de la bahía y provocando desastres incluso en la carretera que corre a lo largo del mar. Ahora estaban reparando el muelle averiado, utilizando toda la madera arrastrada a la playa por el mar en grandes cantidades. No obstante, hoy podía uno acariciarlo como a un animal domado, podía sentir la profundidad y la amplitud y la belleza de este vas-

to mar tan azul. Más cerca de la playa predominaba el color verde nilo; era algo sumamente agradable ir por la carretera junto al mar y respirar el aire salado, contemplar los cerros, la ondulante hierba y la vasta extensión de las aguas.

Todo esto desapareció en la enorme y fea ciudad, la cual se había extendido por millas y millas y millas. No era una ciudad muy agradable, pero la gente vivía ahí y parecía gustar de ella.

Sentado en la playa, uno observa el mar, las olas que vienen y van. La séptima ola parece ser las más grande, cuando truena al precipitarse hacia tierra. Hay muy poca marea en el Pacífico –al menos no existen aquí esas mareas que salen mar afuera por muchas millas y luego vuelven a introducirse rápidamente–. Aquí hay siempre un leve flujo y reflujo, un ir y venir que se repite por siglos y siglos. Si uno puede contemplar ese mar, el centelleo de luz deslumbrante y las claras aguas –contemplarlo con todos los sentidos despiertos a su máxima excelencia– en esa observación no hay un centro, no existe un «uno» que esté observando. Es bello observar el mar, y la arena limpia lavada día tras día. Ninguna huella puede quedar ahí, ni siquiera los pequeños pájaros del mar dejan su huella; el mar las borra por completo.

Las casas que se ven a lo largo de la playa son pequeñas y pulcras; probablemente vive en ellas gente muy rica. Pero todo eso no cuenta para nada –sus riquezas, su vulgaridad, sus costosos automóviles–. Uno vio un Mercedes muy viejo, con gastados tubos de escape fuera de la cubierta del motor, tres a cada lado. Los dueños parecían sentirse muy orgullosos de su automóvil, lo habían pulido, lo lavaban dedicándole muchísimo cuidado. Tal vez habían comprado esa máquina antes que muchas otras cosas. Todavía podían recorrerse muchas millas en ese automóvil; lo habían fabricado para que durara.

La mañana era bellísima; sentado en la playa uno observaba los pájaros, el cielo, y escuchaba el sonido distante de los automóviles que pasaban; uno iba y volvía con el flujo y reflujo del agua; se iba lejos y regresaba nuevamente –este perpetuo movimiento que va y viene y viene y va...–. La vista alcanzaba hasta

el horizonte donde el cielo se encuentra con el mar. Era una bahía muy grande, con aguas color azul y blanco y con las diminutas casas que la rodeaban por completo. Y detrás de uno estaban las montañas, hilera tras hilera de montañas. Observando sin un solo pensamiento, sin ninguna reacción, observando sin identidad –sólo ese infinito observar– en realidad no está uno despierto, está ausente, no se encuentra del todo ahí; uno no es «uno», pero observa. Observando los pensamientos que surgen y luego se desvanecen, pensamiento tras pensamiento, el propio pensamiento se vuelve consciente de sí mismo. No existe un pensador que observe el pensamiento; el observador *es* el pensamiento.

Sentado en la playa, mientras uno observa a las personas que pasan, dos o tres parejas y una mujer sola, parece que toda la naturaleza, todo lo que a uno lo rodea, desde el profundo mar azul a aquellas altas montañas rocosas, también está observando. Estamos observando, no aguardando, no esperando que ocurra algo, sino solamente observando sin fin. En esa observación hay un aprender, no la acumulación del conocimiento mediante el aprendizaje –lo cual es casi mecánico– sino una atenta observación, una observación no superficial sino profunda, viva y afectuosa; entonces no existe ahí un observador. Cuando hay un observador, éste es meramente el pasado que observa, y eso no es observar sino solamente recordar, y es más bien una cosa muerta. La observación es algo tremendamente vital, un vacío a cada instante. Esos pequeños cangrejos y esas gaviotas y todos esos pájaros que pasan volando, observan. Están atentos a la presa, al pez, a algo para alimentarse; ellos también están observando. Pasa alguien junto a uno y desea saber qué estamos observando. Uno no observa nada, y en esa nada está todo.

El otro día, un hombre que había viajado muchísimo, que había visto muchísimo y escrito una que otra cosa, vino a vernos –un hombre algo viejo con una barba bien cuidada–; se hallaba decentemente vestido sin el desaliño de la vulgaridad. Cuidaba sus zapatos, sus ropas. Aunque era extranjero, hablaba un inglés

excelente. Y al hombre que estaba sentado en la playa observando, le dijo que había hablado con muchísima gente, que había discutido con algunos profesores y estudiosos, y que mientras estuvo en la India había conversado con unos cuantos pundits. Y la mayoría de ellos –según él– al parecer no se interesaban en la sociedad, no se comprometían con la reforma social ni con la presente crisis bélica. A él sí le interesaban profundamente la sociedad en que estábamos viviendo, aunque no era un reformador social. No estaba muy seguro de que la sociedad pudiera cambiar, de que uno pudiera hacer algo al respecto. Pero él veía lo que la sociedad era: la inmensa corrupción, la insensatez de los políticos, la mezquindad, la vanidad y la brutalidad que imperan en el mundo.

Dijo: «¿Qué podemos hacer con respecto a esta sociedad? –no pequeñas reformas insignificantes aquí y allá, cambiar un presidente por otro, o un primer ministro por otro, son todos la misma cosa más o menos; no pueden hacer mucho porque representan la mediocridad, o tal vez menos aún que eso, la vulgaridad; quieren exhibirse, alardear, jamás harán nada–. Producirán pequeñas reformas triviales aquí y allá, pero la sociedad proseguirá su curso a pesar de ellas». Él había observado las diversas sociedades y culturas, viendo que en lo fundamental no eran tan diferentes. Parecía ser un hombre muy serio que sabía sonreír, y habló de la belleza de este país, de su vastedad, de su diversidad desde los desiertos ardientes al esplendor de las altas montañas rocosas. Uno le escuchaba como podría escuchar y contemplar el mar.

No es posible cambiar la sociedad a menos que el hombre cambie. El hombre, uno mismo y los otros, ha creado estas sociedades por generaciones y generaciones; todos hemos creado estas sociedades a causa de nuestra mezquindad, de nuestra estrechez de miras, de nuestra limitación, de nuestra codicia, envidia, brutalidad, violencia, competencia, etcétera. Somos los responsables de la mediocridad, de la estupidez, de la vulgaridad, de toda la insensatez tribal y del sectarismo religioso. A menos que cada uno de nosotros cambie radicalmente, la sociedad jamás cambiará.

Está ahí, nosotros la hemos hecho de este modo y después ella nos hace a nosotros. Nos moldea tal como nosotros la hemos moldeado. Nos encaja en un patrón, y el patrón la introduce en una estructura que es esta sociedad que nos hemos construido.

De modo que esta acción prosigue interminablemente, como el mar con la marea que se aleja y después regresa, a veces muy, muy lentamente, otras veces rápidamente, peligrosamente. Un ir y venir; acción-reacción-acción. Tal parece ser la naturaleza de este movimiento, a menos que dentro de uno exista un orden profundo. Ese orden mismo producirá orden en la sociedad, no mediante la legislación, los gobiernos y todo eso –aunque mientras haya desorden y confusión, proseguirán la autoridad y las leyes que son creadas por nuestro propio desorden–. Las leyes son una hechura del hombre, son un producto del hombre tal como lo es la sociedad.

Así, lo interno –la psique– crea lo externo conforme a su limitación; y lo externo controla entonces lo interno y lo moldea. Los comunistas han pensado, y probablemente siguen pensándolo, que controlando lo externo, elaborando ciertas leyes, regulaciones, instituciones, ciertas formas de tiranía, ellos pueden cambiar al hombre. Pero hasta ahora no han conseguido su propósito, y jamás lo conseguirán. Ésta es, asimismo, la actividad de los socialistas. Los capitalistas lo hacen de un modo diferente, pero es la misma cosa. Lo interno domina siempre lo externo, porque lo interno es más fuerte, mucho más vital que lo externo.

¿Puede este movimiento detenerse alguna vez? –lo interno que crea el medio psicológico externo, y lo externo, las leyes, las instituciones, las organizaciones, que tratan de moldear al hombre, de moldear su cerebro para que actúe en cierta dirección; y el cerebro, lo interno, la psique, que se modifica entonces eludiendo lo externo–. Este movimiento ha proseguido durante todo el tiempo que el hombre ha estado sobre la tierra, ha proseguido ya sea crudamente, superficialmente o, a veces, brillantemente –siempre es lo interno dominando lo externo, como el mar con sus mareas que van y vienen–. Uno debería realmente preguntar-

se si este movimiento puede detenerse alguna vez –acción y reacción, odio y más odio, violencia y más violencia–. El movimiento cesa cuando sólo existe el observar, un observar sin motivo, sin reacción ni dirección alguna. La dirección surge cuando hay acumulación. Pero la observación, en la que hay atención, tiene su propia inteligencia. Esta observación y la inteligencia actúan. Y esa acción no es el flujo y reflujo. Pero esto exige un gran estado de alerta, requiere que las cosas se vean sin la palabra, sin el nombre, sin reacción alguna; en ese observar hay pasión, hay una vitalidad inmensa.

9, mayo, 1983

Uno se encontraba ya a bastante altura, mirando hacia abajo en lo profundo del valle; si se sube una milla o más siguiendo hacia arriba por el sinuoso sendero, se pasa por todo tipo de vegetación –robles perennes, artemisas, zumaques venenosos– y al dejar atrás un torrente que siempre está seco en verano, se puede divisar muy lejos en la distancia el mar azul, al otro lado de cadenas tras cadenas de montañas. Aquí arriba todo está absolutamente quieto, tan quieto que no hay un soplo de aire. Uno mira hacia abajo y las montañas lo miran a uno desde arriba. Se puede seguir escalando la montaña por muchas horas, descendiendo a otro valle para volver a subir. Uno lo ha hecho algunas veces antes, y en dos oportunidades alcanzó la cima misma de esas montañas rocosas. Al otro lado de éstas, hacia el norte, hay una vasta llanura desértica. Allá abajo hace muchísimo calor, mientras que aquí se está más bien fresco; uno tiene que ponerse algo encima a pesar del sol ardiente.

Y al llegar abajo, mientras uno contempla los diversos árboles, las plantas y los pequeños insectos, de pronto escucha el tableteo de una serpiente de cascabel. Y pega un salto, afortunadamente lejos de la serpiente. Uno está a unos diez pies de ella, que continúa con su tableteo. Nos miramos, vigilantes, el uno al otro. Las ser-

pientes carecen de párpados. Ésta no es muy larga, pero bastante gruesa, tan gruesa como el brazo de un hombre. Uno conserva su distancia y la observa cuidadosamente, observa su diseño, su cabeza triangular y su negra lengua que oscila hacia dentro y hacia fuera. Nos observamos mutuamente. Ella no se mueve y uno tampoco se mueve. Pero de pronto, con la cabeza y la cola dirigidas hacia uno, la serpiente se escurre hacia atrás y uno da un paso hacia adelante. Otra vez se enrosca sobre sí misma y se oye su cascabeleo mientras ambos nos vigilamos el uno al otro. Y nuevamente, con la cabeza y la cola vueltas hacia adelante, ella comienza a retroceder, y uno nuevamente avanza; y otra vez se enrosca y empieza con sus cascabeleos. Hacemos esto por varios minutos, quizá diez minutos o más; después ella se cansa. Se la ve inmóvil, aguardando, pero cuando uno se acerca, ya no emite ningún ruido. Por el momento, ha perdido su energía. Uno se encuentra muy próximo. A diferencia de la cobra, que se endereza para morder, esta serpiente ataca abalanzándose hacia adelante. Pero ahí no se veía movimiento alguno. Estaba demasiado exhausta, de modo que uno la dejó, puesto que se trataba realmente de una criatura muy venenosa, muy peligrosa. Uno podría quizás haberla tocado, pero aunque no tuvo miedo, se hallaba poco dispuesto a tocarla. Sentía que era preferible no hacerlo y la dejó tranquila.

Al descender un poco más, uno casi pisa a una codorniz rodeada de una docena o más de crías. Éstas se desparraman entre los arbustos cercanos, y la madre también desaparece en un arbusto y todas se llaman entre sí. Uno baja un poco y, si tiene la paciencia de esperar, pronto verá reunirse a todas las crías bajo el ala de la madre. Se está fresco ahí arriba, y las aves aguardan a que el sol caliente el aire y la tierra.

Cuando uno desciende más aún al otro lado del pequeño torrente, pasa por un prado que está perdiendo casi todo su verdor, y entonces regresa a la casa, bastante exhausto pero vivificado por el paseo y por el sol matinal. Y ahí están los naranjos con sus brillantes frutos amarillos, los rosales y los laureles, así como los altos eucaliptos. En la casa todo se halla muy tranquilo.

Era una mañana agradable, llena de actividades extrañas desarrollándose en la tierra. Todas esas pequeñas criaturas vivas, corriendo de un lado a otro en busca del sustento matutino –la ardilla, la tuza–. Comen las tiernas raíces de las plantas y son bastante destructivas. Un perro puede matarlas rápidamente de un mordisco. Todo está muy seco, las lluvias han pasado y se han ido para volver quizá dentro de cuatro meses o más. Abajo, el valle todavía se ve resplandeciente. Es extraño el silencio meditativo que cubre toda la tierra. A pesar del ruido de las ciudades y del tráfico, hay algo sagrado que es casi palpable. Si uno está en armonía con la naturaleza, con todas las cosas que nos rodean, entonces está en armonía con todos los seres humanos. Si uno ha perdido su relación con la naturaleza, perderá inevitablemente su relación con los seres humanos.

Todo un grupo de nosotros, sentado a la mesa cuando terminó la comida, dio comienzo a una conversación muy seria, tal como ha ocurrido en algunas ocasiones anteriores. Discutimos el significado de las palabras, su influencia, su contenido, no meramente el significado superficial, sino la profundidad de la palabra, su cualidad, el sentido que transmite. Por supuesto, la palabra nunca es la cosa real. La descripción, la explicación, no es lo descrito, ni es la cosa acerca de la cual hay una explicación. La palabra, la frase, la explicación no son la realidad. Pero la palabra se usa para comunicar lo que uno piensa, lo que uno siente; y la palabra, aunque no se comunique a otro, conserva el sentimiento dentro de uno mismo. Lo factual jamás condiciona el cerebro, pero la teoría, la conclusión, la descripción, la abstracción sí que lo condicionan. La mesa jamás condiciona el cerebro, pero dios lo hace, ya se trate del dios de los hindúes, el de los cristianos o el de los musulmanes. El concepto, la imagen, condicionan el cerebro; no así lo que realmente sucede, lo que realmente tiene lugar.

Para el cristiano, las palabras Jesús o Cristo tienen una gran significación, un gran sentido; evocan un sentimiento profundo, una sensación. Esas palabras no tienen sentido para el hindú, el

budista o el musulmán. Esas palabras no son lo real. De modo que esas palabras, usadas durante dos mil años, han condicionado el cerebro. El hindú tiene sus propios dioses, sus propias divinidades. Esas divinidades, como las de los cristianos, son las proyecciones del pensamiento, nacen del temor, de la búsqueda de placer, etcétera.

Parece que, de hecho, el lenguaje no condiciona el cerebro; lo que lo hace es la teoría del lenguaje, la abstracción de un cierto sentimiento y la abstracción que toma la forma de una idea, de un símbolo, de una persona –no la persona real sino la persona imaginada, o la persona anhelada, o la que proyecta el pensamiento–. Todas esas abstracciones, esas ideas y conclusiones, por fuertes que sean, condicionan el cerebro. Pero lo real, lo factual –como la mesa– jamás lo hace.

Tomemos una palabra como «sufrimiento». Esa palabra tiene para el hindú un significado diferente del que tiene para el cristiano. Pero el sufrimiento, cualquiera que sea la forma en que se describa mediante las palabras, es compartido por todos nosotros. El sufrimiento es el hecho, lo real. Pero cuando tratamos de escapar del hecho mediante alguna teoría, o por medio de alguna persona que idealizamos, o de algún símbolo, esas formas de escape moldean el cerebro. El sufrimiento como un hecho, no lo hace, y esto es importante que se comprenda.

Igual que la palabra «apego»; hay que ver la palabra, asirla como si la tuviéramos en la mano y observarla, sentir su profundidad, todo su contenido, sus consecuencias, ver el hecho de que estamos apegados a algo –el hecho, no la palabra–; ese sentimiento en sí no moldea el cerebro, no lo introduce en un patrón, pero si uno se aparta de él, esto es, cuando el pensamiento se aparta del hecho, ese mismo movimiento de apartarse, el movimiento de escape, no sólo es un factor de tiempo psicológico, sino que con él comienza la acción de moldear el cerebro dentro de un patrón determinado.

Para el budista, la palabra Buda, la sensación, la imagen, crean una gran reverencia, un gran sentimiento de devoción; él busca re-

fugio en la imagen que ha creado el pensamiento. Y como el pensamiento es limitado, porque todo conocimiento es siempre limitado, esa imagen mismo genera conflicto –el sentimiento de reverencia a una persona, o a un símbolo, o a cierta tradición largamente establecida– pero el *sentimiento* de reverencia en sí, divorciado de todas las imágenes externas, de los símbolos, etcétera, no es un factor que condicione el cerebro.

Sentado ahí, en la silla siguiente, estaba un cristiano transformado. Y cuando al otro lado de la mesa alguien mencionó a Cristo, uno pudo sentir inmediatamente la restrictiva y reverencial reserva. Esa palabra había condicionado el cerebro. Es algo muy extraordinario observar todo este fenómeno de comunicación con las palabras; cada raza da una significación y un sentido diferentes a la palabra «sufrimiento»; y así se crea una división, una limitación al sentimiento de que la humanidad sufre. El sufrimiento de la humanidad es común a todos, lo comparten todos los seres humanos. El ruso puede expresarlo de un modo, el hindú, el cristiano, etcétera, de un modo diferente, pero el hecho del sufrimiento, el sentimiento factual de dolor, de pena, de soledad, ese sentimiento en sí jamás moldea o condiciona el cerebro. De modo que uno se vuelve muy atento a las sutilezas de la palabra, a su significado, a su influencia.

La percepción universal, global de todos los seres humanos y de su mutua relación, sólo puede surgir cuando palabras tales como «nación», «tribu», «religión», etc., han desaparecido. O bien la palabra tiene profundidad, significación, o no las tiene en absoluto. Para la mayoría de nosotros las palabras tienen muy poca profundidad, han perdido su significación. Un río no es un río particular. Los ríos de América, de Inglaterra, de Europa o de la India, son todos ríos, pero en el momento en que hay identificación a través de la palabra, existe la división. Y esta división es una abstracción del río, de la calidad y profundidad de sus aguas, del volumen, del caudal y la belleza del río.

12, mayo, 1983*

Es el amanecer en estas latitudes del norte. Aquí el amanecer empieza muy temprano y dura mucho tiempo. Es una de las cosas más bellas de la tierra, el comienzo de un amanecer y el nacimiento del día.

Después de una noche tormentosa, con los árboles casi derribados, las hojas sacudidas y rotas las ramas secas, los prolongados vientos han limpiado y secado el aire. El amanecer había avanzado tímidamente sobre la tierra y tenía en esta mañana una cualidad extraordinaria, especialmente en esta mañana –probablemente debido a los vientos de ayer–. Pero este amanecer de este día particular, era algo más que los amaneceres de otros días. Había una quietud absoluta. Uno apenas si se atrevía a respirar por temor a perturbar alguna cosa. Las hojas estaban inmóviles, aun las más tiernas. Era como si toda la tierra estuviera conteniendo el aliento, probablemente en inmensa adoración. Y lentamente el sol tocó la cima de las montañas con reflejos anaranjados y amarillos, y había manchas de luz en otros cerros. Y todavía reinaba un gran silencio. Luego comenzaron los ruidos –el canto de los pájaros, el halcón de cola roja revoloteando en el cielo, y la paloma torcaza que iniciaba su canto matinal– pero el silencio del amanecer estaba en la mañana, en toda la tierra.

Si se desciende por el cerro, muy alto al otro lado del valle, pasando por naranjales y algunos prados verdes, por altos y esbeltos eucaliptos, se llega a un cerro en el que hay muchos edificios. Es un instituto de alguna cosa, y al otro lado del valle hay un largo campo de golf, bellamente cuidado; hemos jugado en él hace mucho tiempo. Uno ha olvidado el campo, las hoyas de arena, pero ahí está todo, muy cuidadosamente conservado. Se ven muchas personas jugando en el campo, llevando consigo pesadas bolsas. En los viejos tiempos uno tenía una bolsa de sólo seis pa-

* 88° cumpleaños de Krishnamurti.

los, pero ahora contienen como una docena. Este juego se está volviendo demasiado profesional, demasiado costoso.

Al pasar a otro cerro, uno encuentra también ahí instituciones, fundaciones, organizaciones de casi toda clase. Por todo el mundo hay docenas de instituciones, foros, grupos de orientación interna y externa. En todas partes a donde uno va en el llamado mundo libre, existen toda clase de instituciones, organizaciones, foros para hacer esto o aquello, para traer paz al hombre, para preservar los bosques, para salvar numerosos animales, etcétera. Confunde bastante y es ahora muy común, la existencia de grupos de esto y grupos de aquello, cada grupo con sus propios líderes, sus propios presidentes y secretarios, el hombre que los fundó y los otros que lo siguieron. Es una cosa muy extraordinaria la existencia de todas estas pequeñas organizaciones e instituciones. Y lentamente comienzan a deteriorarse; tal vez esto sea inherente a todas las instituciones, incluyendo las instituciones que ayudan al hombre externamente, como las instituciones para un mayor conocimiento. Probablemente sean necesarias, pero uno más bien se sorprende de que también existan estos diversos grupos para la dirección interna que practican diferentes clases de meditación. Son bastante curiosas esas dos palabras «dirección interna» –¿quién es el director y qué es la dirección? ¿Es el director diferente de la dirección? Al parecer, jamás nos formulamos esta clase de preguntas fundamentales.

Hay organizaciones para ayudar al hombre en el mundo físico, y están controladas por hombres que en sí mismos tienen sus problemas y sus ambiciones y sus logros personales, hombres que cultivan el éxito; pero eso parece ser casi inevitable, y esa clase de cosas ha estado ocurriendo por miles y miles de años. Pero, ¿hay instituciones para estudiar verdaderamente al hombre o para traer verdadera paz al hombre? ¿Ayudan realmente al hombre los diversos sistemas basados en alguna conclusión? Aparentemente, todos los organizadores del mundo sienten lo que hacen, pero, ¿han ayudado verdaderamente al hombre a librarse de su dolor, de su angustia, de su ansiedad y de todo el tor-

mento de la existencia? ¿Puede un agente externo, por exaltado que sea, por bien afirmado que se encuentre en alguna ideacional tradición mística, puede en modo alguno cambiar al hombre?

¿Qué es lo que producirá fundamentalmente un cambio radical en la brutalidad del hombre, y terminará con las guerras por las que ha pasado y con el constante conflicto en que vive? ¿Le ayudará el conocimiento? El hombre ha evolucionado a través del conocimiento –si es que gustamos de usar esa palabra «evolución»–. Desde la antigüedad ha reunido grandes cantidades de información, de conocimientos acerca del mundo que lo rodea y del mundo de arriba; de la carreta de bueyes al jet, del jet al viaje a la luna, etcétera. En todo esto hay un avance tremendo. Pero este conocimiento, ¿ha terminado de algún modo con el egoísmo del hombre, con su agresiva y competidora imprudencia? El conocimiento, después de todo, es para tomar conciencia y para saber acerca de todas las cosas del mundo –cómo fue creado el mundo, las realizaciones del hombre desde el principio hasta nuestros días–. Todos, algunos más, algunos menos, estamos bien informados, pero internamente somos muy primitivos, casi bárbaros, por muy cultivados que podamos estar exteriormente, por bien informados que estemos acerca de muchas, muchas cosas, por capaces que seamos de argumentar, de convencer, de llegar a ciertas decisiones y conclusiones. En lo externo, esto puede proseguir perpetuamente. Hay docenas y docenas de especialistas de toda clase, pero uno se pregunta seriamente: ¿Puede cualquier clase de agente externo ayudar al hombre a terminar con su aflicción, con su completa soledad, su confusión, su ansiedad, etcétera? ¿O debe el hombre vivir siempre con eso, soportarlo, acostumbrarse a ello y decir que eso forma parte de la vida? En todo el mundo, la inmensa mayoría de la humanidad tolera eso, lo acepta. O tiene instituciones para rezarle a algo externo –rezar por la paz, realizar manifestaciones por la paz–. Pero no hay paz en el corazón del hombre.

¿Qué cambiará al hombre? Ha sufrido interminablemente, atrapado en la red del temor, persiguiendo siempre el placer. Éste

ha sido el curso de su vida, y nada parece cambiarlo. Y uno se pregunta: en lugar de mostrarse cínico con respecto a todo, o de amargarse o de enojarse –«así son las cosas, la vida *es* así»– ¿cómo puede el hombre cambiar todo eso? Ciertamente, no por medio de un agente externo. El hombre ha de enfrentarse a eso, no eludirlo, y examinarlo sin pedir ninguna ayuda externa; él es el maestro de sí mismo. Él ha hecho esta sociedad; él es el responsable de ella, y esta misma responsabilidad exige que produzca un cambio en sí mismo. Pero son muy pocos los que prestan atención a todo esto. Para la inmensa masa de personas, el modo en que piensan es por completo indiferente, irresponsable; buscan realizarse en sus propias vidas egoístas, sublimando a veces sus deseos, pero siguen siendo egoístas.

Considerar todo esto no implica ser pesimista o tratar de ser optimista. Uno tiene que considerarlo. Y cada uno de nosotros es el único que puede cambiarse a sí mismo y a la sociedad en que vive. Ése es un hecho, y no podemos escapar de él. Si escapamos de él, entonces jamás tendremos paz en esta tierra, jamás habrá un sentido de felicidad duradera, un sentido de bienaventuranza.

El amanecer ha llegado a su fin y se ha iniciado un nuevo día. Es realmente un día nuevo, una nueva mañana. Y cuando uno mira alrededor, se maravilla de la belleza de la tierra, de los árboles, de la riqueza que hay en todo ello. Es realmente un nuevo día, y el prodigio que ello implica existe, está ahí.

BROCKWOOD PARK, HAMPSHIRE*

30, mayo, 1983

Ha estado lloviendo aquí todos los días por más de un mes. Cuando uno viene de un clima como el de California, donde las lluvias cesaron hace más de un mes, donde los campos verdes están secándose y volviéndose pardos bajo un sol muy ardiente –hacía más de 90° F y el calor sería aún mayor, aunque dicen que éste va a ser un verano benigno–, cuando uno viene de ese clima, se sorprende y asombra de ver la hierba verde, los maravillosos árboles verdes y las hayas cobrizas, que de un color castaño difuso y claro, se vuelven gradualmente más y más oscuras. Es un deleite verlas en medio de los árboles verdes. A medida que avance el verano, van a oscurecerse mucho más. Y esta tierra es muy bella. La tierra es siempre bella, ya sea un desierto o esté llena de huertos y praderas verdes, resplandecientes.

Salir a dar un paseo por los campos con el ganado y los jóvenes corderos, y pasear por los bosques con el canto de los pájaros, sin un solo pensamiento en la mente... Sólo observar la tierra, los árboles, las ovejas, y escuchar el llamado del cuclillo y el canto de las palomas torcazas; pasear sin emoción alguna, sin ningún sentimiento, observar los árboles y toda la tierra... Cuan-

* Desde el 14 al 22 de mayo, hubo en Ojai una reunión durante la cual Krishnamurti ofreció cuatro pláticas y sostuvo sesiones de preguntas y respuestas. El 27 de mayo voló a Inglaterra y se alojó en su escuela de Brockwood Park.

do uno observa así, aprende acerca del propio pensar, está atento a las propias reacciones y no permite que escape un solo pensamiento sin haber comprendido cómo surgió, cuál fue su causa. Si no está alerta, sin dejar pasar jamás un pensamiento, entonces el cerebro se queda muy quieto. Entonces uno observa en gran silencio, y ese silencio tiene una profundidad inmensa, una perdurable e incorruptible belleza.

El muchacho era diestro en los juegos, realmente muy bueno. También era bueno en sus estudios; era serio. Vino, pues, a ver a su maestro y le dijo: «Señor, ¿podría conversar con usted?». El educador contestó: «Sí, podemos conversar; salgamos a dar un paseo». De modo que sostuvieron un diálogo. Fue una conversación en la que había cierto respeto por ambas partes, y como el educador también era serio, la conversación fue agradable, amistosa, ya que ambos habían olvidado que eran un maestro con un estudiante; olvidaron el rango, la importancia de uno que sabe, la autoridad, frente al otro que tiene curiosidad por saber.

«Señor, me pregunto si usted sabe acerca de todo esto, por qué estoy adquiriendo una educación, cuál es mi papel en este mundo, por qué tengo que estudiar, por qué debo casarme y cuál será mi futuro. Desde luego, me doy cuenta de que tengo que estudiar y aprobar alguna clase de exámenes, y espero ser capaz de aprobarlos. Viviré probablemente una cantidad de años, tal vez cincuenta, sesenta o más, y en todos esos años futuros, ¿cuál será mi vida y la vida de quienes me rodean? ¿Qué voy a ser, y cuál es el sentido de estas largas horas que paso sobre los libros y escuchando a los maestros? Podría haber una guerra devastadora en la que todos podríamos morir. Si la muerte es todo lo que hay por delante, ¿cuál es, entonces, el sentido de toda esta educación? Por favor, formulo estas preguntas muy seriamente, porque he escuchado a los otros maestros y también a usted señalar muchas de estas cosas.»

«Me gustaría tomar una pregunta a la vez. Usted ha formulado muchas preguntas, me ha planteado diversos problemas, de modo que primero consideremos la pregunta más importante. ¿Cuál es el futuro de la humanidad y de usted mismo? Como sabe, sus padres están muy bien acomodados y quieren ayudarle de todas las maneras posibles. Si usted se casara, ellos tal vez podrían regalarle una casa, comprarle una casa con todas las cosas que se necesitan en ella, y usted podría tener una esposa atractiva –podría–. ¿Qué es, entonces, lo que usted va a ser? ¿La habitual persona mediocre? ¿Conseguirá un empleo, echará raíces con todos los problemas que hay alrededor y dentro de usted –es ése su futuro? Por supuesto que puede venir una guerra, pero podría no ocurrir –esperemos que no ocurra–. Esperemos que el hombre pueda llegar a comprender que las guerras, de cualquier clase que sean, jamás resolverán ningún problema humano. Los hombres podrán progresar, podrán inventar aviones mejores, etcétera, pero las guerras jamás han resuelto los problemas humanos ni los resolverán jamás. Olvidemos, pues, por el momento, que todos nosotros podríamos ser destruidos a causa de la locura de los super-poderes, de la locura de los terroristas, o la de algún demagogo de algún país que desea destruir a sus enemigos inventados. Olvidemos todo eso por el momento. Consideremos cuál es su futuro, sabiendo que forma usted parte del mundo. ¿Cuál es su futuro? Como se lo pregunté: ¿consiste su futuro en ser una persona mediocre? La mediocridad implica escalar a medio camino la colina, a medio camino cualquier cosa, sin alcanzar jamás la cima misma de la montaña, sin exigirse jamás la totalidad de la energía, de la capacidad, de la excelencia.

»Desde luego, debe usted comprender también que existirán todas las presiones externas –presiones para que haga esto o aquello, todas las diversas presiones y la propaganda de las estrechas y sectarias religiones–. La propaganda jamás puede revelar la verdad; la verdad jamás puede ser propagada. Espero, pues, que advierta la presión que se ejerce sobre usted –la presión de sus padres, de su sociedad, de la tradición de ser un científico, un

filósofo, un físico, un hombre que emprende la investigación en cualquier campo; o de ser un hombre de negocios–. Comprendiendo todo esto, cosa que usted debe hacer a su edad, ¿qué camino va a seguir? Hemos estado hablando, desde muchos puntos de vista, de todas estas cosas, y probablemente –si puede uno señalarlo– usted ha prestado atención a todo esto. De modo que, como por algún tiempo hemos de recorrer juntos la colina y regresar, le pregunto, no como maestro sino con afecto, como un amigo que se interesa genuinamente en usted: ¿Cuál es su futuro? Aun si ha decidido ya aprobar algunos exámenes y tener una carrera, una buena profesión, igualmente tiene que preguntarse: ¿Eso es todo? Aun cuando tenga realmente una buena profesión, y quizás una vida bastante placentera, tendrá muchísimos contratiempos y problemas. Si forma una familia, ¿cuál será el futuro de sus hijos? Ésta es una pregunta que usted mismo tiene que contestarse, y tal vez podamos conversar al respecto. Tiene usted que considerar el futuro de sus hijos, no sólo su propio futuro, y tiene que considerar el futuro de la humanidad, olvidando que es usted alemán, francés, inglés o indio. Discutámoslo, pero, por favor, dése cuenta de que yo no le estoy diciendo lo que debe hacer. Solamente los tontos aconsejan, de modo que no entro en esa categoría; sólo estoy formulándole preguntas de manera amistosa, lo cual espero que comprenda; no estoy presionándolo, dirigiéndolo o persuadiéndolo. ¿Cuál es su futuro? ¿Madurará usted rápidamente o lentamente, lo hará con gracia, con sensibilidad? ¿Será usted un mediocre, aun cuando pueda ser de primera clase en su profesión? Podrá sobresalir, podrá ser muy, muy bueno en cualquier cosa que haga, pero yo estoy hablando de la mediocridad de mente y corazón, mediocridad de todo el ser.»

«Señor, realmente no sé cómo responder a estas preguntas. No he reflexionado lo suficiente al respecto, pero cuando usted formula esta pregunta –si he de volverme igual al resto del mundo, mediocre– ciertamente no quiero ser así. También me doy cuenta de la atracción que ejerce el mundo. Y veo la parte que en

mí desea todo eso. Quiero tener alguna diversión, pasar algunos ratos agradables, pero la otra parte de mí ve también el peligro de todo eso, las dificultades, los impulsos, las tentaciones. Por lo tanto, no sé dónde voy a terminar. Y también, tal como usted lo ha señalado en diversas oportunidades, no conozco por mí mismo lo que soy. Una cosa está clara: realmente no quiero ser una persona mediocre con una mente y un corazón pequeños, aunque pueda tener un cerebro extraordinariamente ingenioso. Puedo estudiar en libros y adquirir una gran cantidad de conocimientos, pero puedo seguir siendo una persona muy limitada y estrecha. Señor, "mediocridad" es una palabra muy buena que usted ha usado, y cuando lo considero siento que me asusto –no de la palabra, sino de todas las implicaciones que tiene lo que usted ha expuesto–. Yo realmente no sé qué responder, y tal vez discutiéndolo con usted las cosas puedan aclararse. No puedo hablar tan fácilmente con mis padres. Ellos probablemente han tenido los mismos problemas que yo tengo; pueden ser más maduros físicamente, pero tal vez estén en la misma situación que yo. ¿Puedo, pues, preguntarle, señor, si está dispuesto a que venga a verle en otra ocasión para conversar con usted? Realmente, me siento bastante asustado, nervioso y aprensivo con respecto a mi capacidad de afrontar todo esto, de pasar por ello sin volverme una persona mediocre.»

Era una de esas mañanas que nunca ha sido antes: el prado cercano, las hayas inmóviles y el sendero que penetra en lo más profundo del bosque, todo era silencio. No se escuchaba un solo gorjeo de pájaros, y las casas próximas permanecían inactivas. Una mañana como ésta, fresca, suave, es una cosa rara. Hay paz en esta parte de la tierra, y todo estaba muy tranquilo. Existía ese sentimiento, esa sensación de absoluto silencio. No era sentimentalismo romántico ni imaginación poética. Era sencillamente así. Las hayas cobrizas lucían esta mañana plenas de esplendor contra los campos verdes que se extendían en la distancia, y una nube saturada de esa luz matinal flotaba perezosamente en el cie-

lo. El sol estaba asomando, había una gran paz y un sentido de adoración. No la adoración de algún dios o de alguna deidad imaginaria, sino ese sentido de reverencia que nace de la inmensa belleza. Esta mañana uno podía desprenderse de todas las cosas que ha reunido, y estar en silencio con los bosques y los árboles y el prado. El cielo era de un azul pálido y suave, y muy lejos, al otro lado de los campos, se escuchaba el llamado de un cuclillo; las palomas en el bosque se arrullaban y los mirlos iniciaban su canto matinal. En la distancia podía oírse el paso de un automóvil. Cuando los cielos están tan quietos y hay tanta belleza, es probable que más tarde llueva. Siempre sucede así cuando la mañana amanece muy clara. Pero en esta mañana todo era muy especial, algo que nunca ha sido antes y nunca podrá volver a ser.

«Me alegra que haya usted venido espontáneamente, sin ser invitado, y si está dispuesto tal vez podamos continuar con nuestra conversación acerca de la mediocridad y de su vida futura. Podemos ser excelentes en nuestra profesión; no estamos afirmando que hay mediocridad en todas las profesiones; un buen carpintero puede no ser mediocre en su trabajo, pero en su cotidiana vida interna, en la vida con su familia, puede serlo. Ambos entendemos ahora el significado de esa palabra y debemos investigar juntos su profundidad. Hablamos de la mediocridad interna, de los conflictos, problemas y afanes psicológicos. Puede haber grandes científicos que, no obstante, viven internamente una vida mediocre. ¿Qué va a ser, pues, de su vida? En ciertos aspectos es usted un estudiante capaz, pero, ¿para qué usará su cerebro? No hablamos de su profesión, eso vendrá más tarde; lo que debe interesarnos es el modo en que va usted a vivir. Desde luego que no va a ser un criminal en el sentido corriente de esa palabra. Si es sensato, no será un pendenciero, son demasiado agresivos. Probablemente obtendrá un buen empleo y hará un trabajo excelente en cualquier cosa que decida hacer. Dejemos, pues, de lado todo eso por el momento; pero internamente, ¿cuál es su vida? ¿Cuál es, internamente, su futuro? ¿Va a ser como el resto del

mundo, siempre a la caza del placer, siempre perturbado por docenas de problemas psicológicos?»

«Actualmente, señor, no tengo problemas, excepto los problemas de aprobar los exámenes y la fatiga que implica todo eso. En otro respecto, no parece que tenga problemas. Hay cierta libertad. Me siento joven, dichoso. Cuando veo todas esas personas de edad, me pregunto si es que voy a terminar así. Parecen haber tenido buenas profesiones o haber hecho algo que deseaban hacer, pero a pesar de eso se vuelven tristes, apagadas, y no parecen haber sobresalido jamás en las profundas cualidades del cerebro. Ciertamente, no quiero ser como ellas. No es vanidad, pero deseo tener algo diferente. No se trata de una ambición. Quiero tener una buena profesión, y todas esas cosas, pero es indudable que no deseo ser como esas personas mayores que parecen haber perdido todo lo que les gustaba.»

«Usted no puede querer ser como ellas, pero la vida es una cosa muy exigente y cruel. No lo dejará en paz. Usted soportará una gran presión de la sociedad, ya sea que viva aquí o en América o en cualquier otra parte del mundo. Se le incitará constantemente a volverse igual que los demás, a volverse medio hipócrita, a decir cosas que no tiene la intención de decir, y si llegara a casarse, eso también puede suscitar problemas. Usted tiene que comprender que la vida es un asunto muy complejo –no consiste en perseguir aquello que desea hacer y obstinarse en eso–. Estos jóvenes desean llegar a ser algo en la vida –abogados, ingenieros, políticos, etcétera–; está el instinto, el impulso de la ambición de poder, de dinero. Esas personas viejas de las que usted habla han pasado por todo esto. Están desgastadas por el constante conflicto, por sus deseos. Mírelas, observe la gente que le rodea. Están todos en la misma barca. Algunos abandonan la barca y vagan incesantemente hasta morir. Algunos buscan un rincón apacible de la tierra y se retiran; otros se unen a un monasterio, se convierten en alguno de los distintos tipos de monjes y toman votos extre-

mos. La inmensa mayoría, millones y millones, llevan una vida muy trivial, su horizonte es muy limitado. Tienen sus sufrimientos, sus alegrías, y jamás parecen salirse de eso o comprenderlo e ir más allá. De modo que nuevamente nos preguntamos el uno al otro: ¿Cuál es nuestro futuro? Y específicamente: ¿Cuál es su futuro? Desde luego que es usted demasiado joven para investigar esta cuestión muy profundamente, porque la juventud no tiene nada que ver con la total comprensión de este problema. Puede que sea usted un agnóstico; los jóvenes no creen en nada, pero a medida que van envejeciendo se vuelven hacia alguna forma de superstición religiosa, convicción religiosa o dogma religioso. La religión no es un narcótico, pero el hombre ha hecho la religión a su propia imagen, obcecado por la búsqueda de consuelo y, por tanto, de seguridad. Ha convertido la religión en algo totalmente falto de inteligencia e irrealizable, no en algo con lo que uno pueda vivir. ¿Qué edad tiene usted?»

«Voy a cumplir diecinueve años, señor. Mi abuela me ha dejado algo para cuando cumpla los veintiuno, y tal vez antes ingrese en la universidad y pueda viajar y ver algunas cosas. Pero dondequiera que esté y cualquiera que sea mi futuro, siempre llevaré conmigo este interrogante. Tal vez me case, probablemente lo haga, y tenga hijos, y entonces surgirá la gran pregunta: ¿Cuál es el futuro de ellos? De algún modo me doy cuenta de lo que los políticos están haciendo en todo el mundo. Por lo que a mí me toca, es un feo asunto; en consecuencia, creo que no seré un político. De eso estoy muy seguro, pero deseo tener una buena situación. Me gustaría trabajar con mis manos y mi cerebro, pero el problema será cómo no convertirme en una persona mediocre como son el noventa por ciento en el mundo. Por lo tanto, señor, ¿que he de hacer? Oh, sí, sé de las iglesias, de los templos y todo eso; no me atraen. Más bien me revelo contra todo eso –los sacerdotes y la jerarquía de la autoridad, pero, ¿cómo voy a evitar convertirme yo mismo en una persona común, ordinaria y mediocre?»

«Si es que puedo sugerirlo, jamás, bajo ninguna circunstancia pregunte "cómo". Cuando usa la palabra "cómo", lo que desea realmente es que alguien le diga qué debe hacer, quiere alguna guía, algún sistema, alguien que lo lleve de la mano; y así pierde usted su libertad, su capacidad de observar sus propias actividades, sus propios pensamientos, su propio estilo de vida. Cuando pregunta "cómo", se convierte de hecho en un ser de segunda mano; pierde su integridad y también la innata honestidad para observarse a sí mismo, para ser lo que es e ir más allá de lo que es. Nunca, nunca pregunte "cómo". Estamos hablando psicológicamente, desde luego. Uno tiene que preguntar "cómo" cuando quiere armar un motor o construir una computadora; tiene que aprender algo de otra persona. Pero uno sólo puede ser psicológicamente libre y original si está atento a sus propias actividades internas, si vigila lo que está pensando y no permite jamás que un solo pensamiento se escape sin haber observado la naturaleza, el origen de ese pensamiento. Observar, vigilar. Uno aprende mucho más de sí mismo mediante la atenta observación que a través de los libros, o de algún psicólogo, o de algún hombre de letras o profesor erudito, ingenioso y complicado.

»Su vida va a ser muy difícil, mi amigo, y podrá desgarrarlo en numerosas direcciones. Hay una gran cantidad de lo que llaman tentaciones –biológicas, sociales– y usted puede ser destrozado por esta cruel sociedad. Por supuesto, tendrá que permanecer solo, pero eso puede ocurrir únicamente sin esfuerzo, sin determinación ni deseo, sino cuando comience a ver las cosas falsas que hay alrededor y dentro de usted: las emociones, las esperanzas. Cuando uno empieza a reconocer lo que es falso, entonces ése es el comienzo de la percepción alerta, de la inteligencia. Tiene usted que ser una luz para sí mismo, y ésta es una de las cosas más difíciles que hay en la vida.»

«Señor, ha hecho usted que todo esto parezca muy difícil, muy complejo, muy pavoroso, alarmante.»

«Sólo estoy señalándole todo esto. Eso no quiere decir que los hechos tengan necesariamente que atemorizarlo. Los hechos están ahí para ser observados. Si usted los observa, ellos jamás lo asustarán. Los hechos no son alarmantes. Pero si uno quiere eludirlos, volverles la espalda y correr, entonces eso sí es alarmante. Permanecer ahí, ver lo que uno ha hecho puede no haber sido totalmente correcto, vivir con el hecho sin interpretarlo conforme al propio placer o a la propia forma de reaccionar, eso no es alarmante. La vida no es muy simple. Uno puede vivir sencillamente, pero la vida misma es vasta, compleja. Se extiende de horizonte a horizonte. Usted podrá vivir con pocas ropas o con una comida al día, pero eso no es sencillez. Sea, pues, sencillo, no viva de un modo complicado, contradictorio, etcétera, sólo sea sencillo internamente... Usted jugó al tenis esta mañana. Estuve observándolo y parecía ser muy bueno en eso. Tal vez volvamos a encontrarnos. De usted depende.»

«Gracias, señor.»

OJAI, CALIFORNIA*

27, marzo, 1984

En ese viaje desde el aeropuerto a través de la vulgaridad de las grandes poblaciones que se extendían por muchas, muchas millas, con luces deslumbrantes y muchísimo ruido, al tomar después la autopista y pasar por un corto túnel, súbitamente dimos con el Pacífico. Era un día claro sin un solo soplo de viento, pero como era muy temprano en la mañana, había una gran pureza antes de que la contaminación del gas monóxido llenara el aire. El mar se veía muy tranquilo, casi como un inmenso lago. El sol acababa de asomar sobre el cerro, y las aguas profundas del Pacífico tenían el color del Nilo, pero en los bordes eran de un azul claro y lamían suavemente las orillas. Había muchos pájaros, y en la distancia uno alcanzó a divisar una ballena.

Siguiendo la carretera de la costa había muy pocos automóviles esa mañana, pero sí se veían casas en todas partes; probablemente vivía gente muy rica ahí. Y cuando uno llegaba al Pacífico, estaban los agradables cerros a la izquierda. En medio de estos cerros, bien en lo alto, había casas, y la carretera que seguía

* El 6 de junio de 1983, Dorothy Simmons, la directora de la Escuela de Brockwood Park, sufrió un ataque cardíaco. Después de eso Krishnamurti estuvo demasiado ocupado en los asuntos de la escuela como para seguir con más dictados. El 1º de julio viajó a Saanen, Suiza, para la reunión internacional de todos los años. El 15 de agosto regresó a Brockwood para una reunión que debía realizarse ahí, y el 22 de octubre voló a Delhi. No regresó a Ojai hasta el 22 de febrero de 1984. Desafortunadamente, sólo dictó tres días más.

el mar, serpenteaba entrando y saliendo; y nuevamente nos encontramos con otra ciudad, pero afortunadamente la carretera no la atravesaba.

Había ahí un centro naval con sus modernos medios de matar a la humanidad. Pasamos de largo y doblamos hacia la derecha, dejando el mar atrás; y después de los pozos de petróleo, alejándonos aún más del mar, atravesamos por naranjales, pasamos un campo de golf hasta llegar a un pequeño poblado donde otra vez la carretera serpenteaba atravesando huertos de naranjos, con el aire impregnado del perfume de azahar. Y todas las hojas de los árboles se veían relucientes. Parecía haber una gran paz en este valle, tan quieto, tan alejado de todas las multitudes, de los ruidos y la vulgaridad. Este país es hermoso tan vasto –con sus desiertos, con las montañas coronadas de nieve, los poblados, las grandes ciudades y los ríos más grandes aún–. La tierra es maravillosamente bella, vasta, global.

Y llegamos a esta casa que era aún más tranquila y bella, relucientemente construida y con la limpieza que no tienen las casas en las ciudades. Había muchísimas flores, rosas y otras. Un lugar para estar tranquilo, no precisamente para vegetar, sino para estar realmente, profundamente tranquilo en lo interno. El silencio es una gran bendición, purifica el cerebro, le da vitalidad, y este silencio desarrolla una gran energía, no la energía del pensamiento o la energía de las máquinas, sino una energía incontaminada que no ha sido tocada por el pensamiento. Es la energía que posee una capacidad y destreza incalculables. Y éste es un lugar donde el cerebro, hallándose muy activo, puede estar en silencio. Esa misma actividad intensa del cerebro, tiene la cualidad y profundidad y belleza del silencio.

Aunque uno ha repetido esto a menudo, la educación es el cultivo de la totalidad del cerebro, no de una parte de él; es el cultivo holístico del ser humano. Una escuela de estudios secundarios debería enseñar tanto ciencia como religión. La ciencia significa realmente el cultivo del conocimiento. La ciencia es la que

ha originado el presente estado de tensión en el mundo, porque mediante el conocimiento ha producido los instrumentos más destructivos que el hombre haya inventado jamás. Pueden borrar de un soplo ciudades enteras, millones de seres humanos pueden ser destruidos, vaporizados en un segundo. Y la ciencia nos ha dado también muchísimas cosas útiles –en comunicación, medicina, cirugía, e innumerables cosas menores para la comodidad del hombre, para un modo más fácil de vida en el cual los seres humanos no tengan necesidad de luchar incesantemente para adquirir su alimento, etc.–. Y nos ha dado la deidad moderna, la computadora. Uno puede enumerar las muchas, muchas cosas que la ciencia ha producido para ayudar al hombre y también para destruir al hombre, para destruir completamente el mundo de la humanidad y la inmensa belleza del mundo natural. Los gobiernos están utilizando a los científicos, y los científicos gustan de ser utilizados por los gobiernos, porque esto les permite gozar de una posición, tener dinero, reconocimiento y todas esas cosas. Los seres humanos también acuden a la ciencia para que traiga paz al mundo, pero la ciencia ha fracasado, tal como la política ha fracasado en dar a los hombres seguridad total, paz para vivir y para cultivar no sólo los campos, sino el cerebro, el corazón, al estilo de vida, lo cual constituye el arte supremo.

Y las religiones –las superficiales y tradicionales religiones aceptadas, los credos y los dogmas– han causado un gran perjuicio al mundo. Históricamente, han sido las responsables de las guerras al dividir al hombre contra el hombre –todo un continente con muy fuertes creencias, dogmas y rituales, contra otro continente que no cree en las mismas cosas, que no tiene los mismos símbolos, los mismos rituales–. Esto no es religión, es sólo una tradición que se repite con sus interminables ritos que han perdido toda significación, excepto la de brindar cierta clase de estímulo; todo eso se ha convertido en un gran entretenimiento. La religión es algo por completo diferente. A menudo hemos hablado de la religión. La esencia de la religión es la libertad –no libertad de hacer lo que a uno le plazca, eso es demasiado infantil,

inmaduro y contradictorio; genera gran conflicto, desdicha y confusión–. La libertad, como la religión, es algo por completo diferente. Significa ausencia de conflicto interno, psicológico. Y con la libertad, el cerebro se vuelve holístico, no está fragmentado en sí mismo. La libertad implica también amor, compasión; y no hay libertad si no hay inteligencia. La inteligencia es inherente a la compasión y al amor. Uno puede ahondar en esto infinitamente, no de manera verbal o intelectual, sino viviendo internamente esa índole de vida.

Y en una escuela secundaria común o de más alta graduación, la ciencia es conocimiento. El conocimiento puede expandirse sin cesar, pero el conocimiento es siempre limitado porque se basa en la experiencia, y esa experiencia puede ser un resultado teórico, hipotético. El conocimiento es necesario, pero en tanto la ciencia sea la actividad de un grupo separado, o de una nación separada –lo cual es una actividad tribal– ese conocimiento sólo puede generar más conflicto, un desastre mayor en el mundo, cosa que está ocurriendo actualmente. La ciencia con su conocimiento no es para destruir a los seres humanos, porque los científicos, después de todo, son en primer lugar seres humanos, no sólo especialistas; son ambiciosos, codiciosos, buscan su propia seguridad personal como todos los demás seres humanos en el mundo. Los científicos son como cualquiera de nosotros. Pero su especialización, al mismo tiempo que produce ciertos beneficios, causa una gran destrucción. Lo han demostrado las dos últimas grandes guerras. La humanidad parece hallarse en un perpetuo movimiento de destruirse y volver a construirse de nuevo –destrucción y construcción; destruir a seres humanos y dar origen a una población mayor–. Pero si todos los científicos del mundo abandonaran sus herramientas y dijeran: «No contribuiremos a la guerra, a la destrucción de la humanidad», entonces podrían volver su atención, su destreza, su compromiso, a producir una relación mejor entre la naturaleza, el medio y los seres humanos.

Si hubiera cierta paz entre unos pocos, entonces esos pocos –no necesariamente la élite– emplearían toda su habilidad para

dar origen a un mundo diferente. Entonces la religión y la ciencia podrían marchar juntas.

La religión es una forma de ciencia. O sea, conocer e ir más allá de todo conocimiento, comprender la naturaleza e inmensidad del universo, no a través de un telescopio, sino de la inmensidad de la mente y el corazón. Y esta inmensidad no tiene absolutamente nada que ver con ninguna religión organizada. ¡Con cuánta facilidad se convierte el hombre en un instrumento de sus propias creencias, de su propio fanatismo, comprometido con alguna clase de dogma que carece de realidad! Ningún templo, iglesia o mezquita contiene la verdad. Son tal vez símbolos, pero los símbolos no son lo real. Al adorar un símbolo, uno pierde contacto con lo real, con la verdad. Pero por desgracia, al símbolo se le ha dado una importancia mucho mayor que a la verdad. Uno le rinde culto al símbolo. Todas las religiones se basan en ciertas conclusiones y creencias, y todas las creencias son divisivas, tanto las creencias políticas como las religiosas.

Donde hay división tiene que haber conflicto. Y una escuela secundaria superior no es lugar para el conflicto. Es un lugar para aprender el arte de vivir. Este arte es el más grande de todos, sobrepasa a todas las demás artes porque afecta la totalidad del ser humano, no sólo una parte de él por grata que ésta pueda ser. Y en una escuela de esta clase, si el educador se compromete con esto, no como un ideal sino como una realidad en la vida cotidiana –compromiso, vale la pena repetirlo, no con algún ideal, alguna utopía, alguna noble conclusión– entonces puede realmente tratar de descubrir, en el cerebro humano, un modo de vivir que no esté atrapado en problemas, luchas, conflictos y sufrimientos. El amor no es un movimiento de pesar, angustia y soledad; es intemporal. Y el educador, si se atuviera a esto, podría introducir gradualmente en la adquisición de conocimientos de los estudiantes, este verdadero espíritu religioso que está mucho más allá de todos los conocimientos, que es quizá la terminación misma del conocimiento –no quizás– *es* la terminación del conocimiento. Porque es preciso estar libres del conocimiento para comprender

aquello que es eterno, intemporal. El conocimiento pertenece al tiempo, y la religión está libre de la esclavitud del tiempo.

Parece muy urgente e importante que demos origen a una generación nueva; incluso media docena de personas así en el mundo harían una diferencia inmensa. Pero el educador necesita educación. La de educador es la más grande vocación del mundo.

28, marzo, 1984

El Pacífico no parece tener grandes mareas, al menos, no este lado del Pacífico a lo largo de la costa de California. Es una marea muy pequeña que viene y va, no como esas inmensas mareas que se alejan centenares de yardas y luego regresan impetuosamente. Hay un sonido totalmente distinto cuando la marea sale, cuando el flujo de las aguas se retira, que cuando regresa con un cierto sentido de furia –una cualidad de sonido por completo diferente del sonido del viento entre las hojas.

Todo parece tener su sonido. Ese árbol en el campo posee en su solitud ese peculiar sonido de hallarse separado de todos los otros árboles. Las grandes sequoias tienen su propio perdurable y profundo sonido antiguo. El silencio posee su sonido peculiar. Y, por supuesto, el inacabable parloteo diario de los seres humanos acerca de sus negocios, de su política, de sus progresos tecnológicos, etc., tiene también su sonido propio. Un libro verdaderamente bueno posee sus peculiares vibraciones de sonido. Y también el inmenso vacío tiene su propio latido sonoro.

El flujo y reflujo de la marea es como la acción y reacción humanas. Nuestras acciones y reacciones son muy rápidas. No existe una pausa antes de que la reacción se produzca. Se nos formula una pregunta e inmediatamente, instantáneamente, tratamos de buscar una respuesta, la solución a un problema. No hay una pausa entre la pregunta y la respuesta. Después de todo, nosotros somos el flujo y reflujo de la vida –de la externa y de la interna–. Tratamos de establecer una relación con lo externo

pensando que lo interno es algo separado, algo que está desconectado de lo externo. Pero el movimiento de lo externo es, indudablemente, el fluir de lo interno. Ambos son la misma cosa, como las aguas del mar, con este constante, incansable movimiento de lo externo y lo interno, la respuesta al reto. Ésta es nuestra vida. Cuando primero creamos lo externo a partir de lo interno, después lo interno se vuelve un esclavo de lo externo. La sociedad que hemos creado es lo externo, y después lo interno se convierte en esclavo de la sociedad. Y la rebelión contra lo externo es lo mismo que la rebelión de lo interno. Este constante flujo y reflujo, este movimiento incesante, ansioso, temeroso, ¿puede detenerse alguna vez? Por supuesto, el flujo y reflujo de las aguas del mar está enteramente libre de este ir y venir de lo externo y lo interno –lo interno convirtiéndose en lo externo, y luego lo externo tratando de controlar lo interno porque lo externo ha adquirido suma importancia; entonces lo interno reacciona a esa importancia–. Éste ha sido nuestro estilo de vida, una vida de constante dolor y placer.

Parece que jamás aprendemos acerca de este movimiento, de que es un solo movimiento. Lo externo y lo interno no son dos movimientos separados. Las aguas del mar se retiran de la playa, luego las mismas aguas regresan azotando las playas, los riscos. Debido a que hemos separado lo externo y lo interno, comienza la contradicción, la contradicción que engendra conflicto y dolor. Esta división entre lo externo y lo interno es completamente irreal, ilusoria, pero nosotros mantenemos lo externo totalmente separado de lo interno. Es probable que ésta sea una de las causas principales del conflicto y, no obstante, jamás parecemos aprender –aprender, no memorizar; aprender, que es todo el tiempo una forma de movimiento– aprender a vivir sin esta contradicción. Lo externo y lo interno son una sola cosa, un movimiento unitario, no separado sino total, completo. Uno tal vez pueda comprender esto intelectualmente, aceptarlo como una enunciación teórica o un concepto intelectual, pero cuando uno vive a base de conceptos, no aprende jamás. Los conceptos se vuelven estáti-

cos. Uno puede cambiarlos, pero la transformación misma de un concepto en otro, sigue siendo estática, fija. En cambio, aprender es sentir, tener la sensibilidad de ver que la vida no es un movimiento de dos actividades separadas –la externa y la interna– ver que es una sola actividad, comprender que la relación recíproca es este movimiento, este flujo y reflujo del dolor y el placer, de la alegría y la depresión, de la soledad y el escape; aprender es percibir no verbalmente que esta vida es una totalidad no fragmentada, no dividida. Aprender al respecto no es una cuestión de tiempo, no es un proceso gradual, porque entonces el tiempo otra vez se vuelve un factor de división. El tiempo actúa en la fragmentación de lo total. Pero si uno ve la verdad de ello en un instante, entonces todo está ahí, esta incesante acción y reacción, esta luz y sombra, esta belleza y fealdad.

Lo que es total está libre del flujo y reflujo de la vida, de la acción y reacción. La belleza no tiene opuesto. El odio no es el opuesto del amor.

30, marzo, 1984

Paseando en una bella mañana primaveral por la recta carretera, el cielo se veía extraordinariamente azul; no había una sola nube, y el sol era cálido, no demasiado caluroso; se sentía agradable. Las hojas brillaban y había animación en el aire. Era realmente una mañana de extraordinaria belleza. Ahí estaba la alta montaña, impenetrable, y los cerros de abajo se veían verdes y hermosos. Y mientras paseaba tranquilamente, sin muchos pensamientos, uno vio una hoja muerta de color amarillo y rojo brillante, una hoja de otoño. ¡Qué bella era, tan sencilla en su muerte, tan natural, tan llena de la belleza y vitalidad de todo el árbol y del verano! Era extraño que no hubiera marchitado. Al contemplarla más de cerca, se veían todas las nervaduras y el tallo y el contorno de esa hoja. Y esa hoja era todo el árbol.

¿Por qué los seres humanos mueren tan desdichadamente, tan lamentablemente, con enfermedad, vejez, senilidad, con el cuerpo encogido, feo? ¿Por qué no pueden morir tan natural y bellamente como esta hoja? ¿Qué hay de malo en nosotros? A pesar de todos los doctores, de las medicinas y los hospitales, de las operaciones y de toda la agonía de la vida, y también de los placeres, no parecemos capaces de morir con dignidad, con sencillez y con una sonrisa.

Una vez, mientras paseaba por un sendero, uno escuchó detrás un canto, un canto melodioso, rítmico, que tenía la antigua fuerza del sánscrito. Uno se detuvo y miró en torno. Un hijo mayor, desnudo hasta la cintura, llevaba un pote de terracota en el que ardía una llama. Lo había colocado dentro de una vasija; y detrás de él iban dos hombres transportando a su padre muerto cubierto con un lienzo blanco; y todos cantaban. Uno conocía ese canto y casi se unió a ellos para acompañarlos. Pasaron y uno los siguió. Descendieron por el camino cantando, y el hijo mayor lloraba. Transportaron al padre hasta la playa donde ya habían juntado una gran pila de leña, dejaron el cuerpo en la cima de ese montón de madera y le prendieron fuego. Todo era tan natural, tan extraordinariamente sencillo: no había flores ni carroza fúnebre ni negros carruajes con caballos negros. Todo era muy sereno y absolutamente digno.

Y uno miraba esa hoja, y las miles de hojas del árbol. El invierno trajo esa hoja desde su origen hasta ese sendero, y pronto se secaría completamente marchitándose, desaparecería arrastrada por los vientos hasta perderse.

Cuando enseñamos a los niños las matemáticas, cuando les enseñamos a leer, a escribir y todo eso que implica adquirir conocimientos, también debería enseñárseles la inmensa dignidad de la muerte, no como algo morboso y desgraciado que uno ha de afrontar en el futuro, sino como algo de la vida cotidiana –la vida cotidiana de contemplar el cielo azul y observar el saltamontes sobre una hoja–. Eso forma parte del aprender, tal como a uno le crecen los dientes y pasa por todas las incomodidades y enferme-

dades de la infancia. Los niños tienen una curiosidad extraordinaria. Si uno comprende la naturaleza de la muerte, entonces no les explica que todo muere, que el polvo vuelve al polvo y todas esas cosas; sin temor alguno les explica cariñosamente y les hace sentir que el vivir y el morir son una sola cosa –no al final de nuestra vida después de cincuenta, sesenta o noventa años, sino que la muerte es como esa hoja.

Uno mira esas personas viejas, hombres y mujeres, qué decrépitas, arruinadas, infelices y feas se ven. ¿Es porque no han comprendido realmente ni el vivir ni el morir? ¿Han usado la vida, han consumido sus vidas en el conflicto incesante que sólo ejercita y fortalece el «yo», el ego. Gastamos nuestros días en una gran diversidad de conflictos y desdichas, con un poco de alegría y placer –beber y fumar hasta las últimas horas de la noche, trabajar, trabajar y trabajar–. Y al final de nuestra vida nos enfrentamos con miedo a esa cosa llamada muerte. Uno piensa que ella puede comprenderse siempre, que puede sentirse profundamente. Al niño con su curiosidad puede ayudársele a comprender que la muerte no es meramente el desgaste del cuerpo a causa de enfermedad, vejez o algún accidente inesperado, sino que el final de cada día es también el final de uno mismo cada día.

No existe la resurrección, eso es superstición, una creencia dogmática. Todo en la tierra, en esta bella tierra, vive, muere, nace y se marchita. Para captar ese movimiento total de la tierra, se requiere inteligencia, no la inteligencia del pensamiento o de los libros o del conocimiento, sino la inteligencia del amor y de la compasión con su sensibilidad. Uno tiene la completa certidumbre de que si el educador comprendiera el significado y la dignidad de la muerte, la simplicidad extraordinaria del morir –si comprendiera eso profundamente, no intelectualmente– entonces podría comunicar al estudiante, al niño, que el morir, el final, no es para eludirse, no es algo que él haya de temer, porque forma parte de la totalidad de nuestra vida; de ese modo el estudiante, el niño, al crecer jamás tendría miedo de la muerte. Si todos los se-

res humanos que han vivido antes que nosotros, todas las generaciones y generaciones pasadas todavía vivieran sobre estas tierra, ¡qué terrible sería eso!

Y en la educación uno quisiera ayudar –no, ésa es una palabra equivocada– uno quisiera introducir la muerte en alguna clase de realidad, no la de algún otro que muere, sino la realidad de que cada uno de nosotros, por viejo o joven que sea, tendrá que enfrentarse inevitablemente a esa cosa. No es una triste cuestión de lágrimas, de soledad, de separación. Matamos con tanta facilidad a los animales no sólo para alimentarnos, sino que está la enorme matanza de animales por diversión, esa diversión que llamamos deporte –matamos al ciervo porque es la estación de caza–. Matar a un ciervo es como matar a un semejante. Matamos animales porque hemos perdido contacto con la naturaleza, con las cosas vivientes de esta tierra. Matamos en la guerra por tantas razones románticas, nacionalistas, políticas, ideológicas... Hemos matado a la gente en el nombre de Dios. La violencia y el matar marchan juntos.

Contemplar esa hoja muerta con toda su belleza y color, es darse cuenta, comprender muy profundamente lo que la propia muerte tiene que ser, no en el final sino en el comienzo mismo. La muerte no es alguna cosa horrenda, algo que deba eludirse, posponerse, sino más bien algo para estar con ello día por día. Y de eso surge un sentido extraordinario de inmensidad.

SUMARIO

FUNDACIONES

El legado que Jiddu Krishnamurti dejó en sus *enseñanzas* forma parte de la responsabilidad de las Fundaciones creadas como iguales por él, con el propósito de preservar la integridad de lo que él expresó durante muchos años y en diferentes lugares del mundo.

Las siguientes Fundaciones creadas por J. Krishnamurti son las únicas instituciones responsables de la preservación y difusión de sus enseñanzas:

Krishnamurti Foundation Trust	KFT
Krishnamurti Foundation of America	KFA
Krishnamurti Foundation India	KFI
Fundación Krishnamurti Latinoamericana	FKL

Estas Fundaciones solo se responsabilizan y garantizan la autenticidad e integridad de los contenidos de todas las publicaciones realizadas por ellas (libros, vídeos, casetes, DVD, etcétera). Para cualquier duda o consulta rogamos contactar con cualquiera de estas Fundaciones.

KFT www.kfoundation.org
Email: kft@brockwood.org.uk

KFA www.kfa.org
Email: kfa@kfa.org

KFI www.kfionline.org
Email: kfihq@md2.vsnl.net.in

FKL www.fundacionkrishnamurti.org
Email: fkl@fundacionkrishnamurti.org

OTROS LIBROS DE KRISHNAMURTI EDITADOS EN KAIRÓS:

SOBRE LA NATURALEZA Y EL MEDIO

Este libro pertenece a una serie sin precedentes compuesta por selecciones temáticas de la obra de Krishnamurti. Aquí se nos explica de qué modo la «verdadera relación» se genera conociendo cómo nuestro mundo interno de pensamientos y emociones viene intrínsecamente ligado con el medio que nos rodea.

SOBRE EL AMOR

Y la soledad

Una lúcida investigación de nuestras relaciones íntimas con nosotros mismos, con los demás y con la sociedad. Krishnamurti sugiere que una "verdadera relación" sólo puede darse cuando tenemos conocimiento de las condiciones que dividen y anulan al individuo y a la sociedad. Sólo renunciando al "ego" podemos comprender el problema de la soledad, y del amor verdadero.

SOBRE EL APRENDIZAJE Y LA SABIDURÍA

Esta colección inédita reúne las más profundas observaciones de Krsihnamurti sobre la naturaleza del aprendizaje y del conocimiento acumulativo. Krishnamurti advierte que nuestra dependencia de la acumulación de conocimientos puede ser desastrosa y sugiere nuevas maneras de aprender, en pos de alcanzar una percepción más precisa de lo desconocido.

SOBRE LA MENTE Y EL PENSAMIENTO

El aclamado maestro nos enseña que sólo librándonos del pensamiento condicionado es posible alcanzar la libertad y la realización personal. Sólo a través de esa transformación individual podrán mitigarse los conflictos vitales en las relaciones y la sociedad.

SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE

Krishnamurti nos revela que el miedo a la muerte no radica en el temor al dolor físico o a abandonar a los seres queridos, sino en el temor de que una parte esencial de nosotros mismos no va a continuar; no queremos saber qué es la muerte, el extraordinario milagro que ésta supone, todo lo que queremos es permanecer. Una obra maestra de profundidad y claridad.

SOBRE DIOS

En esta profunda obra Krishnamurti explora la futilidad de buscar el conocimiento de lo «incognoscible» y muestra que sólo cuando hemos dejado de buscar con nuestros intelectos, podemos estar «radicalmente libres» para experimentar la realidad y la verdad. Presenta a «la mente religiosa» como la que percibe directamente lo sagrado, a diferencia de la que se adhiere a un dogma religioso.

Este segundo *Diario* de Krishnamurti ha sido uno de sus libros más populares. Se inicia en 1973, y casi todas las anotaciones comienzan con una descripción de la naturaleza, seguida por un pasaje de su enseñanza, y revelando siempre el movimiento de su conciencia, día a día. En sus propias palabras:

> «Lo escribí a modo de diario mientras viajaba... pero no lo escribí para ser publicado. En él describo lo que llamo "el proceso"; o sea mi sensación de estar fuera del mundo cotidiano, de estar completamente en paz y alejado del conflicto. Esto sólo sucede de vez en cuando y, obviamente, es imposible describírselo a alguien que no lo haya experimentado. Pero he intentado expresar en palabras el dolor y la sensación que de hecho acompañan a ese estado intensificado de conciencia. No obedece a un propósito romántico. Si uno lleva cierto tipo de vida disciplinada y tranquila, entonces libera cierta energía –eso es un hecho científico– y esto afecta a la parte no mecánica del cerebro de manera que uno penetra en otra dimensión. El organismo físico es incapaz de aguantarlo y por eso se siente el dolor. No estoy sugiriendo que todo el mundo debiera intentar llegar a esto, pero para algunas personas que han estado siguiendo mis pensamientos e ideas puede resultarles de interés saber lo que sucede en un nivel más personal.»
>
> De una entrevista en *The Guardian*.

Pero no todo el libro son anotaciones directas de Krishnamurti, escritas de su puño y letra, pues en 1982, cuando a la edad de ochenta y siete años quiso reanudar su diario, encontró que el acto del escribir le resultaba agotador; de ahí que decidiera aceptar la sugerencia de dictar sus percepciones a un grabador magnetofónico. Quizá por ello en estas páginas el lector se sienta muy próximo a Krishnamurti. El último pasaje, y tal vez el más bello, trata de la muerte. Es la última ocasión en que escucharemos a Krishnamurti hablándose a sí mismo. Dos años después moría en el mismo dormitorio de "la Cabaña de los Pinos".

J. Krsihnamurti (1895-1986), uno de los personajes más fascinantes del siglo XX, ha sido un renombrado maestro espiritual, cuyas conferencias y escritos han inspirado a miles de personas. Otras obras de Krishnamurti editadas por Kairós se anuncian en las solapas de este libro.

ISBN: 84- 7245- 442- 8

9 788472 454422

Sabiduría perenne

J. Krishnamurti

Diario II

Kairós